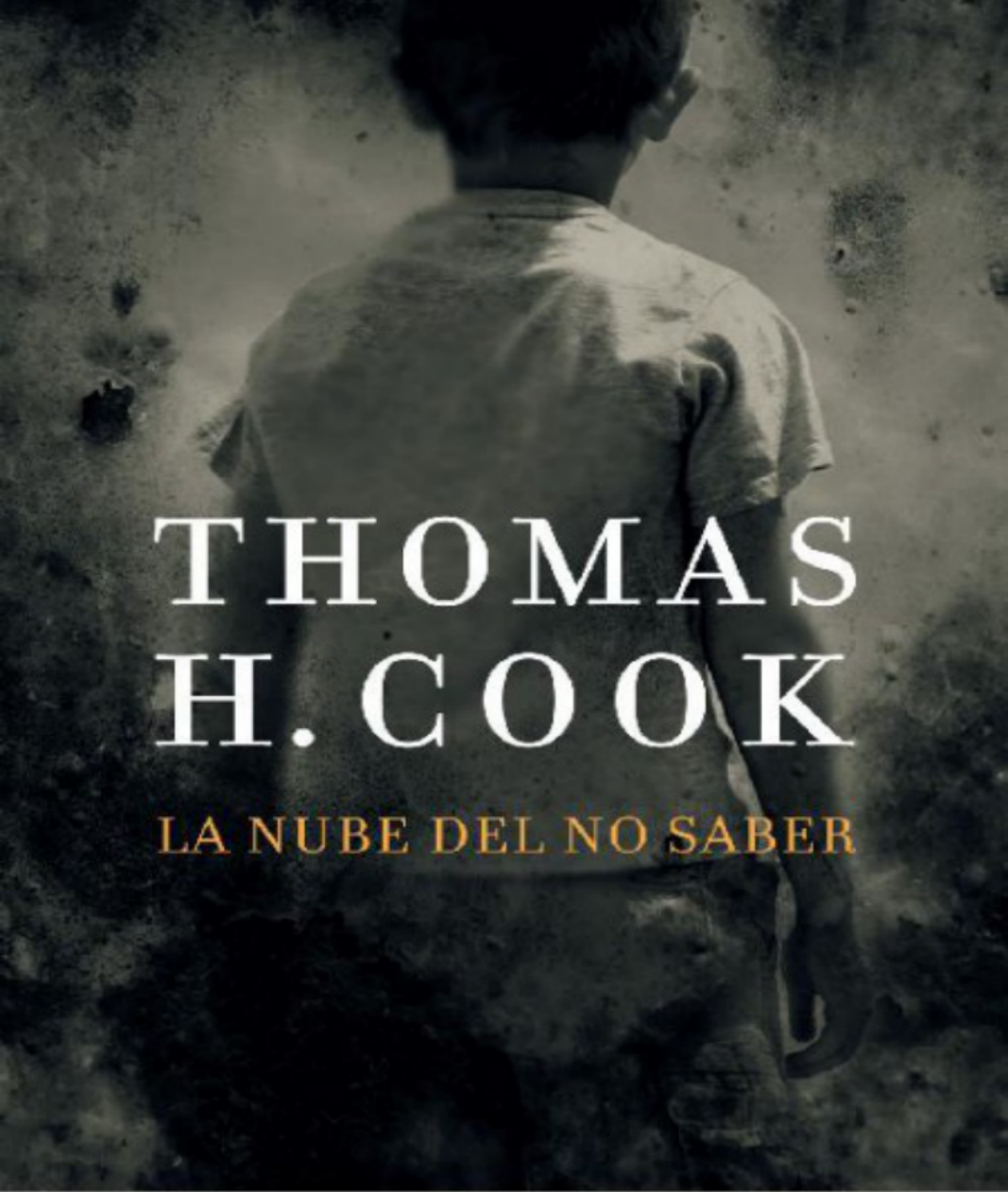

THOMAS H. COOK

LA NUBE DEL NO SABER

Plata **negra**

Thomas H. Cook

La nube del no saber

Traducción de Alejandro Palomas

Plata **negra**

Argentina • Chile • Colombia • España • Estados Unidos •
México • Perú • Uruguay • Venezuela

Para Julian y Lillian Ritter,
segundos padres

La paciente búsqueda y la larga vigilia
de aquel que un mal atesora.

Lord Byron

Creías que eras un arroyo cristalino, limpio de despojos, en especial libre del vasto almacén de hechos y citas que habías adquirido previamente y que más adelante habías suprimido hasta convertirte en aquello que tu Viejo te había llamado sin ocultar su desprecio: un fanático del cine.

Sin embargo, en realidad no eras más que un río de miedo, obstruido y turbio, anegado en tu oscura resaca.

Conoces bien las profundidades que recorrían las aguas de ese río a la vista de lo que se ha extraído de su cenagoso lecho: un mundo entero de lecturas enterradas.

De pronto te acuerdas de *Tres muertes* de Tolstoi. Recuerdas haber seguido el relato hasta llegar a la primera muerte, después la segunda, cada vez más ansioso a medida que se acerca el final, y la tercera muerte sigue sin llegar y ni siquiera se perfila un personaje aparentemente destinado a padecerla. Entonces aparece un obrero con un hacha colgada del hombro que cruza con dificultad un cementerio hacia un árbol enorme. Sientes el estremecimiento del árbol cuando cae sobre él el primer golpe del hacha. Sus ramas extendidas tiemblan, presas del pánico. Percibes el terror del árbol al ver estremecerse cada una de sus hojas. Con cada golpe se debilita: una fuerza vital que se desvanece lentamente hasta que por fin el árbol asesinado deja escapar un gemido y cae, convertido ya en la tercera muerte del relato.

Ahora cuatro muertes se arremolinan a tu alrededor como los restos astillados de un barco naufragado. Sientes una ligera sombra de inesperada humedad en la yema del dedo, el agua cubriéndote los tobillos, el arco de un empapado hierro forjado de color negro, un pesado miembro.

Aparece un guardia. La luz gris y opaca vela su placa. Aun así, y durante un instante, tan sólo puedes concentrarte en la placa. Entonces la ves brillar en un deslumbrante destello, como el flash de un fotógrafo, y te preguntas si es así como ella la vio, cegadora y en cierto modo implacable.

El guardia abre la puerta de acero de la celda.

—El detective Petrie le espera —dice.

Te levantas del camastro, te mueves sobre el suelo de cemento y avanzas después por un pasillo hasta una habitación en la que esperas encontrar a Petrie deseoso de oír tu versión de lo ocurrido. Has renunciado a tus derechos y, según tu propio consejo, contarás tu versión de los hechos.

Sin embargo, como el detective Petrie todavía no ha entrado a la habitación, te tomas unos instantes para inspeccionarla y orientarte en la medida de lo posible. Hay una mesita plegable con una cafetera cuyo recipiente de cristal está ya lleno de café. Junto a la máquina ves un montón de vasos de poliestireno, un reloj en la pared y también un calendario.

Te acercas a la ventana y vislumbras desde allí la pequeña porción del mundo que ha contenido tu insignificante vida como si ésta fuera un simple guijarro en la palma de su mano. Te has convertido en un estudioso de asesinatos nuevamente representados. Recuerdas un telefilme que viste en

su día sobre el Estrangulador de Hillside: recuerdas que el fiscal llevó a una colina a los miembros del jurado y luego ordenó que el reflector de un helicóptero de la policía iluminara primero aquel punto, luego aquel otro y por fin al de más allá. Todos eran puntos donde se había hallado un cuerpo. La última luz iluminó la casa del asesino, el espantoso centro geométrico de esa carnicería. Ahora miras por la ventana y mueves la mirada como un reflector desde Victor Hugo Street a Dolphin Pond, y desde allí a Carey Towers y a Salzburg Garden. Imaginas largas tiras de cinta amarilla que van de un lugar a otro, conectando las supuestas escenas del crimen.

—Señor Sears.

Te vuelves de espaldas.

Petrie entra a la sala y cierra tras de sí la puerta.

—Tome asiento.

Señala una mesa y sus dos sillas con un movimiento de la cabeza. Reparas en una grabadora, una libreta de notas y un bolígrafo azul. A pesar de que sabes que no eres un sospechoso habitual, reconoces en esos objetos instrumentos de interrogación habituales.

Vas hacia la mesa y te sientas.

Petrie toma asiento en la silla delante de ti, enciende la grabadora, recita su nombre, la fecha, la hora y el lugar. Viste con llamativa pulcritud: todo en su sitio, la chaqueta abotonada, el nudo de la corbata apretado y perfecto. Es un frío profesional, convencido de que ya lo ha oído todo y de que nada de lo que digas podrá sorprenderle.

—¿Preparado? —pregunta.

No sabes por dónde empezar. Hay mucho que decir, muchas son las corrientes que recorren el río.

—¿Preparado? —repite Petrie.

La voz de una mujer canta en tu cabeza.

Padre/Hermana
Tornado
Padre/Hija
Masacre

Eres un río de miedo en cuyas aguas revueltas giran los cuerpos. Estás en la trágica desembocadura de este río y debes ahora regresar a su nacimiento.

—¿Por dónde quiere que empiece? —preguntas.

Petrie se te antoja tan impenetrable y sólido como una piedra intacta.

—Decídalo usted mismo —responde.

Y eso es lo que haces.

1

Vivíamos en una casa destartalada y laberíntica de Victor Hugo Street que era la última posesión de la familia. Durante años, el Viejo había logrado tirar adelante sacando un poco de aquí y un poco de allá, como quien ensarta palomitas en un cordel: trabajando de editor por cuenta propia, escribiendo alguna reseña literaria, corrigiendo datos para alguna que otra publicación…; en suma, las migajas de la profesión literaria. A veces, cuando su ánimo en constante fluctuación se lo permitía, había llegado a trabajar como profesor sustituto en el instituto local. Él lo llamaba «labor educativa», y lo despreciaba. Sus alumnos estaban por debajo de él, casi tanto como los humildes y asalariados profesores que, según sus propias palabras, perseguían sus pensiones como si de los restos de sacrosantos mandatos judiciales se tratara. Su desprecio no tenía límite y estallaba en vertiginosos arrebatos de rabia.

En mitad de esos arrebatos, utilizaba el teléfono como un látigo. En la habitación en la que me obligaba a estudiar, convertido en un diminuto ente semioculto tras sus inmensas estanterías, le oía hojear las páginas en constante crecimiento de la «lista de enemigos» que conservaba a plena vista sobre su escritorio. Cada una de las entradas constaba del nombre y profesión del enemigo en cuestión junto con el juicio del Viejo, reducido a una única palabra: James Elton, profesor, lacayo; Carolyn Bender, editora, cobarde; Stephen Horowitz, director, charlatán… y así con todos. En algún momento seleccionaba inevitablemente algunos nombres de la lista de condenados. Entonces empezaban las llamadas.

Recuerdo una tarde en particular en la que de pronto me detuve delante de la entrada de su estudio y eché una mirada por la puerta ligeramente entreabierta. Estaba sentado tras su escritorio, gritando al teléfono: «Es usted un farsante, ¿me oye? ¡Un plagiador, eso es lo que es!» Seguí escuchando mientras él echaba chispas al tiempo que citaba los crímenes y los delitos de la persona a la que había llamado. Y así seguía sin freno hasta que de pronto se callaba y entonces oía la voz metálica e inexpresiva procedente del otro extremo de la línea: «El tiempo asignado a este mensaje ha expirado. Por favor, vuelva a llamar si desea continuar».

En aquel entonces a mí me resultaba patética toda esa tremenda ira inútilmente malgastada en el insensato oído de un contestador automático. El rey Lear había tronado contra nuestras miserias terrenales. Comparado con la del rey, la furia del Viejo parecía poco más que un falso desdén. Cuando murió, sentí que una fuerza oscura y devoradora por fin había quedado

acallada. Llevé su muerte como un par de alas a la espalda.

Eso fue exactamente lo que le dije a mi hermana en el cementerio. Luego añadí:

—Puedes retomar tu vida, Diana. Ya no tienes que seguir cuidando de él.

Ella se limitó a asentir en silencio con la cabeza y luego echó una rosa sobre la tumba.

Y pensé: «Por fin se ha librado de él. Por fin puede ser feliz».

Pero entonces llegó la Muerte, como lo habría expresado el Viejo con su forzada y sentenciosa forma de hablar, una muerte inoportuna como el salteador de caminos cuyas poéticas hazañas Diana había recitado a menudo para complacerle: «Cabalgando, cabalgando, cabalgando hacia la puerta de la vieja posada», la oigo declamar todavía.

Fue un viernes por la tarde cuando se dio a conocer la sentencia del tribunal. Según el veredicto, nadie era culpable de la muerte de Jason y nadie sería por tanto acusado de ella. Dado que para entonces Diana se había separado de Mark, su esposo, ella y yo nos sentamos en la primera fila de una sala de juicios prácticamente vacía a escuchar en silencio mientras el juez declaraba que Jason había sido «víctima de la desventura».

—Superficial —susurró Diana. Luego miró directamente al juez, observándole mientras él se levantaba y salía de la sala—. Superficial —repitió empleando un tono exacto al que utilizaba el Viejo cuando cerraba un libro y, con una sola palabra, pronunciaba su veredicto.

A punto estaba de levantarme, y esperaba que Diana hiciera lo mismo, pero ella no se movió.

—Aún no —dijo, tirándome con suavidad hacia abajo y obligándome a seguir sentado a su lado en el banco.

Se quedó un buen rato sentada con su mano sobre la mía y seguimos esperando mientras Mark se levantaba y abandonaba la sala. Llevaba una camisa blanca y pantalones de color azul marino, su atuendo habitual. Al marcharse, sus ojos buscaron fugazmente a Diana y con la misma rapidez desvió la mirada.

Diana, por su parte, no miró a Mark en ningún momento, sino que mantuvo los ojos fijos en la representación mítica de la justicia ciega que colgaba de la pared revestida de madera situada tras el asiento del juez. Respiraba despacio y rítmicamente y mantenía firmes las manos, sin el menor asomo de temblor. Tenía la espalda erguida y la cabeza erecta, y parecía decidida a seguir así, a no marearse ni desmayarse. Con semejante actitud, parecía más un guerrero que una madre embargada por el dolor, como si el propio dolor se hubiera convertido en una espada en alto. Tenía los ojos secos y apretaba con fuerza los labios, como quien se empeña en sellar un grito, aunque aparte de las pocas palabras que hasta entonces había pronunciado, de ella no salió el menor sonido. Tras un instante, cerró los ojos y durante esos

escasos segundos llegó a dar la impresión de que acataba con resignación la decisión del tribunal, de que estaba dispuesta a aceptarla y a seguir adelante con su vida.

—Diana —le dije con suavidad—. Deberíamos irnos.

Asintió con la cabeza, pero sus ojos siguieron cerrados y su cuerpo inquietantemente inmóvil.

Un instante después, la gente empezó a llenar poco a poco la audiencia, entre ellos, Bill Carnegie, que tenía un aspecto adecuadamente solemne con su pulcro traje gris. Había representado a Mark en el divorcio, aunque poco era lo que había tenido que hacer aparte de transmitir la propuesta que Diana había aceptado de inmediato.

—Hola, Dave —dijo al pasar de camino a la mesa destinada a la defensa.

Diana abrió los ojos y clavó en él la mirada.

—Hola, señora Regan —dijo Carnegie.

—Ahora soy la señorita Sears —le respondió Diana, aunque sin la menor sombra de amargura. Su intervención fue simplemente la del verificador de datos dando fe de una pequeña corrección.

—Ah, sí, es verdad —dijo Carnegie.

—El tribunal ha decidido que mi hijo murió en un accidente —añadió Diana.

Bill me lanzó una mirada recelosa y se volvió una vez más hacia Diana.

—En fin, ha sido un placer volver a verte —dijo antes de echar a andar apresuradamente por el pasillo.

Nos levantamos y salimos de la audiencia a una radiante tarde de finales de septiembre. La luz era tan brillante que parecía centellear. Diana se hizo un moño y se lo sujetó a la coronilla, dejando a la vista su largo cuello blanco de un modo que resultó curiosamente sacrificatorio, como una mujer que está a punto de ser asesinada a cambio de un poco de lluvia.

Llegamos a mi coche y, sin decir nada, mi hermana ocupó el asiento del pasajero y esperó a que me sentara al volante. Siguió en silencio mientras yo metía la llave en el contacto, la hacía girar y me disponía a salir marcha atrás del espacio a la sombra en el que había aparcado. Casi estábamos ya en la carretera principal cuando por fin habló de nuevo.

—La verdad es importante, ¿no crees, Davey? —preguntó.

Su pregunta me devolvió de pronto a las inquisiciones que tenían lugar durante la cena y que había tenido que aguantar al Viejo, preguntas filosóficas para las que él exigía respuestas tachonadas de citas. Su voz intimidatoria crepitaba en el aire: «¿Qué has de decir a eso, mi joven Dédalo?»

—Hablas como el Viejo —le dije.

—No pretendía recordarte a papá —respondió Diana.

Me encogí de hombros, fingiéndome indiferente a la mención de su nombre, aunque seguí recordando los interrogatorios nocturnos que tenían lugar durante la cena, en el curso de los cuales el Viejo escupía preguntas o me exigía que le recitara cualquiera de los pasajes que me asignaba. Yo siempre le

respondía vacilante, tartamudeando y titubeando, olvidando algunos versos, quedándome en blanco. Y era entonces cuando Diana intervenía, levantando en el aire su manita blanca y salvándome de un ridículo o de una humillación mayores.

—*Casa desolada* —murmuró Diana.

Antes de la muerte del Viejo, era típico de ella encapsularlo todo en el título de un libro, como si su cabeza trabajara a modo de una especie de taquigrafía de alta velocidad. Sin embargo, la práctica había desaparecido junto a la tumba del Viejo y me sorprendió que de pronto la hubiera recuperado.

—No lo era para ti —dije—. Tú eras la niña de sus ojos.

Me vi de nuevo en la casa de Victor Hugo Street, observando a Diana desde el sombrío rincón como un pariente pobre y escuchando mientras ella recitaba un fragmento tras otro. El Viejo estaba sentado en una silla delante de mi hermana con la espalda tiesa, respirando suavemente y con sus brillantes ojos negros clavados en ella. Esos pequeños recitales eran el modo que Diana había encontrado para aplacar los fuegos que ardían en el interior del Viejo, la rabia que le atormentaba al enfrentarse a la indiferencia del mundo ante su genio, su corrupción y mediocridad. En suma, eso a lo que, citando al Rubáiyat, él llamaba: «el lamentable Orden de las Cosas en toda su complejidad».

—Podía ser cruel —dijo Diana—. Acuérdate de lo que te dijo el último día.

Le vi volverse hacia mí mientras ella me llevaba a su estudio. Percibí el frío destello en sus ojos, la boca torcida, las espantosas palabras que salieron de ella. «Para mí no eres más que polvo.»

—Pero estaba loco —dijo mi hermana—. No sabía lo que hacía.

Indudablemente, el humor de Diana había empezado a apagarse. Maniobré para detener su descenso.

—¿Por qué no cenas esta noche con nosotros? —le pregunté—. Nos irá bien relajarnos. Ha sido un día muy largo.

Asintió con la cabeza sin decir nada.

—Bien —dije al tiempo que pulsaba el pequeño botón de la consola con el que cerré con seguro todas las puertas.

Clavó sus ojos en mí.

—No pienso saltar del coche, Davey —dijo—. Sé muy bien lo que hago. —De pronto parecía embargada por un recuerdo desolador—. Ni se te ocurra pensar nunca que soy como papá.

—Entonces, ¿no vio nada que le resultara particularmente alarmante? —pregunta Petrie.

Como bien sabes, en cualquier película antigua de detectives, Petrie estaría repantigado en su sillón con una camisa arrugada, quizá también con tirantes, y desde luego fumando. Hablaría empleando un lenguaje parco y típico de un tipo duro y se referiría a ti utilizando palabras tipo «colega» o «amigo» al tiempo que te apremiaría para que «largues lo que sabes». Pero la versión moderna es pulcra y viste impecablemente. Petrie es licenciado universitario, tiene el título de criminólogo por John Jay y es un gran conocedor de perfiles, así como poseedor de una astucia extraordinaria para definir el comportamiento humano.

—¿Ninguna señal que pudiera ponerle sobre aviso? —añade Petrie.

Rebuscas en tu memoria a la caza de esas señales. ¿Había acaso ese día algo salvaje en los ojos de Diana? ¿Viste quizás una chispa de locura en ellos? Esas preguntas dirigen tu mente hacia otra más profunda: en todo largo viaje hacia el error, ¿dónde se produce el primer equívoco?

Cuando te haces esa pregunta, vuelves a ser un niño sentado en una escalera en penumbra, de cara a la puerta y apretando entre los dedos una bola de goma roja. Ves abrirse la puerta y a Diana de pie en la luz, iluminada por el sol que entra desde su espalda. ¿Fue entonces cuando todo empezó?

La mirada de Petrie no vacila:

—¿Nada... sospechoso?

—No.

—¿Cuál fue entonces su primera sospecha?

No estás seguro. ¿Quizá la referencia a *Casa desolada*? ¿O quizás el modo en que viste enturbiarse su humor la primera vez que mencionaste al Viejo?

—¿Señor Sears?

Es el uso cortés que hace Petrie del modo formal y directo con el que requiere tu atención lo que te devuelve a la habitación, a la mesa, al suave ronroneo de la grabadora. Señor Sears. Como si fueras un cliente o un paciente. Señor Sears. Como si pudieras levantarte y marcharte. Señor Sears. Como si no tuvieras las manos manchadas de sangre.

—¿Alguna idea, por vaga que sea? —repite Petrie a fin de recordarte la inminente cuestión, el trillado camino del asesinato, quizás una carretera llena de curvas, aunque normalmente por la que se circula con franca facilidad, salpicada de señales que dicen SEXO o DINERO.

—Su hermana —añade Petrie—. Una pista, por vaga que sea.

Sabes que tienes que darle algo.

Y lo haces.

—Quizás esa misma noche en mi casa —respondes—. Lo que ocurrió con los simios.

2

Yo vivía en una urbanización. Las casas estaban muy cerca las unas de las otras y se levantaban en parcelas pulcras y sencillas, de modo que todo, las rutas más salvajes, había sido sacrificado en aras del orden. De haber podido encontrar una ciudad amurallada, probablemente la habría elegido, consciente como lo era de que el Viejo a menudo había deambulado por nuestras vulnerables calles. Habíamos salido en su busca muchas veces, pero esa tarde, mientras llevaba a Diana a mi casa, volví a acordarme de un episodio en particular. En aquel entonces mi hermana era ya lo bastante mayor como para tener carné de conducir, de modo que yo debía de tener trece años: demasiado pequeño para rebelarme y por lo tanto todavía bajo la severa instrucción del Viejo que me ordenaba leer, leer y leer.

Le habíamos visto merodear por los alrededores del recinto universitario, donde más tarde provocaría un bochornoso espectáculo y sería arrestado por la policía que patrullaba la zona, para ser luego transferido al hospital psiquiátrico de Brigham.

—Ahí está —dije al verle cruzar un campo arrastrando los pies, convertido en una figura inmensa de hombros enormes, sin abrigo y con la cabeza descubierta, vestido tan sólo con unos holgados pantalones de pana y una sucia sudadera gris a pesar del viento frío y de la gélida lluvia que empujaba a otros transeúntes a pasar junto a él tan deprisa que probablemente no podían oír una sola palabra de lo que mascullaba.

Diana aparcó junto al bordillo, bajamos del coche y fuimos hacia él mientras ella no dejaba de gritar:

—Papá, papá.

El Viejo se volvió al oírla, luego se quedó donde estaba y esperó a que le alcanzáramos.

—Tienes que volver a casa. Ahora —le dijo Diana.

Yo le toqué el brazo, pero no dije nada.

En cuanto sintió mi contacto, retiró el brazo.

—Tú eres las Damas —me dijo. Volvió la mirada hacia Diana—. Y tú eres el Ajedrez.

Era la primera vez que formulaba una comparación tan declaradamente desagradable. Durante la noche siguiente no dejé de darle vueltas, presa de una agitación en la que Diana reparó más tarde y que intentó consolar con palabras cariñosas: «Eres el mejor hermano del mundo, Davey».

Esa tarde, en el coche parecía que me tocaba a mí ser quien la consolara a

ella.

—Deberías plantearte mudarte a esta parte de la ciudad —le dije—. Quizás a una casa al final de la calle.

—Mark quería vivir fuera de la ciudad —dijo Diana como si estuviera reconsiderando la cuestión—. Lejos —añadió—. Aislado.

Por eso alquilaron un viejo caserón de piedra situado a varios kilómetros de la ciudad, remoto y rodeado de bosques, con un gran estanque cercano.

—Dijo que era lo mejor para Jason —añadió Diana.

Se me ocurrió que así había sido, pues su aislamiento le había proporcionado muchas menos distracciones de las que de otro modo le habrían atormentado, entre ellas el tráfico y otros niños, que aunque no eran en sí nada fuera de lo común, habrían colmado de desasosiego al pequeño Jason.

—¿Piensas quedarte en la casa? —pregunté.

Diana negó con la cabeza.

—No. Sin Jason, no.

Vi a su hijo en mi cabeza: un chiquillo rubio y pálido como su madre, aunque con los ojos oscuros y brillantes de su padre. Luego pensé en mi hija Patty, en la vida que se anunciaba ante ella. Volví entonces a pensar en Jason y en lo poco que había podido disfrutar de la magnificencia de la vida, y no sólo porque sus años hubieran quedado sesgados de pronto, sino porque incluso esos años le habían sido arruinados, pues su mundo estaba tan sumido en sombras que probablemente no había podido vislumbrar ni un solo rayo de luz.

Abby estaba sentada en el porche cuando Diana y yo llegamos. Es una mujer alta, delgada, con una larga melena castaña y unos grandes ojos verdes. Nos conocimos en Old Salisbury, donde trabajé brevemente como pasante en un bufete de abogados, y me resultó una mujer tranquila y humilde, en nada propensa a los desafíos. Nos casamos un año después, y desde entonces hemos construido una vida basada en limar aristas, en evitar el conflicto, un mundo en el que había que respetar las opiniones de papá, o de alguien, en el que ninguna línea se difuminaba jamás ni te evitaba hasta el infinito.

Abby se levantó y se acercó por el camino de acceso a la casa cuando mi hermana y yo bajábamos del coche.

—Qué alegría verte, Diana —saludo visiblemente encantada.

—El juez ha dictaminado que la muerte de Jason fue un accidente —le dije a fin de quitarnos cuanto antes la cuestión de encima.

Abby asintió suavemente con la cabeza.

—Bien, supongo que debemos alegrarnos de que se haya cerrado el caso —dijo.

—Cerrado —repitió mi hermana como si estuviera repasando las diversas definiciones que ofrecía el término, intentando decidir si alguna de ellas era

relevante para su estado de ánimo.

—Diana se queda a cenar —me apresuré a añadir—. Se me ha ocurrido que podríamos preparar algo en el jardín. No hace nada de frío.

Entramos a la cocina. Serví una copa de vino a cada uno y salimos después a la terraza a encender la barbacoa. Una puerta de cristal separaba la terraza de la barbacoa, y a través de ella vi a Abby preparando una ensalada mientras mi hermana se sentaba en un taburete de madera a escasos metros de ella. Diana escuchaba, pero no decía nada. Tenía los dedos relajadamente cerrados alrededor del cristal, como si semejante sustento, la comida y la bebida de la vida, no fueran más que una simple ocurrencia tardía.

Nuestra hija Patty llegó cuando la cena estaba servida. Tenía quince años y no podía ser más típica: miembro de la banda del instituto, un buen número de notables en el boletín de las notas y vestida con ropa de Gap o de Old Navy, exactamente lo contrario que Nina, la hija de mi socio Charlie, una adolescente gótica que vestía siempre de negro, que no dejaba de teñirse el pelo de colores fosforescentes y cuya repentina presencia en el despacho siempre me llevaba a preguntarme qué podía llevar escondido en el bolsillo de su largo abrigo negro.

—Hola, tía Diana —saludó educada Patty al sentarse.

Diana le dedicó una mirada curiosamente penetrante, como quien arranca el yeso de una pared para poder ver la estructura que se oculta debajo.

—¿Cómo estás, Patty? —preguntó con un tono inesperadamente solemne y que en cierto modo pareció pillar a mi hija por sorpresa.

—Bien —fue su respuesta.

Diana tomó un sorbo de vino, pero sus ojos no se apartaron de los de Patty.

—¿Sabías que los simios jamás podrán hablar? —preguntó.

Patty negó con la cabeza.

—Lo leí anoche —prosiguió Diana—. Aunque un simio tuviera la misma inteligencia que la de un humano, no podría hablar.

—¿Por qué no? —preguntó mi hija, cuya curiosidad parecía haberse encendido de un modo que me sorprendió.

—Porque el tubo que va de las cuerdas vocales a la boca y a la nariz es demasiado corto —respondió Diana—. No hay espacio suficiente para que el aire vibre, de modo que no puede articular palabras. —Pareció refugiarse de pronto en algún lugar lejano, donde se quedó durante un instante para volver después, clavando de nuevo la mirada en Patty—. ¿Lees mucho? —preguntó.

Patty me lanzó una mirada burlona y se volvió hacia Diana.

—Lo que me mandan.

—Papá nos obligaba a leer sin descanso —dije.

Diana me miró.

—Schiller —dijo—. ¿Te acuerdas de Schiller?

Claro que me acordaba. Sin embargo, negué con la cabeza, sabiendo como sabía que, independientemente de lo que pudiera recordar sobre él, Diana recordaría siempre mucho más.

—Decía que antes del amor, debíamos de ser incapaces de sentir la muerte de los demás —dijo Diana—. Incluso la de nuestros hijos. Debíamos de ser totalmente insensibles. —Volvió a mirar a Patty y levantó su copa—. Esperemos que tu vida sea cualquier cosa menos eso —terminó.

Poco después de la cena, llevé en coche a Diana a su casa de Old Farmhouse Road. Era una noche fresca, despejada y tachonada de estrellas, y de pronto me acordé de la expresión que había asomado al rostro de mi hermana la primera vez que había visto el famoso cuadro de una noche estrellada de Van Gogh. El Viejo nos había llevado a la Modern en uno de sus «viajes educativos», como él los llamaba, y que a menudo incluían campos de batalla y pueblos históricos cercanos. Era nuestro primer viaje a Nueva York. Diana tenía doce años, llevaba un vestido azul marino, calcetines blancos y zapatos negros. Estaba preciosa como lo están a veces las niñas cuando rozan ya los albores de la adolescencia. Tenía la mano entrelazada en el brazo del Viejo como si deseara anclarlo a ella, aunque durante las últimas semanas él se había comportado casi con normalidad, tomando sus comidas a sus horas y peinando los periódicos en busca de trabajo.

—Las pinceladas son muy profundas —apuntó Diana de pie delante del cuadro.

Mi padre asintió con la cabeza.

—Van Gogh murió muy joven —dijo con un hilo de voz.

Diana observó los circulares y profundos surcos azules.

—Quizá siempre lo supo —dijo.

Me volví a mirarla en el coche y vi su rostro casi como lo había visto esa noche en el museo, serio y extrañamente inquisitivo, y esos ojos que te dejaban colgando sobre el vacío como un par de ganchos.

—¿Hablas con Mark alguna vez? —preguntó—. Creía que llamaría.

—No, no me ha llamado.

Asintió enérgicamente con la cabeza y bajó del coche. Luego esperó a que me reuniera con ella al final de la acera.

Cuando la alcancé, se volvió y fuimos juntos hacia la casa.

—¿Qué te hace pensar que Mark podría haberme llamado? —pregunté.

—Creía que tendría preguntas que hacerte.

—¿Sobre qué?

—Sobre mí —respondió—. Sobre el hecho de que le doy miedo. —Me miró —. Ésa es la expresión que utilizó. Como si pudiera clavarle un cuchillo.

Me reí ante esa visión de la violencia de mi hermana y de lo exagerada que me resultó, casi tan imposible como la idea de su huida.

—Me dijo que mis ojos le daban miedo —añadió—. Mi mirada.

Su mirada se tornó muy intensa, como la de quien observa atentamente un objeto muy grande o muy pequeño. En ese momento no habría sabido decir cuál de las dos posibilidades era más cercana a la realidad.

—No me llames durante un tiempo, ¿de acuerdo? —dijo—. Ya sé que quieres saber cómo estoy, pero no llames, por favor. Quiero pensar con calma unas cuantas cosas. —Sonrió—. Estaré bien, en serio. Sólo quiero pasar un tiempo sola.

—De acuerdo —dije.

—Yo te llamaré —me tranquilizó—. No te preocupes. Te llamaré cuando esté preparada.

«Cuando esté preparada.»

Pensé a menudo en sus palabras durante los días siguientes, en lo que realmente había querido decir con ellas. Al principio no les supuse ningún significado oculto. Se me ocurrió que tan sólo había manifestado que estaba preparada para hacer sola el resto del camino hasta su casa, preparada para abrir la puerta y entrar. Hizo esas cosas apenas unos segundos más tarde. Sin embargo, más adelante llegué a la conclusión de que esa noche me había declarado su intención de soltar por fin los hilos que durante tanto tiempo la habían atado, las fieles amarras de su vida, y navegar hacia el lugar cuyos peligros los cartógrafos de la antigüedad no habían podido imaginar, ni contra los que nada habían podido hacer salvo promulgar la oscura e inútil advertencia que inscribían en sus mapas: «Aquí moran los dragones».

—¿Así que dijo cosas raras? —pregunta Petrie.

Quiere el interrogatorio sencillo: respuestas simples a preguntas de la misma índole. Una investigación limitada: el color del coche, el calibre de la bala. Es evidente que su vida está enraizada en la firme solidez de la evidencia. Quiere identificaciones sin el menor asomo de duda y huellas dactilares que concuerden. ¿Cómo podrás llegar a mostrarle la nube y la niebla, la visión nublada por la lluvia, la mala iluminación, la distancia, las huellas cuyo vórtice gira hasta perderse en el desconocido vacío?

Miras la libreta de notas que sostiene en perfecto equilibrio sobre sus rodillas, la pequeña pluma azul con la que ha estado garabateando sus notas. Una de ellas dice: *Casa desolada*.

—¿Le parece extraño mencionar un libro? —preguntas.

—Al parecer a usted sí se lo parece.

—Puede ser —reconoces—. O que fuera así en el pasado.

—¿Por qué cree usted que se lo pareció? —pregunta Petrie.

—No lo sé —respondes—. Es sólo que me resultó extraño el modo en que Diana volvió a hacerlo. Me refiero a hablar así. No lo había vuelto a hacer desde la muerte del Viejo.

Petrie parece regresar brevemente a ese lluvioso día de hace diez años. En aquel entonces era un joven detective, más delgado, aunque no demasiado. Todo lo demás era igual: la confianza en sí mismo, el modo en que confía en sus ojos y en sus oídos, el testimonio de las voces procedentes de labios en movimiento.

—Hacía un día espantoso —añades con suavidad—. Y frío. Tuvimos problemas con el fuego.

Te preguntas hasta qué punto Petrie recuerda los crudos detalles de la habitación: al Viejo muerto en su silla con los ojos cerrados y la boca abierta, a Diana a su lado, acunándole suavemente, y a ti en el desvencijado sofá de brocado, con la mirada fija en el patio trasero donde todavía ardían un montón de cenizas: los restos de lo que en su día había sido un albornoz, un par de zapatillas deshechas, una gran almohada verde.

—¿Entonces su modo de hablar le pareció una suerte de regresión? —pregunta Petrie.

Regresión. Un tecnicismo. La clase de palabra que Petrie a todas luces prefiere y que lo más seguro debe de haber aprendido en una de sus clases de psicología criminal: «Previamente a los brotes psicóticos, pueden observarse ciertas regresiones en el comportamiento. Entre ellas se incluyen mojar la cama, un discurso infantil y varias formas de nostalgia obsesiva».

—Como quien de pronto empieza a utilizar un viejo acento del lugar donde había vivido en su infancia, regresando al pasado —explica Petrie—. ¿Era ése el caso de Diana?

—En su caso sólo utilizaba referencias literarias —le dices—. Ninguna otra... reversión.

Petrie está claramente decepcionado con tu respuesta. Habría preferido

obtener señales más definitorias.

—De acuerdo —dice—. ¿Percibió en Diana algún otro cambio?

Piensas ahora que hubo muchos y que en su momento te parecieron inmensos. Aunque ¿lo eran? ¿Realmente lo eran?

—Sí —respondes—. Hubo otros cambios.

—¿Como cuáles?

Es una larga lista. Eliges uno al azar.

—Su música. Siempre había escuchado una gran variedad de música. Clásica. Folk. Rock. Cualquiera. Pero una gran variedad. Tras la muerte de Jason, sus gustos musicales se volvieron muy pobres, repetitivos. Un solo cantante.

—¿Quién?

Ves pasar el cedé de la mano de Diana a la de Patty, y en esa imagen, tan cargada ahora de trágico error, te maravilla no haber hecho temblar esas mismas manos.

Atenta, la pluma de Petrie se detiene en el aire.

—¿Quién?

Sientes el nombre en la boca como si fueran trozos de hueso en una poción maligna.

—Kinsetta Tabu.

3

Por respeto a los deseos de Diana, no hice ningún esfuerzo por ponerme en contacto con ella después de esa noche. Y pasaron dos semanas antes de que volviera a saber de ella. Entonces oí su voz al teléfono.

—Dejo la casa —dijo.

—¿Cuándo?

—Dentro de unos días. He encontrado un apartamento en Carey Towers. Es pequeño, pero para mí es suficiente. No necesito mucho espacio.

Pensé que hacía bien mudándose. No había duda de que la casa de Old Farmhouse Road estaba demasiado impregnada de dolor, de pesar y de pérdida y que se había convertido en un lugar desolado y lúgubre del que le convenía salir.

—He organizado un pequeño mercadillo con todo lo que no quiero en el jardín de casa el sábado —añadió—. Mark ya se ha llevado las cosas que quería. Voy a vender el resto.

—¿Necesitas ayuda?

—Claro. Ven temprano. Podemos desayunar juntos.

Abby fue conmigo ese radiante sábado por la mañana, un gesto con el que, naturalmente, yo había contado. La sorpresa fue que también Patty decidió acompañarnos.

—¿Estás segura de que quieres pasarte un sábado entero perdiendo el tiempo en un pequeño mercadillo casero? —le pregunté al verla venir por la acera hacia el coche.

—No tengo nada más que hacer —respondió—. No tengo ensayo con la banda y ya he terminado el trabajo que nos ha mandado el señor Donovan.

Minutos más tarde, cuando girábamos por la curva que está junto a la casa de Diana, vi que pegaba la cara a la ventanilla y miraba fijamente el enorme montón de objetos que mi hermana había desperdigado por el césped.

—Es como si se estuviera purgando —dijo sin apartar los ojos del césped —. Como si lo estuviera vomitando todo. Como hace Nina en el baño después de comer.

—¿Nina se purga? —pregunté.

—Claro —respondió Patty. Pareció sorprendida de que para mí eso fuera una novedad—. Hay muchas chicas que lo hacen. Ya sabes, rollos de piradas.

Me volví a mirar la casa de Diana y me pregunté de pronto si mi hermana habría sufrido en algún momento una convulsión de similar extrañeza, uno de esos «rollos de pirada» que la hubiera llevado a sembrar el jardín con sus

pertenencias.

Mis sospechas parecieron fundadas cuando aparqué en el camino de entrada de la casa. Había desplegado sábanas por todo el césped y las había cubierto con los diversos contenidos de las estanterías y cajones. También había sacado de la casa varios objetos voluminosos, como una cómoda de madera, varias estanterías larguiruchas y un par de estantes portacedés. Había ordenado los cedés para facilitar su identificación en viejas cajas de zapatos de modo que las etiquetas quedaran a la vista.

Sin embargo, no se había limitado simplemente a deshacerse de todo lo que no fuera a serle de utilidad en el nuevo apartamento. Había sacado al jardín su biblioteca entera junto con todos sus utensilios de cocina, incluidas las cacerolas y las sartenes. Había cajas llenas de comida enlatada, sal, pimienta, varios botes de especias, algunos ni siquiera abiertos. Había amontonado las toallas y las sábanas encima de una manta y todos sus zapatos, excepto un par en otra. Los suéteres, las blusas y las faldas colgaban de una larga cuerda gris que había tendido entre dos árboles. Todos los juguetes de Jason estaban a la venta junto con su ropa infantil. Todas las lámparas. Todas las sillas. Todas sus obras de arte, ya fueran cuadros o esculturas. Había una mesa entera llena hasta los topes de marcos vacíos y otra con juegos, vídeos y hasta un par de audiolibros.

Recorrí con los ojos las distintas sábanas. Estaban pulcramente extendidas en el jardín delantero, muy bien ordenadas, de modo que de pronto ya no me pareció que aquello tuviera nada de «purga».

—Ha decidido empezar de cero —dije—. Me alegro por ella.

Fuimos hacia la puerta principal y mi hermana la abrió de inmediato.

—Ya no queda mucho por hacer —dijo.

Y era cierto. En el interior de la casa, sobre los objetos más pesados —la televisión, el equipo de música, las camas, las mesas y un sofá— se veían ya etiquetas con precios tan bajos que no había la menor duda de que al final del día a mi hermana no le quedaría nada. De hecho, sólo vi el letrero de NO ESTÁ A LA VENTA en la vieja y ruidosa máquina de escribir Royal de mi padre, y en un trío de adquisiciones evidentemente recientes que seguían en sus cajas de origen: un ordenador portátil, una pequeña impresora láser y un fax.

—No cabe duda de que has estado muy ocupada —comentó Abby.

Diana le dirigió una mirada que ya le había visto antes, en la que se conjugaban la sorpresa ante el esfuerzo de mi esposa por manifestarle su simpatía, y de admiración por la enorme energía que aquello requería.

—En la cocina hay sitio para sentarnos —invitó mi hermana y miró a Patty —: Puedes quedarte con lo que quieras —le sonrió—. Lo que te apetezca.

—Gracias —respondió mi hija—. Echaré un vistazo.

Tras lo cual se giró y se dirigió al jardín. Avanzó entre las sábanas hasta que se detuvo ante la que estaba llena de cajas de zapatos con cedés.

—Hice café y compré donuts —anunció Diana.

Abby y yo la seguimos hasta la cocina.

—Veo que no pones a la venta la máquina de escribir del Viejo —observé.

Diana asintió.

—Muchas acusaciones paranoicas salieron de esa cosa —añadí.

Mi hermana bebió un trago de café con la vista fija en el borde blanco de la taza.

—Paranoicas, sí —reconoció tras retirar los labios de la taza—.Pero una o dos eran verdad.

Al caer la tarde casi todo lo que estaba en venta había desaparecido. Sólo quedaban unos cuantos marcos de cuadros encima de una mesa y algunas piezas de ropa que colgaban de la larga cuerda gris que había tendido entre dos árboles. Pero, aparte de eso, no había nada más en el jardín y la casa estaba vacía.

—Has puesto las cosas muy baratas —dijo Patty con una entonación de voz que era más de una pregunta que una mera observación. En suma, una suave interrogación.

—No quería que quedara nada —fue la respuesta de Diana—. ¿Has visto algo que te guste?

—No —contestó Patty despreocupadamente.

—Pues no puedes irte con las manos vacías —dijo mi hermana. Se dirigió a una mochila de color verde oscuro, desabrochó la cremallera de uno de sus bolsillos y sacó un cedé—. Toma —dijo.

El cedé tenía una cubierta de color violeta y unas letras góticas que no alcancé a distinguir.

—Es de Kinsetta Tabu —aclaró Diana.

—No sé quién es —dijo Patty.

—Utiliza instrumentos antiguos —le explicó Diana—. Sus canciones nos remontan al mundo antes de que lo poblara gente como nosotros.

—¿Como nosotros? —preguntó mi hija.

—Antes de que se nos fundiera el cerebro.

Patty la miró en silencio, aunque era obvio que permanecía a la espera de una explicación más aclaratoria.

—Es muy posible que antes de que se nos fundiera el cerebro, una parte de él hablara con la otra —le dijo Diana—. De modo que esa gente, los que habitaban el mundo antes que nosotros, podían oír sus propias voces fuera de sí mismos. —Miró hacia la derecha, donde el estanque de Dolphin Pond relucía tímidamente bajo el sol poniente—. Como Jason.

Imaginé esas voces procedentes de ninguna parte, como bocas invisibles flotando en el aire. Qué amenazador debía de haberle resultado a Jason oírlas formular órdenes extrañas, previniéndole contra otros niños, pintando su mundo de una infinita gama de tonos dignos de cualquier pesadilla. Me pregunté entonces si al final una de esas voces habría hablado mientras él estaba de pie delante de la verja protectora de la ventana mirando al estanque y a la enorme piedra clavada con firmeza como el poste de una verja en la orilla del agua. «Ve.»

—Debe de haber sido aterrador —dijo Patty.

—Sí, aterrador —concedió Diana. Luego me miró—. Por cierto, voy a trabajar en la biblioteca.

De pronto me acordé de las abigarradas habitaciones de la casa de Victor Hugo Street.

—Rodeada de libros —dije—. Como en los viejos tiempos —añadí, mirando a mi alrededor—. ¿Y qué piensas hacer con lo que sobre de todo esto?

—Lo tiraré a la basura —respondió. Volvió la mirada hacia la que era ya su casa vacía y centró entonces la atención en Abby. Cuál fue mi sorpresa cuando la vi acercarse a ella y estrecharla entre sus brazos—. Davey es muy afortunado —dijo.

Abby me miró con expresión de duda burlona en el rostro y la cabeza asomando sobre el hombro de Diana. Estaba, sin duda, sorprendida por el inesperado gesto de cariño de mi hermana. Aun así, esbozó una luminosa sonrisa y correspondió a su abrazo.

Entonces Diana la soltó y estrechó a Patty en un abrazo igual de cariñoso.

—A ver si hablamos algún día —dijo.

—Me gustaría —respondió mi hija.

Diana tomó en las suyas las manos de mi hija.

—Entonces que así sea.

Ésa era una de las arcaicas construcciones típicas del Viejo que siempre formulaba, como si estuviera comunicando un ultimátum desde la puerta del Senado romano.

—Hacía mucho que no oía eso —dije.

—¿Que no oías qué? —preguntó Diana.

—La forma de hablar del Viejo.

Pareció sinceramente sorprendida.

—¿En serio, Davey? —dijo—. Yo le oigo hablar todo el tiempo.

—¿A cuento de qué venía eso? —preguntó Abby al meterse en la cama esa misma noche. Se colocó una almohada tras la espalda y cogió un pequeño bote de crema facial de la mesita de noche—. Eso de darle a Patty ese extraño cedé. —Desenroscó la tapa del bote, hundió el dedo en él y sacó un montón de crema que depositó en su otra mano—. Y decirle que a ver si hablan algún día. —Se frotó las manos y empezó entonces a aplicarse la crema en la cara—. ¿Te parece que se siente sola, Dave?

—Bueno, ha perdido a su hijo y también a su marido, así que…

—Me refiero a Patty —me interrumpió Abby.

—¿Qué te hace pensar que Patty se siente sola? —pregunté.

En vez de contestarme, se limitó a soltar una ligera carcajada.

—¿Te acuerdas del nombre que tu padre quería darle? —preguntó—. Hypatia. No recuerdo quién fue, pero sí que algo terrible le ocurrió.

—Hypatia fue la última astrónoma pagana de Alejandría —le expliqué,

recordando los detalles de una de las conferencias nocturnas del Viejo—. Una turba de cristianos terminó con su vida, lapidándola y desgarrándola con conchas de ostras.

Abby negó con la cabeza.

—A quién se le ocurre querer que su nieta lleve el nombre de una mujer que murió en esas circunstancias —dijo, temblando melodramáticamente—. Tu padre tenía cosas horribles en la cabeza, Dave. Supongo que de ahí le viene a Diana.

—¿A qué te refieres?

Abby se arrellanó bajo las sábanas.

—A esas sombrías ideas suyas.

—¿Qué te hace pensar que tiene ideas sombrías? —pregunté—. ¿Ideas sombrías respecto a qué?

—Sobre Jason —respondió Abby—. Me di cuenta el día que volvió del juzgado al ver su expresión cuando tú me contabas el veredicto del juez. Como si no creyera que había sido un accidente.

—¿Y por qué no iba a creer que había sido un accidente? —pregunté sin poder reprimir la risa—. Me parece que la de las ideas sombrías eres tú.

Ella no presentó ninguna otra argumentación. Aun así, sentí una extraña necesidad de reforzar el caso.

—Abby —dije—, Diana tuvo una infancia poco habitual. Demasiadas lecturas. Y tener que recitar constantemente para el Viejo, intentando calmarle. Nunca pensé que fuera a llevar una vida normal.

Seguí entonces hablando del alivio que había sentido cuando, tras la muerte del Viejo, mi hermana se había casado, se había quedado embarazada, había dado a luz, había sido una buena madre, y gracias a todo ello, había logrado dar esquinazo al curso chiflado y distorsionado de su ecuación, escapando, como también yo creía haberlo hecho, de las consecuencias de la locura de nuestro padre.

—Diana es un triunfo —dije—. Una superviviente.

Abby acercó la mano a la lámpara.

—Lo que tú digas, Dave.

Aunque se quedó profundamente dormida en cuestión de pocos segundos, cuando una hora más tarde sonó el teléfono, yo seguía dándole vueltas al asunto. Me pareció una coincidencia cuando menos sorprendente que fuera Diana.

—Estoy leyendo cosas sobre el Hombre de Cheddar —dijo—. El esqueleto que encontraron en Cheddar Gorge, en Inglaterra.

—¿Qué pasa con él? —pregunté.

—Había huesos de animales en la cueva junto a él, y presentaban las mismas señales —respondió Diana—. Rascadas. Es decir, que se lo comieron. Otras personas. Utilizando herramientas. —Hizo una breve pausa y añadió—: Lo siento, Davey. No me he dado cuenta de la hora que es. ¿Te he despertado?

—No —respondí—. Estaba despierto. ¿Qué haces leyendo sobre ese…

Hombre de Cheddar?

—Es que Kinsetta Tabu tiene una canción sobre él. Espera. Escucha.

Otra breve pausa y luego una voz de mujer invadió la línea cantando al ritmo de un primitivo acompañamiento que sonaba vagamente como una cuchilla raspando piedra o hielo, repitiendo una única y sobrecogedora frase: «El mundo en torbellino es la marca del mundo».

La voz de Diana volvió de nuevo a la línea.

—Está en el cedé que le di a Patty. Me he comprado otro para mí. Se me ocurrió que quizá tendría preguntas después de escuchar el cedé y eso me llevó al Hombre de Cheddar.

Me acordé de los demás cedés. Cajas llenas de ellos a la venta.

—¿Por qué decidiste guardar ese cedé en particular? —pregunté.

—Porque Jason lo estaba escuchando mientras yo no estaba en casa —respondió Diana.

—¿El día que murió?

—Sí.

Se produjo otro breve silencio y casi pude sentir pensar a mi hermana y oír los diminutos estallidos que tenían lugar en su cerebro.

—Entonces fue la última voz que oyó —dije—. La de Kinsetta Tabu.

Su respuesta tuvo el efecto de una diminuta punta de acero al clavárseme en la piel: preocupante, aunque no mortífera.

—Quizá —dijo.

—Quizá —repite Petrie—. ¿Eso es todo lo que dijo?

Asientes con la cabeza, le miras a los ojos, buscando en ellos alguna señal que indique que no se maneja con absoluta soltura en el ámbito al que le estás llevando, que tiene la ligera impresión de que aquí moran los dragones.

—Entonces, ¿no percibió el menor cambio en el comportamiento de Diana? —pregunta el detective.

Te das cuenta de que Petrie sigue en su elemento, fiel al entrecortado ritmo enemigo de las tonterías propio de los interrogatorios típicos de los guiones cinematográficos.

—Pero sí observé un cambio en el mío —le dices.

—¿Qué clase de cambio?

—Una sombra de miedo.

—¿De qué tenía miedo?

—De profundizar más.

Petrie asiente con la cabeza y al verle entiendes que compartes esto con él, esta vacilación a la hora de mirar. Te preguntas entonces delante de cuántas cortinas de ducha habrá vacilado, helado, de pie y en silencio, deseando no ver el sangriento amasijo que, como bien sabe, le espera al otro lado.

—Es un defecto muy común entre la gente como nosotros —añades.

—¿La gente como nosotros?

—La gente que busca pruebas, que confía en la evidencia.

Le observas mientras él retrocede una página y estudia sus anotaciones.

—Aunque, para ser precisos, fue su mujer la primera en mencionarlo, ¿no es así? —pregunta—. Me refiero al hecho de que algo ocurría en la mente de Diana.

Suena en tu cabeza la voz de Abby. «Como si no creyera que fue un accidente.»

—Sospechas —añade Petrie, como si deseara retomar ese instante anterior en sus anotaciones—. Sobre la muerte de Jason.

De pronto estás de pie junto al estanque. Un niño rubio se detiene al llegar a la orilla del agua. Lleva una camiseta blanca y unos pantalones cortos de color azul marino. Tiene los brazos sobre los costados y los ojos fijos en el agua que le baña los dedos de los pies al tiempo que un pie diminuto y descalzo se eleva en el aire para sumergirse en el agua.

—Que quizá no fuera un accidente —añade una vez más Petrie.

Te gustaría saber lo que debe de estar viendo Petrie, este detective pulcro y elegantemente vestido. ¿Qué sospechoso entre la fila de rostros es el objeto de su auténtica sospecha? ¿Qué crimen? ¿Qué muerte? ¿Qué nombre mencionará a continuación?

Esperas a que haga su elección.

Estudias sus ojos e intentas adivinarlo.

Pero te equivocas.

—El Hombre de Cheddar —dice.

4

Cuando a la mañana siguiente entré en la cocina, Abby ya estaba preparando el desayuno. Siempre dormía a pierna suelta y se despertaba descansada, mientras que a mí me costaba horrores dormirme. De ahí que me despertara como si hubiera estado toda la noche corriendo delante de una manada de animales salvajes con la cara convertida en un fiel recordatorio de la del Viejo, con sus mismos ojos extrañamente desolados.

—¿Llamó alguien anoche? —preguntó.

Miré por la ventana y vi a Patty esperando el autobús. Los dos hilos blancos e idénticos de su iPod se deslizaban cuerpo arriba desde el bolsillo de su chaqueta hasta los diminutos altavoces que tenía insertados en las orejas.

—Sí —respondí.

Abby me llevó una taza de café y se sentó a la mesa delante de mí.

—¿Quién era?

—Diana. Quería hablarme del Hombre de Cheddar. De ese… fósil, supongo que podríamos llamarle. —Tomé un rápido sorbo de café—. Dice que los huesos demostraban que había sido comido por otras personas.

Abby pareció confundida.

—¿Y por qué le ha dado a Diana por leer sobre algo así?

—Pues porque esa cantante, la del cedé que le regaló a Patty, tiene una canción que habla del tal Hombre de Cheddar. Según me dijo, Jason estaba escuchando ese mismo cedé esa mañana antes de salir de casa.

Me pregunté en ese momento de qué modo Diana reviviría a partir de entonces los dolorosos hechos de la muerte de Jason, quizás incluso la última imagen que tenía de él, que debía de haber tenido lugar en el salón familiar con las estanterías metálicas donde estaba el equipo de música, quizá sentado en el sofá de color rojo oscuro, de espaldas a la ventana mientras Dolphin Pond relucía bajo el sol del mediodía al otro lado y la voz de Kinsetta Tabu impregnaba el aire a su alrededor y él escuchaba con la cabeza levemente ladeada.

Abby dio un pequeño mordisco a una tostada y se tragó el trozo de pan con un sorbo de café.

—Bueno, quizás el nuevo trabajo la ayude a superarlo.

Imaginé a Diana en la biblioteca, acurrucada sobre una mesa y con los ojos en un libro. La había visto en esa postura muchas veces cuando era niña: sentada sobre sus piernas encogidas y con la larga melena suelta como una cortina de oro puro.

—Ya viene el autobús —dijo Abby.

Volví la vista hacia el punto donde Patty esperaba al borde de la carretera. Ya no estaba sola. Los demás niños se arracimaban en pequeños grupos de animadas conversaciones. Me fijé en que Patty se mantenía aparte, de cara al autobús mientras éste se acercaba a ella, con la cabeza inclinada un poco a la derecha, justo en el mismo ángulo en el que yo había visualizado a Jason el día de su muerte. Escuchaba como él.

Llegué unos minutos tarde a la oficina. Dorothy, la recepcionista, me saludó con su sonrisa de costumbre.

—Hoy Lily ha salido.

Lily era mi secretaria.

—Y Charlie le espera —añadió Dorothy.

Charlie era mi socio en la compañía y también el padre de Nina, a la que de pronto imaginé envuelta en un enjambre de sombras. Era una chiquilla con demasiado que esconder.

—Gracias —dije antes de seguir por el pasillo hacia la puerta de mi despacho, donde mi socio me esperaba ya.

—Buenos días, Charlie.

Sostenía una fotografía en la mano derecha.

—Ha llegado esto por fax a tu nombre —anunció al tiempo que levantaba el papel hacia mí—. ¿Alguna idea de quién ha podido enviarlo?

Miré la fotografía y la respuesta fue obvia.

—Mi hermana —le dije.

Me lanzó una mirada curiosa.

—¿Tu hermana?

—Es uno de sus nuevos focos de interés —le expliqué antes de entrar a mi despacho, tomar asiento delante de mi escritorio y mirar la fotografía.

En la imagen aparecía el Hombre de Cheddar tumbado boca arriba, con las piernas dobladas bajo el cuerpo. Presentaba una gran herida en el cráneo, una lesión que podía asociarse perfectamente a una muerte violenta, aunque un corte semejante podría haber sido también fruto de cualquier causa mucho menos malévola. Las cuencas vacías de los ojos eran grandes y redondas y casi pude sentir que otro Hombre de Cheddar me miraba desde el oscuro pozo de sus ojos ausentes.

En mi cabeza empezaron a sonar los primeros acordes de «El mundo en torbellino es la marca del mundo», el susurrado cántico de Kinsetta Tabu, y, por alguna razón que no alcancé a entender en ese momento, me acordé del día en que nació Jason. Fue un parto por cesárea y el bebé pasó de la sala de partos a la incubadora. Le vi desnudo bajo el cristal, tumbado boca abajo, con un hombro levantado y las piernas encogidas bajo el cuerpo, una postura inquietantemente similar a la del Hombre de Cheddar. Mark se había acercado a la ventana y estaba de pie junto a mí y, en ese preciso instante, tal y como

ahora lo recuerdo, un anuncio sonó de pronto a voz en grito desde los altavoces del hospital. Jason reaccionó como una fiera al anuncio de los altavoces, pateando y agitando los brazos, y gritando tan fuerte y dando muestras de un pánico tan impotente que llegué a oír sus gritos desde el otro lado del cristal. «Qué asustado debe de estar», pensé en ese momento. «Tan solo y a oscuras, incapaz de interpretar el sonido que le ha sobresaltado, ni de saber tan siquiera de dónde viene, enfrentado de pronto a esta vida aterradora y desconocida, con sus extrañas luces y sonidos, todo procedente del exterior, todo tan amenazador, "El mundo en torbellino es la marca del mundo".» Miré a Mark, sabedor de que debía de sentir lo mismo que yo, y le supuse ansioso por entrar a la sala y consolar a su pequeño, acunarlo entre sus brazos y convencerle de que terminaría por acostumbrarse a esas sensaciones extrañas y aterradoras. Pero no me pareció que Mark fuera presa de semejante impulso. De hecho, vi su rostro descomponerse en una amplia sonrisa.

—¿Has visto qué reflejos tiene? —preguntó orgulloso.

Me volví a mirar al desnudo bebé que estaba al otro lado del cristal. Tenía una densa mata de pelo rizado, pero eso llamaba menos la atención que la expresión de su diminuto rostro: me pareció helada de puro terror. Sí, había terror y también una extraña tristeza, como si supiera ya que era material defectuoso, incapaz de estar a la altura de las exaltadas expectativas de su padre.

De pronto, al volver a fijar la mirada en la fotografía del Hombre de Cheddar y reparar una vez más en su espantosa desnudez y en el testimonio de sus huesos descarnados, me pregunté si, a pesar de su primitivismo, esa ancestral criatura se habría avergonzado por no haber sido lo suficientemente rápido para escapar de quienes le perseguían, o lo bastante listo para haberles eludido de algún otro modo. Si habría sentido el aguijonazo de su propia insuficiencia, la brutal decepción de sus parientes y compañeros, si habría sido dolorosamente consciente de su terrible fracaso a la hora de comprender el peligro que le acechaba antes de que fuera demasiado tarde.

Abrí el cajón de mi escritorio, guardé en él la fotografía y lo cerré presa de una inquietante sensación de reconocimiento de nuestro distante aunque común legado, de lo desnudos que seguíamos ante los elementos y de lo impotentes que somos ante los avatares del destino. Me embargó una extraña sensación de impotencia y de incitación al delito al tiempo que devolvía al Hombre de Cheddar a las entrañas de una oscuridad que jamás abandonaría.

Minutos más tarde, Dorothy anunció la llegada de mi primera visita del día.

—Hazle pasar —le dije.

Ed Leary entró a mi despacho segundos después. Tenía cincuenta y cinco años y era el dueño de la única tienda de lápidas de la ciudad y en ese momento estaba metido en una amarga disputa por sus modestas propiedades, básicamente la partida de lápidas de granito sobre las que tallaba los nombres y

las fechas de los muertos junto con los sentimientos finales de quienes les habían querido o afirmaban haberles querido en vida.

Su mujer había presentado una demanda de divorcio hacía tres meses y Ed me había pedido que le representara.

—Ethel lo quiere todo —había gritado durante nuestra primera entrevista —. Todo aquello por lo que yo llevo trabajando toda la vida. ¿Y qué es lo que ha hecho ella? Nada.

—Las labores domésticas también cuentan —le recordé con suavidad.

—¿Qué labores domésticas? —protestó Ed, esta vez con el puño en alto—. Nunca ha tenido la casa limpia. Nunca me ha tenido la cena en la mesa cuando yo llegaba a casa.

Durante nuestros siguientes encuentros, Ed siguió rabiando de forma similar al tiempo que el proceso de descubrimiento, de propuestas y contrapropuestas, avanzaba hacia la disolución de sus veintinueve años de matrimonio como una enorme y tambaleante criatura: aturdido, furioso y agotado, pero ante todo sumido en la confusión total por la sed de venganza de su esposa.

—Yo sería incapaz de odiar a una serpiente como ella me odia a mí —me dijo en una ocasión visiblemente desconsolado—. ¿Y qué es lo que le he hecho, salvo casarme con ella?

—Quizá sea eso —le dije—. Quizá crea que casarse contigo no es sólo un error, sino el error de su vida. Es algo que veo a menudo. No es al marido a quien odia la esposa, sino la vida que tiene por haberse casado con él.

Ed meditó mis palabras durante un instante y dijo:

—Ah, entonces, ¿por qué no se divorció antes de mí? En otras palabras: ¿cómo puede una mujer vivir con el hombre que, según cree, le ha destrozado la vida, y desperdiciar así sus días?

—No sé cómo pueden hacerlo, Ed —concedí—. Sólo sé que lo hacen.

Él sacudió su enorme cabeza, a todas luces desesperado.

—Quiere dejarme en la calle para que tenga que empezar de cero, para que tenga que volver a crearlo todo de la nada. Pero ¿quién tiene tiempo para eso? Ya no soy un hombre joven, Dave.

Esa mañana en particular, Ed llevaba unos pantalones de algodón grises y una camisa de franela de color verde vagamente oliva. Tenía unas pequeñas medias lunas bajo los sobacos y jadeaba, como un corredor. «Cincuenta y cinco años y cuesta abajo», pensé. «Cincuenta y cinco con el lobo en la puerta.»

—Entonces seguimos igual, ¿no? —preguntó mientras se desplomaba en la silla situada delante de mi escritorio—. No da su brazo a torcer. —Se removió incómodo en el asiento—. Lo que quiere es dejarme solamente con una pequeña lápida con mi nombre grabado en ella. Lo que quiere es verme viviendo de la beneficencia. Arruinarme. Pero dime tú, ¿qué saca una persona arruinando a otra? —Reclinó la espalda contra el respaldo y dejó escapar un suspiro de agotamiento—. Menudo marrón tenemos, Dave.

Como no había ningún punto específico que tocar, decidí no añadir nada al comentario de Ed.

Por fin se levantó.

—Menudo marrón tenemos —repitió mientras se volvía hacia la puerta.

Lo cierto es que no tenía la menor idea de lo que quiso decir Ed ni tampoco ningún deseo de saberlo. Su caso era simplemente trabajo al que atender. Abrí el cajón del escritorio y busqué un nuevo caso. Ed se volvió de nuevo hacia mí, como respondiendo a la llamada de una voz que yo no pude oír y, al volverse, miró hacia mi escritorio y vi cómo sus ojos escudriñaban la fotografía que vislumbró allí, la del Hombre de Cheddar con el cráneo herido y las cuencas de los ojos vacías.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Nada —respondí, encogiéndome de hombros—. Es sólo una foto que me ha mandado mi hermana.

—Tu hermana —repitió Ed—. Algo leí sobre ella.

—¿Qué leíste sobre Diana?

Su tono se volvió melancólico.

—Que perdió a su hijo.

Así que eso era lo que había leído: uno de los artículos de la prensa local sobre la muerte de Jason.

—Sí, así es —respondí.

Negó con la cabeza.

—Menudo marrón, Dave —dijo.

Asentí con la cabeza.

—Qué mundo este —añadió en voz baja. Siguió mirando la fotografía durante un instante más y luego levantó hacia mí sus grandes y agotados ojos —. Ella sabe —añadió—. Tu hermana, me refiero a tu hermana. —A continuación dio media vuelta y salió de mi despacho, se alejó por el pasillo y cruzó el aparcamiento. Desde la ventana de mi despacho, le vi subir a su camioneta y marcharse. «Ella sabe», volví a oírle decir una vez más, como si Diana y él compartieran un secreto triste y oscuro: un mapa no de tesoros ocultos, sino de trágicas y desconocidas orillas.

Me encontré con Charlie a mediodía para almorzar en el Sara's Diner de Main Street. Hacía quince años que éramos socios en lo que mi socio había bautizado en son de guasa como «nuestra distinguida empresa de a dos». Charlie era un hombre calmado y desde siempre totalmente carente de cualquier sombra de ambición. Habíamos estudiado en el mismo instituto mediocre y habíamos cursado nuestros estudios de derecho en la misma universidad mediocre. Como en mi caso, Charlie jamás había torturado su mente con cuestiones demasiado serias. Aunque agradable y competente, había saciado cualquier pequeño fuego que pudiera haber ardido —si es que tal cosa había ocurrido alguna vez— en su abundante tripa.

Como siempre, él pidió una hamburguesa *deluxe* con una Pepsi grande. Yo opté por una ensalada y una taza de café.

—¿Así que te las has visto con Ed? —preguntó.

—Simplemente le he puesto al día.

Él se rió.

—Qué curioso. Estaba seguro de que era él quien te había enviado el esqueleto.

—¿Qué te hizo pensar eso?

Charlie dio un mordisco a la hamburguesa y masticó despacio.

—Supuse que era nuestro turno. Hace un par de días, Bill Carnegie recibió una roca en una caja de zapatos.

—¿Una roca?

—Con un montón de raspaduras —dijo—. La verdad es que le trastornó un poco. Como si fuera una amenaza. Como si le estuvieran mandando el mensaje de que la próxima vez se la tirarían por la ventana. Hay un montón de pirados ahí fuera, por si no lo sabías.

Pensé en Nina, su hija gótica vestida de negro, con el pelo teñido de azul, verde o rosa fosforescente, inclinada sobre un lavabo, purgándose, y me pregunté si Charlie habría temido ser blanco de una muestra de locura más profunda, si alguna vez habría imaginado a esa misma pálida chiquilla deslizándose por un oscuro pasillo y acercándose a su dormitorio con un cuchillo.

—Bill supuso que era Ed quien se la había enviado —añadió Charlie, limpiándose una salpicadura roja de *ketchup* que tenía a un lado de la boca—. Ya sabes que representa a Ethel. —Se encogió de hombros y añadió con aire distraído—: Aunque, ahora que lo pienso, también podría haber pensado que había sido tu hermana.

—¿Diana? —Detuve el tenedor en el aire—. ¿Y por qué diantre iba a sospechar algo así?

—Bueno, en realidad, no tenía por qué —dijo Charlie, desestimando la idea—. Es sólo que Bill mencionó que habían tenido cierto desacuerdo —añadió, dándole otro mordisco a su hamburguesa—. Supongo que tú lo llamarías la confidencialidad abogado-cliente.

—¿La confidencialidad abogado-cliente? ¿Y a qué vino eso?

—Pues a que Diana quería que Bill le dijera lo que Mark le había dicho.

—¿Sobre qué?

—Sobre Jason.

—¿Te refieres a su muerte?

—Sí —respondió Charlie antes de tomar un sorbo de Pepsi—. Mark es una especie de científico, ¿no?

—Es bioquímico. Y, evidentemente, uno de los brillantes. Según dice, está a punto de hacer un gran descubrimiento.

—Un gran descubrimiento —repitió Charlie, echándose a reír—. Bah, científicos —añadió, burlón—. No me gustaría tener a uno como cliente. Todo

ese campo, el de la propiedad intelectual…, menudo quebradero de cabeza. Un científico descubre una teoría y de pronto cree que el mundo entero está dispuesto a robársela. Atajo de paranoicos, eso es lo que son.

Me incliné hacia delante.

—Dime, ¿qué es lo que buscaba Diana?

Charlie se metió una patata frita en la boca ensartada en el tenedor.

—¿Y qué más da eso? Ya conoces a Bill: estricto como un maestro de escuela. No le dijo nada a Diana. Eso fue lo que le llevó a pensar que quizá fue ella quien le envió la roca. Creyó que estaba furiosa con él porque se había negado a decirle nada.

—Diana jamás haría algo así —le dije.

Charlie tomó un último sorbo de su refresco.

—En cualquier caso, Bill se quitó el caso de encima. Le dijo a Mark que fuera a ver a Stewart Grace.

—¿A Stewart Grace?

Mi socio se limpió la boca.

—Sí.

—Pero Grace lleva casos criminales —dije bajando la voz—. Asuntos serios.

Charlie se volvió a mirar por la ventana hacia la pequeña ciudad a cuya gente conocíamos tan bien como las insignificantes disoluciones que les afligían.

—Sí, no es de los que se pringa con las mierdecillas que manejamos nosotros —dijo barriéndome con los ojos—. Cuando hablamos de Stewart, normalmente hablamos de asesinato.

Asesinato.

Ves cómo la palabra queda registrada en los ojos de Petrie: las muertes que a partir de ahora tiene el deber de investigar, cada una de las cuales visualizas de pronto en imágenes fundamentales de ropa, agua, hierro, madera. No te cabe duda de que en la cabeza de Petrie se arremolinan ya visiones del todo distintas de violencia: pistolas, cuchillos, cuerda, el desolador atrezo de la masacre.

—¿Qué pensó cuando se enteró de que Bill Carnegie había puesto a Mark en manos de Stewart Grace? —pregunta Petrie.

Te acuerdas de Grace y del día en que fuiste a verle, de la claridad que desvelaba su rostro, tan poco velado en traición. Recuerdas lo pequeño que te sentiste delante de él, cuán mancillado por tu propia mediocridad, por la lacra espantosa e irradicable que el Viejo siempre había llamado «la verdadera marca de Caín».

La voz del Viejo suena de pronto en tu mente:

—Dime, mi joven Dédalo, ¿qué separa al Hades del mundo de los Vivos?

—Un río.

—¿Sólo uno?

—No..., cuatro..., dos... No..., cinco.

—Enuméralos.

—El Aqueronte.

—¿Y ése es...?

—El río de la tragedia.

—¿Siguiente?

—El Cocito..., el río de... las lamentaciones.

—¿Siguiente?

—El Flegetonte. El río del... ¿fuego?

—¿Es o no el Flegetonte el río del fuego?

—Creo que sí..., pero...

—La incertidumbre es la muerte.

—Sí..., sí. Lo es.

—¿Siguiente?

—El Leteo.

—¿Que es...?

—El río del olvido.

—¿Y por último?

—¿Señor Sears?

Vuelves a la habitación, miras a Petrie y te preguntas si las ves ahora relampaguear en tus ojos, esas pequeñas llamaradas que parpadean en el extremo más remoto del Estigia, el río del odio.

Recuerdas entonces la pregunta original de Petrie y la respondes al instante.

—En ese momento no pensaba realmente en Stewart Grace —le dices.

—¿En quién pensaba entonces?

—En Bill Carnegie. Quería saber por qué Diana había acudido a él. Intentaba obtener respuestas.

Recuerdas a Diana en el juzgado y también la extraña expresión que había asomado a sus ojos al ver a Bill Carnegie. ¿Acaso era extraña? Ya no estás seguro del todo y, sumido de pronto en esa incertidumbre, te ves de pronto de pie en el terrible espacio en el que ella trabajaba, con la mirada fija en la cita medieval que había impreso en letras negras muy visibles y que había colgado como un himno en la pared de detrás del escritorio: «Envíanos un rayo de luz fantasmal y penetra esta nube del no saber».

—No entendí lo que quería decir —le dices al detective—. Así que fui a verle. A Bill. Estoy seguro de que ya lo sabe.

Petrie asiente suavemente con la cabeza.

—Sí.

En tu mente ves a Bill Carnegie entrar por la puerta del juzgado y sacar un paquete de cigarrillos mientras baja deprisa las escaleras hacia ti. Sus primeras palabras te habían sorprendido y alarmado a la vez. «Te veo un poco tenso, Dave.»

Imaginas que ése era exactamente tu aspecto: tenso, inseguro, quizás incluso en ese primer momento temeroso ya del camino que se anunciaba, ese primer paso que lleva de un giro al siguiente hasta que por fin llegas al precipicio.

5

Al teléfono, Bill Carnegie no se anduvo con rodeos sobre sus obligaciones profesionales.

—No puedo hablar de Mark —me advirtió—. Sólo de tu hermana.

—Diana es lo único que me interesa —le tranquilicé.

Nos encontramos delante de los juzgados a primera hora de la tarde, de pie, en la acera, mientras un turbado ir y venir de litigantes subía y bajaba los largos escalones de cemento.

—Pareces un poco tenso, Dave —dijo Bill.

—¿Ah, sí?

—Preocupado. Quizá sea ésa la palabra —añadió. Encendió un cigarrillo con un mechero de plata, cerró la tapa y volvió a guardárselo en el bolsillo de la chaqueta del traje—. Una costumbre deleznable, lo sé —dijo—. Deberías ver cómo me miran. Cualquiera diría que soy un pederasta. —Dio una larga calada al cigarrillo y exhaló una fina columna de humo—. Muy bien. Hablemos de Diana.

—Como ya te he dicho por teléfono, me ha sorprendido que haya ido a verte.

—A mí también.

—Me gustaría saber por qué lo ha hecho.

Más que darme una respuesta, Bill me abordó como era habitual en él.

—Si no te importa, ¿por qué lo preguntas exactamente, Dave?

—Porque estoy preocupado por ella.

—¿Por qué?

Me di cuenta de que, hasta ese preciso instante, hasta que había oído la pregunta formulada en voz alta, no había sabido el motivo. De pronto, lo vi con absoluta claridad.

—Mi padre —respondí—. Tenía un problema.

Bill volvió a darle una calada al cigarrillo y esperó.

—Un problema mental —añadí—. Era paranoico. Sufría una esquizofrenia paranoide.

Durante una décima de segundo todos los terrores de mi infancia relampaguearon en mi cabeza: el Viejo irrumpiendo en las habitaciones, lanzando libros y llamando a gritos a Diana mientras yo me refugiaba en algún oscuro rincón de mi insondable agitación.

Bill tiró el cigarrillo al suelo y lo aplastó con la punta del zapato.

—Nada más que unas cuantas caladas. Es todo lo que me permito —me

explicó—. Entonces, ¿crees que quizá también Diana tenga ese problema?

—Sólo intento saber lo que tiene en la cabeza —respondí—. Lo que piensa.

—Piensa en Jason.

—¿En qué exactamente?

Carnegie miró a la derecha y saludó con una inclinación de cabeza a un fiscal que pasaba en ese momento por su lado.

—No hay mucho que pueda decirte. Fue una reunión muy breve.

—Cualquier cosa me ayudaría.

—Quería saber lo que Mark había dicho sobre esa mañana —me dijo Bill.

Esa mañana.

Repasé mentalmente los pocos acontecimientos que habían tenido lugar: Mark había vuelto a casa del trabajo, Diana había salido a comprar, Jason estaba en el salón escuchando un cedé, se levantó, fue hacia la puerta, salió por ella y cruzó el césped hasta encontrarse con la verja que le detuvo durante un instante y que dejó de hacerlo poco después.

—Parecía buscar hechos —añadió Bill.

—¿Qué clase de hechos?

—Dónde estaba en cada momento.

—¿Quién?

—Mark.

—¿Quieres decir que quería una descripción cronológica de lo ocurrido?

—Más o menos —dijo Bill—. Me preguntó si tenía grabada alguna de nuestras conversaciones. Le dije que no, aunque poco importó porque eran conversaciones privadas. Ya sabes, confidencialidad entre abogado y cliente. Aunque discutió un poco conmigo sobre ello, no me pareció que fuera ésa su intención. Fue más una puesta en escena, como si supiera desde un principio que yo no iba a decirle nada de lo que Mark me había dicho.

—Entonces, ¿por qué te lo preguntó?

Bill se encogió de hombros.

—Quién sabe. Quizá quería saber si existía alguna clase de registro de nuestra conversación. Notas. Cintas. Cualquier cosa. No es la única persona que ha intentado arrancarme ese tipo de información.

—¿Y por qué iba a importarle eso a Diana?

—Por ningún motivo, a menos que tuviera intención de entrar por la fuerza en mi despacho. —Se rió al considerar lo absurdo de la idea: una mujer con un juego de herramientas de ladrón, forzando la cerradura de la puerta de su despacho y acercándose con una palanca al armario en el que guardaba su información más secreta—. De todos modos, aunque hubiera un registro completo de mis conversaciones con Mark, a tu hermana no le habría sido de ninguna ayuda.

—¿Por qué?

—Porque Mark nunca mencionó a Jason ni nada de lo que le ocurrió.

—¿Nunca?

—Ni una sola vez durante nuestras conversaciones —respondió Bill—.

Hablamos sobre el divorcio y sobre el acuerdo. Eso fue todo.

—¿Se lo dijiste a Diana?

—Claro. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—¿Cómo reaccionó?

Una expresión meditativa se reflejó en los ojos de Billy.

—Eso fue lo extraño —dijo—. No pareció sorprendida. De hecho, tuve la impresión de que era eso precisamente lo que quería saber, quizás incluso confirmar lo que de algún modo ya sospechaba…, no algo que Mark hubiera dicho sobre Jason, sino el hecho de que no hubiera dicho nada en absoluto.

—Patty no viene a cenar —me dijo Abby cuando llegué a casa esa noche—. Está trabajando en un proyecto.

—¿Y cómo volverá a casa?

—Nina la traerá —respondió.

—No sabía que Nina y ella eran amigas.

—No creo que lo sean —dijo—. Simplemente trabajan juntas en este proyecto, y Nina tiene carné.

Aunque no me hizo ninguna gracia la idea de que Nina acompañara a Patty a casa, preferí no decir nada porque era consciente de que no tenía nada que ver con que Nina fuera mala conductora, cosa de la que no tenía constancia alguna, sino con el hecho de que era una persona inestable, inmadura para alguien que estaba a punto de hacerse mujer y por tanto a todas luces una influencia poco deseable. El propio Charlie se refería a menudo a ella como a «la *freak*», y parecía ansioso por ver llegada la hora en que terminara el instituto y empezara la universidad. «Créeme, Dave», decía, «no voy a tener ni una pizca del síndrome del nido vacío».

—¿Cuándo ha dicho Patty que volvería? —pregunté.

—Más tarde —respondió Abby con despreocupación.

—¿Y dónde has dicho que está exactamente?

—En la biblioteca.

—¿En la del instituto?

—No lo sé, Dave —respondió—. Me lanzó una mirada desconcertada—. ¿Qué pasa?

—No sé. —Me encogí de hombros y cambié de tercio—. Hace un par de días Diana fue a ver a Bill Carnegie. Quería saber si Mark había dicho algo sobre Jason.

Enseguida me di cuenta de que para Abby aquello no tenía nada de novedoso.

—Últimamente se ha estado comportando de un modo muy extraño —dijo. Me miró con indulgencia, como queriendo decir: «siento tener que decírtelo»—. La gente habla, Dave —añadió—. Me he encontrado con Leonora Gault en el supermercado. Vive justo delante del bloque de apartamentos al que se ha mudado Diana. Dice que la ha visto dando vueltas por ahí de noche.

Bueno, muy temprano, para ser más exacta. A las dos o tres de la mañana.

Me acordé de los paseos que el Viejo daba a altas horas de la noche, del ruido de la puerta cuando se marchaba. Poco después volvía a oír ese mismo ruido, aunque más leve, que me alertaba de que Diana había salido en su busca. Sin embargo, como sobrevivimos tanto negando algo como enfrentándolo, dije:

—Yo no lo calificaría de «extraño». Tiene muchas cosas en la cabeza. Su futuro entero. Hace nada tenía una familia. Un marido. Un hijo. Ahora sólo me tiene a mí.

Nada de lo que dije cambió la opinión de Abby. Ni tan siquiera interrumpió, aunque brevemente, el hilo de su narración.

—Leonora se acercó a su casa y llamó a la puerta —prosiguió—. Diana le abrió, pero no la invitó a pasar, sino que fue ella la que salió y cerró la puerta tras de sí.

—¿Y?

—Que le pareció extraño, nada más —dijo Abby—. Como si Diana no quisiera que echara una mirada al apartamento. A Leonora le resultó espeluznante.

—¿Espeluznante?

Pensé en la visita que Diana le había hecho a Bill Carnegie.

—Si fueras Mark, ¿te parece que Diana te habría asustado? —pregunté.

Vi encenderse una de las mil lucecitas de Abby.

—Sí —dijo, como admitiéndolo por primera vez—. Sin duda.

Después de cenar me fui a mi pequeño estudio para revisar algunos de los casos que sabía próximos. Seguía aún trabajando cuando Patty llegó a casa. Asomó la cabeza con una sonrisa.

—Hola, papá.

—Hola.

No dijo nada más. Tan sólo se retiró de la puerta y se fue a su habitación por el pasillo.

Normalmente, habría seguido trabajando y después me habría ido a la cama, sin tener que volver ver a Patty hasta la mañana siguiente, pero tras unos instantes me vi volviendo una vez más a mi infancia, a las largas horas que pasaba en mi cuarto, temiendo salir, atento a los movimientos del Viejo y sabiendo que, en cuanto se volvieran frenéticos, la voz de Diana los acompañaría, suave, tranquilizadora, recitando los versos y los fragmentos que le calmaban hasta que por fin lograba dormirse. Fue ese mismo miedo de antaño el que me invadió de pronto, profundo y puro, y que parecía volver a mí como un dolor crónico cuya severidad el tiempo había poco a poco enmascarado, pero que emergía una vez más.

Me levanté de mi escritorio, recorrí el pasillo y llamé a la puerta de Patty.

Tras un breve revoloteo de actividad, la puerta se abrió y ella me miró con

una expresión inusualmente recelosa.

—Quería ver si estabas bien —dije.

Me miró como quien mira a una criatura cuya silueta se ha visto alterada.

—¿Que si estoy bien? —preguntó, entrecerrando los ojos—. ¿Qué pasa, papá?

Indiqué con un movimiento de cabeza hacia el interior de la habitación.

—¿Puedo pasar?

Mi pregunta la tomó a todas luces por sorpresa.

—¿A mi habitación?

—Si no te importa.

Se encogió de hombros y retrocedió al interior de una habitación que me resultó vagamente más desordenada de lo que lo había estado en el pasado, con el iPod colgando de la esquina de la mesa, con sus finos cables suspendidos como pequeños zarcillos blancos sobre un pequeño montón de libros inclinados de modo precario hacia la derecha.

—¿Buscas algo en particular? —preguntó.

—No estoy buscando nada —le respondí. Mi tono de voz se me antojó extrañamente defensivo—. ¿Por qué? ¿Qué podría estar buscando?

—¿Drogas, quizá? —respondió Patty—. El padre de Nina siempre le registra la habitación buscando drogas.

—Tú no eres Nina —dije—. Y, además, estoy seguro de que si Nina tuviera drogas sabría esconderlas de su padre. —Miré a la derecha donde, para mi sorpresa, Patty había puesto una vieja fotografía de Diana.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunté.

—La encontré entre un montón de cosas que estaba revisando —fue su respuesta.

Me acerqué al escritorio para verla mejor. En la fotografía, Diana aparecía sentada sobre sus piernas al estilo indio en el parque junto a la vieja casa de Victor Hugo Street. Con el pelo largo y la falda de flores, podría haber sido una *hippy* de los años sesenta, una de esas chicas de Woodstock, deslizándose por el fango o nadando desnuda en el río cercano. Las películas en las que se veían todas esas cosas —los bailes en círculos, los vestidos de campesinas, hasta los eslóganes desaforadamente idealistas como *«Todo lo que necesitas es amor»* o *«Dadle una oportunidad a la paz»*— siempre se me habían antojado tristes, casi descorazonadores, no una instantánea de un momento de nuestra historia social, sino ese preciso instante de nuestras vidas en el que hacer que algo ocurra está al alcance de la mano.

De pronto recordé a Diana como la había visto el día que se había ido a la universidad. Sólo tenía diecisiete años. Había conseguido una beca en Yale y, como siempre, se mostraba curiosa a ultranza. Hasta entonces no había tenido ni un solo novio, aunque durante sus visitas a casa a veces mencionaba a éste o a aquel chico de Yale, o a veces se presentaba sin previo aviso algún estudiante de alguna selecta universidad de Boston o Nueva York. Ninguno dejó nunca una gran impresión, con lo cual resultó aún más sorprendente que se

enamorara de forma tan súbita y tan intensa de Mark. Supongo que fue el hecho de que él fuera un hombre brillante lo que la atrajo. La noche en que nos conocimos, él me habló de la manipulación de los genes, de la posibilidad de que llegara el día en que existieran seres humanos diseñados en laboratorio, genéticamente ideados para estar dotados de una fortaleza física, intelectual e incluso emocional superior. «Llegará el momento en que seremos capaces de erradicar todo lo malo», dijo entusiasmado. «Como lo hacemos con la basura de un río.»

En aquel momento todo aquello me había sonado a uno de esos cuentos de Julio Verne junto con algo más siniestro: personas diseñadas para ser perfectas en todos los aspectos imaginables, todos los hombres convertidos en *Übermensch*. Tenía la impresión de que la sombra de Frankenstein se cernía siempre sobre esa suerte de planes grandiosos. Sin embargo, no había oído jamás hablar a nadie con mayor convicción que Mark sobre esa milagrosa posibilidad, y lo cierto es que me dejó muy impresionado en nuestro primer encuentro, hasta deseoso de que Diana hubiera encontrado en él a su pareja.

—¿Tienes novio? —solté antes de poder contenerme.

A Patty la pregunta la dejó sorprendida.

—¿Por qué lo preguntas?

—Supongo que porque quiero que tengas una vida normal —dije—. Ya sabes: un marido, hijos.

Su respuesta nada tuvo que ver con lo que yo esperaba.

—Será normal para ti, papá. Puede que no lo sea para todo el mundo.

—De acuerdo —respondí—. Quizá debería haber dicho que quiero que seas feliz.

En vez de responder directamente, me quitó de la mano la foto de Diana.

—¿Cómo era? —preguntó—. Me refiero a cuando tenía mi edad. Nunca me has hablado de eso. Sólo me has dicho que siempre estaba leyendo. Que podía recitar todas esas cosas. Pero ¿cómo era… como persona?

—Siempre guardaba cierta distancia —respondí al tiempo que recordaba lo aislada que había estado siempre, incluso cuando era apenas una niña, y que siempre se mantenía alejada de los demás niños. Yo intentaba una y otra vez que participara en los juegos de grupo y lograr así que fuera menos —la palabra me golpeó por la espalda— rara. Pero pocas veces funcionaba. Siempre volvía a refugiarse en su soledad.

Patty pareció verlo todo.

—Entonces, ¿no tenía amigos?

—No —respondí.

—Me ha mandado un correo electrónico —dijo—. Sobre Kinsetta Tabu. Me pregunta qué canciones me gustan. Qué creo que significan. —Se encogió de hombros—. Y otras cosas.

—¿Otras cosas?

De pronto su mirada se tornó recelosa.

—No debería habértelo dicho —dijo. Su tono de voz era

inconfundiblemente defensivo—. En cualquier caso, es algo entre tía Diana y yo.

—De acuerdo —respondí—. Es sólo que… —me callé, incapaz de identificar qué era lo que me resultaba vagamente alarmante de la correspondencia entre ellas.

—No te gusta… —dijo— que hablemos.

A punto estuve de responder, pero Patty se acercó a su escritorio.

—No hay nada de que preocuparse, papá —dijo—. Supongo que puedo enseñártelo. —Buscó en uno de los cajones y sacó un rimero de correos que había impreso—. Me da cosas en las que pensar, eso es todo —explicó—. Preguntas a las que darles vueltas. No es nada terrible, así que no te preocupes. —Cogió el primer correo del montón y me lo dio—. Toma, para que veas.

Leí el correo. Mientras lo hacía, oí pronunciar las palabras en voz de Diana:

«¿Y si el mundo estuviera vivo?»

¿Y si el mundo estuviera vivo?

Petrie estudia con atención las palabras que ha escrito en sus notas y tú ves el mundo que él desea garantizar. Es un mundo en el que la claridad jamás se disuelve y el control jamás vacila, un mundo en el que nunca nos encontramos en la espesura de un bosque, solos.

—Qué curiosas —dijo Petrie como quien entreabre despacio una puerta prohibida antes de cerrarla de golpe—. Esa clase de preguntas. Aunque ¿diría usted que son peligrosas?

Sabes que el extremo de la cuerda no es el que Petrie tiene en las manos, que los espacios remotos no están donde él mira.

—No, peligrosas no —concedes—. Siempre que puedas desestimarlas.

—Pero ¿le molestan? —pregunta Petrie—. Me refiero a esa suerte de preguntas.

Te sorprende haber revelado esto, el contexto en el que oíste la pregunta de Diana, la alarma que sonó en lo más profundo de ti, como una campana enterrada.

—No quería que Patty se viera obligada a responderlas —le dices a Petrie —. Me refiero a esa clase de preguntas. No quería que Patty se viera en la obligación de responderlas como Diana había tenido que hacerlo... con nuestro padre.

—El profesor.

—Nunca fue profesor —le corriges—. Excepto en su cabeza. Aunque dirigía una escuela en la que él era el director y Diana y yo los alumnos. La tenía en nuestra casa de Victor Hugo Street. Yo dejé las clases. No aprobé el curso. Podría pensarlo así. Pero Diana siguió asistiendo a clase. Siguió haciéndolo y eso moldeó de algún modo su mente.

La naturaleza de esa mente vuelve a ti: el modo en que las ideas iniciales de Diana siempre adquirían más cuerpo a medida que se concentraba en lo que estuviera «investigando» en ese momento.

—O la deformó —añades.

Petrie te mira, sorprendido.

—Diana tenía un montón de citas en la cabeza —explicas—. Cientos. Le era muy fácil memorizarlas y recordarlas. Tenía una especie de memoria fotográfica.

Sabes que con eso no es suficiente, que no fue sólo la memoria prodigiosa de tu hermana Diana lo que había impresionado y maravillado al Viejo.

—Las frases eran para ella como latigazos en la espalda —añades una vez más—. La psicología del fuego. El corazón de las tinieblas. El impacto del reconocimiento. El poder de la oscuridad.

Petrie te mira durante un instante y luego, muy despacio, se afloja el nudo de la corbata.

—Era pura pasión —añades de nuevo con vehemencia—. Una suerte de pasión intelectual de la que ella... —Sientes que el suelo se abre bajo tus

pies y que un aliento te absorbe como si la tierra fuera de verdad un ser vivo y tú la diminuta criatura que está siendo devorada por ella...— no podía escapar.

—Pero eso no la convertía en peligrosa —dice Petrie con suma cautela—. Y, desde luego, tampoco en una asesina.

Piensas en las asesinas de las películas que has visto: *Atracción fatal, Escalofrío en la noche,* y en el escalofrío que provocan en la columna de cualquier hombre. Admites que Petrie está en lo cierto. Son mujeres dementes, acosadoras con el asesinato grabado a fuego en la mente, mujeres rechazadas que, sumidas en el rechazo, buscaban una terrible venganza.

—Es verdad —le dices a Petrie—. No era una mujer burlada, ni tampoco una psicópata de película de terror.

—¿Entonces?

—Solitaria —respondes—. La volvía solitaria.

Ves asomar una sombra al rostro de Petrie y te das cuenta de lo potente que es la noción de soledad, del poderoso barranco que labra.

—Creí que había conseguido superarlo —explicas—. Cuando tuvo a Jason. Queriéndole como le quería. Y si Jason hubiera sido normal... —te interrumpes, asombrado al tomar conciencia de que, por un instante, y contra toda lógica, te ves culpando a un pobre niño muerto por haber nacido, por estar enfermo y por haberse ahogado en un estanque de agua clara—. Si hubiera vivido...

—¿Sí? —pregunta Petrie.

Piensas: «Tres muertes. ¿Cuatro? ¿Terminará todo esto algún día?»

—Si hubiera vivido, yo no estaría aquí contándole esta historia.

El bolígrafo azul queda suspendido en el aire, tan inmóvil como los ojos de Petrie. Durante un tembloroso instante, el mundo guarda silencio. Luego el detective dice:

—Continúe.

Y eso es lo que haces.

6

Me resultaba difícil imaginar que, durante todas sus conversaciones con Bill Carnegie, Mark no hubiera mencionado a Jason en ningún momento, y, cuando iba a trabajar la mañana después de haber hablado con él, repasé los años precedentes y me acordé de lo feliz que había estado Diana cuando se había quedado embarazada y cuando más tarde había dado a luz.

Pero esa primera alegría se había desvanecido a medida que pasaban las semanas y ella observaba a Jason con mayor atención, a veces anotando sus observaciones en una pequeña libreta.

Diana había ido registrando meticulosamente una suerte de enfermedades infantiles comunes: otitis y un cólico, dos brotes de neumonía. A la edad de dos años, esas enfermedades parecían haber pasado factura a su energía general. Jason mostraba cierta tendencia a permanecer inmóvil durante largos intervalos, o a quedarse acurrucado en silencio en la silla con las manos sobre las rodillas y sus ojos oscuros parpadeando despacio como si se estuviera quedando dormido.

—Estoy preocupada, Davey —me dijo una tarde Diana cuando estábamos sentados en el parque—. Por Jason.

En ese momento, el pequeño casi tenía tres años y estaba sentado a no más de tres metros de nosotros, con las piernas desnudas anidadas entre la verde hierba estival. Otros niños correteaban de acá para allá, pero Jason apenas les prestaba atención. Mantenía el cuerpo rígido, mirando siempre en la misma dirección y concentrado, al menos en apariencia, en algún punto de la distancia, una parpadeante luz que nadie más podía ver.

Diana siguió mirándole.

—No sonríe, Davey. Apenas llora.

La vi realmente angustiada e intenté calmar su ansiedad.

—Oh, vamos, Diana. Es probable que Jason sea un poco extraño —dije con una sonrisa—. Quizá sea un genio. ¿Quién sabe? Einstein también lo era, ¿te acuerdas?

—A Mark eso le importa, pero a mí no —respondió.

—¿A qué te refieres?

—A que Jason sea o no un genio —dijo—. En ese aspecto es como papá. ¿Te acuerdas de esa frase de Schopenhauer? La que citaba constantemente. —De pronto su voz sonó tan espeluznante como la del Viejo—: «El talento alcanza un objetivo al que nadie más tiene acceso. El genio alcanza un objetivo que nadie más puede ver».

La miré, perplejo. Era la primera vez que Diana había revelado el menor signo de que sentía por el furioso intelectualismo del Viejo algo que no fuera absoluta admiración.

Vio la perplejidad grabada en mi rostro, acusó recibo del mudo silencio que encontró en mis labios levemente separados y dejó de mirarme como si le hubiera apuntado de pronto a los ojos con una luz cegadora.

—En cualquier caso, espero que tengas razón sobre Jason —dijo.

Pero me equivoqué.

Me lo dijo un día de diciembre. Nevaba. Estábamos en la plaza del pueblo entre el festivo batiburrillo de luces y de vendedores de árboles de Navidad. Diana compraba regalos para Mark y para Jason y yo buscaba un videojuego para Patty. El niño acababa de cumplir cuatro años e iba de la mano de Diana, aunque apenas se agarraba de ella, como un simple juguete de madera colgando de la mano de su madre.

Nos detuvimos delante de un escaparate festivo. Recuerdo el rostro de Diana en el cristal, sus rasgos sobreimpuestos en los montones de paquetes de papeles de regalo de vivos colores. Jason le soltó la mano y, como respondiendo a la llamada de una voz, se acercó lentamente a un parquímetro cercano.

—Jason no está bien —dijo Diana en voz muy baja.

Me volví a mirar a mi sobrino, que estaba ya junto al parquímetro con los ojos fijos en el arco de números del pequeño dispositivo.

—Mark cree que es esquizofrénico —dijo.

—Pero si sólo tiene cuatro años.

—Es muy poco común, pero ocurre —respondió. Clavó luego los ojos en el escaparate—. A fin de cuentas, lo llevamos en los genes. —Me miró. Le brillaban los ojos—. Y ambos lo sabemos, ¿verdad, Davey?

—Sí.

Se frotó los ojos.

—A Mark le gustaría encerrarle —dijo con un repentino y vehemente suspiro—. Sé que eso es lo que le gustaría. Pero no puede si no firmo los papeles. Y no lo haré. Nunca.

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

Tensó los hombros antes de responder.

—Cuidar de él. —Volvió a fijar la vista en los vivos colores del escaparate—. Mientras viva —añadió. Vi refulgir en sus ojos las mismas llamaradas breves y extrañamente violentas que a buen seguro Mark había visto también en ellos, el lado profundo y temible de mi hermana—. Nadie va a llevarse a Jason. Nadie va a deshacerse de él.

Desde ese día hasta su muerte, Diana jamás se separó de su hijo, excepto esa mañana de verano en que Mark había decidido trabajar en casa en vez de efectuar su habitual peregrinaje al centro de investigación.

Imagino el instante en que Diana descubrió que su hijo había desaparecido. Un momento tras otro, como en los fotogramas de una película, la vi aparcar

en el pequeño camino de acceso a la casa, sacar las bolsas del supermercado del maletero del coche, entrar a casa por el vestíbulo e ir hacia la cocina con su larga ventana mirador. Me consta que el sol brillaba en el cielo, de modo que el estanque debía de relucir cegador en la distancia. Fue entonces, sin duda, cuando debió de dejar las bolsas en la mesa y, casi de forma irreflexiva, empezó a buscar a Jason. El salón. El estudio. Una habitación. Luego otra. Llamándole mientras buscaba en las habitaciones de la planta baja y subía luego las escaleras mientras oía teclear a Mark en su pequeña oficina situada al fondo del pasillo, preguntándose si Jason estaba allí con su padre a medida que se acercaba a la puerta cerrada, acelerando el paso al aproximarse y conteniendo el aliento cuando hizo girar la manilla. El movimiento sincopado de sus ojos mientras registraba con la mirada la diminuta oficina donde Mark estaba sentado con los ojos fijos en la pantalla, hasta que ella dijo: «Jason».

De pronto me pregunté qué había podido pensar Diana en ese momento, recorriendo con los ojos aquella diminuta habitación en la que no había nada, salvo Mark, y con el nombre de Jason en los labios. ¿Quizá que habría fracasado, que a pesar del gran esfuerzo, de la pureza y del cuidado que había puesto en su papel de madre, la habían despojado de su hijo?

¿O quizás en cómo, sumergida en la oscuridad de una sospecha tan grave, podría volver a ser feliz algún día?

Aun así, y a pesar de todo lo ocurrido, Diana no me pareció una mujer infeliz cuando me encontré con ella días más tarde. Eran apenas pasadas las seis y yo volvía en coche a casa cuando la vi caminando por Lancaster Street con la mirada baja como si estuviera siguiendo un rastro de huellas invisibles. Se había cortado el pelo, que en aquel momento le tapaba justo las orejas, y la blusa que llevaba tenía un aire inconfundiblemente militar, de modo que no me costó adivinar que se la había comprado en la tienda de prendas del ejército que estaba a unas calles de allí.

Acerqué el coche a la acera y toqué la bocina. Ella se detuvo, se volvió a mirarme y se acercó.

—¿Te llevo? —pregunté.

—No, vuelvo a la biblioteca —respondió.

Sonreí.

—¿Te gusta trabajar allí?

—Mucho.

Me acordé del Hombre de Cheddar.

—¿Sigues leyendo antropología?

—No exactamente.

Pareció reticente a decirme nada más sobre lo que estaba leyendo o sobre cualquier otra cosa, de modo que decidí no presionarla. Aunque siempre había habido cierto aspecto privado en su carácter, en otras ocasiones su reserva había sido puramente benevolente, un simple modo de protegerme de alguna

dificultad que no consideraba necesario compartir conmigo. Nunca me dijo por qué al Viejo se lo habían llevado de improviso a Brigham cuando yo tenía cinco años. También me había ocultado la depresión del Viejo todo el tiempo que había podido antes de ingresarle, aunque brevemente, de nuevo en Brigham. Jamás había hablado de su matrimonio, ni de lo que hacía todo el día con Jason y tampoco de las solitarias noches que había pasado en la vieja granja de piedra, esperando que Mark regresara del laboratorio.

—¿Qué tal el nuevo apartamento? —pregunté.

Me dijo que bien, y durante los minutos siguientes me ofreció una de sus parcas descripciones de costumbre. Según dijo, su apartamento no era lujoso, pero sí «funcional». Y luego añadió que lo mejor de todo era que estaba en la cima de una colina, y que, aunque el de ella era una planta baja, podía subir a la azotea del edificio y desde allí llegaba a ver Dolphin Pond.

Dolphin Pond…, donde Jason se había ahogado.

—Y muy a lo lejos llego a ver Dover Gorge —añadió.

Dover Gorge era el lugar que habíamos explorado cuando éramos niños, ella recogiendo especímenes para su colección botánica y yo paseando a su lado.

—Deberíamos ir algún día, Davey —dijo—. Podríamos dar un paseo como antes.

Pocas cosas había en mi juventud que yo recordara más vívidamente que los paseos que habíamos dado Diana y yo. Aunque recordaba los que habíamos dado en Dover Gorge, eran los que dábamos por la ciudad los que más a menudo me venían a la memoria. Por la tarde, hacia las ocho, el Viejo se había ya sumergido en algún libro o dormitaba en la silla de la biblioteca. Nos asomábamos a mirarle y nos asegurábamos de que, de un modo u otro, hubiera quedado fuera de combate para lo que quedaba de la noche, y salíamos de puntillas por el corto pasillo, cruzando el pequeño salón cuadrado y saliendo a la noche. Todo parecía mejor en el frescor de la noche, solos los dos bajo las inmensas ramas de los magníficos robles, a veces caminando de la mano por las calles casi desiertas y dirigiéndonos al cuadrángulo del campus universitario para subir desde allí al campanario desde donde contemplábamos la ciudad.

—Hay un sendero cubierto de maleza que lleva a una interesante formación —añadió—. En Dover Gorge.

—¿Has estado allí hace poco?

—No exactamente.

—¿Qué quiere decir eso?

—Lo he leído —fue su respuesta—. Me refiero a la formación. Debemos de haber pasado por delante un millón de veces y nunca la vimos. —Sonrió—. Deberíamos volver. Como en los viejos tiempos.

—Cuando quieras —le aseguré.

No respondió y siguió un intervalo de silencio que me provocó cierta incomodidad y la sensación de que Diana se había embarcado en una misión

secreta que no deseaba desvelar. Durante un instante la visualicé, no sin cierto romanticismo, como una espía de película, trotando por una calle barrida por la lluvia con el cuerpo envuelto en una trenca y con los planos de la invasión enemiga bajo el brazo, con una equis sobre las cabezas de puente.

—Te ves… —me interrumpí porque no encontraba las palabras para describir su aspecto: el masculino corte de pelo que apenas le tapaba las orejas y la blusa de guerrilla urbana— diferente —dije por fin.

A pesar de que no respondió a mis palabras, tuve la sensación de que mi descripción la había alertado de un modo indefinible y percibí que la distancia que nos separaba se había ensanchado y que éramos de pronto como dos astronautas unidos por un férreo cable que había empezado a deshilacharse, una tenue fibra tras otra, y que si el cable se rompía saldríamos flotando a la deriva hasta terminar habitando universos distintos. Me embargó una apremiante necesidad de reconectarme con ella, de volver a incluirla en el círculo de nuestra vieja intimidad.

—No has vuelto a enviarme nada más —dije—. Como esa foto que me mandaste por fax. La del Hombre de Cheddar. Causó un gran revuelo en mi oficina.

Me miró, desconcertada.

—Charlie se la tomó como una amenaza —añadí—. Eso es algo que la gente hace a veces. Como en *El padrino.* La cabeza de caballo en la cama del tipo. Un pequeño mensaje. «Cuidado. Sé dónde vives.» Ese tipo de cosas.

Diana me estudió con atención.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—En realidad, nada —dije. Vi que algo de lo que acababa de decirle había activado en ella una oscura antena—. Era parte del contexto de la conversación —le expliqué—. Me dijo que Bill Carnegie había recibido una extraña roca por correo.

Diana pareció inquietarse. Creí verla de pronto curiosamente al borde del miedo.

—Y, bueno…, entonces, ¿hablaste con Bill?

—Sí.

Su temor parecía más evidente, como si, paso a paso, la estuviera empujando hacia el borde del precipicio.

—Bill no te acusa de nada, Diana —me apresuré a tranquilizarla.

Su mirada adquirió una penetrante claridad, pura como una ráfaga de rayos de la muerte.

—Tengo que irme —dijo.

—De acuerdo. Estamos en contacto.

Se volvió de inmediato y se marchó en dirección a la biblioteca. Desapareció un instante más tarde, aunque de camino a casa me di cuenta de que la árida mirada que había visto en sus ojos seguía conmigo, seca y flotando, como flotan las motas de polvo en el aire.

—¿Qué es lo que temió en ese momento? —pregunta Petrie.

—No estoy seguro —respondes—. Supongo que el miedo es como... —Te sorprendes articulando en tu mente una imagen literaria— la cabeza de la medusa. Todo ese mar de tentáculos braceando. Quizás el amor sea también así. Y el odio. Quizá sean así todas las grandes emociones.

—¿Quizá sean cómo?

—Quizás estén en continuo movimiento. Enredándose. Se enroscan las unas en las otras.

Petrie parece un hombre totalmente perdido en un río de curvas y recodos ignotos, de profundidades y rápidos que no alcanza a anticipar, sin tan siquiera a saber si es el Aqueronte o el Leteo el río en cuyas aguas navega, o quizás el Flegetonte, o el Cocito, o el Estigia, o quizá la corriente más turbia aún que forman cuando confluyen en algún lago mítico y empiezan a fluir aunados.

Percibes que Petrie braceará con furia hacia la orilla en un intento por volver a tierra firme.

Y así es.

—Naturalmente, usted no era el único que había empezado a temer a Diana —dice.

Se refiere a Mark y al hecho de que yo ya sabía que había acudido a Stewart Grace. Ésa es la *terra firma* en la que Petrie confía, la roca dura del caso. ¿O quizá debería decir los casos? Tiene muertes que debe explicar, quizás asesinatos por resolver. Pero ¿cuántos? ¿Uno? ¿Dos? ¿Tres? ¿Cuatro?

—No, no era el único —confiesas.

—De acuerdo —dice Petrie—. Permita que le haga una pregunta: En ese momento, me refiero a ese momento en particular, ¿qué pensaba usted?

—Pensaba sólo en Diana.

Se muestra claramente aliviado al volver a encaminar la conversación, enraizado como está en un mundo en el que el crimen salta como los peces de los cristalinos arroyos de la motivación. Él mismo es la estilizada criatura de este mundo: eficiente, exacto, concentrado en la evidencia.

—De acuerdo. Perfecto —prosigue—. ¿Y qué pensaba de ella?

—Pensaba que había dado un segundo paso —respondes—. Primero, se había negado a aceptar que la muerte de Jason había sido un accidente, y después pensaba en esa mañana, en lo que había ocurrido esa mañana. Estaba empezando a recordar cosas. —Ves de pronto un destello de luz entre la hierba alta—. Cosas que nadie más sabía. Cosas que nadie habría sabido jamás.

—¿Como cuáles?

—El hecho de que Mark se quedara en casa ese día —respondes—. Porque quería dar un descanso a Diana. —Ves a Diana detenerse en la puerta antes de salir. Se vuelve a mirar a Jason, que está sentado en el sofá de espaldas al gran ventanal semicircular, con Dolphin Pond a lo lejos.

—¿Por qué iba eso a levantar sus sospechas? —pregunta el detective.

—Porque él nunca lo había hecho antes.

—¿Se refiere a que nunca antes se había quedado en casa en vez de ir a trabajar?

—No durante los últimos cinco años.

—Ésa no es una prueba concluyente —dice Petrie.

—¿Y cuál lo es?

—Algo admisible —responde—. Una huella. Un arma.

—¿Un testigo?

—Sí —contesta en voz baja.

Sabes que en este momento está pensando en ello, en el círculo cada vez más cerrado de tu destino, en lo que tomaste por una «prueba» y en hasta qué punto, al final, puedes ser «como papá».

—No estoy loco —le dices. Entonces citas a Diana—. «Sólo estás loco cuando no sabes lo que haces.»

Petrie guarda un instante de silencio como en un intento por reagrupar información y ordenar todo lo que sabe hasta el momento.

—De acuerdo —empieza de nuevo—. Volvamos a su encuentro con Diana. Delante de la biblioteca. —Apoya la espalda contra el respaldo de la silla—. Las cosas que sabía hasta entonces: lo que Bill Carnegie le había dicho, lo que la propia Diana le había dicho. ¿Habían despertado en usted alguna sospecha?

—Sí —respondes.

Y lo habían hecho con facilidad, como bien lo sabes ahora, porque la amenaza todavía no había empezado a afectarte.

—¿Y qué hizo al respecto? —pregunta Petrie.

—Empecé a... investigar.

A todas luces queda satisfecho con tu respuesta.

—¿Cómo?

—Supongo que empecé por el mismo sitio por el que usted empezaría.

Eso le satisface aún más.

—¿A qué se refiere exactamente? —pregunta.

—A la escena del crimen —respondes, aunque sabes ya que hubo más de una escena, más de un crimen.

Sin embargo, Petrie no pregunta qué crimen, de modo que le guías por el sendero que tomaste, el mismo que ni siquiera ahora eres capaz de imaginar que te haya traído hasta este lugar.

7

A la mañana siguiente llegué a la oficina a la misma hora de siempre, pero no entré al pequeño aparcamiento de grava como llevaba haciéndolo a diario desde hacía más de quince años, sino que seguí por Main Street y salí de la ciudad hasta llegar a Old Farmhouse Road. Luego giré y seguí por la carretera hasta que una arcilla roja sustituyó el asfalto.

Mientras avanzaba por la carretera, me sorprendió descubrir de un modo inesperadamente turbador lo lejos que había estado la casa de mi hermana. El vecino más próximo estaba a varias millas de allí y los alrededores de la propiedad eran terrenos boscosos: un denso manto de árboles inmensos y de espesa maleza que se abrió tan sólo cuando llegué al estrecho y enfangado camino de acceso a la casa. También se me ocurrió lo fácil que resultaba percibir algo muy siniestro en el lugar y hasta encontrar oscuramente premeditada su elección —que había corrido a cargo de Mark—: el árbol, el estanque, incluso la gran piedra gris situada a la orilla del agua…; todas ellas piezas de un plan cuyo diseño real podía tan sólo apreciarse después de haber sido ejecutado.

Había un cartel de SE ALQUILA en el césped delantero. Aparte de eso, el lugar estaba vacío, de modo que entré con el coche al camino de acceso a la casa. El jardín de flores en el que Diana había pasado las horas con Jason tan sólo contenía un puñado de hierbajos secos y el jardín que rodeaba la casa estaba descuidado y cubierto de malas hierbas, lo cual dotaba al lugar de un aire de abandono inmemorial. La casa parecía extrañamente muerta: la estructura había quedado reducida apenas a los huesos disecados de una casa, y las ventanas grises, vacías y oscuras, me recordaron de pronto a los ojos del Hombre de Cheddar.

Bajé del coche y rodeé la casa hasta la parte posterior, moviéndome despacio a lo largo de la alta verja de protección que bordeaba el jardín. Al otro lado de la verja, la hierba alta se onduló a merced de una ligera brisa y de inmediato se detuvo, como si una mano invisible la hubiera despertado y la hubiera calmado de pronto. Nada quedaba de la gente que la había habitado apenas unos meses antes. Todo había desaparecido: no había rastro de los juguetes de Jason ni de la *mountain bike* elaboradamente equipada de Mark, ni siquiera de la mesa de madera de picnic en la que a menudo nos habíamos sentado a almorzar durante el verano, con Mark a cargo de las hamburguesas en la barbacoa, Diana paseándose de un lado al otro con Jason en brazos y yo andando a su lado mientras Abby cruzaba la verja con Patty para acercarse al

estanque.

El estanque.

Di media vuelta y seguí por el estrecho sendero que, según todo parecía indicar, Jason debía de haber recorrido el día de su muerte. El camino se abría paso por un pequeño claro entre los árboles y pasaba después por delante de la gran piedra erigida como un centurión al borde del estanque. Durante un instante me detuve en la orilla para pasear la mirada por la brillante superficie del agua, escuchando el suave y rítmico latido de las diminutas olas que palpitaban como un corazón líquido.

El día que Jason se ahogó, yo iba de camino a un remoto rincón del condado, de modo que cuando por fin llegué a la casa la policía ya estaba allí, había registrado los alrededores y había llevado una barca hasta la orilla del agua. Los buceadores se habían cambiado y habían empezado a trasladar la barca al centro del estanque donde de pronto, a unos cuarenta metros de la orilla, ganaba profundidad.

Diana estaba de pie en la orilla, cobijada bajo el brazo de Mark. Ambos miraban fijamente el estanque, observando a los buceadores al tiempo que éstos subían a la barca y remaban hacia aguas más profundas. Mark atrajo a mi hermana hacia él al verme. Tenía los ojos oscuros y tristes, o al menos así me lo parecieron en aquel momento. Los de Diana estaban húmedos y rojos, y había en ellos un terror animal, como si fuera ella quien se estuviera ahogando en las profundidades del lago.

—Jason —dijo con un hilo de voz cuando llegué hasta ella.

—Debe de haber abierto el pestillo —me dijo Mark—. El de la verja de atrás.

—Han registrado los bosques —añadió Diana. Sus ojos vagaron por encima de mí—. Está en el agua, Davey.

—Entremos, Diana —dijo Mark con suavidad, llevándola hacia la casa—. Espera aquí, ¿de acuerdo, Dave?

Así lo hice. Seguí allí, al borde del estanque mientras los buceadores hacían su trabajo. No sé cuánto tiempo seguí allí, sumido en ese espantoso silencio, hasta que una voz por fin lo rompió.

—¿Le importaría darme su nombre?

Me volví hacia un hombre alto, vestido con un traje azul marino, camisa blanca y corbata roja. Estábamos en pleno mes de junio y hacía mucho calor, pero el hombre seguía con la chaqueta puesta, y eso le daba un aire de inexpugnable profesionalidad.

—Mi nombre es Dave Sears —le dije.

Me dedicó una mirada atenta.

—El hermano de Diana.

Entonces le reconocí. Aunque ignoraba su nombre, había venido a casa el día en que el Viejo había muerto. En aquel entonces era tan sólo un joven detective, aunque tenía ya la misma actitud de despreocupada distinción.

—Yo también le recuerdo —le dije—. Aunque no me acuerdo de su

nombre…

—Petrie —dijo—. Samuel Petrie. ¿Vive aún cerca de aquí?

—Todavía en la zona, sí —respondí—. Supongo que usted también.

—A un par de pueblos de aquí —dijo Petrie. Se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó su identificación—. Sigo trabajando para el condado. ¿Y usted?

—Soy abogado —fue mi respuesta.

—No será criminalista —dijo—. De lo contrario, habríamos coincidido.

—No, me dedico sobre todo a divorcios —aclaré.

Guardó silencio durante un instante, aunque sus ojos siguieron fijos en mí con inquietante inmovilidad.

—Recuerdo ese día. Su padre era… un hombre de cierta notoriedad.

—Había escrito algunas cosas, si se refiere a eso —dije—. Poemas.

Petrie se volvió a mirar al estanque y de nuevo centró su atención en mí.

—Me gustaría hacerle algunas preguntas sobre Jason.

Esperé verle sacar una libreta como los policías de las películas, pero no fue así.

—¿Solía vagar por ahí o escaparse?

—No.

—En general, ¿qué podría decirme sobre él?

De pronto fui presa de una lacerante sensación de fracaso. Y es que la espantosa verdad era que apenas podía decirle nada al detective Petrie. No conocía a Jason. Había estado presente en el momento de su nacimiento, le había visto crecer con los años, pero quién era, lo que sentía y, sobre todo, qué podía haberle llevado al estanque, era parte de un mundo interior que yo no sabía cómo explorar: aquél era para mí el hábitat de los dragones.

—Era… es… —Negué con la cabeza—. Yo…

Petrie pareció comprender mi dilema y su comprensión me habló de un hombre resuelto y experimentado, un hombre que había estado en situaciones semejantes muchas veces y que había tratado con otras personas durante la larga y desgarradora ambigüedad que encierra la añoranza de otras personas.

—El señor Regan dice que Jason tenía algunos problemas —dijo Petrie—. ¿Cómo los describiría?

—¿Mark no se lo ha dicho?

—Prefiero abordar ciertas cuestiones desde ángulos distintos —fue su respuesta—. ¿Diría usted que Jason es retrasado?

—No —respondí—. Bueno, no exactamente. Creo que ha habido varios diagnósticos distintos desde que se dieron cuenta.

—¿Desde que se dieron cuenta de qué?

—De su comportamiento.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, cuando está en una habitación con otros niños no interactúa con ellos.

Petrie hizo entonces lo que yo había esperado verle hacer desde un

principio. Sacó una pequeña libreta del bolsillo de la chaqueta junto con un sencillo bolígrafo azul.

—¿Siempre ha sido así? —preguntó.

—Sí.

—Entonces, ¿su condición no fue algo que le sobrevino en un momento dado?

Me pregunté si Petrie estaba buscando algún episodio de abuso, algún daño cruel que se le hubiera infligido a Jason, tan serio que le hubiera desquiciado, desvinculándole por completo de los demás. No me cupo duda de que el detective había visto esa suerte de casos a lo largo de su carrera porque pude vislumbrar brevemente en sus ojos la estela de ese largo registro.

—A veces ocurre, ¿sabe? —dijo—. Hay personas que de pronto…

—Jason no —le aseguré—. Jason nació con ese problema.

—¿Y dice usted que ha habido distintos diagnósticos? ¿Como cuáles?

Los enumeré siguiendo el orden en el que habían sido formulados.

—Autismo, síndrome de Asperger. El último fue esquizofrenia.

—Esa palabra comprende un amplio espectro.

—Era lo que su padre había sospechado desde un primer momento.

—¿Por qué?

Me oí de pronto repitiendo las palabras de Diana.

—Porque la llevamos en la sangre. La esquizofrenia. En los genes.

El bolígrafo de Petrie susurró sobre la página.

—En cuanto a Jason…, ¿tomaba alguna medicación?

—No lo sé —concedí en voz baja—. Creo que hubo un tiempo que sí.

—¿Sabe cuándo exactamente?

Fue entonces cuando me di cuenta de que ésas eran preguntas que Petrie sin duda ya había hecho a Mark o a Diana, y que de hecho lo que buscaba no era información, sino contradicciones. Buscaba una mentira.

—¿Dónde cree que está Jason? —pregunté sin más.

Petrie levantó la mirada de la libreta.

—Yo… —empezó con un hilo de voz antes de guardar silencio como si hubiera respondido a una orden formal y no formulada—. Sólo puedo hablar de lo que sé, señor Sears —dijo—. Todo lo que se aparte de los hechos es terreno pantanoso.

Diana y Mark estaban aún en la casa y yo seguía junto al estanque cuando uno de los buceadores emergió y apuntó al fondo del lago. Asintió despacio y, al percibir el peso de ese gesto, el peso del descubrimiento que desvelaba, supe que habían encontrado a Jason.

Petrie vio en el gesto la misma señal y volvió a mi lado desde el lugar donde estaba junto a un par de oficiales.

—¿Quiere que se lo diga? —preguntó.

—No. Yo lo haré.

Para mi sorpresa, me acompañó a la casa. Cuando entramos, Diana y Mark estaban en el pequeño salón, él sentado delante de la chimenea y ella junto a la ventana delantera, de espaldas a mí. No se volvió hasta que oyó mi voz.

—Encontraron a Jason … —empecé en voz baja—. Lo encontraron.

—En el estanque —se limitó a decir Diana.

Esperé que se derrumbara, quizás incluso que cayera de rodillas aullando como las mujeres de las películas, con el rostro vuelto hacia el cielo y exigiendo un resultado distinto o protestando contra uno que no había forma de cambiar. Sin embargo, su cuerpo se tensó, se volvió con suavidad, como en cámara lenta, y subió en silencio las escaleras.

Mark se levantó con gesto agotado. Tan derrumbado estaba que pareció hundirse incluso al levantarse.

—Gracias —dijo al detective Petrie—. Dé las gracias a su gente por lo que han hecho. —Le tendió la mano y durante un curioso instante el detective pareció resistirse a estrecharla. Luego lo hizo y la estrechó despacio.

—Necesitaremos una identificación fidedigna —dijo.

—Yo puedo hacerla —le dije a Mark—. Quiero decir, si lo prefieres.

—¿Te encargas tú, Dave? Gracias.

—Y tendrá que haber una autopsia —añadió Petrie.

—Lo entiendo —le dijo Mark.

Entonces el detective se marchó, de modo que Mark y yo nos quedamos solos en la habitación.

—No sé qué decir —le dije.

Él volvió a su silla.

—No hay nada que decir.

Eché una mirada a las escaleras.

—¿Crees que debería subir a ver cómo está Diana?

Negó con la cabeza.

—Reaccionará a su modo.

Fue casi en ese preciso instante cuando oímos un gemido aterrador procedente de la habitación del primer piso, un largo y primitivo alarido que por fin remitió hasta quedar convertido en un gimoteo ronco y animal.

—Ya lo ha hecho —dijo Mark.

El gemido final de Diana pareció quedar prendido de los árboles mientras, de pie una vez más en la orilla del estanque, yo miraba el punto en el que, según creía recordar, el buceador había emergido para apuntar instantes después hacia abajo. Habían sacado el cuerpo de Jason enseguida y lo habían trasladado a un tanatorio cercano, donde más tarde sería sometido a la autopsia: un informe en regla sobre el que el juez se había basado para determinar que Jason había fallecido a causa de un «accidente».

Recuerdo cómo el cuerpo de Diana se había puesto rígido en cuanto el juez dio a conocer el veredicto, y entendí entonces que esa súbita rigidez era la

misma que había seguido a la noticia de la muerte de Jason, como si de pronto se le hubiera endurecido la piel, conteniendo todo lo que encerraba en su interior y acerándola el tiempo suficiente para permitirle subir las escaleras, donde, en lo que debía de haberle parecido una soledad absoluta, había soltado aquel aullido.

Volví a oír de nuevo ese lamento, aunque en vez de provenir de unos metros por encima de mí parecía caer del mismísimo cielo, sólido como la roca, frío y húmedo, precipitándose sin fin en una oscura lluvia eterna.

La silla que tienes delante está vacía. Petrie está de pie junto a la ventana, de espaldas a ti. Sabes que está recordando el día que acabas de describir, los dos en la orilla de Dolphin Pond, hablando en voz baja mientras los buceadores hacen su trabajo, viéndoles saltar por la borda de la barca y sumergirse en el agua; sabes que recuerda, como recordabas tú el día que volviste al estanque, que la barca estaba prácticamente en el centro del lago, donde el agua ganaba de pronto en profundidad, la distancia que separaba ese punto de la orilla y por tanto cuánto había tenido que andar Jason antes de que el agua le cubriera la cintura y después los hombros.

—Superficial —dices en voz baja.

Ves tensarse los hombros de Petrie de un modo casi imperceptible, como si respondieran a una diminuta punzada de dolor.

—De modo que entendió lo que quiso decir su hermana ese día en el juzgado —comenta Petrie.

—Superficial —repites, citando a Diana—. Lo dijo dos veces.

Petrie sigue mirando por la ventana.

—Pero, en ese momento, ¿qué cree que quiso decir?

—En ese momento no tenía la menor idea —respondes—. Aunque supongo que creí que se refería al procedimiento, o quizás al veredicto final. Que todo era... superficial.

Petrie alza los hombros y deja escapar un largo suspiro.

Sabes que percibe esta nueva corriente en el curso de la historia. Es como un patinador moviéndose por un lago conocido, un lago cuya familiaridad empieza a desvanecerse, incluso mientras patina, allí un árbol y a lo lejos un pequeño cobertizo, ninguno de ellos en su posición anterior, modificando de pronto el paisaje.

—Un largo trecho —dice Petrie, en una clara referencia a la distancia entre la orilla del estanque y el lugar donde habían encontrado el cuerpo de Jason. Sabes lo que piensa. Que Dolphin Pond es un lago plácido. Sin corrientes. Un cuerpo no se habría deslizado hasta allí.

—¿Por qué iba Jason a adentrarse tanto en el lago? —preguntas—. Creo que ésa fue la pregunta de Diana. Porque nunca le habían llevado al agua.

—¿Por qué no? —pregunta Petrie.

—Porque le daba miedo el agua. —Ves los ojos de Jason y recuerdas con qué facilidad registraban cualquier movimiento o cualquier sonido inesperados—. Jason vivía presa del miedo.

El detective se vuelve a mirarte.

—¿Es eso lo que pensó cuando se alejó del estanque? —pregunta—. ¿Que ésa era una evidencia?

—No. No exactamente.

Petrie está sorprendido por tu respuesta.

—Entonces, ¿qué?

—En lo fácil que era.

Te lanza una mirada inquisitiva.

—¿Fácil?

Recuerdas los juegos. Muchos. El escondite. El arcón del tesoro. ¿Acaso Victor Hugo Street era un salón de juegos? ¿El ajedrez, nunca las damas, con el Viejo en el papel del rey y Diana su alfil, y tú eternamente un simple peón?

—¿Qué es lo que era fácil, señor Sears?

Estás de nuevo de pie en la orilla del estanque. Te vuelves a mirar hacia la casa y piensas: «Qué aislada». Luego vuelves a mirar al estanque y recorres el agua quieta con la mirada, pensando «Superficial, superficial».

—Quedar atrapado en... el modo de pensar de Diana —respondes. En tu cabeza suena la voz de Patty: «Diana dice que soy muy imaginativa»—. En lo fácil que resulta dejarte seducir por ella.

Sientes una oleada de dolor y te maravillas al ver lo físico que es, casi tanto como el calor o como una presión intensa.

—Diana —susurras, y ante la mención de su nombre, ves moverse la pequeña bola roja de una mano a la otra, la chispa oscura en sus ojos, sientes el contacto de su mano cuando toma la tuya y te lleva con ella escaleras abajo—. Diana —empiezas una vez más. Entonces te interrumpes, incapaz de seguir.

Niegas con la cabeza.

—En continuo movimiento —murmuras por fin—. Enmarañada.

Petrie te estudia con atención, sometiéndote a un profundo escrutinio que resulta natural, muy lejos ya de lo que se aprende en los libros de texto.

—Todo se mueve —comentas.

En los ojos del detective destellan pequeñas turbulencias.

—De acuerdo, señor Sears —dice con mucha cautela, volviendo a tierra firme—. ¿Qué hizo cuando se alejó del estanque?

Sabes que está reincorporándote al caso.

Le sigues de buen grado y sientes una vez la dulce atracción de la gravedad, la conocida tierra bajo los pies.

—Cuando me alejé del estanque...

8

Cuando me alejé del estanque volví a la oficina e intenté distraerme con el trabajo. Lily había regresado a su puesto y le dicté la correspondencia habitual. Más tarde, repasé varios documentos e hice algunas llamadas, y después repasé el papeleo referente al caso de Ed Leary: sus propuestas y las negativas de Ethel a aceptarlas. La última carta había llegado el día anterior. Llevaba el membrete distintivo de Bill Carnegie, junto con una ilustración ligeramente sobredimensionada de la justicia ciega. El mensaje era sucinto: «Cumplo con informarle que mi clienta no puede aceptar la oferta del señor Leary y que por lo tanto llevará su demanda a los tribunales».

Informé a Ed de que su esposa había rechazado su última oferta, y también le aseguré que, en mi opinión, había hecho todo lo que estaba en su mano por alcanzar un acuerdo y que, también en mi opinión, ninguna oferta más allá de las realizadas, por muy generosa que fuera, sería aceptada.

Fue la última frase de la carta que acababa de escribir a Ed la que atrajo mi atención. Surgió tras varios párrafos escritos con esa jerga legal tan típicamente correcta que yo empleaba a menudo. Fue una frase que de pronto dio un giro, y hasta lo que podría haberse llamado una inmersión, en la intransigente, irreconciliable e irrazonable naturaleza de la situación y que se me antojó curiosamente profética: «Como en la antigüedad, diríase que algunos acuerdos requieren sangre».

Y, como si hubiera estado esperando el momento oportuno, fue entonces cuando llegó.

Aunque el sobre iba dirigido a mí, no llevaba remitente. De todos modos, en cuanto vi la letra diminuta y fracturada, supe que era de Diana.

No había ninguna carta que acompañara el sobre ni tampoco ninguna nota explicativa, tan sólo la fotografía de lo que parecía una adolescente de quizá catorce o quince años, piel rosácea y una magnífica y radiante mata de cabello rizado y pelirrojo. En negrita, el titular declaraba: LA CHICA DE YDE. Debajo de él, una única pregunta: «¿Fue asesinada?»

El rostro de la chiquilla parecía contemporáneo y había en ella esa saludable luminosidad propia de una granjera del medio oeste, una imagen por tanto muy alejada de los huesos desnudos del Hombre de Cheddar. Al verla llegué a la conclusión de que la «investigación» de Diana se había trasladado de modo incomprensible hacia un crimen más reciente, quizás al asesinato de una adolescente de «Yde», aunque yo jamás había oído hablar de ese lugar.

Volví a mirar el rostro de la muchacha, su expresión tranquila y la pequeña y dulce sonrisa. Tenía los ojos abiertos, aunque no parecía observar nada en particular, como si fuera una persona que estuviera simplemente escuchando música, aunque nada que en realidad despertara su interés. La fotografía no mostraba ni una sola sombra de violencia, ni siquiera del miedo a sufrirla. ¿A qué venía entonces la pregunta sobre el asesinato?

Me acordé de un juego al que Diana y yo habíamos jugado cuando éramos niños. Ella lo llamaba «Encuéntrame», y en el juego dábamos por turnos al otro una pista. Por parte de Diana, la pista a menudo era más bien un destino, normalmente trágico o macabro. Para Charles Francis Hall, el desafortunado explorador del Ártico, su primera pista había sido «final congelado». Para Marat, «baño sangriento».

Me pregunté si quizá Diana estaría jugando a una nueva versión de aquel juego de infancia conmigo. Naturalmente, los tiempos habían cambiado desde la primera vez que habíamos jugado, al menos en lo que al modo de conseguir información se refería. Ya no tenía necesidad de correr a la biblioteca en busca de un libro de consulta. Me bastó entrar en Internet y teclear las palabras «Chica Yde» en el motor de búsqueda.

Y ahí estaba, la misma fotografía que Diana me había enviado, aunque con los colores más vivos, los tonos de piel más variados y reflejos en el pelo. Bajo su rostro, había una línea de texto que decía así: «Reconstrucción médica».

Así pues, la fotografía que me había enviado Diana no era el rostro auténtico de la Chica de Yde, sino un modelo creado a partir de unos restos sin duda mucho menos originales. El texto adicional me dijo aún más. La Chica de Yde había sido encontrada en una turbera de Yde, Holanda. Tenía un cordel de lana atado al cuello con un nudo corredizo. Le habían ajustado tanto el cordel al cuello que le había dejado una marca más que visible. La pregunta no era si la Chica de Yde había sufrido una muerte violenta, sino si había sido ejecutada, sacrificada o simplemente asesinada. No habría respuesta a esa pregunta, pues la Chica de Yde había muerto hacía ya casi doscientos años.

Sostuve la fotografía que Diana me había enviado contra la luz y observé con atención el rostro cuidadosamente moldeado con sus ojos de cristal y el cabello limpio y lustroso. De pronto, parecía la cabeza de una muñeca y no un ser humano, y distinguí una línea de texto irregular que le cruzaba la frente indemne: dos palabras escritas por Diana y en las que reconocí la suerte de sutil pista que a menudo me había dado cuando jugábamos al Encuéntrame muchos años antes, pistas con las que siempre había conseguido implicarme, presa de una sensación de impotencia cada vez mayor, en la búsqueda de la respuesta. Di la vuelta a la fotografía con la misma avidez infantil con la que lo hacía cuando era niño y leí lo que Diana había escrito.

«Pecado original.»

—Pecado original —repetí en voz baja, recordando cómo mi hermana había jugado al juego en el pasado y cómo sus pistas a menudo eran una oblicua combinación de referencias, a veces cómicas y otras irónicas. Por

ejemplo, su primera pista para Roscoe Arbuckle había sido «gordo sin suerte», una pista que apuntaba tanto a la obesidad del actor como al hecho de que, por un simple accidente, había sido acusado de violación y de asesinato.

«Pecado original», pensé. Con la palabra «pecado» Diana podía hacer referencia sólo al asesinato. Pero ¿qué tenía de original el asesinato? Nada, naturalmente. En ese caso, ¿qué podía haber de «original» en la Chica de Yde? La respuesta se me ocurrió como a menudo se me ocurría cuando jugábamos de niños, como por encanto, como si alguien me la hubiera susurrado sin palabras a la mente. Lo único original que podía ocurrírseme sobre la Chica de Yde era el cadáver, los restos utilizados para componer su reconstrucción decididamente carente de originalidad. Esos restos serían sin duda la prueba «original» del «pecado» que había sido su asesinato.

Volví al artículo que tenía en la pantalla del ordenador y bajé pulsando el cursor hasta el final de la página web. Allí encontré una referencia luminosa titulada «Descubrimiento inicial».

Pulsé sobre la referencia y allí estaba de nuevo.

La Chica de Yde.

Prácticamente nada de la imagen grotesca que al instante apareció en pantalla concordaba con ese rostro pintado y encantador. El abundante pelo rojo estaba recogido de cualquier manera en una cola espantosa de un cráneo de otro modo calvo. Las sonrosadas mejillas habían desaparecido junto con los pequeños ojos de muñeca. De hecho, los restos «originales» de la Chica de Yde no revelaban ningún rostro, o al menos no revelaban un rostro dotado de rasgos discernibles. Su «piel», si podía llamarse así, era cenicienta. Tenía la nariz aplastada y tanto las mejillas como los pómulos parecían haber sido golpeados hasta formar una especie de masa informe, de modo que el «rostro» de la Chica de Yde aparecía más o menos fundido, con los ojos reducidos a meras cuchillas y la boca convertida en apenas un simple agujero abierto en un montón de barro.

«Encuéntrame.»

Era la voz de Diana. Por descontado que no estaba allí, pero el espacio vacío en el que imaginé sus labios junto a mi oído parecía curiosamente electrificado, como si de pronto una presencia hubiera tomado forma para desvanecerse al instante, dejando tras de sí su hormigueante impronta en el aire vacío. Me levanté como si una mano invisible hubiera tirado de mí y me acerqué a la ventana, me apoyé en ella y mis ojos se encontraron con un luminoso común día de otoño.

«Encuéntrame.»

De pronto, lo que vi no era ya lo que había realmente al otro lado de la ventana, sino un estrecho sendero que avanzaba por un campo de cañas que oscilaban con suavidad, al tiempo que mi mirada se movía como una cámara invisible, siguiendo a una adolescente que se acercaba a la turbera, captando apenas algunos retazos de su luminoso pelo rojo mientras aparecía y desaparecía en la neblina de primera hora de la mañana. Entonces, con un

movimiento no menos súbito, me vi siguiendo a Jason, moviéndome con él hacia el estanque mientras su sombra se deslizaba sobre la hierba estival hacia la visible oscuridad —como le vi de pronto— de su muerte inminente.

Y al instante supe que aquello había sido diseñado por Diana, que era ella quien me había llevado de nuevo hasta Jason y hasta un asesinato que sin duda ella consideraba tan dolorosamente irresoluto como el de la joven de la turbera.

Como invocada por una suerte de extraña telepatía, Diana me esperaba esa tarde junto a mi coche cuando salí del trabajo, apoyada en el parachoques trasero y comiendo una manzana. Llevaba una camisa de color rojo oscuro con el cuello levantado, de modo que las puntas parecían un par de pequeñas alas sobresaliendo de su cuello. Casi esperé verlas aletear.

—Hola, Davey —dijo—. ¿Has recibido lo que te he enviado?

—¿Te refieres a la Chica de Yde? —respondí—. Sí, lo he recibido. —No di ninguna señal que indicara que estaba seguro de haber descubierto la intención oculta en el envío—. ¿Qué es lo que te interesa de ese… asesinato?

—No lo sé —respondió—. Es sólo algo que papá hacía a menudo. Leer noticias sobre viejos crímenes.

—No recuerdo que lo hiciera.

—Oh, sí —dijo—. William Roughead, por ejemplo. O «Sobre el asesinato» de Thomas de Quincey. Decía que leer sobre viejos crímenes le enseñaba cosas sobre la justicia.

—¿Como por ejemplo? —pregunté no sin cierta mordacidad.

—Que aunque sea difícil lograrla…, merece la pena.

Me reí entre dientes. Fue una risa seca.

—Yo podría haberle dicho eso.

—Le encantaba una idea de De Quincey en particular —añadió Diana, presa de una sensación de estudiada nostalgia, como si estuviera investigando en su pasado y no simplemente invocándolo—. Que un hombre no tiene que mirarse los pantalones cuando se enfrenta a un asesinato.

—¿Qué significa? —pregunté.

—Que cuando nos enfrentamos a un asesinato sabemos lo que sabemos —respondió.

Sonreí.

—La opinión no es admisible en un juicio.

—Siempre que sea sólo eso —dijo.

No añadió nada más sobre el Viejo, sobre De Quincey, sobre el asesinato ni sobre su difuso concepto de saber «lo que sabemos» y se limitó a tomar impulso y a lanzar la manzana con fuerza, enviándola más allá del camino de acceso a la casa, a la zona boscosa situada al otro lado.

—Vamos a dar una vuelta —dijo.

—¿A dónde?

—A Dover Gorge —respondió.

—¿Por qué allí?

—Porque fue allí donde papá y yo tuvimos nuestra última gran conversación —dijo—. Y porque quiero tener otra, pero esta vez contigo.

Fuimos en coche a Dover Gorge por un paisaje que era, por decirlo de algún modo, multicolor, y de camino me acordé de las excursiones que habíamos hecho hasta allí cuando éramos niños, con el Viejo al volante, las ventanillas bajadas sin importar el tiempo que hiciera y el viento azotándole el pelo despeinado. Teníamos un coche pequeño y al Viejo nunca le había gustado sentirse físicamente abrumado. Por ello me vi relegado al asiento trasero mientras Diana iba delante con él, ambos hablando de cualquier Gran Idea que al Viejo se le hubiera ocurrido como tema del día —la muerte, la vida después de la muerte, las lecciones de historia—, conversaciones a las que yo ya ni siquiera intentaba contribuir.

—Lascaux —dijo Diana después de un instante—. ¿Has oído hablar de ese lugar?

—Es una cueva, ¿no? —pregunté, recordando alguna referencia que había leído en una revista de viajes.

—En Francia —dijo ella asintiendo con la cabeza—. Tiene unos mil quinientos dibujos prehistóricos, algunos hermosamente coloreados. Los primeros pintores utilizaban pigmentos vegetales y ocre. —Sonrió y me acordé de las veces que nos habíamos sentado en la biblioteca del Viejo, ella debajo de la luz, explicando éste o aquel interés, transformando las cosas más ordinarias, como un nido de pájaro o una piña, en objetos de fascinación sobrenatural—. Sobre todo dibujaban animales —añadió—. No seres humanos, aunque no es algo extraño en el arte prehistórico. —Miró adelante, como intentando vislumbrar en la distancia Dover Gorge—. Lo realmente extraño de Lascaux es que el suelo de la cueva estaba cubierto de miles de huesos de renos. —Se interrumpió, como tantas veces lo había hecho cuando era más joven, para intensificar el interés, crear énfasis dramático y añadir un pálpito de suspense intelectual—. Pero no hay ni un solo dibujo de un reno en Lascaux —añadió —. ¿A qué crees que puede deberse, Davey?

—No tengo la menor idea —respondí.

Durante un instante, creí que intentaría dar una respuesta a su propia pregunta, pero en vez de eso se limitó a encogerse de hombros.

—Yo tampoco —dijo—. Aunque es algo que da que pensar.

—Y supongo que habrás estado dándole vueltas —pregunté con suma cautela.

—Sí.

—¿A Lascaux en particular?

—No —respondió—. A todo ese asunto de los huesos de reno.

—¿Y cuál es la conclusión?

—No la hay —dijo—. Simplemente, la noción de que quizá no pintaban a los animales que se comían porque necesitaban distanciarse de ellos.

—¿Y por qué iban a necesitar hacer algo así?

Sus ojos chispearon de un modo extraño, como si estuviera de pronto sumida en profundas cavilaciones.

—Porque tienes que distanciarte de algo antes de matarlo —dijo.

Llegamos a Dover Gorge envueltos en un crepúsculo azulado que daba a la zona cierta atmósfera fantasmagórica o, mejor aún, cierto aire de atemporalidad propio de las cosas insensibles. Las paredes de granito eran muy altas y parecían inclinarse hacia delante como inmensos gigantes de piedra observando a las diminutas y aterradas criaturas sobre las que ejercían un espantoso dominio.

Dejamos el coche en un aparcamiento prácticamente vacío, bajamos del vehículo y nos quedamos de pie mirando el peñasco más próximo.

—Allí hay una grieta —dijo Diana con certeza, tanta que resultó evidente que tenía un mapa del barranco grabado en la cabeza. Levantó el brazo y señaló un sendero que se perdía entre los árboles del bosque—. Ese pequeño sendero lleva hasta ella —añadió—. La grieta es muy estrecha, apenas lo suficiente para que un ser humano se cuele por ella.

—¿Cómo sabes todo esto? —pregunté.

—Lo he leído —respondió.

Dicho eso, cruzamos el aparcamiento y nos adentramos en el bosque, caminando juntos por un sendero que se estrechaba cada vez más a medida que nos acercábamos al muro de piedra. Al llegar a él, Diana miró a derecha e izquierda. Luego, con un fugaz movimiento de cabeza, me llevó hasta un segundo sendero, éste virgen y silvestre, de modo que avanzamos más despacio, abriéndonos paso entre la densa maleza hasta llegar a un dentado saliente que ascendía desde la base hasta lo alto del muro.

—Aquí —dijo—. Aquí es donde él lo oyó.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

Durante un instante, pareció no estar segura de su respuesta. Luego dijo:

—Un murmullo de piedras. —Sacó un pequeño panfleto cuadrado del bolsillo de la blusa. Era muy viejo y tenía las páginas amarillas. Parecía que en cualquier momento fuera a convertirse en polvo—. Douglas Price —añadió—. Vino en 1947. —Abrió el panfleto y empezó a pasar con delicadeza las páginas —. Había sido piloto durante la guerra. Treinta y siete salidas.

Yo había visto suficientes películas de guerra como para saber lo que eso quería decir: treinta y siete despegues, el abrupto ascenso hasta alcanzar la altura correcta seguido del largo vuelo sobre lagos y tierras de cultivo hasta el lugar donde esperaba el objetivo con su red de baterías antiaéreas.

—Después de eso tuvo siempre problemas con los ruidos fuertes —añadió Diana—. Le resultaban «alarmantes».

Imaginé a Price de joven metido en un avión que se agitaba de forma descontrolada y cuyo fuselaje traqueteaba tanto en el aire que a buen seguro debía de pensar que en cualquier momento se desharía en pedazos, y el estruendo de las bombas engullendo por fin el inhumano temblequeo del aparato. En esos breves instantes en los que sobrevolaba el objetivo, el mundo debía de convertirse en poco más que un rugido insoportablemente ensordecedor.

—Luego trabajó en Brigham —explicó Diana.

«En Brigham», pensé. Allí era donde habían llevado al Viejo en dos ocasiones, la primera cuando yo tenía cinco años, y la segunda años más tarde, de modo que podría haber muerto allí si Diana no hubiera dejado la universidad y le hubiera llevado a casa.

—Había bastantes soldados en Brigham en 1947 —dijo. Pareció retroceder a esa época justo después de la guerra, cuando los restos habían vuelto flotando en oleadas de cuerpos heridos y mentes enfermas—. Price escuchaba sus historias. —Miró el panfleto, escogió una página que tenía señalada, estudió durante un instante lo que había escrito en ella y alzó los ojos hacia mí —. Un día salió a dar un paseo y terminó aquí, en Dover Gorge.

Estaba con él. Vi que Diana estaba con él, caminando a su lado mientras él avanzaba en firme ascenso por el sendero cada vez más estrecho hasta el lugar donde la gran roca se dividía.

—Era un radiante día de verano —dijo—. Verde, salpicado de flores blancas.

Aquello parecía una cita, de modo que no me sorprendió verla levantar ligeramente el panfleto.

—De hecho, su estilo es bastante malo —dijo—. Muy amanerado.

Entonces leyó:

> La sencilla exuberancia del paisaje bastó para que apartara mis pensamientos de las omnipresentes acrimonias de la vida y para que me sintiera transportado a un fantástico mundo de dulzura y de armonía antes de que, airada, se alzara la primera rama y de que se arrojara la primera piedra.

Diana levantó la mirada y sonrió.

—¿Entiendes a lo que me refiero con lo del estilo?

Entonces retomó la lectura, y mientras ella leía volví a percibir su embrujo, la facilidad con la que podía sumergirte en las profundidades de cualquier tema que reclamara su atención.

En ese momento, me reuní con ella y con Price, al tiempo que los tres nos movíamos «por un sendero denso y verdeante orillado a ambos lados por sendos remolinos de flores blancas». Juntos nos adentramos más y más en los bosques y bordeamos después el peñasco hasta llegar a la dentada fisura que Price definía como «trágica, un corazón de piedra roto».

—Aquí se detuvo —dijo Diana—. Justo aquí, donde estamos ahora. —Bajó el panfleto y dejó vagar en ascendente la mirada sobre la hendidura cruelmente dentada de la pared de granito—. Aquí es donde las oyó. Las voces.

Había memorizado las palabras de Price y las recitó.

—«Un susurro entre la maleza acompañado de numerosos gritos ahogados.» —Se volvió a mirarme y continuó recitando con la misma voz que utilizaba cuando era niña, la misma que, de nuevo, y después de tantos años, me resultó fascinante:

> Tan sólo puedo describir la sensación que me embargó como una visitación, una evocación. Aun así, no vi flotar ninguna aparición ni oí ningún alarido semejante al de un niño en el bosque o en el fondo de un pasillo. La fantasmagoría no reveló en ningún momento su naturaleza ni su identidad. Simplemente, habló y lo hizo empleando para ello un mar de suaves chillidos y un alarido roto y grave que sentí traducirse en mí en una sensación de abandono, de impotencia ante una grave aflicción, de antiguas heridas no curadas y de antiguos agravios no vengados y por ello condenados por siempre a hacer oír sus voces desde el duro y eterno polvo de la piedra inmemorial.

Cerró despacio el panfleto, como un cura al término de su homilía.

—No sé si sabes que Douglas Price aún está vivo —dijo—. Voy a hablar con él.

—¿Por qué?

Se volvió hacia el muro de granito junto al que estábamos y, con una elegancia extraña e imposible, tendió la mano y pasó los dedos por la dentada fisura, tal y como la había visto acariciar el rostro de Jason.

—Para saber qué es lo que sabe —fue su respuesta.

Petrie cavila sobre la excursión a Dover Gorge y percibo que hay algo del paseo que le preocupa.

—Y, en esa ocasión, ¿Diana no dijo nada sobre Jason o sobre Mark? —pregunta.

—No.

—Sólo sobre Douglas Price y el panfleto que escribió.

Asientes con la cabeza porque no tienes nada que añadir.

—¿No mencionó que tuviera sospechas acerca de la muerte de Jason? —pregunta Petrie.

—En absoluto —admites, recordando de pronto un verso que el Viejo citaba a menudo y que hacía referencia a la noción de verdad que tenía Emily Dickinson, aunque sesgada. De pronto te preguntas si acaso no era ésa la estrategia de Diana, uno más de sus dones, siendo como era un genio en el arte de la evasión y de la desorientación.

—¿Ni una sola señal que apuntara a algún plan? —pregunta el detective.

Ves hasta qué punto Petrie está decidido a mantenerse fiel al plan que ha establecido para el interrogatorio, a reunir tan sólo pruebas admisibles.

—Ninguna —le dices.

—Entonces sabía tanto sobre lo que Diana estaba haciendo después del paseo como antes.

—Eso es.

—Nada nuevo.

—Nada más allá de una sensación de algo ominoso —le dices, dándole una respuesta que sabes que no le gustará.

Piensas que es curioso cómo se dan las historias, ésta en particular, cómo has llegado ya a un tercio de ella, pero puedes ya sentir la pendiente y sabes que a partir de aquí el descenso será continuado y cada vez más rápido. Percibes que también Petrie lo sabe, que ve la arruga de dolor que te perfila los ojos y reconoce el hecho irrefutable de que para ti el auténtico desastre empieza aquí.

—Y también una sensación de fracaso —añades—. Me embargó una sensación de fracaso durante el trayecto de regreso a la ciudad.

Recuerdas el silencioso trayecto, con los ojos de Diana clavados en la carretera, la noche cayendo, y ella en silencio de modo que de pronto tuviste la sensación de que la habías decepcionado como lo habías hecho durante toda tu vida con el Viejo, incapaz de cumplir lo que se esperaba de ti.

—¿Dijo algo más sobre Dover Gorge? —pregunta Petrie—. ¿Por qué le había llevado allí?

—No —respondes.

Y, sin embargo, detectaste algo en su actitud. No fue nada que ella dijera. Lo viste en sus ojos.

—Algo me llevó a pensar que la excursión a Dover Gorge había sido una prueba —le dices a Petrie.

—¿Qué podía querer probar?

—A mí. Si podía confiar en mí. Sentí que dudaba de mí. —Ves al Viejo y a Diana juntos en la biblioteca, hablando en voz baja mientras tú te quedas en la puerta, un simple juego de damas eclipsado por su ajedrez—. Ya lo había sentido antes, pero siempre con mi padre. Me refiero al modo en que desviaba su atención hacia Diana, centrándola en ella y sólo en ella.

Te encoges de hombros, como en un intento por deshacerte de una carga invisible, y en ese instante se desvela una verdad, y sabes que no es lo que perdemos lo que nos atormenta, sino lo que perdemos por un simple parpadeo. Te recorre un estremecimiento que se convierte en algo físico, un temblor en las manos que enseguida te llevas a las rodillas.

—Después de dejar a Diana me fui a casa —prosigues—. Fue una noche como cualquier otra.

Las ves ocupando sus asientos habituales. A Abby en la cabecera contraria de la mesa ovalada y a Patty entre los dos. Una cena como tantas otras: pastel de carne, guisantes, puré de patatas.

—Durante la cena mencioné que acababa de dejar a Diana en su casa —le dices a Petrie—. Que habíamos ido a Dover Gorge. Les dije lo que le he dicho a usted, que Diana llevaba el panfleto que había escrito un tipo después de la guerra y que ese hombre, Douglas Price, había estado en Brigham. —Ves la mirada que Abby te lanza y la pregunta en sus ojos. «¿No fue allí donde estaba tu padre?» Entonces es Patty la que habla. «Acabo de recibir un interesante correo electrónico de tía Diana.»

—Patty me dijo que Diana le había enviado algo —le dices a Petrie—. Debió de enviárselo en cuanto llegó a casa esa noche. Era un correo electrónico. La dirección de una página web.

—¿Qué página web?

—Ésa fue la pregunta que le hice a Patty.

El bolígrafo de Petrie está preparado.

—¿Y su respuesta? —pregunta.

9

—La Chica de Windeby —respondió Patty—. Es un sitio web sobre la Chica de Windeby.

—¿Quién es? —pregunté.

—No lo sé con exactitud —dijo mi hija—. Es sólo algo que le interesa.

—Y que quiere compartir contigo —añadí—. Como con Kinsetta Tabu.

—Supongo.

No logré saber si Patty estaba siendo del todo sincera conmigo o si mantenía en guardia una parte de ella; si la página web que Diana le había enviado era del todo inocente o si algo más oscuro se ocultaba tras ella.

—A mí también me ha enviado una página web —dije—. La de la Chica de Yde.

En los ojos de Patty brilló algo que bien podía ser reconocimiento, pero fingí no advertirlo.

—¿Alguna vez has oído hablar de ella? —pregunté.

Mi hija negó con la cabeza.

Y pensé: «Miente», y de pronto Patty se dibujó ante mis ojos no como estaba, sentada tranquilamente a la mesa durante la cena, sino como una variación de Nina, la vampírica hija de Charlie, la misma a la que poco antes había imaginado avanzando por un pasillo en sombras con un cuchillo en la mano.

—La asesinaron —dije—. A la Chica de Yde.

Busqué una reacción en Patty, pero no dio ninguna señal de haber oído hablar de aquel antiguo crimen.

—¿Qué le ocurrió a la Chica de Windeby? —pregunté.

Patty se encogió de hombros.

—No lo sé —fue su respuesta. Se metió en la boca un poco de pastel de carne y lo masticó despacio antes de añadir—: Todavía no he visto la página web. Era sólo un vínculo.

Para mi sorpresa, no tenía la menor idea de si eso era falso o cierto, si Patty no sabía nada de la Chica de Windeby o si, como Diana, lo sabía todo.

Después de cenar me fui a mi despacho, encendí el ordenador y tecleé «Chica de Windeby» en el motor de búsqueda. Aparecieron varias páginas web. Elegí la primera, y allí estaba, todo lo que necesitaba saber y todo ello escrito con una tipografía muy poco habitual que mi ordenador identificó como

Monotype Corsiva 20:

El Landesmuseum del Schloss Gottorf alberga cinco cuerpos hallados en el cenagal y una cabeza parcialmente conservada. Uno de los cuerpos, conocido como Windeby I, pertenece a una joven de catorce años. El cuerpo de la Chica de Windeby se encontró en una turbera en 1952. Aunque se ahogó, su muerte no fue accidental. Le habían tapado los ojos con un pañuelo y habían añadido a su cuerpo el peso de una piedra y de tres ramas. En base a esa evidencia, los eruditos han determinado que la muerte de la Chica de Windeby, que se remonta a hace 2.000 años, no fue el resultado de un suceso fortuito, sino de un calculado asesinato.

Sin la menor intención, inspiré hondo y volví a leer la página, reviviendo el asesinato de la Chica de Windeby en cada uno de sus atroces estadios: una

muerte seguida paso a paso, sintiendo cada momento de su asesinato al tiempo que éste tenía lugar, primero la suave textura de la venda que le cubría los ojos, luego el agua fría cuando le hundían en ella la cara y por fin la terrible ausencia de aire.

Ciertas palabras del texto destellaron en la página en diminutas explosiones.

«[Aunque se…]… ahogó. [Su muerte…]… no fue accidental. No fue el resultado de un suceso fortuito, sino de un asesinato calculado.»

Se me ocurrió que con seguridad esas palabras habían recordado a Diana a Jason, aunque no logré imaginar cómo.

—¿Dave?

Al levantar la mirada me encontré con Abby en la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó visiblemente preocupada.

Le indiqué con la mano que se acercara a la mesa.

—Ésta es la página web que Diana ha enviado a Patty —le dije. Luego le señalé las palabras que había parecido ver destellar en el texto.

Abby guardó silencio durante un instante, aunque tenía el rostro velado por la preocupación.

—Tienes que avisarle, Dave.

No tenía ni idea de a qué se refería.

—¿Avisar a quién? —pregunté.

Su respuesta me pilló del todo desprevenido.

—A Mark —dijo, sin añadir nada más.

No pude quitarme de la cabeza la advertencia de Abby y tampoco lo segura que parecía estar de que de algún modo Mark corría peligro. La luz de sus ojos había desaparecido al hablar y su voz se había despojado de cualquier sombra de alegría. Fue como si en cierto modo hubiera percibido que una gran piedra se había desprendido y no tardaría en rodar desde las alturas sobre nosotros, ganando inevitablemente velocidad al precipitarse por la despejada pendiente.

Sin embargo, ¿contra qué se suponía que debía advertir a Mark? ¿Quizá sobre el hecho de que Diana daba paseos a primera hora de la mañana o de que parecía muy poco dispuesta a recibir visitas en su apartamento? ¿Debía quizá saber que Diana se había desprendido de cualquier vestigio de su pasado o de que enviaba correos electrónicos y faxes sobre asesinatos que databan de la prehistoria y de la Edad de Hierro?

Y a todo eso se sumaba el hecho de que Diana no había mencionado a Mark mientras estábamos en Dover Gorge. Tampoco había explicitado ninguna relación entre él y el Hombre de Cheddar, la Chica de Yde o la Chica de Windeby. Por lo que yo sabía, no había articulado jamás la menor acusación contra él, ni conmigo ni con nadie.

Cuando llegué al trabajo la mañana siguiente, eché una mirada al fax para ver si Diana me había enviado algo durante la noche. Me alivió ver que la

bandeja estaba vacía: ni esqueletos sin ojos, ni resecos restos de chicas asesinadas. Tampoco había ningún correo electrónico de ella.

Poco después de las diez, Lily vino a mi despacho.

—Ed Leary quiere verle —dijo—. Está aquí.

—De acuerdo. Hágale pasar.

Ed apareció segundos más tarde, en apariencia un poco menos descompuesto que de costumbre.

—He cambiado de opinión —anunció al tiempo que tomaba asiento en la silla delante de mi mesa—. Quiero hacer una nueva oferta a Ethel. Quiero que le preguntes qué necesita para quedarse tranquila.

—La tranquilidad puede llegar a resultar muy cara —le advertí—. Puede sorprendernos con algo muy drástico.

—Quiero saber qué es lo que podría dejarla tranquila —dijo con un tono de voz ligeramente más decidido que en anteriores ocasiones—. A fin de cuentas, es tranquilidad lo que quiere la gente, ¿no te parece?

No me pareció el momento más adecuado para pensar en «lo que quiere la gente». El abanico de posibilidades era demasiado vasto para poder ser contemplado. De pronto, me acordé de uno de los sonoros predicamentos del Viejo: «Poco codicioso era el rey que deseó sólo un caballo, mientras que el mundo entero era demasiado pequeño para Alejandro».

—¿A qué se debe este cambio de opinión? —pregunté.

—A tu hermana.

Sentí un oscuro estremecimiento semejante al que creía haber visto en Abby la noche anterior, una sensación de que algo maligno había empezado a emponzoñar nuestro entorno, un lóbrego estanque en eterna espiral y en el que, por mero accidente, nos precipitábamos cada vez más.

—¿Has estado hablando con Diana? —pregunté.

—Sí —respondió con la mirada encendida y con un tono extrañamente alegre, como si mi hermana se hubiera convertido en una fuente de felicidad, o de alivio, o de inspiración, o quizá de las tres cosas: un rayo de luz que había logrado penetrar en la penumbra en la que hasta entonces estaba sumida su vida.

Me incliné hacia delante.

—¿Dónde has visto a Diana?

—Mi tienda está en la misma calle que la biblioteca —explicó—. Entró una tarde. Supongo que de camino a casa. Quería echar una mirada a las lápidas.

—Pero Jason ya tiene una —dije, recordando la tarde del funeral y lo silenciosa que había estado Diana durante todo el día, sin pronunciar palabra en el cementerio y tampoco durante el trayecto de regreso a la granja. Incluso entonces se limitó a pronunciar unas pocas palabras antes de alejarse por la puerta trasera y cruzar después la valla de protección que la bordeaba, más y más lejos de nosotros, hasta que por fin había ocupado su lugar junto a la gran piedra gris que estaba en la orilla de Dolphin Pond.

—¿Dave?

La voz de Ed me devolvió al pequeño despacho cuadrado, a los bajos archivadores grises y al modesto escritorio.

—Sí —dije—. Diana. ¿Decías?

—No estaba interesada en mirar las lápidas —aclaró Ed—. Me refiero al material pulimentado. Estaba interesada en la piedra natural.

—¿Por qué?

—Llevaba la fotografía de un dibujo en el que tenía un gran interés. Parecía estar dibujado sobre piedra.

—¿Qué mostraba el dibujo? —pregunté.

—Simplemente unas cuantas líneas en azul. Líneas onduladas en horizontal. —Pensó durante un instante y añadió—: Y había también una pequeña mancha roja en el centro de la parte azul.

—¿Te dijo de dónde había sacado el dibujo? —pregunté de nuevo.

—No, sólo que era muy antiguo —respondió—. Dijo que databa de hacía miles de años. —Entonces repitió la frase que, no me cupo duda, había oído decir a Diana—: «Ese preciso amanecer». —Se volvió hacia la ventana y luego me miró una vez más—. Bueno, nos pusimos a hablar. Yo sabía lo que había pasado con su hijo. Le conté lo que me pasaba, así que también hablamos de eso. Vio lo furioso que estaba con Ethel. Dijo que sólo hay dos cosas que una persona puede hacer para deshacerse de una rabia como ésa. Pagar a Ethel lo que pida y olvidarse de ella era una.

—¿Y la otra?

Se rió.

—Matarla —dijo.

Recuperé despacio la calma, como si me estuvieran apuntando con el filo de una cuchilla.

Ed se masajeó el hombro izquierdo y se estremeció ligeramente.

—Así que he tomado una decisión. Quiero que hagas a Ethel otra oferta —anunció con un guiño—. Ya que no puedo matarla.

Le miré en silencio al tiempo que, una tras otra, las escenas de los asesinatos iban pasando por mi cabeza: Ethel despatarrada sobre una deshilachada alfombra oriental, con la cabeza metida en una bolsa de plástico atada al cuello; Ethel flotando en una bañera ensangrentada; Ethel repantigada en una silla, con un reguero de sangre deslizándose por el puente de su nariz desde el agujero abierto entre los ojos; Ethel con un cuchillo clavado en el pecho; Ethel apaleada, con el rostro desfigurado como…

—La Chica de Yde —susurré.

—¿Qué —preguntó Ed.

—Nada —respondí, volviendo al asunto que nos ocupaba.

Pero Ed no creyó que no fuera nada. Había visto algo en mis ojos.

—No hablaba en serio, Dave —dijo—. Diana no hablaba en serio cuando habló de matar a mi esposa.

—Por supuesto que no —le dije, aunque en el momento en que se lo aseguraba mi mente se aceleró de pronto y pensé en Diana, en lo que le había

dicho a Ed, en hasta qué punto eran extremas las opciones que le había dado y también profundamente limitadas: la paz mediante la rendición o una terrible venganza.

Como es natural, Ed ni siquiera intuyó nada de todo ello. Se levantó visiblemente aligerado, como si acabara de quitarse un gran peso de encima.

—Cuando Ethel responda, házmelo saber.

Le acompañé a la furgoneta con la esperanza de saber algo más, de reunir algún detalle sobre Diana que pudiera ayudarme a aclarar las cosas y darme alguna pista sobre hacia dónde apuntaba su mente. Y es que era su cabeza la que había empezado a preocuparme, un miedo cada vez mayor y difícilmente controlable de que fuera como papá.

—En cuanto a Diana —dije cuando Ed había subido a la furgoneta y estaba a punto de marcharse—, ¿te pareció que estaba bien la última vez que la viste

—¿Bien? —preguntó él—. ¿A qué te refieres?

La palabra se escapó de mi boca.

—Cuerda.

Ed se rió.

—¿Cuerda? ¿Diana? —Volvió a reírse al encender el motor—. No conozco a nadie más cuerdo que ella, Dave.

A pesar de la afirmación de Ed, la pregunta siguió circulando por mi cabeza. Y así, durante las horas siguientes, mientras trabajaba en el despacho, no podía quitarme de la cabeza la reunión con Ed Leary, ominosa como un buitre en un despejado cielo azul. Yo nunca había oído a Diana hablar de matar a nadie, ni de que el asesinato fuera la solución a nada. De hecho, sólo había visto un episodio de auténtica ira una vez en mi vida. Había estallado de pronto en el Viejo cuando estaba sumido en uno de sus delirios paranoides y se había convertido en el recuerdo de infancia más espantoso de entre todos los que conservaba de él. Había ocurrido el día antes de que se lo llevaran. Justo después de mediodía, yo había abierto la puerta de su estudio y le había encontrado en el suelo, rodeado de montones de libros. Él me había mirado y, en ese instante, yo había podido ver el auténtico rostro de su locura, una rabia encendida que le puso en pie. La mirada que vi en sus ojos seguía paralizándome de terror junto con las palabras que le había oído decir: «Eres tú». Luego, como en un intento por calmar cualquier asomo de ira que ardiera en su interior, se había alejado escaleras arriba. Segundos más tarde, le oí prepararse un baño. Me pregunté qué suerte de ira incontenible que había tenido que calmar en el agua de un baño podía haberse adueñado de él ese día. ¿Y acaso esa misma ira, feroz y delirante, ardía también en Diana?

De ser así, no me cabía duda de que el objeto de esa ira era Mark.

De modo que hice la llamada.

—Doctor Regan —respondió.

—Soy Dave, Mark.

Silencio.

—Me gustaría hablar contigo.

—¿Sobre qué?

—Sobre Diana —respondí.

Siguió un segundo silencio, breve aunque innegablemente denso, como si la mención del nombre de mi hermana hubiera caldeado el ambiente entre ambos.

—Estoy preocupado por ella, Mark —añadí empleando un tono que sin duda alertó en él cierta sombra de peligro—. La veo un poco… rara.

—Naturalmente, era un eufemismo —le dices a Petrie—. Dije «rara» por no decir «loca».

Petrie anota el comentario en su libreta y tú te preguntas si más adelante aparecerá en el juicio como prueba contra ti.

—Siempre temí que lo lleváramos en la sangre —añades—. Que uno de nosotros fuera como papá.

—¿Uno de nosotros? —pregunta Petrie.

—Sí.

—Entonces, ¿también temía por usted?

—Siempre —respondes—. Es una enfermedad peligrosa.

Sientes la pelota roja de goma en la mano, ves la puerta de la calle abierta, a Diana allí de pie, una niña de larga melena rubia y miedo en la voz cuando te habla: «¿Dónde está papá?»

—Hay cosas a las que a un hombre le da miedo enfrentarse —le dices al detective, intentando que no capte la auténtica naturaleza de tu miedo ni ninguno de los serios trastornos mentales que son su espantosa artesanía.

—Sí —dice Petrie. Se lleva la mano al nudo de la corbata ya aflojado y tira de él un poco más—. ¿A qué le tiene usted miedo, Dave?

Cuatro muertes giran en círculo en tu cabeza. En cierto modo, aunque distintas, te parecen lo mismo: simples hilos de la tela que te sostiene.

—¿Por quién? —respondes—. Ésa es una pregunta que se acerca más a la realidad. ¿Por quién temía?

Petrie inspira hondo, como un buceador antes de lanzarse por la borda y sumergirse en aguas prohibidas.

—De acuerdo —dice—. ¿Por quién temía?

A pesar de haber sido tú el autor de la pregunta, te resulta difícil dar la respuesta correcta. Hay demasiadas respuestas correctas. Porque eres un río de miedo con afluentes preñados de advertencias.

—¿Por quién, Dave? —pregunta Petrie.

—Por Mark —respondes, eligiendo uno de los afluentes—. Temía por Mark. —Ahora estás de pie en el apartamento de tu hermana, recorriendo las paredes con los ojos—. Me daba miedo lo que Diana pudiera estar pensando de él. —Los mitos vuelan por tu cabeza como murciélagos, nombres antiguos que no deberían significar nada, aunque, durante un instante, lo son todo: Gea, Urano, Cronos. Imágenes espantosas se abaten sobre ti y te esquivan: un cuchillo ensangrentado, unos genitales amputados—. Y lo que pudiera hacerle —añades casi serenamente, conteniendo en tu cerebro el gélido estremecimiento.

—Así que le advirtió —dice Petrie—. Yo habría hecho lo mismo.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Sonríes y prosigues con tu relato, observando al detective mientras él te escucha y pensando sólo en hasta qué punto ha logrado penetrar en tu nube.

10

Esa noche, mientras iba en coche al pequeño restaurante donde Mark y yo debíamos encontrarnos, volví a pensar en las películas —*Escalofrío en la noche, Atracción fatal*— y de pronto se me ocurrió que no eran más que las representaciones más recientes de una vieja pesadilla. ¿Durante cuánto tiempo, y desde qué antiguo escaño, habían los hombres temido y se habían sentido sobrecogidos por las pasiones que acunan a las mujeres y las impulsan a la acción? Me pregunté cuántos de los hombres a los que había representado se habían apartado, recelosos, de sus coléricas esposas o novias con la sencilla esperanza de lograr llegar a la puerta sin oír el chasquido del gatillo de una pistola o el tintineo de cuchillos en el cajón de la cercana cocina, temerosos de una violencia que también les conmocionaba. «¿No puedes simplemente aceptarlo?», parecía ser la eterna pregunta masculina. «No», era la respuesta femenina que los hombres jamás habían llegado a entender.

Mark llegó un poco tarde, se detuvo al entrar, recorrió el local con los ojos hasta que me vio en la mesa del fondo y luego vino hacia mí con largas y decididas zancadas. Al llegar a la mesa me tendió la mano y yo no dudé en estrechársela, aunque en cuanto nuestras manos se tocaron me pregunté si Diana habría llegado a imaginar esa misma mano llevando a Jason hasta el agua, hundiéndole la cabeza y sujetándole allí, bajo la superficie, esperando mientras se retorcía entre espasmos y agitaba los brazos hasta que por fin le sobrevino la terrible quietud.

—Me alegra verte, Dave —dijo Mark. Se sentó delante de mí a la mesa—. Hacía tiempo que no hablábamos.

—¿Qué tal te va, Mark?

—Todo lo bien que cabe esperar —respondió, encogiéndose de hombros—. Me mantengo muy ocupado. He alquilado un pequeño apartamento no muy lejos del centro de investigaciones. En realidad, en coche, está al lado. Muy cómodo —añadió con una sonrisa triste—. Pero echo de menos la otra casa. El estanque. Hasta esa roca grande que hay en la orilla. —Se permitió una ligera risa que sonó curiosamente contenida—. La oreja de la tierra. Así es como Diana la llamaba. A Jason le gustaba ir allí. Con Diana, claro. Entonces, un día dejó de gustarle.

—¿Por qué ese cambio?

—¿Quién sabe? —respondió con un leve encogimiento de hombros—.

Quizá vio algo que le asustó, algo en el agua. Ya sabes cómo era, muy asustadizo. —Pareció revisitar un episodio específico de su vida y me pregunté si no sería el instante en que había visto algo aterrador en los ojos de mi hermana—. No es buena cosa el miedo —añadió.

La camarera se acercó a la mesa y pedimos una cerveza.

Cuando se fue, Mark tomó el pequeño salero de cristal y lo hizo girar entre sus manos abiertas.

—Hace poco leí un estudio. Sobre los enfermos mentales. Pueden estar sumidos en toda clase de delirios. Vaya, locos de atar. Pero lo último que pierden, la última percepción, es la del miedo. —Devolvió el salero a su sitio—. Es evidente que se trata de un mecanismo cerebral. Muy primitivo. Eso explica por qué los locos que vemos en las calles, los que gritan a las mujeres y a los niños, nunca gritan a los tipos corpulentos. Están locos, pero conservan los últimos vestigios de cordura, y precisamente por eso ven algo y dicen: «Más grande que yo, más fuerte», y se mantienen al margen.

Asentí con la cabeza.

—Así que el miedo es lo último en desaparecer.

—Sí —dijo de pronto—. Supongo que se reduce a eso.

Llegaron las cervezas y Mark le dio a la suya un buen trago. Luego dejó el vaso con fuerza sobre la mesa como un martillo contra la madera.

—A ver, ¿qué es eso que querías decirme sobre Diana? —preguntó—. ¿Dices que actúa de forma extraña?

—Quizá no debería haber utilizado esa palabra.

—Bueno, algún motivo debes de haber tenido para emplearla, Dave.

En vez de darle una respuesta directa, dije:

—Me han dicho que has ido a ver a Stewart Grace.

—Así es —respondió aunque distante, claramente reticente a darme cualquier otro detalle.

—Es un criminalista. Uno de los grandes.

—Cierto.

—Y caro.

—De momento, sólo he contratado sus servicios.

—Aun así, no te habrá salido barato.

—¿Adónde quieres ir a parar, Dave?

—Simplemente me pregunto por qué necesitas a un abogado como él.

—Le he contratado como medida de precaución —fue su respuesta—. En caso de que tenga que defenderme.

—¿Quieres decir, contra Diana?

Pareció conmocionado ante esa posibilidad.

—Por supuesto que no —respondió tajante—. Hay un tipo en el centro de investigaciones. Se llama Gillespie. Cada día está más desquiciado. Estoy seguro de que llegará el momento en que el centro se deshará de él, pero hasta entonces temía sus acusaciones. Que me acusara de robarle las ideas, algo así. Podría ser cualquier cosa. Está así de mal. —Soltó una risa seca—. Le mandó

una roca a Bill Carnegie. ¿Te imaginas? Con una especie de símbolo vudú grabado en ella. Probablemente tenga una muñeca con mi cara a la que le clava agujas. —Se encogió de hombros—. De todos modos, decidí contratar a Stewart por si acaso. —Se rió de nuevo—. ¿Creías que el hecho de que haya acudido a Stewart tenía que ver con Diana?

—Sí, he creído que podía ser.

—¿Por qué?

Cuando me vio vacilar, se inclinó hacia delante.

—Deja que te pregunte una cosa, Dave. ¿Crees que Diana necesita ayuda? Me refiero a ayuda profesional. —Parecía estar viendo la nube oscura que se había formado en mi mente—. Sufría pesadillas espantosas. Tras la muerte de Jason. Fue entonces cuando empecé a sospechar que tenía algún problema mental. —Me lanzó una mirada explícita—. No es que no haya antecedentes de esto. Me refiero a la familia.

La deprimente crónica del trastorno mental del Viejo se desplegó ante mis ojos, y mientras eso ocurría, entendí con exactitud cómo nos veía Mark: a Diana, a mí y a Jason, cada uno de nosotros una cadena separada de ADN, aunque contaminada por los mismos detritos.

—Te daré un ejemplo de lo que intento decirte —prosiguió Mark—. Una noche Diana fue al estanque. Iba en camisón, como una actriz de una película de terror. Eso era realmente lo que parecía, allí de pie junto a esa piedra enorme. La «oreja de la tierra». Estaba de cara al estanque, con el pelo sobre los hombros y la luna sobre el agua. Te digo y te repito que era como una escena de una película, Dave. Durante un minuto creí que lo estaba soñando. —Guardó silencio y vi que intentaba encontrar las palabras que diría a continuación. Buscó durante unos segundos hasta dar con ellas—. Cuando llegué a su lado, Diana seguía aturdida.

—¿Te dijo algo?

—No —respondió—. Debió de oírme cuando me acercaba por detrás. Se volvió de pronto y ahí estaba esa mirada en sus ojos. Aterradora.

—¿Por qué aterradora? —pregunté.

—Porque parecía que me odiara.

—¿Eso dijo? —pregunté como un abogado que interrogara a un testigo.

—No dijo nada —respondió Mark—. Ni una palabra. Volvió a casa, pero no quiso subir a acostarse. Durmió en el sofá. A la mañana siguiente me pidió que me marchara. Y eso hice. Supongo que el alma de la sabiduría es reconocer cuando algo no funciona, ¿no crees?

Como yo nunca había pretendido encontrar el «alma de la sabiduría», no ofrecí ninguna respuesta a la pregunta de Mark.

—¿Por qué sentía Diana eso hacia ti? —pregunté—. Me refiero al odio.

—En ese momento no habría sabido responderte, pero desde entonces supongo que tiene que ver con Jason —respondió Mark—. Diana fue a ver a Bill Carnegie. Quería saber si yo había dicho algo sobre Jason. —Negó con la cabeza—. Pobre Jason. A menudo se pasaba las horas mirando a la pared. Una

pequeña rascada en la pared, un desconchón…, cualquier cosa. —Inspiró lentamente—. Una vez le pregunté a Diana qué creía que Jason podía estar pensando durante todo ese tiempo. Ella dijo que no pensaba en nada, que sufría, y que ese sufrimiento era puro. Como una droga en el momento de su máximo efecto. —Soltó el vaso y metió las manos debajo del mostrador—. Así que cuando Jason murió le dije a Diana que quizá había sido mejor así. —Incluso entonces me pareció desconcertado por la violencia que observó en la reacción de Diana—. Estalló, Dave. Realmente creí que iba a atacarme.

—Pero no lo hizo —dije.

—No. Diana era de las que esperaba. Urdiría un plan. Quizás incluso encontraría a alguien que lo hiciera por ella.

—¿Alguien?

—Ya sabes, asesinato por encargo. Ese rollo.

—¿De verdad lo crees?

Negó con la cabeza.

—Por supuesto que no —dijo—. Lo que quiero decir es que Diana jamás se dejaría llevar por sus emociones.

Me acordé entonces del día en que murió el Viejo. Diana no había derramado una sola lágrima. Simplemente había recogido sus cosas: su pijama, las zapatillas de estar por casa, el albornoz, el chal que llevaba alrededor de los hombros. Me dio la almohada verde en la que recostaba la cabeza y dijo: «Hagamos una hoguera, Davey. A él le habría gustado». Entonces salimos al jardín y, a pesar de la lluvia, logramos quemarlo todo en una fogata. Las brasas seguían aún encendidas cuando Diana llamó para dar parte de la muerte del Viejo a las autoridades, después de lo cual fuimos a su estudio y esperamos a que llegaran. Recuerdo aún los ojos de Diana, lo secos que los tenía, aunque no más que las palabras que la oí decir: «Era su hora».

Cuando volví al presente, encontré a Mark sumido en sus cavilaciones.

—Es una solitaria —pareció concluir—. Siempre sola. En esa pequeña habitación que utilizaba en casa. Cuando no estaba con Jason, ahí estaba. Nunca en casa de algún vecino. No tenía amigos. Siempre sola en esa pequeña habitación, tecleando en esa vieja máquina de escribir que había heredado de su padre.

Me acordé del Viejo mientras trabajaba, encorvado sobre su antigua Royal negra y tecleando interminables notas y citas junto con cientos de cartas acusatorias.

—Hasta de noche, cuando la gente cuerda duerme —añadió—. Clac, clac, clac. —Dio un trago a su cerveza y volvió a dejar el vaso encima de la mesa—. ¿Qué es lo que trama, Dave?

En vez de darle una respuesta directa, le hice una pregunta.

—¿Has recibido alguna comunicación de Diana?

—¿A qué te refieres exactamente cuando hablas de «comunicación»?

—A faxes. Correos electrónicos.

Negó con la cabeza.

—Aunque entiendo que tú sí.

—Sí —respondí—. Patty también.

—¿Patty? —preguntó. La mención del nombre de mi hija pareció conmocionarle de un modo que no alcancé a descifrar—. ¿Diana se «comunica» con Patty?

Asentí con la cabeza.

—Le dio un cedé. De Kinsetta Tabu.

Mark no dio la menor señal de haber oído ese nombre antes.

—Y cosas que parece estar estudiando. Prehistoria. La Edad de Hierro. —Hice una pausa y añadí—: Viejos asesinatos.

Mark se incorporó levemente.

—¿Viejos asesinatos?

Era el momento de preguntarle si alguna vez Diana había mencionado que la muerte de Jason quizá no había sido un accidente y advertirle de lo que, según me temía, ella podía estar pensando. Pero tuve miedo de que tomara lo que Diana pensaba como prueba de que estaba realmente desquiciada y de que resultaba aterradora, y de que, dejándose llevar por el miedo, pudiera actuar contra ella de algún modo.

Así pues, me limité a contemplar en silencio cómo empujaba hacia la derecha el vaso vacío sobre la mesa, entrelazaba las manos, alzaba la mirada y me advertía a su vez.

—Ten cuidado, Dave —dijo—. Y Patty también. Diana está pidiendo ayuda. Y puede llegar a ser muy seductora.

Me acordé en ese momento de todas las veces que me había involucrado en juegos y en maquinaciones, empleando señales secretas y palabras codificadas para crear un mundo insular e irreal, y me pregunté si lo estaría haciendo de nuevo.

—Sí —dije—. Ya lo creo.

Prueba de mi creciente temor es que estuve esperando delante de la biblioteca hasta las ocho, cuando las luces se apagaron.

Segundos más tarde, Diana salió por la puerta trasera cargada de libros. Al principio no me vio esperándola junto a su coche. Cuando por fin lo hizo, frenó en seco y percibí una inconfundible tensión ensombreciéndole la cara, hasta el punto de que brevemente pareció una mujer a la que habían sorprendido no en el acto de cometer un crimen, sino planeándolo.

—Hola, Diana —dije mientras venía hacia mí.

—Hola —respondió con suavidad y acompañando el saludo con el curioso gesto de estrechar aún más los libros contra su pecho como una niña con un juguete que temiera que otro niño pudiera arrebatarle.

Al acercarme a ella, vi que observaba con atención todos y cada uno de los aspectos de mi rostro, mesurando el dibujo de mis labios, el tamaño de mis ojos, e intentando determinar el motivo que me había llevado allí para tener

así preparada la respuesta a cualquier pregunta que pudiera hacerle.

—¿Estás bien? —preguntó—. ¿Ha ocurrido algo?

—No —respondí—. Nada. Sólo quería hablar contigo.

Me indicó con un gesto que la acompañara a un pequeño banco de madera y colocó los libros entre ambos como una pared.

—¿Qué pasa? —Me estudió con detenimiento y bajo su mirada me sentí como un espécimen clavado a un corcho, retorciéndose desesperado.

—Bueno, es que quería…

—Has hablado con Mark —dijo de pronto.

Siempre había sido así: inhumanamente profética, capaz de leer textos inmensos entre la más ínfima de las líneas.

—Sí —reconocí.

—Y por eso has venido —dijo ella en voz baja—. Para ver si estoy haciendo algún «progreso».

Supe entonces que «progreso» era una palabra que Mark había utilizado con Diana, que él sin duda la había valorado y la había considerado deficiente y que había aleccionado a mi hermana sobre la misma aceptación que en ese momento parecía estar aun más lejos de ella.

—¿Te ha dado algún análisis? —preguntó—. ¿También yo soy esquizofrénica? ¿Como Jason? ¿Como papá?

Aunque no respondí, mi vacilación tan sólo logró aumentar su determinación por obtener la respuesta que yo me negaba a darle.

—Dímelo, Davey —insistió ella—. ¿Cuál es entonces el diagnóstico?

—Yo no lo llamaría diagnóstico —le dije.

Ladeó la cabeza.

—¿Soy acaso inestable? ¿Inestable en general? —Me miró intencionadamente—. ¿Crees que debería estar encerrada? ¿En Brigham, como papá?

—Claro que no.

Su mirada se volvió glacial.

—No sé si sabes que quería encerrar a Jason.

Era la primera vez que lo oía. Diana me había dicho en alguna ocasión que esperaba que Mark quisiera hospitalizar a Jason, pero jamás me había contado que hubiera llegado, en verdad, a proponer algo semejante.

—Encerrar a todo el mundo, ésa es su filosofía —añadió Diana—. Librarse de todas las molestias de la vida, de todo lo que nos molesta, lo que reclama nuestra atención o nos impide «progresar». —Se recostó casi violentamente contra el respaldo del banco—. Sé muy bien lo que está haciendo Mark, Dave. Y sé también por qué. Todo es porque sabe que tengo preguntas sobre Jason.

La miré en silencio, a la espera, pero no volvió a decir nada hasta que la apremié para que lo hiciera.

—¿Preguntas sobre su muerte? —pregunté—. ¿No crees que fue un accidente?

Diana asintió con la cabeza, aunque muy levemente, con patente reticencia,

como quien admite una idea que no es tanto errónea en sí misma como incomprensible para los demás.

Respondió con el mismo asentimiento de cabeza, aunque esta vez mostrando aún más reticencia. En cualquier caso, poco importó. Los hechos eran los hechos, y hasta la más tenue admisión demostraba que Abby había estado en lo cierto desde el principio sobre las sospechas que despertaba en ella Diana. Ante semejante admisión, no tuve otra opción que la de ponerme en la piel de su interrogador.

—¿Qué pruebas tienes, Diana? —pregunté.

Aunque, en apariencia, la pregunta le resultó abrupta e inesperada, supo responderla. La vi debatiéndose para dar con una respuesta, y a la vez plenamente consciente de que carecía de una que resultara satisfactoria. Era como alguien que debe mostrar un diamante que no posee y que echa mano de uno de imitación con la esperanza de que sirva.

—La placa —dijo.

Yo no tenía la menor idea de a qué podía estar refiriéndose.

—El padre de Mark era policía —dijo entonces—. Tenía una placa de policía. Cuando murió, Mark se quedó con ella. Era lo único que conservaba de él. —Puso la mano derecha sobre el montón de libros como quien presta testimonio bajo juramento—. La encontré junto al estanque.

—¿Cuándo?

—El día después de que Jason muriera —respondió—. Era de noche. Fui a dar un paseo. Fue entonces cuando la encontré.

No me cupo duda de que se refería a la misma noche en que Mark había encontrado a Diana junto a la «oreja de la tierra».

—Mark utilizaba la placa para controlar a Jason —prosiguió—. Cuando quería que hiciera algo, la sacaba y se la ponía delante de los ojos. Entonces le decía lo que quería. Quizá que Jason se quedara sentado donde estaba o que terminara de cenar. Podía ser cualquier cosa. Jason sólo le obedecía si Mark tenía la placa. La utilizaba como un hechizo.

—¿Dónde está ahora la placa?

—La tiene Mark —respondió Diana—. La cogió cuando vino a llevarse el resto de sus cosas.

—Bueno, ¿y por qué no iba a hacerlo? —pregunté—. Es un regalo, ¿no? Un recuerdo de su padre.

Me miró y vi en sus ojos una mirada pétrea.

—No me crees —dijo.

—Te creo cuando dices que encontraste la placa —dije—. Pero no veo que eso sea una prueba contra Mark.

—¿Porque es circunstancial?

—Eso como mínimo.

—¿Acaso no lo son la mayoría de las pruebas? —preguntó.

—Sí, pero…

—¿Y, a fin de cuentas, qué es una prueba? —preguntó de nuevo.

De pronto era como el Viejo, mirándome con sus mismos ojos severos, y bajo su mirada me sentí de repente inferior, convencido de que tropezaría, de que intentaría recuperar el equilibrio y me caería.

—¿Te refieres a la prueba de un crimen? —pregunté, embarrancado.

—No, a la de un crimen no —respondió como si la pregunta fuera en sí extrañamente superficial—. Antes de disponer de la prueba de un crimen, ¿de qué debes tener pruebas, Davey?

La miré, incapaz de responder con mayor rapidez o con mayor detalle que cuando me veía obligado a responder al Viejo.

—Primero debes encontrar pruebas de la existencia de sospechas, ¿no es así? —preguntó Diana.

Asentí con reticencia.

—Así pues, en cualquier investigación, la prueba que valida la sospecha es el primer paso —dijo—. Por ejemplo, un apartamento en el que una mujer y dos niños han sido encontrados muertos a palos. El marido sobrevive y asegura haber sido atacado por intrusos. Las sillas del salón están volcadas. Sin embargo, a pesar de todas esas pruebas que señalan la presencia de un intruso, y también de violencia, existe otra suerte de pruebas. Es Navidad, y las tarjetas de Navidad que están encima de la mesa del comedor siguen intactas y de pie. ¿A qué apunta esa evidencia, Davey? ¿A un crimen? Por supuesto que no. —Me lanzó una mirada intencionada y preguntó con una voz baja y mesurada—. Aunque sí apunta a la sospecha de que esa noche no hubo ninguna pelea con intrusos, ¿no es así?

No pude encontrar respuesta a eso, o por lo menos no una respuesta que Diana no desbaratara de inmediato. Podría haber dicho que la evidencia de un crimen y la sospecha de ese crimen eran en realidad lo mismo, pero sabía que en cierto modo no era así y que mi hermana convertiría esa mínima distinción en un caudaloso río de cáustica diatriba. Por esa misma razón, sabía también que por muy curiosas y poco convincentes que me resultaran las sospechas que ella albergaba contra Mark, Diana magnificaría mi falta de sospechas, defendiendo la convicción atacando mi inocencia. La única táctica que se me ocurrió fue cambiar de tercio.

—Debe de ser muy duro albergar esa clase de sospecha —dije.

Vi de pronto en sus ojos una insondable compasión que me resultó curiosa porque no podía ser hacia Mark.

—Sí, lo es —dijo.

—Escucha, Diana. Lo único que quiero saber es…

Levantó la mano para hacerme callar.

—Basta por ahora —dijo—. Ella está aquí.

Durante un instante de absoluta perplejidad, me dejé llevar por mis miedos y di por hecho que ese «ella» era inexistente y que, siendo como era producto de la oscura alucinación de mi hermana, carecía por completo de realidad. Me volví a mirar hacia donde me indicaba y, para mi sorpresa, vi a una chica muy joven que se acercaba a nosotros envuelta en la penumbra del anochecer.

Apenas pude ver una parte de ella: un poco de su falda, un destello de cabello…, aunque lo suficiente como para reconocerla.

—Patty —susurré.

Diana se levantó al tiempo que mi hija se acercaba y todos los tormentosos aspectos de sus rasgos se disolvieron en una sonrisa absolutamente radiante.

—Hola, Patty —dijo, agitando el brazo.

Ella se unió a nosotros segundos más tarde.

—Hola, papá —dijo entre sorprendida y recelosa, como si hubiera sido interrumpida en mitad de una misión secreta.

Asentí con la cabeza.

—Hola.

Llevaba una blusa de color marfil de manga larga y una larga falda plisada. Me recordó a las *femme fatales* de los años cuarenta, esas mujeres que guardaban pequeñas pistolas con mango de marfil en sus bolsos tachonados de diamantes falsos.

—Patty y yo vamos a cenar —anunció Diana.

—Mamá ya lo sabe —añadió Patty.

—De acuerdo —fue todo lo que pude decir.

Mi hermana me lanzó una mirada intencionada.

—Hablaremos más tarde —dijo.

—Sí, claro —respondí—. Más tarde.

Tomó a Patty del brazo y las dos se volvieron de espaldas y se marcharon, caminando despacio en dirección al coche de mi hermana, ora bañadas por la luz de las farolas, ora perdidas en la oscuridad, hasta que quedaron reducidas a un par de diminutas figuras en la distancia y por fin parecieron desvanecerse en el silencio de la noche.

Durante un instante, el rostro de Petrie parece oscurecerse bajo una densa nube de vapor. La nube se eleva desde la taza de café que acaba de servirse y, mientras la ves arremolinarse ascendiendo sinuosamente, piensas: «Así fue, un instante de nubosidad seguido de una claridad cegadora». Y, cuando el mundo destelló para recuperar su enfoque original, viste sus cuerpos en fila, boca arriba en el embarcadero, mientras el río de miedo fluía ante ellos.

La nube se desvanece tan pronto aparece, y es entonces cuando los rasgos de Petrie vuelven a ser claramente visibles, aunque ahora se te antojan un tanto envejecidos y más consumidos, y sus ojos un poco más hundidos, de modo que puedes incluso imaginar cómo será en su día, desprovisto de carne e inanimado, indistinto del Hombre de Cheddar.

Petrie levanta la taza.

—¿Seguro que no le apetece uno?

Niegas con la cabeza.

—De acuerdo —dice con suavidad. Su voz es el vivo reflejo de sus rasgos, envejecida y más extenuada, como si se hubiera arrastrado por un terreno abrupto. Parece ligeramente superado por tu relato, aunque decidido a seguir adelante y descubrir un final que, como tú bien sabes, ni siquiera imagina.

—En ese momento, ¿cómo se sentía usted en relación con Diana? —pregunta.

La ves casi como si fuera una aparición, flotando en el aire con los árboles a su espalda y un estanque brillando en la distancia. En cuanto tomas conciencia del terror que impregnaba sus fantasías en ese espantoso instante, y en cuán parecidas a las del Viejo debían de haber sido, te quedas momentáneamente sin habla.

—Me refiero a la noche en que la dejó delante de la biblioteca —aclara Petrie.

—Aprensivo —respondes—. Me sentí aprensivo.

Aunque ¿qué podías haber hecho en respuesta a esa aprensión? No estás seguro de que alguna acción en particular hubiera sido adecuada o errónea. La muerte te ha enseñado que carecemos por completo de la capacidad de ver adónde llevará cualquier dirección, sus consecuencias, sean estas buenas o malas, pequeñas o espantosas, y que es precisamente esa profunda incompetencia lo que delinea la tragedia esencial. Sabes que eso es algo que todos entendemos, aunque al mismo tiempo no lo entendamos. Porque las cosas más oscuras que conocemos siguen siendo una tormenta en alta mar: su auténtico poder destructor nos es del todo desconocido hasta que alcanza la costa.

—¿Qué motivaba esa aprensión? —pregunta Petrie.

Meditas la pregunta, al tiempo que te asombra ver hasta qué punto te muestras reticente a dar una respuesta sincera.

Y entonces te atascas.

—Me pasaban muchas cosas por la cabeza —le dices al detective.

—¿Como qué?

—Qué hacer con Diana.

—¿Y eso qué quiere decir exactamente?

—Me refiero a sus sospechas sobre Mark. A qué podía querer hacer con ellas.

—¿Creyó acaso que podía hacer algo violento?

—No sabía qué podía hacer. Estaba en una nube. Así me sentía. Como si estuviera en una nube.

—Pero ¿no era Mark quien le preocupaba en especial en relación con Diana? —pregunta Petrie. Su mirada se torna más intensa, como la de un gato a la caza, olisqueando el suelo y cerrando la distancia sobre su presa.

—No, no era Mark —respondes. Dejas que una pequeña parte de la nube que te oculta se disipe, dejando a la vista un diminuto rincón de la espantosa verdad—. No. Era Patty.

11

Cuando enfilé con el coche el camino de acceso a la casa, Abby estaba sentada en el porche delantero, envuelta en un chal y observando la calle casi desierta.

—Patty no está en casa —dijo—. Ha salido a cenar con…

—Sí, lo sé. —Me senté en la silla que tenía al lado—. Estaba con Diana en la biblioteca cuando ha aparecido Patty. —Me acordé de la conversación que acababa de tener con mi hermana y de las absurdas «pruebas» que había formulado—. No quiero que Diana termine como el Viejo —dije.

Los últimos días de ese espantoso final volaron, oscuros y fugaces, ante mis ojos como sobre las alas de un murciélago. El Viejo estaba cada vez más desesperado, devorando un libro tras otro, a veces soltando a chorro sus pobres versos y otras recitando los magníficos versos de otros, hasta caer en una locura inalcanzable y dejando de hablar directamente para limitarse a hacerlo a partir de citas, cuya referencia no nos ahorraba, cosa que tan sólo lograba hacer que pareciera aún más demente.

—Mark no sabe qué pensar de ella —añadí—. Aunque dice que debería andarme con cuidado.

—¿Por qué?

—Para no dejarme arrastrar por Diana, por lo que pueda estar tramando. Para no dejarme seducir por ella. Eso es lo que dijo: que Diana podía llegar a ser muy seductora.

—¿Sabe ella que has hablado con Mark?

—Se lo he dicho, sí. No quiero mentirle ni ocultarle nada. Con eso sólo conseguiría alimentar su… —Me callé, por un instante incapaz de pronunciar la palabra. Pero no había elección, así que lo hice—. Paranoia.

Mi repentina utilización del término, tan fría y analítica, me sorprendió. Sentí como si, en cierto modo, al emplearlo hubiera renunciado a la esperanza.

Abby vio claramente el temor que asomó a mis ojos y yo vi que el mío no hizo sino magnificar el suyo.

—¿Qué ha dicho Diana cuando se ha enterado de que has hablado con Mark? —preguntó.

—Lo ha adivinado antes de que pudiera decírselo —respondí—. Y resulta que tenías razón en todo. Diana no cree que la muerte de Jason fuera un accidente.

—Pero ¿por qué no lo cree? —preguntó Abby.

—Me ha hablado de una placa —respondí—. Era de Mark. Un regalo de su padre. Según Diana, Mark la utilizaba para que Jason hiciera cosas. Cosas

como comer o estarse quieto. Dice que lo utilizaba como un hechizo.

—¿Un hechizo?

—La encontró junto al estanque.

Saqué la única conclusión posible.

—Así que si no fue «un accidente» entonces es que fue «un asesinato».

Ya era alrededor de la medianoche cuando oí que un coche se detenía en el camino de acceso a la casa. Abby dormía a pierna suelta a mi lado. Ni siquiera se movió cuando me levanté de la cama, me acerqué a la ventana y aparté la cortina.

En la calle, Patty estaba de pie junto a la puerta de conductor del coche de Diana, inclinada hacia delante y hablando. Mi hermana estaba sentada al volante, con su pelo corto y rubio levemente iluminado por la luz del porche que yo había dejado encendida para que Patty la encontrara así a su regreso. Durante unos instantes parecieron abrazarse, hablando en voz demasiado baja para que pudiera oírlas, aunque por alguna razón me pareció que hablaban entre susurros como dos mujeres sumidas en oscuro cónclave.

Entonces Patty se incorporó, se apartó del coche y agitó su pálida mano en el aire, despidiéndose de Diana mientras el vehículo volvía marcha atrás a la calle y se alejaba con sus luces rojas parpadeando como un par de ojillos dementes en el aire negro de la noche.

Cuando Patty entró por la puerta, yo me había puesto el albornoz y había bajado.

—Un poco tarde —dije.

Me miró como si la hubiera acusado de haberse portado mal.

—Bueno, no estaba exactamente por ahí con un chico. Era sólo Diana.

«Diana.» Nada de «tía». Para mí eso fue prueba suficiente de que con independencia de cuál hubiera podido ser la relación que ambas habían tenido hasta entonces, había cambiado tanto como para generar esa nueva muestra de familiaridad.

—¿Dónde habéis cenado? —pregunté.

—En un italiano. —Fingió un bostezo, dio media vuelta y fue hacia la escalera.

—¿De qué habéis hablado? —le solté de pronto.

Se detuvo y se volvió a mirarme.

—Cosas íntimas.

—¿Íntimas? ¿Y eso qué quiere decir?

—Íntimas, papá —respondió tajante.

—Cuando dices íntimas, ¿quieres decir… secretas?

—Cuando digo íntimas quiero decir privadas —fue su respuesta. Habló con tono firme, casi beligerante. Hasta entonces nunca me había hablado así.

—Es sólo que estoy preocupado por ella, Patty —dije—. Por su cabeza. Por lo que piensa. Porque no estoy seguro de que actúe del todo… racionalmente.

Ella me miró como si yo hubiera creado un monstruo para atacarlo.

—¿De qué tienes miedo, papá?

En vez de contestar su pregunta, dije:

—Si sabes algo, me gustaría que me lo dijeras, Patty.

Su tono de voz se me antojó de pronto exasperado.

—¿Si sé algo sobre qué?

—Sobre lo que está haciendo Diana.

—No está haciendo nada, papá —respondió—. Va a la biblioteca y cuando termina vuelve a su apartamento.

—No me refiero a su rutina diaria.

—¿Entonces a qué?

—Pues a lo de la Chica de Windeby, por ejemplo. ¿A qué viene eso?

Se rió despreocupadamente.

—Diana siente curiosidad por las cosas, papá —dijo—. ¿Sabías que hay un campo de estudio llamado arqueología acústica? Diana cree que quizá los humanos primitivos eran capaces de oír cosas que nosotros no oímos. Quizá sus mentes eran distintas a las nuestras porque no sabían escribir, así que tenían que acordarse de todo. Como los druidas. Tenían que memorizar una cantidad inmensa de rituales. No podían escribir nada, de modo que debían de tener unos cerebros fantásticos.

Siguió en ese tercio durante unos segundos más y en cada una de sus palabras pude oír el poder de mi hermana y el modo en que mezclaba pasión y curiosidad.

—Druida significa «roble» —continuó mi hija—, pero también significa «sabiduría».

—Patty —dije, interrumpiéndola por fin—. Tienes que tener cuidado con Diana. Sé que puede resultar muy… seductora.

Me miró de hito en hito.

—Sé también que está convencida de que la muerte de Jason no fue un accidente —añadí—. Y de que Mark tiene algo que ver con ella.

No respondió de inmediato. Aun así, vi que intentaba encontrar las palabras. Por fin dijo:

—¿Y si tuviera razón, papá?

—Escúchame, Patty —dije manteniendo la calma—. No existe una sola prueba que indique que la muerte de Jason no fuera accidental.

Su expresión fue una pura muestra de desafío.

—En ese caso, pruébaselo a Diana.

Me había lanzado un guante que no tuve más remedio que recoger.

—De acuerdo —dije—. Lo haré.

Pero ¿cómo?

Como todavía seguía despierto cuando amaneció al día siguiente, en cuanto vi despuntar la primera luz del alba me fui a pasear entre las casas de

mis dormidos vecinos.

El amanecer, más que cualquier otra hora del día, da una falsa sensación de armonía. El silencio no hace sino aumentar la ficción. Las puertas cerradas dan la sensación de no haber sido jamás víctimas de un portazo y la falta general de movimiento sugiere una carencia de agitación semejante.

Caminé durante un buen rato sumido en esa fantástica quietud mientras intentaba maquinar un plan que nos salvaguardara a todos.

Repasé los acontecimientos más recientes: primero, la muerte de Jason; luego, el veredicto del tribunal de que había sido un accidente y, por último, la consecuente reacción por parte de Diana a la noticia.

Si la razón había desempeñado algún papel en el rechazo por parte de Diana del dictamen del tribunal, me pareció que quizá la razón podía también tener un papel importante en su aceptación.

Y esa idea me llevó a la cuestión de las pruebas, de lo que lo era y de lo que no lo era. Diana podía muy bien enturbiar el aire hablando de las «pruebas a favor de la sospecha», aunque estaba claro que esas pruebas sólo importaban si realmente podían ser utilizadas como prueba de un crimen. La placa de Mark, hubiera aparecido o no en la orilla de Dolphin Pond, carecía de cualquier potencial incriminatorio.

Me pareció que la buena noticia era que Diana seguía operando en el ámbito de las pruebas, por poco sustancial que fueran las que había encontrado. En ese sentido, decidí que no era «como papá», una distinción que se me antojó alentadora y a cuyos tiernos zarcillos me aferré con todas mis fuerzas.

Cuando llegué a casa una hora más tarde, había llegado incluso a idear un plan.

—Y por eso acudí a usted.

Sabes lo que Petrie oye en tu voz, esa verdad a duras penas articulada según la cual la única emoción más poderosa que la esperanza es la esperanza perdida.

—En ese momento me pareció una opción razonable —añades.

Petrie ha entrado en la historia y lo sabe. Ves esa toma de conciencia reflejada en su rostro. Ha desgarrado un fragmento del relato con sus propios dientes y resulta obvio que, como en tu caso, preferiría escupirlo.

—En ese momento, sí —dice.

Vuelves la mirada hacia la ventana y reparas en los amplios círculos que dibuja un halcón lejano.

—Es curioso lo que a veces puede llegar a parecer razonable.

Petrie asiente en silencio con la cabeza.

Te preguntas qué es lo que ve y si estará haciendo alguna comparación. Aunque en ese entonces al que ambos os referís tú no estabas aún desolado. Sólo preocupado. O quizás es Diana a la que Petrie ve ahora, corriendo, corriendo. Te acuerdas de pronto de las palabras de Stewart Grace: «Como un gato escaldado».

Petrie se inclina hacia delante y pasa la punta del dedo por el borde del vaso de poliestireno ahora vacío.

—Antes de que habláramos, usted no tenía ni idea.

—Ni la menor idea —le respondes.

—¿Diana se lo había ocultado?

Estás sentado en el estudio del Viejo y ves a Diana cerrarse los ojos con el pulgar y el índice. «Hagamos una hoguera, Davey», dice. Es una idea absurda, un homenaje al Viejo empleando un funeral seudovikingo en una pequeña ciudad de Connecticut. Pero Diana ha empezado a recoger el albornoz, las zapatillas, el pañuelo, el pijama y los viejos calcetines de lana del Viejo, de modo que decides seguirle el juego y levantarte y coger la almohada verde en la que el Viejo tiene apoyada la cabeza.

—Una muerte —susurras.

—¿Cómo? —pregunta Petrie.

Niegas con la cabeza.

—Nada.

El detective pasa página en su libreta. Te das cuenta de que ha utilizado ya la mitad. Ves revolotear brevemente las páginas cubiertas con su pulcra caligrafía hasta que se paran. En algún momento Petrie tendrá que reconstruir este relato y articularlo en voz alta, respuesta tras respuesta, desde el estrado reservado a los testigos. Has estado ya en muchos juzgados. Sabes cómo será:

—*Y ha tenido ocasión de entrevistar al señor Sears, ¿no es así, detective Petrie?*

—*Así es.*

—*¿Y grabó usted la entrevista?*

—*En efecto.*

—¿Mediante qué sistema?

—Utilizando una grabadora.

—¿Tomó también notas?

—Sí.

—¿Y son éstas las notas que tomó durante esa entrevista?

—Así es.

Miras las notas, las insípidas páginas amarillas. Así que eso son las pruebas, piensas.

Apartas los ojos de las notas y te sorprendes mirando a Petrie a los ojos.

—Creía que Diana reaccionaría ante las pruebas —le dices—. Es así de simple.

Él asiente con la cabeza, dándole su mordisco a la historia y reconociendo a regañadientes el arduo aunque innegable hecho de lo fina que es la línea que separa claridad y confusión, corrección y error, y de que es precisamente ese hilo turbio e insustancial el que carga con la pesada ilusión del control.

—Y entonces vino a verme —dice.

—Sí —respondes—. No tenía ningún otro sitio donde ir.

12

El detective Petrie estaba en su despacho cuando llegué a las dependencias de la policía.

—Ah, señor Sears, pase —dijo.

Nos dimos la mano y me indicó una silla.

—Siéntese, por favor.

Así lo hice.

—Gracias por recibirme tan pronto.

—No se preocupe —me dijo Petrie—. Pienso en Jason a menudo.

Mi sobrino pasó como un fantasma por mi cabeza: una imagen de él de pie en la orilla del agua junto a la piedra con forma de oreja y envuelto en un nubarrón de aire eléctrico, lleno de voces. Aun así, incluso allí, sumido en esa densa soledad, parecía desvanecerse, hasta el punto de que en mi última visión era espeluznantemente traslúcido y su cuerpo se ondulaba bajo el suave chapoteo de las olas, disolviéndose ya en el agua.

—También me acuerdo de su hermana —añadió Petrie—. Se lo tomó muy mal.

—Sí, así es.

—Espero que haya podido seguir con su vida.

—Me temo que no —le dije.

—Vaya. Lo lamento.

No dije nada. Simplemente le miré, perplejo al tomar conciencia real de que las cosas hubieran llegado a ese punto y de verme allí, en la oficina de un detective de la policía, porque Diana no aceptaba la muerte de Jason y porque esa negación había operado como un mecanismo de repente activado en su mente, apartando a un lado la razón y sustituyéndola por algo cuya naturaleza exacta yo seguía sin poder definir.

—No sé si puede ayudarme —dije—. Pero no se me ocurría nadie más a quién acudir.

Petrie asintió con la cabeza y vi entonces que era un hombre acostumbrado a esperar a que las historias se desarrollaran ante él, que sabía que lo hacían a trompicones, que había cosas demasiado aterradoras para enfrentarse a ellas de frente.

—Le ayudaré en lo que pueda —dijo. Esperó a que empezara a hablar. Al ver que no lo hacía, añadió—: Por teléfono ha mencionado que tenía algunas preguntas sobre la muerte de Jason.

—Sí.

—¿Qué preguntas?

—Me preguntaba si en algún momento ha tenido motivo para sospechar la existencia de un… —me interrumpí porque la palabra que concluía la frase se me antojó a la vez formal y ridículamente teatral— delito.

Petrie no pareció en absoluto sorprendido por la pregunta, aunque no supe decir si era porque anteriormente también había sospechado de la existencia de un delito o estaba acostumbrado a que otros lo sospecharan.

—¿Delito? —preguntó.

—Sé que el tribunal declaró que la muerte de Jason había sido un accidente, pero me preguntaba si usted tenía otra opinión al respecto.

—¿Opinión? —preguntó Petrie, indeciso.

—Bueno, usted llevó a cabo una investigación, ¿no es así?

—Siempre lo hacemos en un caso como éste. Un niño. Ahogado. Como poco, tenemos una muerte prematura. De modo que, naturalmente, la investigamos.

—Entonces, ¿buscó usted pruebas que demostraran que la muerte de Jason no fue un accidente?

Petrie se inclinó hacia delante.

—¿A qué vienen estas preguntas, señor Sears?

—Creo que mi hermana está convencida de que Jason fue asesinado —le dije sin más preámbulos.

—¿Por quién?

—Por Mark, su marido.

La mirada de Petrie se oscureció ligeramente.

—Ésa es una acusación muy seria.

—Lo sé.

Por primera vez, el detective pareció considerar la cuestión en serio.

—Asesinato —dijo—. De haberlo sospechado, o incluso aunque no lo hubiéramos hecho, habríamos estado atentos a cualquier indicio.

—Indicios justificativos de sospecha —dije, citando a mi hermana—. ¿Cómo qué, por ejemplo?

—Como signos de abusos anteriores —respondió Petrie—. De haber visto a un niño con cicatrices o quemaduras, habríamos revisado los informes médicos y habríamos investigado el pasado del menor. —Me ofreció una sonrisa profesional, un gesto típicamente escénico, nada más, neutro, y que hizo desaparecer casi de inmediato—. Aunque, por supuesto, también tenemos en cuenta la situación presente —añadió.

Su tono sonó de pronto más parecido a una enumeración, de modo que supe al acto que había pasado por esa clase de situación antes y que había tenido que vérselas con esa suerte de cosas y presentarlas ante la ingente cantidad de parientes o amigos que habían acudido a él como lo había hecho yo, con espantosas posibilidades en mente. Casi pude oír la conclusión a la que apuntaba su discurso: «Así que, como ve, no hay indicios de… delito».

—En un caso de muerte por ahogo, por ejemplo, buscamos cualquier signo

de forcejeo —prosiguió Petrie—. Hematomas, naturalmente. Y marcas de ligaduras. En esta profesión, uno aprende que hay gente que no es demasiado inteligente. Dan por hecho que la muerte por estrangulación se parece a la muerte por ahogo, por ejemplo, de modo que intentan que parezca que la víctima ha muerto ahogada. Llevan el cadáver hasta un río o hasta un estanque y lo tiran dentro. Es una locura, pero es así. Pero cuando una persona se ahoga, tiene agua en los pulmones. Si está muerta antes de llegar al agua, no habrá mucha agua en sus pulmones porque ya no respiraban cuando la tiraron al agua. Es así de sencillo. —Ponderó lo que acababa de decir y decidió enmendarlo—. Aunque existe también lo que se conoce como «ahogo en seco». Ocurre cuando una persona es víctima de un ataque de pánico y simplemente deja de respirar. Los pulmones se cierran. La persona se ahoga, pero hay muy poca agua en sus pulmones.

—¿Había agua en los pulmones de Jason? —pregunté.

—Los pulmones de Jason estaban llenos de agua —fue su respuesta.

—En ese caso, no hay ninguna duda de que estaba con vida cuando se sumergió en el agua.

—Ninguna —dijo Petrie—. Y no encontramos signos de nada fuera de lo común. Ninguna de las cosas que acabo de mencionar. Ni hematomas, ni marcas de ligaduras. Su cuerpo estaba perfecto. Usted mismo lo vio.

—Sólo pude verle la cara.

Petrie asintió.

—Sí, claro —dijo—. Pero su hermana sí lo vio.

—¿Cómo?

—Quiso ver a Jason —me dijo Petrie—. Nos llamó antes de la autopsia. Dijo que quería verle antes de que se la practicáramos. Y, naturalmente, se lo permitimos.

—¿Sólo ella? ¿Vino sola?

—Sí.

—¿Cuándo fue eso?

Petrie puso los ojos en blanco, dejó pasar un instante y se volvió a mirarme.

—Debió de ser el sábado. El día después de la muerte de Jason. El cuerpo estaba ya sobre la mesa, preparado para la autopsia. Estaba tapado, por supuesto, pero ella retiró la sábana. —Vaciló, como si dudara de si debía seguir hablando. Luego añadió—: El cuerpo entero. De la cabeza a los pies.

Pude imaginarme sobrevolando la escena como una presencia inmóvil, incorpóreo como un miasma, o un ojo invisible, observando desde arriba a Diana allí de pie junto a la mesa de acero inoxidable, con el cuerpo desnudo de Jason bañado por la cegadora luz de la sala de autopsias.

—Me resultó extraño —dijo Petrie—. El modo en que Diana le estudiaba.

—¿Le estudiaba?

—Aunque me había hecho a un lado, vi que recorría con los ojos su cuerpo de arriba abajo. —Se interrumpió al tiempo que dejaba que la importancia de esa observación registrada en el pasado reciente tomara forma en su mente—.

Tuve la impresión de que buscaba algo.

—¿Por qué tuvo usted esa impresión?

—Por lo metódico que fue todo —respondió Petrie—. Diana no cogió a Jason en brazos ni nada de eso, aunque sí le tomó las manos, primero una y después la otra, y las observó con detenimiento. Sobre todo las palmas.

—¿Y por qué iba a hacer algo así? —pregunté.

—Es como si tuviera algún conocimiento sobre patología forense —respondió Petrie—. Como si supiera cómo se hacía, o lo que los forenses buscaban. Heridas defensivas, por ejemplo. O marcas de agujas. Nos pidió que tumbáramos a Jason boca abajo. Volvió a inclinarse sobre él y le estudió muy atentamente.

—¿Encontró algo?

—No —respondió Petrie—. Al menos nada que mencionara. Cuando terminó, cogió la sábana y cubrió el cuerpo. Luego se volvió y salió de la habitación. —Se encogió de hombros—. La seguí hasta el coche. Temía que se derrumbara. Ya sabe, como cuando usted le dijo que habíamos encontrado a Jason en el estanque.

Volví a oírlo en mi cabeza: desgarrador, brutal, primitivo. Un alarido animal.

—Ya en el coche, le pregunté si podía hacer algo más por ella —prosiguió Petrie—. Me dijo que no. —Me miró fijamente—. ¿No sabía nada de todo esto?

—No.

—La verdad es que debo reconocer que me dejó un poco intranquilo el modo en que Diana preguntaba acerca de la investigación.

La expresión de Petrie reveló de un modo apenas perceptible que era consciente de la intensidad con la que sus palabras me habían afectado. En el silencio posterior, no dijo nada. Se limitó a mirarme a los ojos al tiempo que sus palabras iban calando más y más en mí. Aun así, supe enseguida que percibió mi deseo de desaparecer, de pronto y sin dejar rastro, simplemente quedar borrados, yo y Diana, de su mente. Había acudido a él para descubrir si en algún momento había sospechado de Mark y había descubierto que en realidad de quien había sospechado era de Diana.

Petrie se recostó contra el respaldo de la silla y se cruzó de brazos.

—Está todo en el manual oficial, señor Sears. Me refiero a las normas de investigación. Cuando desaparece una esposa, hay que observar con atención al marido. Scott Peterson, por ejemplo. Y cuando muere un niño, hay que observar con atención a la madre. Andrea Yates, sin ir más lejos.

—Pero mi hermana ni siquiera estaba en casa cuando Jason se ahogó.

—Eso dijo.

—Y Mark lo confirmó.

—Los maridos defienden a sus mujeres.

—No tiene ningún motivo para sospechar de Diana —protesté.

—Tenemos conocimiento de su pasado —replicó Petrie—. Al menos yo.

No tenía la menor idea de a qué se refería, de modo que opté por esperar.

Petrie se inclinó hacia delante.

—Diana se llevó a su padre de regreso a casa y cuidó de él allí, ¿no es verdad?

—Sí.

—Dejó el colegio —añadió—. En el último año de instituto.

—¿Cómo lo sabe? —pregunté.

—Le cuidó hasta que murió. —El tono de Petrie apuntaba a hechos acumulados mediante la investigación, como si hubiera registrado los documentos privados de mi hermana, buscando encontrar entre ellos algún recibo o alguna carta incriminatorios—. Como con Jason.

—Se dedicó a Jason en cuerpo y alma, sí —dije—. Tal y como lo había hecho antes.

—Cuidar de un niño como él supone mucho trabajo —dijo Petrie—. O cuidar de un anciano. De hecho, es prácticamente lo mismo. Cualquiera puede sufrir una depresión clínica en una situación semejante. Lo he visto en varias ocasiones. Personas desesperadas y deprimidas.

—¿Le pareció que Diana estaba deprimida? —pregunté.

Él se mostró sorprendido por la pregunta.

—¿Su hermana nunca le dijo que habíamos hablado con ella?

—¿Que habían hablado con ella sobre qué?

Una sombra pasó por el rostro de Petrie.

—Sobre su padre. Y sobre cómo murió.

—Yo estaba presente cuando murió —dije.

—No exactamente.

—¿Qué quiere decir?

—Usted no estaba en la habitación —dijo él—. No cuando murió. Diana me lo dijo.

Me acordé entonces del largo paseo que había dado bajo la fría llovizna que caía esa mañana. Había durado quizá veinte minutos, no más, pero durante ese intervalo el Viejo había muerto. Sus ojos seguían abiertos cuando regresé a su habitación.

—No, no estaba con él —dije.

—Su hermana me dijo que estaba usted disgustado —añadió Petrie—. Que su último encuentro con su padre no había ido bien.

—Parece que interrogó a Diana muy a fondo —dije—. ¿Por qué? Mi padre era un anciano. Llevaba mucho tiempo enfermo.

—Mentalmente enfermo.

—Así es.

—Pero, aparte de eso, era un hombre muy saludable.

—La gente de su edad muere de pronto a menudo —dije.

—Cierto.

—De modo que debe de tener usted otros motivos —concluí— para sus sospechas.

Petrie asintió con la cabeza.

—Había señales de ligaduras en las muñecas y en los tobillos de su padre. Por eso ese día me llamó el forense.

Le miré fijamente, conmocionado.

—¿Señales de ligaduras? —repetí.

—Eran muy leves —dijo Petrie—. De ahí que el forense no llegara a sospechar nada. Sólo tenía algunas preguntas más o menos de rigor. De modo que comprobamos algunas cosas, investigamos el pasado y hablamos con algunas personas.

—¿Sobre Diana?

—Y sobre usted —respondió—. Supimos entonces que usted no tenía buena relación con su padre. De hecho, hacía ya tiempo que vivían enemistados.

—Estaba decepcionado conmigo —dije—. Siempre había tenido la esperanza de que yo sería una persona brillante —añadí, encogiéndome de hombros—. Pero no lo soy. —Le miré sin mostrar la menor alteración—. Y si creía que había algo de sospechoso en la muerte de mi padre, ¿por qué no me lo dijo?

—De hecho, intenté hacerlo —respondió Petrie—. Fui a casa de su padre para hacerlo. Usted no estaba allí, pero Diana sí, así que hablé con ella, y ella me lo explicó todo.

De ahí que nunca me hubiera interrogado sobre la muerte de mi padre. Sólo había interrogado a Diana y, según me dijo, ella había estado convincente en todas sus respuestas. En cuanto a las marcas de ligaduras, mi hermana le había dicho a Petrie que procedían de las correas que el hospital había empleado para sujetar al viejo durante su estancia en Brigham. Habían tenido que sujetarle porque no era capaz de controlarse y ya no sabía lo que hacía.

—Cotejamos la información con Brigham y era cierta —dijo Petrie—. Le habían atado varias veces antes de que su hermana le sacara del hospital y se lo llevara a casa.

—¿Y eso bastó para que decidiera que no necesitaba hablar conmigo?

—Sí —dijo Petrie—. No había ningún motivo para seguir investigando. Sabíamos que no había ningún seguro y tampoco ninguna herencia de importancia. Y no había ninguna duda de que su hermana estaba consagrada a su padre. De modo que archivamos la investigación y ahí acabó todo. —Esbozó una sonrisa—. Me refiero a que no existía ningún indicio que pudiera hacernos albergar sospechas.

—¿Sospechas de que mi padre había sido asesinado?

Petrie asintió con la cabeza.

—Asesinado —dijo—. Sí.

Sin tan siquiera pretenderlo, regresé a la habitación de mi padre y volví a verle con los ojos abiertos, la boca también abierta y Diana recogiendo cosas para la pira: un batín, zapatos viejos…; mi decisión de seguirle el juego, ayudándola con ello ahora y cogiendo como entonces una almohada de color verde oscuro y encontrando al hacerlo una ligera e inesperada humedad que

me llevó a levantar los ojos y ver los labios acuosos de mi padre, y en ese instante oí su voz al teléfono, alarmándome la noche anterior, murmurando: «Ayúdame, ayúdame» antes de que Diana le quitara el auricular y oír su voz, convincente: «Duérmete, Davey. No pasa nada».

La mirada de Petrie desciende hasta el vaso.

—La sospecha es una sombra inquieta —le dices.

Deja el vaso encima de la mesa y lo empuja hacia la derecha.

—La muerte de su padre, las cosas que le dije cuando vino a mi oficina, ¿es ahí donde todo empezó?

Se refiere a tu viaje, el mismo que ahora visualizas como una carretera que serpentea entre un cementerio verde. Una piedra. Dos. Tres. ¿Cuatro? Recuperas la primera muerte, la súplica del Viejo al amanecer, «Ayúdame».

—Me llamó —le dices a Petrie—. La noche antes de su muerte.

—¿Qué quería?

—Quería que le ayudara. Diana contestó el teléfono. Dijo que no pasaba nada, que debía volver a dormirme. Y eso es lo que hice.

—¿Y eso fue lo último que pasó?

—No, eso no fue lo último.

Ves los documentos en las manos de Diana, páginas y más páginas grapadas. Estás de pie con ella en el estudio del Viejo, deshaciéndoos de sus cosas. Ella levanta los documentos hacia ti. «Éste es el motivo por el que te llamó esa noche, Davey.» Coges los documentos de sus manos: la espantosa lista paranoide que el Viejo ha completado a lo largo de los años. Diana vuelve a hablar: «Mira la última página». Pasas obedientemente las páginas hasta llegar a la última bajo la atenta mirada de tu hermana. «Mira el último nombre, Davey.» Tus ojos recorren la lista en descendente: Jacob Stern, profesor; plagiador. Margaret Picard, crítica; diletante. Laslo Kapowski, editor; sicofante..., hasta que por fin llegas al último nombre que el Viejo había escrito con esa torturada caligrafía tan conocida por ti. Diana Sears, hija; zorra.

—El Viejo le partió el corazón —dices en voz baja—. La llamaba cosas terribles.

Vuelves a estar con ella, los dos en el estudio. Sientes cómo te quita la lista de los dedos. Su voz resuena en tu cabeza. «No pasa nada, Davey. Papá no sabía lo que hacía.»

—Esos últimos días debieron de ser terribles para ella —dices—. Y no estuve a su lado para ayudarla. Me mantuve al margen hasta el final.

Un teléfono suena en el recuerdo. Estás en casa, viendo *Luz de gas,* la versión original. «Qué fácil es convencer a una mujer de que está loca», piensas.

—Diana me llamó —le dices a Petrie—. Me dijo que mi padre estaba muy enfermo. Quería que fuera. Esperaba que me reconciliara con él antes de que fuera demasiado tarde.

Ahora recuerdas sus palabras con todo detalle, y recuerdas también lo empática y extrañamente segura que Diana parecía estar de que no habría ninguna oportunidad más.

—De modo que fui esa mañana —le dices a Petrie—. A la vieja casa de Victor Hugo Street.

Describes a Diana subiendo las escaleras y avanzando contigo por el pasillo hacia el lugar donde el Viejo esperaba sentado en su silla de respaldo alto.

—Estaba escribiendo una carta a máquina cuando entré a la habitación —le dices a Petrie—. Ni siquiera levantó la mirada cuando Diana le anunció mi llegada. —Te interrumpes porque no es fácil contar el resto. Recuperas la compostura y el control—. Por fin levantó la cabeza y me miró. Entonces me dijo: «Para mí eres sólo polvo».

Recuerdas que Diana te tocó el brazo, conduciéndote fuera de la habitación y guiándote de nuevo por el pasillo hacia la puerta.

—Mi hermana me dijo que saliera a dar un paseo y que volviera más tarde. Y eso hice.

Petrie asiente levemente.

—Sí, un par de vecinos le vieron caminando —dice.

Sientes una lluvia fría salpicándote la cara mientras te paseas sin apenas ánimo por Victor Hugo Street, contando los minutos hasta que han pasado diez.

—Cuando volví a la casa, Diana recitaba para él —dices a Petrie.

La voz de tu hermana es un susurro en tu cabeza.

En Xanadú Kubla Khan
mandó levantar su cúpula señera
allí donde discurre Alfa, el río sagrado,
por cavernas que el hombre jamás ha sondeado
hacia un mar de cristal.

—Coleridge —murmuras ahora con la mirada en la ventana, donde una lluvia de hojas de otoño flota hacia el suelo, agitándose al caer, inclinándose a derecha e izquierda como si quisieran alzar el vuelo o al menos ralentizar su inevitable descenso.

—Ya estaba muerto —añades con un hilo de voz.

Entonces, para tu sorpresa, allí, en la parca sala de interrogatorios, empiezas a recitar. No es Coleridge ni tampoco nadie ni de lejos parecido.

La memoria es un estigma,
mancha,
enigma.

Esbozas una sonrisa triste e irónica y luego, de nuevo convertido en el niño bajo el opresivo y severo poder del Viejo, ofreces obedientemente la cita requerida.

—«Kinsetta Tabu. El Hombre de Cheddar.»

Petrie te dedica una mirada curiosa, como si te hubieras deslizado tras una cortina invisible para pasar a un mundo separado del que debe ahora

rescatarte o al que no tiene más remedio que seguirte.

—Dave —dice con una voz tensa, como quien intenta salvar a un hombre que se ahoga ofreciéndole la mano, aunque temeroso de terminar cayendo al agua—. Dave.

Su voz te devuelve de pronto a la habitación, a la luz que se desvanece ya al otro lado de la ventana y al terrible presente.

—¿Sí?

—¿En qué estaba pensando?

—En Diana.

—¿Qué exactamente?

—Pensaba que no hay red —le dices—, y que siempre estamos cayendo.

—Sí —responde Petrie en voz muy baja.

Ves que de verdad cree lo que dice, y que esa oscura admisión ha logrado mellar su pétreo profesionalismo. Sin embargo, sabes que no tiene otra elección que seguir descendiendo hasta llegar al fondo rocoso que dibuja el final.

Quedan aún cosas por decir.

Y eso es lo que haces.

13

Durante los días siguientes, no pensé en nada más que en Diana, aunque tan sólo en su pasado reciente, en sus charlas con Bill Carnegie y en su visita a la morgue, además de su maraña de extrañas asociaciones —el Hombre de Cheddar, la Muchacha de Yde y hasta las espeluznantes letras de Kinsetta Tabu — que parecían formar también parte de su investigación. De pronto me asaltó la impresión de que su investigación sobre la muerte de Jason se había convertido en una empresa seudocientífica, una especie de pócima compuesta de retazos antropológicos, forenses, misticismo y una placa policial. Juntos, esos elementos componían el brebaje de una bruja demente tan poco basado en pruebas reales como podía estarlo cualquier cocido a base de morro de cerdo y de alas de murciélago.

La cuestión era qué hacer con todo aquello. Ya había hablado con Mark, con Bill Carnegie y con el detective Petrie. Hasta había tenido una charla con Patty, una conversación que me había dejado pasmado al recordarla y revivir así el desafío con el que mi hija se había enfrentado a mí.

Me pareció, dadas las circunstancias, que no había ningún otro «testigo» al que interrogar, ni una sola persona que pudiera verter un poco de luz en lo que Diana pensaba o en lo que pudiera hacer a continuación. Ni un solo testigo vivo.

Y entonces pensé: «Excepto uno».

Douglas Price no era difícil de encontrar. Una rápida búsqueda en la Red y su nombre y dirección aparecieron sin mayores problemas en la pantalla, aunque no acompañaba sus datos ningún número de teléfono. Anoté la dirección y luego llamé a Abby para decirle que llegaría tarde a cenar.

El tono de su voz no intentó en ningún momento ocultar su evidente recelo, como quien ha dejado de sentirse a salvo en su propia casa.

—¿Dónde estarás? —preguntó.

—Tengo que ver a un hombre —fue mi respuesta—. Diana habló con él. Quiero saber lo que le dijo.

—¿A qué hora llegarás?

—No lo sé con seguridad.

Para mi sorpresa, Abby dijo entonces:

—Te esperaré despierta. —Otro silencio y luego añadió—: Ten cuidado, Dave.

Durante las horas que siguieron trabajé en los asuntos del despacho propios de mi profesión, la misma que el Viejo calificaba de «vulgar como una mosca». La opinión de Diana era distinta. «Tratas con disoluciones», me dijo en una ocasión, lo cual resultaba una definición del todo certera, pues mi práctica del derecho se ocupaba básicamente de matrimonios y de empresas que debían disolverse. Quizás, al menos desde esa óptica, yo siempre había sido un estudiante de rupturas y de disoluciones, de las cenizas aún humeantes y fruto de malos acuerdos y de relaciones no mucho mejores. Como con Mefistófeles —como la propia Diana había comentado—, el aire está siempre impregnado de humo allí donde yo estoy.

Tampoco había ninguna duda de que ese aire se había vuelto más acre durante los últimos días, o eso pensé esa tarde después del trabajo mientras me dirigía al coche.

—Vaya, de regreso a casa a disfrutar de los tuyos —dijo Charlie al verme en la puerta.

—Todavía no —fue mi respuesta.

Me dedicó una mirada de fingido recelo.

—No estarás viendo a alguien, ¿verdad, Dave? —preguntó con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Alguna peligrosa mujer?

Me acordé entonces de la boca abierta de mi padre muerto y percibí de nuevo en ella la inesperada humedad antes de volver a ver a Diana y a Patty como las había visto por última vez juntas, adentrándose tranquilamente en la oscuridad. «No, sólo mi hermana», pensé.

Tardé poco menos de quince minutos en llegar a casa de Price. La carretera serpenteaba entre suaves colinas y pasaba por pintorescos puentes de madera, y me permití disfrutar de los pequeños placeres del campo, de sus suaves curvas y de la sencillez de sus llanuras. Las granjas que iba dejando atrás eran construcciones pulcras y ordenadas, y en sus simples entornos los campos circundantes parecían aceptar la vida según sus propias condiciones, revelando así el frugal equilibro de la aceptación.

La casa de Price resultó ser todo lo opuesto a las granjas que la circundaban. El terreno sobre el que se levantaba estaba descuidado, salpicado de desatendidos arbustos alineados a lo largo de la propiedad. Una valla baja de madera cubierta de viejos desconchones de pintura rodeaba el jardín. La casa no estaba en mejores condiciones: cañerías inclinadas y contraventanas de madera desvencijadas que no habían visto una mano de pintura desde hacía años. Había un viejo Chevrolet en un garaje que era apenas un techo de latón apoyado sobre cuatro postes de hierro forjado. Las ventanas estaban cubiertas por combadas mosquiteras grises tras las cuales unos gruesos estores marrones tapaban los cristales, como si la luz fuera un enemigo contra el que Price hubiera fortificado su ruinoso castillo.

Un estrecho sendero llevaba a la puerta principal, aunque incluso el

sendero parecía haber caído en desuso, hecho que indicaba que Price en raras ocasiones salía de casa y que eran pocos, por no decir nadie, quienes la visitaban.

La puerta se abrió antes de que pudiera llamar al timbre y tras la oxidada mosquitera de la puerta vi un rostro que se me antojó infinitamente anciano.

—¿Douglas Price? —pregunté.

—Sí —respondió.

Tenía una voz débil y sibilante, de modo que no me sorprendió cuando, al bajar la mirada, vi una máscara de oxígeno de plástico amarillo colgando de su cuello. Un tubo conectaba la máscara a una bombona roja sujeta a un carrito de cromo que Price tenía agarrado con la otra mano.

—Soy David Sears —le dije.

Me dedicó una mirada desprovista de expresión desde sus acuosos ojos azules. Tenía la piel cubierta por una fina película de grasa e iba más o menos despeinado, de modo que en líneas generales se parecía a su casa y al jardín: ruinosamente abandonado.

—Creo que puede que mi hermana se haya puesto en contacto con usted no hace mucho —añadí—. Diana. Diana Sears.

—Ah, sí —dijo. Tendió una mano huesuda, sumergiéndola en la luz del crepúsculo y levantando con ella los cuatro primitivos pestillos que aseguraban la mosquitera—. La puerta golpea con el viento —explicó—. No me gusta el ruido. —Se adentró un poco más en el halo de luz y vi entonces una melena blanca que le cubría los hombros y que a un profesor podría haberle dado un aire de anciana sabiduría, pero que en el caso de Price sólo lograba conferirle un aspecto de mayor abandono.

Entré a la casa y seguí a Price por el pasillo tenuemente iluminado hasta una habitación sorprendentemente ordenada, con las paredes cubiertas de estanterías y amueblada con una gran mesa de madera y unas cuantas sillas desparejas, algunas tapizadas y otras hechas tan sólo de madera y que incluían una mecedora y una poltrona desgastada.

—Es que no paro —explicó Price—. Ya sabe, el síndrome de las piernas inquietas —aclaró, encogiéndose de hombros—. No sé si es físico o si tiene también algún componente mental —añadió. Eligió la poltrona y me indicó que ocupara la mecedora—. Póngase cómodo.

La mecedora emitió un chillido agudo y doloroso cuando me senté. Me recosté contra el respaldo y el chillido cesó.

Price me estudió con atención durante un instante y supe entonces que había percibido el grado de ansiedad que me embargaba.

—Es una mujer con una misión —dijo—. Su hermana.

La palabra «misión» se me antojó romántica aplicada al esfuerzo en el que se hallaba embarcada Diana, pero pasé por alto la observación sin hacer ningún comentario.

—Me dejó muy impresionado —añadió Price.

Me incliné hacia delante y entrelacé las manos.

—Diana me leyó lo que usted escribió sobre lo ocurrido en Dover Gorge —dije.

Price se llevó la máscara a la cara e inhaló rápidamente antes de volver a quitársela.

—Llevaba con ella mi pequeño panfleto —dijo—. Me preguntó si de verdad había oído esas cosas que afirmaba haber oído, y le dije que sí.

No formulé ninguna argumentación a su declaración porque sabía que Price había «oído» algo, aunque también sabía que ese algo procedía de su interior, como es de rigor en toda esa suerte de cosas.

—Le dije que las cosas que había oído me parecieron auténticas en ese momento —prosiguió—. Como habrá podido observar, mi salud deja que desear. Lo dejaba entonces y desde siempre. Lo que escribí sobre Dover Gorge fue obra de un hombre deshecho. —Sonrió—. Eso mismo le dije a Diana. Su respuesta fue muy dulce. Dijo: «La luz pasa mejor por las cosas deshechas».

—Eso es una cita —le dije—. De nuestro padre.

Price sonrió.

—¿Ah, sí? No me sorprende. Su hermana dijo que su padre era poeta.

E invocado como el fantasma de Hamlet, el Viejo apareció de pronto ante mí, recitando cuatro versos de sus pobres ripios, los mismos que yo había memorizado inconscientemente y que había mantenido enterrados durante todos esos años:

Entre la tenue luz de la vida
esto es lo que alcanzo a ver:
si el Pesar nos perfeccionara
mejores seríamos.

—Mucho me temo que no es nada del otro mundo —dije—. ¿Mencionó Diana a su hijo?

—Sí —respondió Price—. Jason, ¿no?

—Así es. ¿Qué le dijo sobre él?

—Que se había ahogado —fue su respuesta—. Dijo que se lo tomó fatal. Que no creía en nada. Ni en Dios ni en el cielo, de modo que no encontraba ninguna suerte de consuelo, ningún lugar al que acudir.

—Tenía un hermano al que podía recurrir —dije en voz baja—. Y aún lo tiene.

Price me miró atentamente.

—Existe lo que se conoce como soledad metafísica —dijo—. Es un lugar en el que no cabe nadie más, en el que jamás habrá lugar para nadie. —Había en su mirada algo que se me antojó casi tangible—. Creo que también usted la ha conocido.

Agité la mano en el aire, cortando en seco lo que supuse sería una cálida oleada de psicobasura.

—No pretendo ser grosero —le dije—. Pero he venido a informarme sobre

Diana.

—¿Qué quiere saber?

—Lo que le dijo.

—No mucho —me informó—. A su hermana se le da mejor escuchar. Me pareció una mujer apasionadamente curiosa. Se lo dije y ella me respondió que lo había heredado de su padre.

Me acordé entonces de la enloquecida, desesperada y aterrada búsqueda del Viejo, siempre sumido en una demente persecución de alguna esquiva verdad.

—¿Le dijo también Diana que nuestro padre estaba loco? —pregunté.

—Sí —respondió.

—Me asusta —añadí—. Me asusta pensar en lo que pueda haber heredado de él.

Vi de pronto al Viejo como una figura imbuida de una espantosa maldad, dando órdenes a Diana desde la tumba, dirigiendo su investigación sobre viejos asesinatos y alimentando un apetito por formular preguntas sin respuesta posible, un apetito que él había apremiado y alimentado con su propia búsqueda demente, y vi a Diana tan convertida por fin en el fruto de ese absurdo jardín como la hija envenenada de la historia de Hawthorne que tan a menudo él había leído y comentado con ella.

—Y por eso estoy aquí —añadí—. Necesito saber de qué hablaron.

—De mi pequeño panfleto —respondió Price con un desvaído encogimiento de hombros—. No de todo el panfleto, sino tan sólo de algo que escribí sobre un hombre al que conocí en Brigham. Se llamaba Pendergast. Ray Pendergast. No era uno de los pacientes. Trabajaba de enfermero. Un hombre encantador, muy amable.

—¿Qué fue lo que escribió sobre él?

—Escribí sobre la voz que él oyó —fue la respuesta de Price.

Diana no había mencionado ninguna parte del panfleto de Price, salvo la que había leído —o quizá debería decir «recitado»— esa noche en Dover Gorge.

—¿Qué voz?

—La que le habló el día de la muerte de su hermano. —Se interrumpió e inhaló de la máscara—. Ray vivía con su padre en una pequeña granja a las afueras de New Haven. Tenía un hermano que era…, bueno, digamos que no era dotado en exceso. Se llamaba Dennis y había que vigilarle constantemente porque a veces se escapaba y Ray y su padre tenían que salir a buscarle. Un día, el padre mandó a Ray a la ciudad a por provisiones. La oyó cuando estaba ya en la carretera. La voz. Dijo: «No vayas». Según Ray, fue tan clara que creyó que era su padre quien le llamaba, de modo que volvió a casa. Dennis estaba en el taller de su padre. Ray no vio a su padre, pero le oyó caminar en el piso de arriba, así que decidió desoír la voz y se fue a la ciudad. Cuando regresó, Dennis había desaparecido. Le encontraron en el pozo.

—¿Ahogado? —pregunté.

—Pareció un accidente —dijo Price—. Pero Ray no creyó en ningún momento que lo fuera.

—¿Por qué?

—Porque Dennis siempre le había tenido miedo al pozo y jamás se acercaba a él. —Price volvió a ponerse la máscara sobre la boca e inspiró profunda y entrecortadamente—. Estaba convencido de que el chico había sido asesinado.

Pensé en la mañana en que Jason había desaparecido. Me acordé de que mi hermana había salido a comprar, dejando a su hijo con Mark.

—Diana hizo muchas preguntas sobre Pendergast —dijo Price—. Lo que sabía sobre su infancia, lo que fue de él después, si había vuelto a oír esa voz. —Se encogió de hombros—. No supe dar respuesta a ninguna de sus preguntas.

—¿Le dijo por qué las hacía?

—No —respondió Price. Sonrió—. De modo que lo único que sé sobre su hermana es que es una mujer en constante búsqueda.

Sentí que me recorría una oleada de irritación ante la literatura especulativa que esos «buscadores» generaban y devoraban: libros sobre pirámides, cristales, pentagramas…; todo el penoso archivo de su demente e infructuosa búsqueda.

—¿Y qué cree usted que busca exactamente? —pregunté.

—No lo sé —respondió. Me mantuvo en suspense durante un instante, sin duda en un intento por calibrar cuál podía ser mi reacción—. Le hablé de Gea —dijo por fin—. ¿Sabe lo que es?

—No.

—Viene del griego —me dijo Price—. Es la creencia de que el mundo es un organismo vivo, que ve y que oye. Siempre me han interesado sus aspectos auditivos, sobre todo en lo que hace referencia a las piedras.

—Piedras —repetí con sequedad—. Porque ¿oyó usted algo en esas piedras de Dover Gorge?

—Sí —respondió.

Negué con la cabeza, y en ese gesto Price vio acertadamente hasta qué punto esas ideas me resultaban descabelladas y carentes de cualquier base racional.

—Yo no estaría tan seguro —dijo—. A fin de cuentas, mucha gente confía más en lo que oye que en lo que ve. Los umeda, por ejemplo…

Mientras Price seguía hablando, relatando sus variadas experiencias con los umeda, me di cuenta de por qué Diana había recurrido a él.

—Los umeda tienen ciertos lugares dedicados a sus rituales que… —proseguía.

—Diana está buscando un socio —le interrumpí. La idea me había asaltado en una serie de imágenes: mi padre muerto, una almohada húmeda, una pira funeraria…; todas esas visiones giraban en espiral en mi mente al ritmo de la cantarina voz de Mark: «Busca ayuda. Puede llegar a ser muy seductora».

—Por eso vino a verle —añadí—. Está buscando un… —Me interrumpí

porque la palabra que acudió a mis labios se me antojó demasiado espantosa —. Un cómplice.

—¿Un cómplice? —preguntó Price. Negó con la cabeza—. No, no. Ya tiene a alguien así.

—¿A quién?

—A su hija —respondió con despreocupación.

—Diana no tiene ninguna hija —le dije.

—Vaya. Supuse que se trataba de su hija. La chica que vino con ella.

—¿Patty? —pregunté.

Price asintió.

—Sí, puede que ése fuera su apodo.

—¿A qué se refiere exactamente cuando dice apodo?

—A que no fue ése el nombre que la chica utilizó cuando se presentó.

—¿Qué nombre utilizó?

Price pareció percibir el recelo y la alarma con la que yo esperaba su respuesta. Ambas se dispararon en cuanto me dio la respuesta.

—Hypatia —dijo.

Piensas las palabras, pero no las dices. «Dos muertes.»

Petrie se remanga la camisa, clavando su atenta mirada en ti.

—Patty —dice—. ¿No tuvo ninguna duda de que se trataba de Patty?

Recuerdas la imagen que te asaltó en ese instante: dos rostros fundiéndose, tornándose uno en pensamiento y en propósito.

—Ninguna —dices—. No tuve ninguna duda de que Patty era ya parte de la historia. De que estaba siendo seducida.

—Pero ¿seducida para qué? —pregunta Petrie.

—Para participar en la investigación de Diana.

—Pero usted todavía no sabía de qué se trataba, ¿no es así?

—Así es —admites—. Pero había pistas.

—¿Pistas?

—Lo que le había contado a Price. Todo lo de su libro. La historia de Pendergast. El padre que mata al hijo. Todo ello estaba envenenando de algún modo la mente de Diana y ella estaba vertiendo el mismo veneno en la psique de Patty. —Oyes cómo se te acelera el ritmo de la voz, el fuego rápido que abrasa tus palabras. Percibes algo frenético en ellas—. Diana estaba empezando a entablar relaciones dementes. De eso estaba seguro. Iba en la dirección equivocada.

—¿Qué dirección?

La expresión que te viene a la cabeza es «cayendo en picado», pero sabes que, si la formulas en voz alta, eso llevará también tu historia en la dirección equivocada.

—¿Qué dirección? —repite Petrie.

Su tono no resulta amenazador y tampoco insistente. Ahora parece haberse sumergido en las profundidades del misterio, cuyas turbias aguas van poco a poco ascendiendo a su alrededor como lo hacen también contigo. Se aferra a la fórmula del interrogatorio como a un madero flotante y te habla persuasivamente, de tal modo que te recuerda a un cuidadoso cirujano, uno de esos que utilizan la sonda con suma cautela, extrayendo la fría y gris bala de la carne lustrosa y brillante.

—En dirección a la muerte —respondes, y tras esas palabras guardas silencio.

En el intervalo de silencio siguiente reconoces la larga caída que has protagonizado en esa dirección, de una muerte a la otra, la terrible pendiente de las cosas. Te preguntas cuántas de esas muertes podrías haber evitado.

—No veía claras las cosas —dices a Petrie.

Oyes la voz de Abby, alarmada, aterradora. «Tienes que hacer algo, Dave.»

—No sabía qué hacer.

«Tienes que hacer algo.»

—Necesitaba ayuda. Y consejo. Pero ya había hablado sobre Diana con todos los que podía hacerlo. Con mi esposa. Con Patty. Con Bill Carnegie.

Con Mark. Con usted. Hasta con Douglas Price. No se me ocurrió nadie más a quien recurrir. Estaba desesperado. Habría hablado con cualquiera. —La ves entonces no como apareció en realidad, sino como una fantasmagórica versión de sí misma, espeluznantemente transparente—. De hecho, lo hice.

—¿Se refiere a hablar con alguien?

—Sí.

Petrie se inclina hacia delante.

—¿Con quién?

En el recuerdo, ella se vuelve a mirarte: es una niña encerrada en una nube de inexpresable incomodidad.

—Con Nina —le dices, y sientes estallar el viejo orden de tu mente, que al instante se desparrama por el suelo en pequeños fragmentos incandescentes, en un mar de letal confusión—. Hablé con Nina.

14

Cuando volví a la ciudad ya se había hecho de noche. Era una fresca noche de otoño y mientras circulaba por las calles reparé en las tiendecillas con sus escaparates llenos de ropa y de postales y sentí la asombrosa estabilidad de las cosas sencillas, de la gente que se limitaba a codiciar algo tan esquivo como era lo que creía necesitar para mantener el nivel vital que había elegido mantener. El Viejo calificaba esa suerte de vida de deshonrosa porque, según él, existía tan sólo en la superficie de las cosas. Sin embargo, a mí me parecía que la superficie era donde la vida proliferaba; era la superficie la que proporcionaba la única estabilidad que teníamos. Patinábamos sobre esa fina capa de hielo, que sorprendentemente era lo bastante gruesa como para mantenernos apartados de las frías e insondables profundidades en las que de otro modo nos habríamos sumergido sin remedio.

La mayoría de las tiendas ya habían cerrado en la calle principal y las luces se habían apagado en las zapaterías y en las panaderías, dibujando una oscuridad que tornaba más prominente aún una única plaza luminosa hasta tal punto que la miré al pasar y paseé la vista por el póster que colgaba de una de las ventanas: Kinsetta Tabu despatarrada bajo grotescos montoncitos de muñecas Barbie decapitadas.

Me vino a la memoria la extraña letra que Diana me había hecho escuchar: «El mundo en torbellino es la marca del mundo». Aunque, por supuesto, se me antojó una estupidez, eran unas palabras que habían hablado claramente a mi hermana y sin duda ella había compartido su extraño significado con Patty.

Yo ya había comprado el cedé de Kinsetta Tabu y salía de la tienda cuando Nina entró por la puerta. No me vio. Desde mi invisibilidad la vi girar a la izquierda y dirigirse a un pasillo alejado de la puerta, de espaldas a mí mientras empezaba a inspeccionar un grupo de cedés.

Era una chica muy delgada y pálida, y vestía de negro de la cabeza a los pies. De todos los botones y argollas del cinturón, le colgaban cadenas de toda suerte de longitud y tamaño y llevaba su brillante pelo azul rociado de una purpurina casi invisible de color rojo sangre que destellaba espeluznantemente bajo la cegadora luz de la tienda.

Yo nunca había tenido la menor necesidad de acercarme a Nina y lo cierto es que pensaba en ella como en el bendito polo opuesto a Patty. Aun así, la distancia entre ambas parecía haberse estrechado, sobre todo desde que mi hija había sucumbido a una influencia que resultaba a mis ojos tan extraña e impredecible como la que llevaba a Nina a envolverse de cadenas y a rociarse el

pelo con salpicaduras de rojo brillante.

—Nina —dije.

Se volvió hacia mí y me miró sin ocultar su recelo, como si yo fuera una criatura que de pronto hubiera emergido de las profundidades de la jungla.

—Hola —dijo.

La miré fijamente en silencio, sin saber qué hacer o decir y preguntándome qué era lo que esperaba saber por boca de ella, qué información sobre Patty esperaba recibir.

—Estaba comprando un cedé —proseguí con incomodidad. Lo saqué de la bolsa—. Kinsetta Tabu.

Esperé que se sorprendiera ante la naturaleza de mi elección, pero Nina pareció contemplarla con el mismo silencioso desprecio que sin duda inspiraban en ella Bob Dylan, Frank Sinatra o cualquier otra reliquia de las indistinguibles épocas del pasado distante.

—A Patty le gusta —añadí.

Nina asintió.

—Sí, ya lo sé. Me lo ha dicho. Se le ha ido un poco la olla con ella.

—¿La olla?

—Ya me entiende. No para de escucharla.

—Pero a ti no te va, supongo —dije—. Kinsetta Tabu.

Nina se encogió de hombros.

—Estuvo en los Grammys. Es una farsante.

—La verdad es que no la he escuchado mucho —proseguí—. Como te he dicho, es Patty la que… —Me interrumpí al tiempo que me embargaba una terrible oleada de ansiedad, presa de una visión de mi hija totalmente perdida, convertida en Hypatia, la cómplice de Diana—. Patty —tartamudeé—. Ella…

Nina me miró como si de pronto hubiera enfermado, como si tuviera ante sus ojos a un anciano sufriendo un infarto. Entonces, de súbito, pareció comprender la dimensión de mi aflicción.

—Está preocupado por ella —dijo.

Asentí con la cabeza, todavía incapaz de recuperar la voz.

Nina sonrió con delicadeza.

—Qué hermoso —dijo—. Es algo hermoso. —Sus ojos brillaron milagrosamente—. Un padre.

Todo cambió en un solo instante: las identidades se invirtieron junto con las expectativas, mostrando la vida en toda su cataclísmica sorpresa. Y, en ese deslumbrante y despejado destello, Nina se me antojó de pronto no tan extrañamente perdida, sino enraizada en su extrañeza, y entendí que el estrambótico atuendo y el pelo salpicado de purpurina no eran signos de un carácter volátil, sino la prueba del propio carácter, la firme mano de su compás moral señalando a su auténtico norte.

—¿Patty habla contigo? —pregunté en voz baja.

Asintió.

—Antes sí…, un poco.

—¿Ahora ya no?

—Ahora ya no habla con nadie. —Parecía no estar demasiado segura de lo que mi viejo y agrietado corazón fuera capaz de soportar y también vacilar ante la idea de añadir una carga más—. Está siempre leyendo libros —prosiguió—. Se los da…

—Su tía —dije—. Diana.

—Diana —repitió. Sonrió—. La Cazadora, ¿no? —Parecía encantada de poder haber recordado esa mínima referencia mitológica.

—Diana la Cazadora, sí —le dije, aunque en lo que a mi hermana hacía referencia, yo no tenía la menor idea de cuál podía ser la naturaleza de su presa.

A pesar de que las luces de la biblioteca estaban encendidas, cuando giré para entrar al aparcamiento situado justo al lado, vi enseguida que el coche de Diana no estaba. Miré mi reloj. Eran sólo las seis, con lo cual todavía debería haber estado trabajando. Recordé entonces que en una ocasión había mencionado que alguien la había llevado a su casa. Quizá había vuelto a hacerlo y esperaba que alguien la llevara a casa.

Bajé del coche, me dirigí a la puerta principal de la biblioteca y entré. Había poca gente dentro, ancianos en su mayoría, junto con un puñado de jóvenes congregados en la sección de ordenadores de la sala.

—¿Dave?

Cuando me volví, vi a Adele Connors, una chica con la que había salido durante mi último año de instituto. En aquel entonces era muy inteligente y sobre todo muy curiosa, y yo me había sentido poderosamente atraído por ella. Sin embargo, era una atracción que había evitado, aunque no porque deseara más. Más habría sido una suerte de atracción marina, enfebrecida, abismal, y no habría habido dónde poner pie entre tanto oleaje. De modo que decidí optar por menos.

—Dave —dijo, claramente sorprendida de verme—. Cuánto tiempo.

—No sabría decirte cuánto —respondí.

—Desde el día en que me casé y me marché —dijo Adele—. Volví el año pasado. Supongo que eres usuario habitual de la biblioteca.

—No —respondí—. Soy más bien un fanático del cine. —Reparé entonces en la pequeña placa que colgaba de su blusa, en la que decía: «Bibliotecaria en jefe»—. Así que trabajas aquí.

—Una viuda algo tiene que hacer.

Su sonrisa fue delicada, triste, como quien mira una vieja fotografía, y de pronto me sorprendió pensar en cuán a menudo vemos la vida desde el prisma de otras posibilidades: un marido que vivió, otro lugar, otro trabajo…, y se me ocurrió que hacer más que eso, mirar más allá de la superficie del sencillo estanque en el que nadamos, es contemplar sin ambages el insondable abismo.

—Parece que hayan pasado mil años, Dave —añadió Adele. Su sonrisa se

dilató—. Anda, cuéntame.

Me encogí de hombros.

—Casado. Una hija.

—Yo tengo dos hijos. Gemelos. Los dos están en la universidad.

—Volví cuando terminé la facultad —le dije. En realidad, no era más que la reflexión fruto del asunto familiar que tanto me pesaba en ese momento—. Soy abogado.

—Al menos eso sí lo sabía —dijo Adele—. He visto tu placa. Abogado. —Volvió a sonreír y ahí estaba de nuevo la misma sonrisa del instituto—. Hay que ver lo deprisa que pasa la vida, ¿verdad?

Los años de mi pequeña vida transcurrían como pasan los prisioneros por el tribunal, pero el rígido paso del tiempo no era un movimiento que yo pudiera ralentizar, de modo que no vi ningún motivo para reparar en él. Miré a mi alrededor.

—¿Dónde está Diana? —pregunté—. He venido a hablar con ella. Aunque si está ocupada, puedo esperar a que salga.

Adele pareció confundida.

—¿A que salga?

—Sí —respondí—. A las ocho. ¿No es esa la hora en que cierra la biblioteca?

Adele asintió con suavidad.

—Sí, cierra a esa hora, pero… —Se interrumpió y vi que una extraña incomodidad asomaba a sus ojos.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Diana no trabaja aquí, Dave —dijo—. Viene aquí. Y se pasa aquí un montón de horas, pero no trabaja aquí. Me refiero a que no tiene un trabajo.

Fui presa de esa pequeña punzada de terror que acompaña a una repentina turbulencia en pleno vuelo, socavando el firme movimiento del avión en tan sólo un instante.

—Pero, Diana…

Adele se llevó un dedo a los labios y me indicó con un gesto que la siguiera hacia la parte posterior de la biblioteca, donde me hizo pasar a una estrecha oficina.

—Ésta es una ciudad pequeña —explicó en cuanto cerró la puerta—. No quería que nadie nos oyera. —Rodeó el escritorio y tomó asiento. Yo ocupé la otra silla que había en la habitación.

—Entonces, ¿Diana viene aquí sólo a leer? —pregunté.

—Sí —respondió Adele—. Va de una sección a otra, sacando libros de las estanterías. A veces coge hasta ocho o nueve libros y se los lleva hasta una de las pequeñas mesas de estudio que tenemos junto a la ventana y se queda allí todo el día.

Así era como Diana estudiaba cuando era niña, y ése era también el modo en que había estudiado el Viejo, apilando libros en su escritorio o desparramándolos en el suelo, pasando de uno al otro y amasando un vasto

cúmulo de información.

—Y toma notas —añadió Adele—. Pero no en una libreta, como cabría imaginar. Trae una bolsa llena de pequeños cuadrados de papel. Amarillos. Como *post-its*. Es ahí donde escribe.

—¿Has leído alguna de esas notas?

Adele pareció de pronto no estar segura de si debía revelar más cosas, como una mujer que se muestra reticente a desvelar un secreto ajeno.

—Sí —respondió, bajando la voz—. Esta misma tarde he encontrado algunas en el suelo debajo de su mesa. Las he recogido. Pensaba dárselas cuando volviera mañana.

—¿Puedo verlas?

Me dedicó una larga y observadora mirada.

—No creo que deba, Dave.

Me incliné hacia delante.

—Por favor, Adele. Tengo que saber lo que está haciendo Diana.

—¿Está metida en problemas?

—Todavía no —respondí—. Pero podría estarlo en el futuro.

Ella seguía sin hacer el menor movimiento hacia las notas.

—Tú conoces nuestra historia, Adele —dije—. Mi padre. Sabes cómo era.

—¿Es ésa la clase de problema en que crees que Diana puede verse implicada? —preguntó.

—Sí.

Sin más protestas, abrió el cajón de su escritorio y sacó un pequeño sobre blanco.

—Pero no puedes quedártelas —dijo—. Tan sólo puedes mirarlas.

Abrí el sobre, saqué los cuadrados amarillos de papel que contenía y los leí, aunque no sin cierta dificultad, porque la letra era tan pequeña que tuve que entrecerrar mucho los ojos para poder reconocer las palabras.

En el primer cuadrado, leí: «Se han hallado pruebas de afectaciones acústicas en menhires escandinavos».

El segundo no tenía ninguna suerte de conexión evidente con el primero: «Epilepsia musicogénica —descargas cerebrales— a 6 Hz».

El tercero decía así: «Las tumbas de piedra resuenan a 95 Hz y a 112 Hz, una onda de frecuencia comparable a la voz humana».

Volví a meter las notas de Diana en el sobre y se las devolví a Adele.

—¿Y dices que hoy ha estado aquí?

—Sí. Ha venido a la hora de abrir y no se ha marchado hasta hace una hora.

—¿Estaba sola?

—Durante un rato —dijo Adele—. Luego había alguien sentado con ella. Una adolescente. Estudiaban juntas.

—Una adolescente —repetí—. ¿Rubia?

Asintió.

—Sé que Diana ha pasado por una tragedia espantosa —dijo.

—Perdió a su hijo.

Pero en ese momento pensaba sólo en Patty, en lo vulnerable que era y en las pocas defensas que tenía contra mi hermana.

—Qué espanto perder a un hijo —dijo Adele.

Asentí con la cabeza. «O a una hija», pensé.

Fui al apartamento de Diana, pero no vi su coche aparcado en la calle ni en el aparcamiento situado en la parte trasera del edificio. Tampoco logré vislumbrar ningún resquicio de luz tras las cortinas perfectamente corridas de su casa. Esperé un buen rato, mirando de vez en cuando mi reloj, pero no hubo la menor señal de Diana, de modo que decidí visitar algunos lugares de interés, sitios a los que se me ocurrió que podría haber ido en una noche de «investigación».

Era un sendero que conducía por su pasado más reciente, descendiendo primero por la colina donde la habían visto caminar durante las primeras horas de la mañana y después por la calle principal del pueblo, y de allí fuera de la ciudad. Después fui en coche a Old Farm Road, donde bajé brevemente del vehículo y eché un vistazo por los alrededores. La noche estaba despejada y había luna llena, de modo que alcancé a ver las relucientes aguas de Dolphin Pond. La piedra con forma de oreja parecía emerger del suelo en la orilla del agua e intenté imaginarla como podría haberlo hecho Price, no sólo como un obelisco de piedra, sino como parte de una espeluznante tierra viva, aunque lo cierto es que mi limitada imaginación era incapaz de entender cómo visualizaba un organismo de tan vastas dimensiones. Albergué la esperanza de que a Diana le ocurriera lo mismo y que aquél fuera simplemente un volátil elemento que no hubiera agregado a la mezcla que ya bullía en su cabeza.

Como no había ni rastro de Diana en la casa del estanque, seguí con mi búsqueda, dirigiéndome esta vez a la casa donde habíamos vivido cuando éramos niños. Aparqué el coche y esperé, casi convencido de que la puerta no tardaría en abrirse y vería salir a mi hermana, que me invitaría a pasar con un gesto de la mano como había ocurrido ese último día en el que no había dejado de llover. Pero la puerta nunca se abrió, y aunque lo hubiera hecho, otra persona habría aparecido por ella, un miembro de una familia distinta con problemas distintos.

Regresé un rato después a la ciudad, aunque no sin antes dar una pequeña vuelta por el recinto universitario situado cerca de nuestra casa. Me paseé sin dirección definida por la plaza desierta en la que Diana y yo habíamos jugado cuando éramos niños, el viejo campanario desde el que ella señalaba y nombraba las estrellas, el parquecillo en el que nos sentábamos con Jason a unos metros de nosotros, mirando fijamente a los demás niños.

«Mark quiere ingresarle», pensé de pronto, y la voz que oí en mi cabeza fue casi tan clara como la de Diana.

«Mark.»

De repente sentí una pequeña punzada de temor e imaginé a Diana agazapada tras un seto, esperando a que Mark se fuera a trabajar.

Pisé el acelerador y me dirigí al lugar donde el recinto universitario y su arquitectura pesadamente federalista dejaban paso a la moderna fachada de cristal y acero del Instituto de Investigación Hamilton.

El aparcamiento, prácticamente vacío, era grande y estaba muy iluminado, de modo que no me costó encontrar la plaza asignada al «Doctor Mark Regan».

No me sorprendió encontrar allí el coche de Mark. Raras veces volvía a casa hasta última hora de la noche, y durante esas largas noches Diana había jugado y hablado con Jason, trabajando sin descanso para conectar con él y entrar en su mundo, como si esperara así apagar las demoníacas voces que, como invisibles pirañas, se lo comían vivo.

Aparqué en la plaza vacía situada delante del vehículo de Mark, bajé del coche, recorrí con la mirada el aparcamiento desierto bañado por la luz de la luna y por fin me volví a mirar el interior en sombras del vehículo.

Pero ¿qué buscaba exactamente?

La respuesta a la pregunta me dejó sin habla.

Buscaba algo que corroborara la infundada sospecha de Diana, estudiando el coche de Mark como si fuera a encontrar en él el arma del crimen a la vista en el asiento trasero. Aunque era un acto absurdo, basado en una noción absurda, lo había hecho de todos modos. Y de pronto se me ocurrió pensar que Mark estaba realmente en lo cierto. Incluso llegué a oírle repetir su advertencia: «Diana puede llegar a ser muy seductora».

«Oh, sí», pensé, «ya lo creo.» Habida cuenta de que incluso a mí a punto había estado de seducirme, mucho más fácil le resultaría poder con alguien mucho menos capaz de resistirse a ella, alguien cuya confianza pudiera granjearse. Imaginé la voz de Diana insertada ya en la cabeza de esa persona, alimentándola con sus imaginarias nociones de evidencia, llenándola de sospechas, perfilando una nueva identidad, otorgándole un nuevo nombre.

La voz que oí entonces fue la oscuridad de mi propio susurro.

—Hypatia.

Me volví bruscamente de espaldas y regresé al coche, sintiéndome menos como un detective de película que como la pobre víctima de la enigmática brujería practicada por mi hermana. Me senté al volante y encendí las luces. Los dos faros alumbraron al frente y en sus deslumbrantes rayos alcancé de pronto a ver un destello de papel amarillo metido como si se tratara de un diminuto tique de aparcamiento debajo de uno de los limpiaparabrisas del coche de Mark.

Frené, aunque mantuve el motor en marcha cuando bajé y retiré el ya conocido cuadrado de papel amarillo. Diana ni siquiera se había preocupado de doblarlo, de modo que entendí que no tenía el menor interés en mantener en secreto lo que había escrito.

La letra era de ella, pero las palabras eran francesas, una cita de Émile Zola,

la renombrada frase que había escrito como salva inaugural de una de las más asombrosas demandas de justicia de la historia y que el Viejo había gritado una y otra vez mientras iba de habitación en habitación, agitando en el aire abrasador su lista de enemigos.

Decía simplemente:

J'accuse.

Petrie se vuelve de espaldas, introduce la mano en el bolsillo de la chaqueta que cuelga del respaldo de su silla, saca una pequeña bolsa de plástico y te la pasa. La nota amarilla está dentro. No tienes ninguna duda de quién puede habérsela proporcionado. Sólo ha podido ser Stewart Grace.

—Prueba física —dices.

Él empuja la bolsa hacia ti.

—La única clase de prueba que hay.

Estás de pie en mitad de una habitación. Las paredes están tapizadas de notas amarillas.

—A menos que haya una realidad en lo que imaginamos —le dices.

Petrie te dedica una mirada inquisitiva.

Clavas los ojos en el pequeño cuadrado de papel amarillo y durante un instante se te antoja extrañamente mágico.

—Humo azul y espejos —añades en voz baja—. Falsos fondos. —Tocas el papel con la yema del dedo, permitiéndote asimilar su terrible significado—. ¿Ha estado alguna vez en Brigham?

El detective asiente con reticencia, sin fiarse de adónde quieres llevarle.

—Las habitaciones en cuyos rincones están sentados con las rodillas contra el pecho, balanceándose.

El recelo de Petrie no hace más que intensificarse.

—Lo he visto, sí.

—¿Por qué no hacemos nosotros lo mismo?

—Porque estamos cuerdos —responde.

Niegas con la cabeza.

—No —le dices—. Porque somos evasivos. La evasión es lo único que hace posible la cordura.

Petrie te mira con severidad.

—Volvamos al aquí y al ahora —dice empleando un tono de severa instrucción.

Sabes que Petrie todavía es incapaz de imaginar lo que debes de haber pensado, y mucho menos lo que hiciste realmente. Seguir tu historia es como moverse por una casa con las ventanas en el suelo, las puertas en el techo y las escaleras que se elevan hacia paredes lisas. Tan sólo puede navegarse por ella mediante tus propias estrellas descuadradas, un cielo desequilibrado y la luna en abrupta órbita.

Las palabras oscilan ante ti como un genio en pleno aire. «¿Tres muertes? ¿Cuatro?»

No tienes ninguna respuesta, excepto que la razón ya no desempeñaba un papel importante en el juego. En ese sentido, eras como el Viejo sumido en sus delirios, concentrado sólo en el enemigo, el vivo retrato del portador de la demencia que corre por tus venas.

Estás ahora en la habitación de Diana en la casa de Victor Hugo Street, contemplando las palabras con cuyas mayúsculas ella había decorado su pared: «TODOS SOMOS ESPECTACULARMENTE DEFICIENTES». Fiel a su

educación, facilita también el nombre del autor de la cita: Jean-Paul Sartre.

«Una reflexión insulsa, aunque fatalmente cierta», decides.

—Prosigamos —te apremia Petrie sin alzar la voz.

Recorres la habitación con los ojos, incapaz de mirar al policía a la cara. La cafetera descansa ahora sobre su base tibia. Encima, el calendario que cuelga de la pared muestra la sencilla fachada de ladrillo de la compañía de seguros local que lo regaló. Al espejo que está al lado del calendario no le iría mal que le pasaran una balleta. El halcón ha dejado de volar en círculos y te preguntas si, antes de que cayera la noche, dio o no con su presa.

Encuentras la fuerza necesaria para volver a mirar a Petrie. Sabes que tiene que seguir presionando, aunque ahora parezca cansado, como la cafetera, ligeramente manchada y no tan llena como antes.

Mete la mano en la bolsa de plástico y saca el cuadrado de papel amarillo. Entrecierra los ojos y lo sostiene en alto para que puedas ver las dos palabras que hay escritas en él.

—¿Sabe lo que quiere decir esto? —pregunta.

15

—Significa «Yo acuso» —dije minutos más tarde al tiempo que entregaba el pequeño cuadrado de papel amarillo a Abby—. Iba dirigido a Mark. Estaba en el limpiaparabrisas.

Abby miró fijamente el papel como si se tratara de un cuchillo manchado de sangre.

—No hay duda de que ha sido Diana la que lo ha puesto allí —añadí—. Es su letra. Utiliza esa misma clase de papel para tomar notas en la biblioteca. Por cierto, no trabaja allí.

Aunque Abby guardó silencio durante un instante, percibí una terrible agitación en su mirada: fusibles en llamas, miles de ellos. Entonces dijo:

—He visto esos mismos cuadrados amarillos en la habitación de Patty. En su mesa. Metidos entre sus libros. Creía que eran tareas del colegio. Parte del material de estudio para algún trabajo.

—¿Está ahora en su habitación? —pregunté.

—Sí.

Me volví de espaldas y fui hacia las escaleras, pero la voz de Abby me detuvo.

—¿Qué vas a hacer, Dave? —preguntó.

—Descubrir cuál es exactamente ese material de estudio —dije con firmeza.

Segundos después, llamé a la puerta de mi hija y esperé a que se abriera.

—Hola —dijo Patty con suavidad.

Le mostré el papel amarillo.

Su mirada se tiñó de una extraña sombra de oscuridad que resultó asimismo curiosamente firme, como si hubiera estado esperando mi visita.

—¿Estabas al corriente de esto?

No respondió. Se limitó a retroceder y dejó la puerta abierta, de modo que incluso antes de entrar a la habitación me fijé en el gran póster que había colgado de la pared, el mismo que yo había visto en la tienda de la ciudad: Kinsetta Tabu desparramada sobre lo que de pronto reconocí como una alfombra salpicada de sangre.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunté.

—Me lo ha dado Diana —respondió.

Entré a la habitación. Vi un dibujo pegado con celo a la derecha del póster. Era muy basto y, a pesar de que parecía hasta cierto punto figurativo, resultaba imposible reconocer con exactitud qué figuras representaba.

—Es la prueba de Diana —explicó.

—¿La prueba para medir qué?

—La imaginación —respondió. Se acercó hasta quedar de pie a mi lado.

—Dime lo que ves —dijo.

—Nada —respondí—. Líneas y garabatos, y algo de color.

Se rió.

—No tienes mucha imaginación, papá.

—¿Y qué es lo que ves tú?

—Ésa era la prueba —respondió. Miró el dibujo dando muestras de un orgullo contenido aunque inconfundible, como quien mira un diploma enmarcado—. Vi una verja.

—¿Una verja?

—A Diana le pareció fantástico —me explicó—. Muy imaginativo, según dijo. Porque lo convertí en algo humano.

—¿En algo humano? ¿Y eso qué significa?

—Acción humana —respondió Patty—. Vi inseguridad, el modo en que siempre nos sentimos amenazados y levantamos muros de protección a nuestro alrededor. Sobre todo alrededor de nuestras mentes.

A pesar de que supe al instante que cada una de sus palabras provenía de Diana, evité el comentario.

—Cualquiera puede ver cualquier cosa en un cuadro como éste —le dije.

—Sí —respondió—. Es la voz que te dice lo que debes ver. Eso es la imaginación, papá. Una voz. Sólo que a veces es más que eso.

—¿En qué sentido?

En vez de responderme directamente, me hizo una pregunta.

—¿Sabías que Dostoievski decía que no había escrito *Los hermanos Karamazov*?

—En ese caso, no debería haber firmado la obra con su nombre —respondí con sequedad.

—Decía que fueron los hermanos quienes la escribieron.

—Sí, pero no fue así —respondí sin más—. Porque eran personajes, Patty. Eran personajes de un libro. No escribieron nada porque no existían.

—Pero es que sí que existían —argumentó—. Eran voces. Otros también las han oído. Son muchos los grandes escritores que las han oído.

La voz de Patty estaba menos impregnada de desafío que de firme convicción.

—Como Harriet Beecher Stowe —añadió—. Y como los poetas. William Blake, por ejemplo. Y como…

—No estoy hablando de poesía —la interrumpí. Agité la hoja de papel amarillo delante de su mirada inmóvil—. Quiero hablar de esta nota —añadí con una voz que intenté mantener calma—. La he encontrado en el parabrisas del coche de Mark. —Se la acerqué—. Léela, Patty.

No la cogió.

—Sé lo que dice —me dijo.

—¿Ah, sí?

—Sí —respondió con despreocupación, como quien simplemente reconoce el estado actual del tiempo.

—En ese caso quizá puedas decirme por qué Diana ha hecho algo así.

Patty levantó la cabeza como si estuviera de pie delante del banquillo de los acusados en el tribunal, convencida de que no había cometido ningún crimen a pesar de la sentencia.

—Porque no quiere que Mark se salga con la suya, papá.

—¿Que se salga con la suya con qué?

Una expresión de profunda incredulidad ensombreció el rostro de mi hija.

—No finjas que no sabes lo que Mark hizo —dijo como si estuviera corrigiendo la visión del mundo de un niño—. Sé que lo sabes.

—No sé de qué me hablas —me defendí.

—Te hablo de Mark, papá —dijo Patty—. De que es un ser malvado.

En mi mano, el pequeño cuadrado de papel soportó de pronto el peso del mundo entero al tiempo que la imperiosa fuerza de gravedad de la tierra tiraba de él hacia abajo junto con la carga acumulada de nuestra inmensa equivocación.

Negué con la cabeza.

—Patty, no hay ni una sola prueba que demuestre que Mark es… «malvado», como tú dices.

Me miró desde las alturas de su certeza, como un dios que observa a un pobre y primitivo mortal.

—No sólo existe una clase de prueba, papá. —Se acercó a su escritorio, sacó un delgado volumen de entre el desordenado montón que tenía allí y me lo dio.

—¿Qué es esto? —pregunté sin ocultar mi irritabilidad.

—Léelo —fue su respuesta.

Eche una mirada al título.

—Ya lo he hecho —le dije—. A decir verdad, también he hablado con el autor. —Dejé el panfleto de Douglas Price encima de la mesa—. Y es evidente que tú también lo has hecho.

Patty cogió el panfleto y, dando muestra de una reverencia que yo jamás la había visto mostrar por ninguna clase de libro, volvió a ponerlo en su sitio junto con los demás que había en el escritorio. Luego se volvió hacia mí y, de no conocerla como la conocía, habría jurado que sus ojos estaban hechos de un gélido hielo azul.

—Nos has estado espiando —dijo.

—Sólo intento saber qué estáis haciendo, Patty —dije—. Qué está haciendo Diana… contigo.

—¿Haciendo conmigo? —preguntó tajante.

—Sí —respondí—. Metiéndote en este… Ni siquiera sé cómo llamarlo.

—Metiéndome en esto porque puede, ¿no? —preguntó—. Porque yo creería cualquier cosa que ella decidiera contarme. Como los niños creen en

Papá Noel.

Fue precisamente en ese instante cuando fui consciente de lo profundo que era el peligro: el agua oscura y tóxica que había empezado a ganar altura alrededor de mi hija.

—Patty —dije con suavidad—. Quiero que entiendas algo. Hay una clara diferencia entre la sensatez y la estupidez, y esa diferencia es enorme.

Me miró desde lo que se me antojó una distancia planetaria.

—Diana sabe cosas, papá.

Vi entonces la profunda admiración que sentía por mi hermana, cosa que, a mis ojos, no hacía más que magnificar el peligro.

—Patty… —empecé.

Alzó la mano en un gesto propio de su madre.

—No quiero oírte hablar mal de Diana —dijo, tapándose los oídos—. Más no, papá.

Supe que, aunque tenía más cosas que decir, ni una sola palabra sería escuchada. Sus oídos habían prohibido por completo el acceso a mi voz y no había manera de conseguir hacerla audible de nuevo.

Aun así, lo intenté.

—Escúchame, Patty —dije. Quise tomarle las manos para retirárselas de las orejas—. Patty, Diana está…

Se apartó de mí de un tirón, fue hasta el aparato de música que tenía en la estantería bajo la ventana y subió el volumen.

—Patty —dije—. Escucha…

Pero el volumen estaba demasiado alto y apagaba cualquier otro sonido, de modo que ninguno de los dos podía oír nada más que el siseo macabro y malévolo de la fría voz amenazadora de Kinsetta Tabu:

Padre/Hermana
Tornado
Padre/Hija
Masacre

Abby, muy tensa, estaba sentada a la mesa cuando volví a la cocina.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Patty está convencida de que Diana tiene razón sobre Mark —dije sin ocultar mi cansancio—. Que es «malvado». Ésa es la palabra que ha utilizado.

Esperé en vano que Abby minimizara esa espantosa idea y que recapturara la perdida liviandad de su ser, pero se limitó a tomar un sorbo de café y luego dijo:

—¿Y qué hacían esos cuadrados de papel en la habitación de Patty?

—Son puntos de libro —respondí—. O, al menos, eso es lo que parecen. Está estudiando las mismas cosas que Diana. —Me acordé entonces de las tres notas que Adele me había enseñado en la biblioteca, la única prueba que yo tenía—. Cosas sobre piedras. Y sobre el sonido. —Inspiré hondo, sin ocultar

mi preocupación—. Sea lo que sea, Patty lo está estudiando con ella. Se encuentran en la biblioteca.

—¿Cómo lo sabes?

—He ido a la biblioteca después de esa reunión en New Braddock. Pensaba hablar con Diana, pero no la he encontrado allí. Cuando he preguntado por ella, me he enterado de que no tiene ningún trabajo en la biblioteca. Simplemente pasa allí todo su tiempo. —No tenía sentido callar nada, así que no lo hice—. Patty acompañó a Diana a encontrarse con el tipo ese que escribió un pequeño ensayo sobre Dover Gorge. El hombre creyó que era la hija de Diana y que su nombre era Hypatia.

—Hypatia —repitió Abby con una densa sombra de oscuridad en la voz. Negó con la cabeza, y con ese gesto pareció expulsarse el último vestigio de esas pequeñas partículas de rayos solares que con tanto cuidado había almacenado en su cerebro.

—Siempre temí que ocurriera esto. —Durante un instante no dijo nada. Luego me miró y vi la auténtica dimensión de su temor—. Tienes que hacer algo, Dave —dijo con un severo tono imperativo—. Antes de que sea demasiado tarde.

Me acordé del montón de libros que había visto encima de la mesa de Patty e imaginé mi mano sobre ellos como la de un hombre que presta juramento.

—Lo haré, Abby —dije—. Lo juro.

Esa noche, tumbado en la cama sin poder conciliar el sueño, se me ocurrió que quizás en toda vida llega un momento en que uno se da cuenta de lo poco que hemos logrado escapar de aquello de lo que huíamos. Antes de eso, yo creía que había escapado del espantoso legado del Viejo y que Diana también lo había hecho, que la prolongada demencia de nuestro padre había muerto con él y había quedado enterrada bajo tierra.

«Mark cree que lo llevamos dentro», oí decir a mi hermana.

Y decidí entonces que tenía razón al pensarlo, aunque me costaba trabajo adivinar con qué terrible fatalidad había visto instalarse en Jason esa misma enfermedad, viendo ahogarse su voz paterna bajo el manto de las demás voces que poblaban la cabeza de su hijo, ahogada como lo estaba en ese momento la mía por la de Diana, totalmente silenciada como lo había estado por el enloquecido canto de Kinsetta Tabu no hacía mucho rato mientras la voz de mi paternidad quedaba reducida a un débil e ineficaz murmullo contra el muro de sonido de mi hermana.

Los ojos de Petrie se abren, como los de quien acaba de encontrar un pedrusco brillante en un montón de tierra oscura.

—Entonces, ¿tenía usted miedo? —pregunta—. ¿Miedo de Diana?

Te preguntas de pronto si fue quizás ése el oscuro motor que te propulsó entonces. El miedo. Sientes que la trama se materializa y recuerdas el triste júbilo que provocó en ti su ejecución.

—No, no era miedo —respondes.

—¿Enfado, quizá? —pregunta Petrie.

Una amarga verdad quiebra la superficie de tu mente con la aterradora claridad de la aleta de un tiburón.

—Creo que siempre he estado enfadado —es tu respuesta.

—¿Por qué?

—Porque nunca veo cumplidas mis expectativas —respondes.

—¿Y quién sí? —pregunta Petrie.

Percibes el tono repentino y curiosamente roto en la voz de tu interrogador y vislumbras en sus ojos un mundo de insuficiencias reconocidas, aunque aún purulentas: las veces y los distintos modos en que ha decepcionado a gente, retrasos, cenas enfriadas en la mesa familiar, las obras de teatro escolares a las que no asistió, los partidos de *softball* que se perdió, las flores que no compró o que ni siquiera se acordó de comprar, la larga lista gris de pequeñas cosas que importaban sólo en su triste acumulación.

—Somos todos espectacularmente deficientes —le dices.

Petrie se levanta, y en su gesto percibes a un hombre que no desea mantener esta conversación.

Pero insistes.

—Todos —añades con decisión.

Observas al policía mientras cruza en silencio la habitación y la postura encogida de su cuerpo te recuerda a algo que dijo una vez el Viejo: «El amor propio sólo es posible en un hombre que ha perdido sus ilusiones o que no tiene ninguna». Qué rotunda lucidez la de tu padre. Cuando estaba lúcido, claro.

Petrie va hasta la máquina de café, examina la cafetera de cristal y se vuelve despacio, regresa a la mesa y vuelve a ocupar la silla situada delante de ti.

—Muy bien —dice, decidido a recuperar la seguridad y el equilibrio que, como bien sabes, ha perdido. Coge el bolígrafo azul y lo sostiene encima del papel de su libreta—. ¿Qué más?

«Temor», piensas. Eres un río de temor.

—Tenía miedo —respondes.

—¿De qué tenía usted miedo?

Respondes la verdad.

—Miedo de tener razón en todo lo que temía. Miedo de que tuviéramos que parar a Diana. Y de que yo no pudiera hacerlo.

Petrie te mira sin inmutarse.

—Pero ¿quizás había alguien que sí pudiera?

—Sí.

El bolígrafo de Petrie no se mueve, de modo que entiendes que busca fechas, nombres.

Y se los das.

—Catorce de octubre. Robert K. Santori.

16

La mañana siguiente busqué en mis archivos y encontré su nombre. Doctor Robert K. Santori. Años atrás había llevado su divorcio. Las negociaciones habían salido bien y no había habido necesidad de llegar a juicio. Santori se había comportado con absoluta cordura, sobre todo teniendo en cuenta que había descubierto a su mujer en brazos de otro hombre. «Un buen tipo», se burló en un momento dado. «Aunque, claro, mi mujer siempre ha tenido buen gusto con los hombres.»

El informe del caso era breve. Tardé apenas unos minutos en refrescarme la memoria. Santori había trabajado en Brigham durante casi quince años antes de abrir su propia consulta en una oficina del Chandler Building, un achaparrado edificio de oficinas prácticamente situado en el terreno del hospital del condado.

Aunque no había vuelto a hablar con él desde el divorcio, todavía me acordaba de algunas historias que me había contado sobre la época en que había trabajado en Brigham: los casos de demencia grave que había tratado allí, a veces, según me dijo, con éxito. Aun así, no dudó en reconocer que la gran mayoría de sus pacientes eran incurables y que a lo sumo habían sido «tranquilizados», a fin de que, tal y como me dijo, pudieran vivir una «existencia como la de las polillas», revoloteando, aunque incapaces de dirigir sus vidas. Nunca le pregunté por el Viejo ni si le había tratado en Brigham y había ayudado a atarle, inyectándole tranquilizantes o quizá simplemente asomando la cabeza a su habitación para ver a Diana junto a su cama, recitando en voz baja para él.

Llamé a Santori después del almuerzo, le dije a la recepcionista quién era y le pedí, por favor, que le dijera al doctor que me llamara. Que fue lo que hizo una hora después, y, sin desvelar demasiado, le pedí una «consulta».

—Mejor llamémoslo por ahora una «conversación» —dijo Santori—. Más adelante trataremos el tema de mis honorarios.

Su oficina del Chandler Building era pequeña y pulcra, con las estanterías de costumbre y los títulos y diplomas enmarcados. El diván era de cuero marrón y estaba colocado a un lado como una ocurrencia tardía. Moreno, corpulento y con unas pobladas cejas negras, Santori me recibió con un fuerte apretón de manos y luego ocupó su sitio tras un gran escritorio de madera.

—Entiendo que esto tiene relación con su hermana —dijo.

Había dos sillas delante del escritorio de Santori. Parecían en cierto modo proceder de alguna institución pública y no pude evitar preguntarme si el

Viejo habría estado atado a alguna de ellas en algún momento.

—Con mi hermana, sí —respondí antes de tomar asiento en la silla que tenía más cerca.

Santori tenía el pelo de un color gris como el hierro, con la raya en medio y muy liso de modo que una línea perfecta le recorría la cabeza desde la frente hasta la nuca.

—Antes, cuando hemos hablado, ha mencionado que su hermana ha perdido a su hijo recientemente —dijo.

Pensé en esa muerte y empecé a verla como podía haber o no ocurrido: un niño avanzando entre la hierba alta hacia un estanque de aguas refulgentes, voces cada vez más altas y más insistentes al tiempo que él se sumergía en el agua.

—Así es —respondí.

Jason había por fin salido de la hierba y tenía ante él la insensible piedra, carente por completo de sentimientos, como tenía que haber sido, y, sin embargo, en mi imaginación, curiosamente a la espera.

—Su nombre era Jason —añadí—. Se ahogó hace unos meses.

El tiempo parpadeó y Jason estaba de pronto en el agua, inmóvil, muerto, con las piernas juntas, pero con los brazos extendidos como las alas de un pájaro, mientras su cuerpo descendía hasta el fondo del estanque.

—Un accidente —dije.

Oí el gemido de Diana, ensordecedor y sin embargo silencioso, como si el propio silencio sirviera para magnificar el sonido y hacer audible lo que de otro modo habrían seguido siendo por siempre cosas no oídas.

Santori se recostó ligeramente contra el respaldo.

—¿Entiendo que el comportamiento de su hermana ha cambiado desde la muerte de su hijo?

—Su vida entera ha cambiado.

—¿En qué sentido?

—Echó a su marido de casa —dije—. Se divorciaron poco después.

—Cosa harto frecuente, por cierto —dijo Santori—. Son pocos los matrimonios que logran aclimatarse a la muerte de un hijo.

«Aclimatarse.»

No sé por qué la palabra me resultó un tanto peculiar, o al menos se me antojó una palabra en la que Diana habría reparado de haber estado ocupando la otra silla. Casi pude verla allí, escuchando con atención. Habría reparado en la palabra «aclimatarse» y en que Santori había aplicado un término referente al clima a los golpes que nos propina la vida, a las corrientes termales que nos arrastran a las profundidades o que nos elevan a magníficas aunque peligrosas alturas. Ella quizá se habría preguntado si se trataba de una referencia geológica: la labor del viento y del agua, el desgaste de la piedra.

—¿Pareció Diana disgustada por el divorcio? —preguntó Santori.

—No —fue mi respuesta.

De hecho, pensé que se había deshecho de su matrimonio con la misma

despreocupación con la que se habría desprendido del envoltorio de un caramelo, olvidándolo en cuanto se deshizo de él.

—Diana no es una mujer desdeñada —añadí.

—Le diré por qué lo pregunto —dijo Santori—. A veces el comportamiento, incluso el que puede resultar, a falta de un término más preciso, demente, puede tener una base racional. Puede que nos parezca falto de cordura, pero puede también que la razón que lo provoca no lo sea. Una persona puede originar un incendio para llamar la atención. —Sonrió—. O matar a una estrella del rock, o a un político.

—Diana siempre ha sido blanco de mucha atención —le dije—. Sobre todo cuando era niña. Por parte de mi padre.

—¿Por qué tanta atención por parte de él?

—Porque era muy inteligente —respondí—. Una gran lectora con una memoria envidiable. Podía citar pasajes inmensos. En ese sentido era una niña superdotada.

—¿Y eso le sirvió para algo?

—No —respondí, para mi sorpresa.

No, porque en ese momento me pareció que la gran capacidad intelectual de Diana era precisamente la fuerza que la había apartado a los rincones del patio de juegos del colegio y que la había encerrado en las bibliotecas. Se me ocurrió que era casi clásicamente trágico, un don convertido a la vez en una condena.

De pronto oí en mi cabeza la voz de Abby. «Diana lo heredó de él.»

—Lo heredó de mi padre —dije—. También él era un hombre muy dotado.

Me acordé del día en que fuimos a recogerle a Brigham para traerle de vuelta a casa, de la desesperación con la que se había aferrado a Diana mientras ella le llevaba desde el hospital hasta mi coche, al tiempo que le recitaba en voz baja:

Ve y atrapa una estrella fugaz
fecunda la raíz de la mandrágora,
dime dónde están los años que ya no han de pasar
o quién hendió la pezuña del diablo.

Yo caminaba tras ellos, grabando en mi cabeza cada una de las palabras que ella pronunciaba al tiempo que ambos fluían juntos por el sendero, al unísono como dos arroyos en paralelo. Diana murmuraba al oído del Viejo mientras le instalaba en el asiento trasero y después se sentaba junto a él. De camino a casa, continuó recitando, aunque ya no eran poemas enteros como los que yo había oído hasta entonces, sino que fue ensartando versos de distintos poemas y de distintos poetas, modificando levemente las métricas según la ocasión y aun así cosiendo sin mácula las disparatadas líneas hasta formar con ellas un perfecto tejido de sentido:

Es pues el tuyo un acto de mayor valor
que el de todos los Honorables,
y uno aún más valiente ha de brotar
que deberá mantenerlo oculto.

A mi entender, sus palabras fueron una clara demostración de inmensa valía, y Diana lo había hecho con tanta facilidad y con tan poco esfuerzo como si hubiera prolongado cualquier tonada popular.

—¿Dave?

Volví al presente y a la modesta consulta en la que Santori seguía sentado tras su escritorio.

—¿Sí?

—¿Ha oído mi pregunta?

—Creo que no —respondí.

—Le he preguntado que qué fue lo primero que le hizo pensar que Diana tenía un problema.

—Supongo que, de un modo u otro, siempre he estado alerta.

—¿Por qué?

—Porque tenemos un historial familiar —le dije—. Mi padre era paranoico.

—¿Fue ingresado?

—Dos veces.

Me acordé de la primera vez, de cómo habían llegado los proverbiales «hombres de blanco», al parecer surgidos de ninguna parte, el día después de que mi padre hubiera clavado la mirada en mí, sumido en su ira demente, y me dijera: «Eres tú», antes de subir a prepararse el baño.

—La primera vez yo tenía cinco años —le dije a Santori—. Diana nueve.

—¿Cuánto tiempo pasó su padre en el hospital?

—Alrededor de un mes, creo. Diana y yo quedamos al cuidado de los servicios sociales. Nos derivaron a una familia de acogida. Una agradable pareja de ancianos. Tenían una granja.

—¿Y después les devolvieron a su padre?

—Sí.

—¿Alguna otra enfermedad mental en la familia?

—No, que yo sepa —respondí.

—¿Por parte de madre?

—Mi madre nos abandonó —dije—. Nunca llegué a conocerla y tampoco supe de ella.

Santori asintió con la cabeza.

—¿Cuándo ingresaron a su padre por segunda vez?

—Cuando Diana y yo estábamos en la universidad —dije—. Yo estudiaba primero. Mi hermana estaba en su último año en Yale. Tenía una beca. Renunció a ella para cuidar de mi padre. Lo hizo hasta que él murió.

—¿Y después?

—Vivió sola durante un tiempo y luego se casó. Jason nació meses después.

—Me encogí de hombros—. Y eso es todo. Ésa es su historia.

Santori asintió.

—Muy bien, avancemos un poco —dijo con despreocupación—. ¿Qué ha estado ocurriendo últimamente? Me refiero a Diana.

Le conté lo que Leonora Gault le había dicho a Abby. Que Diana paseaba de madrugada y que parecía negarse en redondo a dejar que nadie entrara a su apartamento.

—¿Quiere eso decir que usted no ha estado nunca en su apartamento? —preguntó.

—No. Nunca —respondí.

Cogió una libreta y un bolígrafo, se recostó contra el respaldo de la silla y apoyó la libreta sobre su rodilla levantada.

—¿Qué más le ha resultado preocupante acerca de Diana?

Le hablé de los correos electrónicos y de los faxes, y de la sensación de que ella estaba sumida en alguna suerte de investigación.

—¿Y eso es un comportamiento nuevo? —preguntó Santori—. Me refiero a sumirse en una investigación.

—No —respondí—. Siempre ha sido una mujer muy curiosa.

Pensé entonces en todas sus pasiones, en las colecciones que había hecho cuando era niña, desde conchas marinas a los recuerdos que iba acumulando en los modestos viajes que hacíamos con el Viejo: un pequeño trozo de adoquín de Nueva York o un puñado de tierra de Gettysburg. Cuántas veces la había visto coger uno de esos pequeños recuerdos de nuestros viajes, mirarlo fijamente o pegárselo al oído, siempre con esas pequeñas arrugas en la frente.

Santori garabateó una breve nota y luego se volvió a mirarme.

—Continúe, por favor —dijo con una cálida sonrisa—. El diablo habita siempre en los detalles.

Le hablé del viaje a Dover Gorge, del fragmento del libro de Price que Diana había recitado. Él me pidió que le contara lo que decía el párrafo en cuestión y escuchó con atención mientras yo lo describía. Cuando terminé, se rió entre dientes.

—Bueno, no me parece una obra demasiado alarmante, ¿no cree?

—No —dije.

—¿Por qué cree usted que el fragmento llamó la atención de Diana? —preguntó Santori.

—No lo sé —respondí—. Pero le interesó lo suficiente como para buscar al tipo que lo escribió. Descubrió que aún vivía y fue a verle a su casa.

Santori tomó otra nota. Luego dijo:

—¿Qué sabe usted acerca de esa visita?

Le hablé de Ray Pendergast, de la voz que aseguraba haber oído, del asesinato del que sospechaba, de un hermano pequeño precipitándose al pozo.

—No sé lo que encierra la mente de Diana —añadí—. Lo que sí sé es que se pasa horas y horas en la biblioteca.

—¿Nunca le ha dicho lo que lee allí?

—No, pero he visto algunas de sus notas: básicamente cosas sobre el sonido.

—¿Cree que en cierto sentido oculta algo?

—Sí.

Una pausa. Luego:

—Dave, ¿cuál era su relación con Diana antes de la muerte de Jason? ¿Estaban ustedes muy unidos?

—Sí.

—¿Y después de que él muriera?

—Supongo que no lo estamos tanto.

—¿Y cómo le hace sentirse eso?

Aquélla parecía una de las preguntas de *Recuerda*. Casi pude oír a Gregory Peck haciéndosela a Ingrid Bergman. Aun así, respondí:

—La echo de menos —concedí.

Santori se inclinó hacia delante en la silla y me estudió con detenimiento.

—¿Sabe si ha intimado con alguien más? Me refiero desde la muerte de Jason.

—Con mi hija.

—¿En serio? ¿De qué modo?

—Patty está totalmente hechizada por todas esas cosas que Diana cree.

—Pero usted no sabe a ciencia cierta qué es eso que Diana cree —me recordó.

—Sé que cree que su marido es «malvado» —dije. Como si se tratara de la Prueba A en un caso contra mi hermana, saqué el cuadrado de papel amarillo que había encontrado en el parabrisas de Mark y se lo di.

—Diana lo dejó en el coche de su marido —le dije.

—Ex marido —me corrigió Santori. Leyó la nota y me la devolvió—. ¿De qué cree usted que le acusa?

Escupí la palabra como una gota de sangre.

—Asesinato.

Me estudió atentamente durante un instante y luego hizo una pregunta que me sorprendió.

—¿Lo cree usted también?

—No —me apresuré a responder—. De ser así, la ayudaría a encontrar la prueba que lo demostrara.

Vaciló un instante y dijo:

—¿Qué opciones ha contemplado?

Me encogí de hombros.

—¿Qué opciones tengo?

—Bueno, entiendo que Diana nunca se ha autolesionado, ¿me equivoco? Y tampoco ha hecho daño a nadie, ¿no?

—No.

—¿Cree que hablaría conmigo? —preguntó Santori.

—Probablemente, no —respondí.

—¿Se sometería a algún tipo de evaluación?

—No lo creo.

—Lo cual significa, por descontado, que en ningún caso buscaría tratamiento de forma voluntaria —dijo Santori—. Eso no es inusual, por supuesto. Parte de la enfermedad mental consiste en no percibir la enfermedad mental.

—Entonces, ¿qué puede hacerse?

—Me temo que no mucho —dijo—. Porque ella no ha hecho nada. Evidentemente, cree que su marido es un asesino. Muy bien. De acuerdo. Pero, aparte de una pequeña nota, no ha hecho nada al respecto.

—Entonces, ¿debemos esperar hasta que lo haga?

—Sí, por supuesto —respondió Santori. Asintió con la cabeza hacia la pequeña nota amarilla que yo todavía sostenía en la mano—. Está claro que Mark es su objetivo. —Me miró intencionadamente—. Lo que quiero decir es que no hay nadie más en su línea de fuego, ¿verdad?

—No, nadie más —dije. Y luego pensé—: Excepto Patty.

—Entonces, ¿dejó de concentrarse en Diana? —pregunta Petrie.

—Así es —admites.

—¿Y en Mark?

—Sólo como un medio —respondes, aunque en realidad no estás del todo seguro de cuál fue el momento exacto en que empezó a tomar forma la trama. Durante un instante te ves en imágenes propias de los villanos shakesperianos. Ricardo. Yago. No habías vuelto a pensar en esas figuras desde que te marchaste de Victor Hugo Street. Cuánto, cuánto has enterrado, la mitad de una vida de puro aprendizaje.

Petrie deja escapar un largo suspiro y percibes su mortalidad en el leve silbido que lo concluye. Una nueva muerte que se acerca. Quizá todavía lejana, pero ganando terreno.

Recuerdas una máxima de Cocteau según la cual la muerte no es realmente lo que importa, sino sólo el yo... yo... yo... que muere.

Yo. Yo. Yo.

Tres muertes.

Qué curiosos resultan de pronto los pequeños destellos que salpican tu mente.

Petrie golpea la libreta con el bolígrafo y te preguntas si hace eso a fin de devolverte a esta habitación, a sus preguntas. ¿Acaso te estás alejando, desvaneciéndote en tu propio mundo imaginario... como tu padre?

—Café. —Sueltas la palabra tan de repente, quizás incluso con tanta vehemencia, que Petrie se sobresalta.

—¿Quiere café? —pregunta.

—Sí —respondes, aunque lo que en realidad quieres es algo cimentado en la realidad, un sabor o quizá tan sólo la sensación de una taza caliente en la mano—. Por favor.

Petrie se levanta, se acerca a la cafetera de cristal y sirve lo que queda de café en un vaso de poliestireno.

—Gracias —dices educadamente cuando te lo da.

Él toma asiento y coge el bolígrafo.

—De acuerdo, ¿por dónde íbamos? —Mira sus notas—. Ah, sí —dice—. Mark.

Ves su rostro, pero no es su rostro. Es el rostro que crees que Diana vio cuando pensaba en él: una máscara espantosa.

—¿Santori se refirió a él como el «objetivo»? —pregunta Petrie.

—Y eso es lo que era.

—Un hombre inocente.

—Nadie lo es —dices con tono sombrío.

—Injustamente acusado.

Tomas un sorbo del vaso, sientes el fluido tibio en la boca y te preguntas qué sabor debe de tener la sangre inocente.

17

Aunque Mark se quedó claramente sorprendido al verme, la expresión de gravedad que vio en mi rostro al entrar al vestíbulo del Instituto de Investigación de Hamilton debió de alertarle de que algo había cambiado, que las nubes habían empezado a oscurecerse y a cubrir el cielo.

—¿Qué pasa, Dave? —preguntó.

—Aquí no —le dije.

Se volvió hacia la recepcionista.

—Dígale al doctor Stephens que llegaré con un poco de retraso a la reunión.

Dicho esto, salimos del edificio y recorrimos el borde del aparcamiento hasta un par de bancos de madera situados bajo un enorme roble.

Saqué el papel que había encontrado en su parabrisas la noche anterior y se lo di.

—Diana te dejó esto —dije.

Cogió el papel, leyó lo que vio en él y me miró sin ocultar su perplejidad.

—Significa: «Yo acuso» —le anuncié.

—Eso ya lo sé —repuso Mark—. Pero ¿de qué?

—Creo que te acusa de asesinato —le dije sin mayores rodeos.

Una carcajada seca escapó de sus labios.

—¿Y a quién he asesinado?

—A Jason.

—Dios. —Negó con la cabeza con gesto cansado, no tanto como un hombre inesperadamente acusado, sino más bien como un hombre repentina y fastidiosamente molesto—. Justo lo que me faltaba. Diana chiflada.

«Chiflada.» La palabra me golpea como una pequeña lluvia de balines. Aun así no pude argumentar que estuviera mal aplicada al disperso estado mental de mi hermana.

—¿Dónde has encontrado esta… acusación? —preguntó Mark.

—Diana la dejó en el limpiaparabrisas de tu coche —respondí.

—¿Dónde estaba mi coche?

—Aquí —contesté—. En tu plaza de aparcamiento.

—Entonces, ¿vino al centro? —preguntó Mark—. ¿Vino a mi lugar de trabajo?

La pregunta contenía cierta pátina curiosamente legalista. Sin embargo, eso no cambió la respuesta que le di.

—Así es.

Vi formarse en su mente una dolorosa pregunta.

—¿Tan lejos ha llevado las cosas, Dave? ¿Al asesinato? —Agitó el cuadrado amarillo entre nosotros—. ¿A acusarme de asesinato?

En vez de responder, me incliné hacia delante y le hice una pregunta.

—¿Tienes alguna idea de qué puede haberla llevado a algo así?

—Ninguna —respondió—. Creía que se culpaba por lo que le ocurrió a Jason. También eso era una locura, aunque nada comparado con esto. No tenía la menor idea de que le había dado por esto. —Me lanzó una mirada penetrante—. Por supuesto, lleva esta locura en la sangre. —Negó con la cabeza como un hombre perdido en un marasmo de confusión metafísica para quien el universo resulta de pronto un gran enigma—. Toda esa basura que corre por su sangre. Como su padre.

La temerosa visión que Mark tenía del Viejo se materializó ante mí, con su pelo erizado y sus ojos erráticos y salvajes, repasando enloquecidamente un libro tras otro, buscando la respuesta a una pregunta que jamás había revelado.

—Y luego Jason —añadió Mark—. Jason también la heredó.

—No tenías que haberte casado con ella —dije.

—Lo sé —respondió—. Pero Diana era muy brillante, Dave, bien que lo sabes. En el campus no se hablaba de otra cosa. —Se encogió de hombros—. Además, me pareció que era el momento adecuado.

—¿El momento adecuado para qué?

—Para casarme. Para tener una familia.

—¿Hay un momento adecuado para eso?

—Ya me entiendes. Para sentar la cabeza —explicó, dedicando una mirada a la nota que Diana le había dejado—. No puedo creer que haya venido aquí. A mi trabajo. Cualquiera podría haber visto esto, Dave. —Volvió a agitar la nota amarilla—. Una acusación. Basada en nada.

—No exactamente en nada —intervine con suma cautela—. Al menos en la mente de Diana.

La mirada de Mark se enfrió de pronto.

—¿A qué te refieres?

—A la placa —le dije.

—¿Qué placa?

—La de tu padre —respondí—. Me dijo que la utilizabas para que Jason hiciera cosas.

—Es cierto, sí —dijo Mark—. Cosas sin importancia, como sentarse, dejar de balancearse adelante y atrás. ¿Qué pasa con ella?

—Diana la encontró junto al estanque.

—¿Y?

Antes de que pudiera darle una respuesta, él la adivinó.

—No puedes estar hablando en serio, Dave. ¿Diana cree que utilicé la placa para llevar a Jason hasta el estanque?

—Eso creo, sí.

—Dios —masculló—. Dios mío.

—Ayudaría si Diana supiera cómo llegó allí la placa —dije.

Mark retrocedió de repente y me miró como si de pronto fuera yo quien le acusaba.

—No puedo creer que me estés interrogando, Dave.

—Escucha, Mark —expliqué—, sólo intento descubrir qué es lo que puso en guardia a Diana, qué es lo que levantó sus sospechas.

—¿Qué es lo que levantó sus sospechas? —La pregunta se le antojó a todas luces ridícula a juzgar por lo obvio de la respuesta—. Diana sospecha por naturaleza, Dave. No necesita nada que la ponga en guardia, como tú dices. —Dejó escapar una risa seca—. Demonios, pero si hasta podría sospechar de ti.

—¿De mí? ¿Sospechar de mí, por qué?

—Bueno, ¿por asesinato?

—¿Qué? ¿Por el asesinato de quién?

—De tu padre —dijo Mark—. ¿O no estabas allí el día que murió?

—Sí, pero yo no le maté.

—Pero estabas en la casa, ¿no?

Recordé el momento en que regresé de mi paseo mientras las últimas palabras de mi padre resonaban aún en mis oídos.

—No, no estaba en la casa —respondí—. Salí a dar un paseo. Ya estaba muerto cuando volví. Diana estaba con él cuando murió.

—Pero no la estás acusando de haberle asesinado, ¿verdad? —preguntó Mark—. A eso me refiero, Dave. Tienes tantos motivos para sospechar que tu hermana mató a tu padre como los que tiene ella para sospechar que yo maté a Jason. —Parecía muy satisfecho con su propio razonamiento—. Así que, obviamente, las sospechas de Diana son absurdas. En tu línea de trabajo, creo que la expresión correcta es «sin fundamento». —Dejó que la expresión calara en mí y preguntó—: ¿Sigue leyendo sobre esos asesinatos de la prehistoria?

—Por lo que yo sé, sí —respondí.

—¿Y de dónde saca todo ese material?

—De la biblioteca, al menos en parte. Y también de Internet.

—De Internet, claro —se burló Mark—. El manicomio universal. Se puede encontrar de todo ahí dentro. Diana siempre estaba navegando por Internet. Mientras yo estaba en el trabajo y a veces de noche, después de haber acostado a Jason. O en Internet, o escribiendo con esa vieja máquina de escribir de su padre. Horas y horas. Tap. Tap. Tap.

Como si la repetición de esa palabra fuera una extraña y oculta invocación, de nuevo me acordé del Viejo sentado delante de la misma máquina tintineante, usada y sobreutilizada, con sus teclas trizadas y sus letras rotas. La visión de Diana encorvada sobre el mismo oscuro mecanismo se me clavó como una afilada cuchilla de temor.

Mark se guardó la pequeña nota amarilla que yo le había dado.

—Una prueba —me explicó—. En caso de que llegue a necesitarla.

—¿Una prueba de qué? —pregunté.

—De acoso —se limitó a responder—. Porque no sé si sabes que lo que

Diana está haciendo conmigo es acoso. Podría denunciarla por esto. Estaría en mi derecho. Y tú deberías saberlo mejor que nadie, Dave.

—No quiero llevar las cosas tan lejos —le dije.

—Yo tampoco —respondió. Dejó escapar un suspiro tenso y frustrado—. Pero tienes que entender la presión que estoy soportando. Llevo cuatro años con este proyecto y estoy muy cerca de lograr algo grande. —Pareció casi explotar—. ¡No tengo tiempo para esta mierda, Dave! —La ira y la frustración irradiaron de él como una ola de calor. Dejó que la ola siguiera su curso, tomó aire, inspirando largo y dándose unos instantes para recobrar la compostura, y miró su reloj—. Tengo una reunión. Lo siento, pero no puedo dedicar más tiempo a esto.

—Lo entiendo —le dije.

Volvimos a la entrada del centro. El coche de Mark estaba aparcado en la plaza que tenía reservada. Se volvió a mirarlo cuando pasamos junto a él.

—Supongo que busco otra nota —dijo. Su tono me llegó irritado e impaciente, como el de un hombre con una misión, o el de un hombre que simplemente no podía permitirse ceder a las desconcertantes intrusiones de mi hermana—. Todo este asunto demencial con Diana me distrae de mi trabajo.

—A mí también —le dije—. Estoy muy retrasado.

No respondió nada a mi comentario. Aun así, yo sabía que Mark consideraba que mi trabajo carecía de importancia en el panorama más amplio de las cosas. Yo no escribiría ninguna obra maestra ni resolvería ningún misterio científico. Dejaría la humanidad tal y como la había encontrado, sin añadir nada, salvo un puñado de documentos triviales a su acumulado almacén.

—Bueno —dijo cuando llegamos al corto tramo de escalones que llevaban a la entrada principal del centro—. Mantenme informado.

—Sí.

Nos dimos la mano y vi que tenía la piel húmeda, pegajosa, como si el rato que había pasado conmigo hubiera reajustado un pequeño termostato en su cuerpo, activando un millón de incendios moleculares.

—De acuerdo. Cuídate —dijo casi con aspereza.

Subió las escaleras y luego se detuvo y se volvió a mirarme.

—Ojalá pudiera decirte que esta locura con Diana no me molesta —dijo—. Pero no es así, Dave. Y no puedo permitir que siga haciéndolo.

La amenaza era clara. Diana estaba en su punto de mira.

—Estoy intentando ponerle fin, Mark —le tranquilicé.

No pareció haberse tranquilizado.

—Llegará el momento en que tenga que intervenir —dijo—. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, claro.

Se giró y subió enérgicamente las escaleras. Creí que se detendría al llegar a lo alto, que volvería a mirarme, me diría adiós con la mano y se aseguraría de que estábamos en el mismo barco en relación con Diana, pero Mark estaba

inmerso en su importante misión y supe que no permitiría que nada le obligara a volverse de nuevo.

Durante el trayecto de regreso a la ciudad, Mark desapareció por completo de mi cabeza. Mi mente volvió al pasado, a la resquebrajada familia que había ocupado la vieja casa de Victor Hugo Street.

Sin embargo, en vez del torbellino y de la confusión que habían acunado sin cese mi juventud, recordé un infrecuente y pacífico interludio. Aunque no se trataba más que de unos pocos y preciosos minutos, en el recuerdo resultaron curiosamente intensos.

El Viejo había estado de un humor de perros la mayor parte del día, añadiendo furioso nombres a su eterna lista de enemigos. Diana había vuelto del colegio a la hora de costumbre y había empezado con sus recitaciones, de modo que a última hora de la tarde el Viejo ya se había calmado y estaba casi sedado.

Tras una cena tranquila, se había levantado de la mesa y, con una mirada de sorprendente ternura, nos hizo pasar a su estudio, donde, para nuestra sorpresa, había instalado una pantalla y un proyector de diapositivas.

—Quiero que me veáis —dijo con suavidad, en lo que fue poco más que un susurro. Asintió con la cabeza hacia el viejo sofá, de modo que fuimos hasta él y tomamos asiento.

Entonces, sin mediar palabra, empezó con el espectáculo.

Clic: una fotografía de infancia. El Viejo no tenía más de cuatro o cinco años y retozaba en una playa del océano con el pelo mojado y lustroso.

Clic: el Viejo en el pensionado. Tendría quizás unos siete u ocho años y estaba de pie a unos cuantos metros delante de un edificio de ladrillo cubierto de hiedra.

Clic: poco antes de cumplir veinte años o quizás unos años después, convertido en un universitario, alto y guapo y con libros bajo los brazos.

Clic: con veintitantos años, vestido con unos pantalones negros de pinzas y una camisa celeste de manga corta, con una chica rubia a su lado.

Clic: mi padre y mi madre acurrucados uno contra el otro junto a un lustroso sedán nuevo, con una pequeña banderola de «Recién casados» colgando de la puerta.

Clic: ahora estamos los cuatro, posando en el jardín delantero de la casa de Victor Hugo Street. Los hombros de mi madre y de mi padre ya no se tocan como se tocan los hombros de las parejas en las fotografías. En vez de eso, se les ve de pie y separados como dos obeliscos de piedra, separados por una fisura visible. Yo soy un bebé en brazos de mi madre, y Diana, apenas una niña aferrada a la mano de mi padre.

Clic: mi padre solo, desmayadamente de pie en el pórtico de un gran edificio de ladrillo; solo, aunque rodeado de gente que se balancea en sillas blancas. Alguna enfermera aquí y allá, todas de blanco y con una pulcra cofia

en la cabeza.

—Eso es todo —susurró el Viejo cuando la pantalla quedó a oscuras.

Al volverme a mirar a Diana la vi llorando, y por primera vez la rodeé con el brazo, convirtiéndome en su fuente de consuelo.

—Tranquila —le dije en voz baja—. Todo se arreglará.

«Tranquilo», pensé de nuevo mientras me dirigía a mi oficina. «Todo se arreglará.»

Y casi llegué a creer que así sería.

—De acuerdo —dices—. De acuerdo.

Durante un instante te sientes a la deriva. Tu mente flota en un sucio mar abarrotado de desechos extrañamente reconocibles. Te balanceas en el agua gris, curiosamente ligero, viendo cómo las cosas pasan junto a ti: una bola de goma roja, una almohada verde, un trozo de papel amarillo..., la rama caída de un árbol.

—Desde entonces, los dados estaban echados.

La piel de Petrie parece húmeda, suave, y por primera vez percibes en su rostro una desbaratada ternura.

—El diseño estaba decidido —le dices.

Piensas en ese diseño como en una placa con forma de estrella de cinco puntas, cada una de las cuales está representada por un nombre: el Viejo, Diana, Jason, Patty y tú. Los puntos están alineados, a la espera de ser conectados.

—¿Qué diseño? —pregunta Petrie en voz baja.

—Como el poema de Hardy —le dices, y ya no te sorprende que lo hayas recordado. A fin de cuentas, es mucho lo que ha emergido a la superficie—. «El iceberg crece mientras el barco se construye. Un trozo del iceberg se rompe cuando el barco leva anclas. Flotan el uno hacia el otro hasta que...»

—La vida no es un poema —dice Petrie con suavidad.

—No, no lo es.

—Lo que ha ocurrido tampoco lo es.

—No —confiesas—. Los poemas no sangran. Los poemas no mueren. —Los dedos de tu mano derecha se cierran en un puño—. Ni matan.

—Ni matan —repite Petrie.

Te das cuenta de lo agotador que debe de ser vivir como él, siempre en la secuela de algún acto que no pudo evitar. Sabes también que vivirá así eternamente. Y tú también.

Petrie baja la cabeza y se frota los ojos.

Quieres acelerar el proceso, mandarle a casa con su familia, dejar que recupere todo lo que ha perdido y rellenar el almacén de su ilusión.

—Stewart Grace —dices—. Me llamó unos dos días más tarde.

Petrie hace acuse de recibo de la información que acabo de darle y regresa de inmediato a la historia.

—¿Le asustó? —pregunta—. Porque debió usted de haber creído que llamaba para hablar de Diana.

—No, no me asustó. —Lo que dices a continuación es una sábana que retiras para dejar a la vista una herida todavía sangrante—. Me pareció... importante. Porque él era un abogado importante. Rico. Famoso. —Apartas aún más la sábana, revelando así la profundidad de la herida—. Y yo no era nadie.

18

—Ha llamado Stewart Grace —dijo Lily cuando entré a la oficina—. Quiere que le llame enseguida.

—¿Stewart Grace?

—Parecía urgente.

Devolví la llamada de inmediato y esperé a que la secretaria de Grace me pasara con él.

—Hola, Dave —dijo Steward Grace—. Acabo de recibir una llamada de Mark Regan.

No dije nada.

—Al parecer, Mark y tú tuvisteis una conversación hace unos días —prosiguió.

—Así es.

—A Mark la conversación le pareció muy inquietante —dijo—. Así que esperaba poder hablar contigo. Sobre tu hermana. Sobre su condición mental.

No supe cómo negarme a mantener esa conversación, pues no tenía ninguna razón para hacerlo. Había observado a Grace en los tribunales lo bastante a menudo como para conocer su estilo y su forma de abordar sus casos, y sabía que ambos eran fríamente analíticos. Había incluso observado que tenía por costumbre utilizar varias metáforas médicas para meterse al jurado en el bolsillo. Y por eso sabía que Stewart Grace me guiaría por un detallado análisis de la situación actual. Evaluaría el tumor que Mark sentía crecer en su vida, impidiéndole trabajar, a saber: la triste distracción en que se había convertido mi hermana. Determinaría su malignidad, postularía su futuro crecimiento y presentaría por fin su opinión sobre la idoneidad de reducirlo o extirparlo.

Yo escucharía todo eso y formularía entonces mi respuesta. La gestión de crisis sería sin duda mi modelo. Recurriría a un disciplinado ejercicio de contención, postularía las peores hipótesis, anticiparía el momento de la posible caída del edificio, el instante en que el dique cediera, la tierra se abriera en dos y el fuego emergiera rugiendo por la boca de la árida chimenea del volcán.

—No creo que resulte tan fácil determinar la condición mental de Diana —respondí.

—Con lo cual es de máxima necesidad que lo discutamos, ¿no te parece? —preguntó Grace.

—Supongo que así es.

—Bien —dijo, casi alegre—. ¿Digamos en mi despacho esta tarde a las cinco y media?

«¿Qué mal puede haber en ello?», pensé.

Stewart Grace era todo lo que yo no era: hijo de un magnate de la propiedad inmobiliaria que había estudiado, primero, en Choate y después en Harvard, miembro de todos los clubes exclusivos del condado, con una esposa delgada que era su vivo reflejo en lo que a estilo y apostura se refería. Tenía una casa enorme en Pendleton Lake, situada tan lejos de la carretera que apenas se divisaba entre un bosque de árboles imponentes. A mí nunca me habían invitado allí, ni siquiera con motivo de alguna de las fiestas benéficas que Grace organizaba periódicamente para las asociaciones locales y a las que cualquiera con un talonario podía darse por invitado. Jamás habíamos tenido ocasión de hablar, más allá de alguna conversación meramente casual, e incluso entonces nunca había pasado de un intercambio apresurado, con Grace como siempre a la carrera, respondiendo al móvil y apartándose a un lado para hablar con alguno de sus importantes y en ocasiones célebres clientes. Sus dos hijos estaban ya en la universidad, uno en Columbia y el otro en Stanford, y su hija, o eso me habían dicho, estudiaba chelo en el privilegiado y sin duda sofocante ambiente de Julliard. Volví a oír las palabras de mi padre: «Para mí no eres más que polvo». «Aunque no sólo para ti», pensé.

De ahí que conociera muy bien el terreno que pisaba cuando entré a su oficina ese día. Yo era un abogado de pueblo con un bufete sin importancia, un tipo con una casa construida en una parcela diminuta, cuya hija estudiaba en la escuela pública, un tipo que se pasaba las noches viendo películas en su pequeño estudio, en una pequeña pantalla, deshojando los días de su pequeña e ínfima vida, cuyo tiempo tan sólo reclamaba una hermana que obviamente había asustado al brillante científico que era su amigo. Considerando todas esas circunstancias, no me sorprendió que Grace me hiciera esperar casi media hora.

Cuando por fin llegó el momento de recibirme, una de las asistentes impecablemente vestidas del bufete me hizo pasar a un despacho parecido a una de esas salas de juntas típicas de las grandes empresas que yo había visto en las películas. No había una, sino dos mesas, además de una mesa de conferencias de dimensiones impresionantes coronada por varias fuentes de cristal llenas de fruta fresca.

Grace llevaba un traje azul marino de tres piezas. Era un hombre alto, casi imponente, con una magnífica mata de lustroso pelo blanco. Se cernía sobre ti desde las alturas como un águila en pleno vuelo. Cuando entré, le encontré de pie junto a la mesa de juntas.

—¿Te apetece algo, Dave? —preguntó—. ¿Algo de beber?

—No, gracias —dije.

Se volvió con un gesto ágil como el giro de un bailarín y se acercó con paso

firme no a su mesa, sino a un pequeño sofá de cuero situado a unos metros de él.

—Por favor —dijo, indicándome una de las tres sillas a juego que lo rodeaban.

Elegí la que estaba en medio.

—Nunca hemos tenido mucho tiempo para hablar, ¿verdad, Dave? —preguntó.

—De hecho, nunca hemos hablado —respondí.

Se rió.

—Nos hemos visto, pero no hemos hablado, cierto —dijo—. Sutil puntualización. —Se inclinó hacia delante y se ajustó la pierna derecha de los pantalones de corte perfecto—. Tengo entendido que tu padre murió en un hospital psiquiátrico.

El comentario me sorprendió por inesperado y porque con él Grace ponía en mí el peso de toda la carga, como si de pronto yo tuviera que probar mi inocencia y demostrar que no era en absoluto «como papá».

—No —le dije con el reflexivo instinto de un pequeño animal que defiende su pequeña madriguera de la intrusión de uno grande—. Mi padre murió en casa.

—Pero sólo llevaba allí un tiempo —dijo con la plena confianza propia de un hombre que había dado ya por sentado que sabía más sobre mí que yo mismo.

—Dejó el hospital en enero —dije, blandiendo ese simple dato como un estoque—. Había sido admitido un mes antes.

—Entonces, ¿sólo estuvo un mes en el hospital? —preguntó Grace dubitativo, como si hubiera decidido que no podía confiar en que yo fuera capaz de recordar detalles.

—Un mes y seis días —dije. Me incliné hacia delante—. ¿Qué tiene esto que ver con…?

—Si pudieras concederme un instante más, Dave —dijo con suavidad—. Me gustaría establecer los cimientos, por así llamarlos, de nuestra futura conversación.

Me reacomodé en la silla, un gesto que acertadamente él tomó por mi permiso para que prosiguiera.

—Bien, ésa fue su última hospitalización —insistió Grace—. Aunque creo que no la única.

—No, no fue la única —concedí.

—¿Cuándo tuvo lugar la primera?

De inmediato me acordé del día antes de que se lo llevaran a Brigham: su ira explosiva, el sonido del agua llenando la bañera en el piso de arriba mientras yo seguía sentado, haciendo botar una pelota de goma roja. Entonces Diana irrumpió de pronto, jadeante, por la puerta principal con un aterrado brillo en los ojos. «¿Dónde está papá?»

—Yo tenía cinco años.

—¿Te acuerdas de por qué le encerraron?

—No.

—¿No se comportaba de un modo extraño?

—No más de lo habitual —respondí.

—¿Qué es lo que recuerdas de esa primera… intervención?

—Diana volvió a casa del colegio —dije—. Habíamos estado juntos todo el día. Entonces… —me interrumpí.

—¿Entonces?

Lo vi como en una película, como una serie de imágenes cinematográficas. Mi hermana dormía en la silla que estaba junto a mi cama esa noche, despertándose cada vez que oía los pasos del Viejo en el pasillo. La llegada de dos funcionarios la mañana siguiente, uno de los cuales era una mujer mayor cuyo cabello gris le asomaba por debajo de la gorra. El Viejo bajó la escalera y subió a un coche que esperaba fuera y que tenía unas grandes letras blancas pintadas en uno de los laterales. Diana y yo subimos a un coche totalmente distinto y nos llevaron a una especie de pabellón donde había otros niños.

—Entonces volvieron a llevárselo —dije—. Al día siguiente. —Me encogí de hombros—. Quizás hizo algo esa noche.

—Quizá salió e hizo algo —dijo Grace.

—Sí —respondí—. Algo de lo que nunca nos llegamos a enterar. Quizá bajó a la ciudad e hizo algo. Quién sabe qué. Como lo que hizo en la universidad. Gritar. Tirar piedras. Algo amenazador, de modo que alguien alertó a las autoridades y vinieron y se lo llevaron a Brigham.

—¿Cuánto tiempo pasó tu padre en Brigham?

—¿Esa primera vez? Tres semanas.

Grace sonrió con suavidad.

—Resulta interesante oír la historia de tu familia.

—Tengo la sensación de que Mark ya te ha puesto al corriente de la historia de mi familia —dije.

—Sí —respondió—. Aunque sólo en términos muy generales. —Buscó una libreta forrada de cuero, la abrió y sacó una pluma del bolsillo de la chaqueta, una Montblanc de palisandro—. ¿Cuál fue el diagnóstico de tu padre? —preguntó.

—Esquizofrenia paranoide —respondí.

Grace anotó las palabras en su libreta.

—¿Y entiendo que el pequeño también sufría una enfermedad mental?

Así que ésa era la línea de oscura causalidad que Mark había perfilado y que yo acababa de confirmar. Lo llevábamos en la sangre, sí. Y así sería siempre.

—Esquizofrenia —respondí—. Manifestación precoz.

Grace también escribió eso y luego me miró con una expresión que se me antojó sinceramente compasiva e incluso tierna. Era la mirada que dispensan los benditos a los condenados.

—Me alegro de que tú te libraras, Dave —dijo.

—Gracias —respondí, pues ninguna otra respuesta me parecía apropiada.

—Creo que todos queremos ayudar a tu hermana —dijo Grace—. Lo que en verdad importa es cuál es la mejor manera de hacerlo.

—¿Cuál le parece a Mark que es la mejor? —pregunté.

—¿Depende entonces de Mark? —preguntó él. Me miró—. Mark es un hombre divorciado. No tiene relación directa con Diana. Tú eres su hermano. ¿Qué propones?

No podría haberme hecho una pregunta más paralizante y él lo sabía. Y es que ¿qué era lo que yo realmente proponía, salvo esperar y ver? Y ésa fue la propuesta que le formulé, aunque menos directa.

—No hay nada que indique que Diana sea peligrosa —dije.

—¿De verdad, Dave? ¿Estás seguro?

Sabía que pretendía llegar a alguna parte, pero no logré saber de qué se trataba hasta que buscó en su escritorio.

—Mark se quedó muy afectado después de hablar contigo hace unos días. Aunque no fue ése el motivo de su llamada, ni tampoco es ése el motivo de esta conversación. —Me dio varias hojas de papel—. Es esto —dijo—. Ha recibido estos correos electrónicos esta mañana. Cada uno de ellos ha llegado separadamente durante un período de cinco o seis minutos. Como puedes ver, son muy inquietantes.

Leí, una tras otra, las citas que Diana le había enviado.

«¡Con qué facilidad se descubre un crimen!»

Shakespeare, *Tito Andrónico*, acto II, escena III

«Inmundo crimen como todos, pero éste
harto inmundo, inusitado y monstruoso.»

Shakespeare, *Hamlet*, acto I, escena V

«Pues el crimen, aun desprovisto de lengua, hablará
con el más milagroso de los órganos.»

Shakespeare, *Hamlet*, acto II, escena II

«Un pecado sé bien que otro provoca.»

Shakespeare, *Pericles*, acto I, escena I

Devolví los papeles a Grace y me esforcé por disimular lo afectado que

estaba por lo que Diana había hecho; recordé cómo, en los últimos días, el Viejo había hecho lo mismo, había hablado casi exclusivamente empleando citas como si él no fuera más que un impotente muñeco de madera y Shakespeare el ventrílocuo, y si no él, cualquier otra figura del canon.

—Asesinato. Inmundo. Monstruoso. —Grace me barrió con su imperturbable mirada—. No son términos agradables.

Asentí con la cabeza, pero no dije nada.

—Como podrás imaginar —añadió—, a Mark estas palabras le resultan inquietantes. En realidad, son acusaciones. Y amenazas. Sobre todo la última.

—Pero sólo palabras —intervine en voz baja.

—Sí, sólo palabras —añadió Grace—. Por ahora. De ahí que la pregunta que se hace Mark sea: ¿qué vendrá después? Aunque lo cierto es que la pregunta no es para Mark. Es para ti, Dave.

Yo no estaba a la altura de Grace y lo sabía, y en su augusta presencia me sentí de nuevo como me había sentido cuando era niño y estaba sentado a la mesa de la cena a la espera de la pregunta del Viejo, convencido de que no podría satisfacerle con mi respuesta.

—Creo que deberías ser consciente de que este asunto llega en un momento especialmente difícil para Mark —añadió Grace—. Está a punto de obtener un gran logro, de ahí que en este momento sus esfuerzos estén muy centrados en su trabajo. —Me dedicó una severa mirada—. De hecho, sería una pena, Dave…, sería inaceptable que algo le distrajera.

Bajo su autoritaria mirada, me encogí como me había ocurrido bajo la glacial e intimidatoria mirada del Viejo. Me sequé hasta convertirme en polvo.

—Así que tenemos un dilema —prosiguió—. Y lo cierto, Dave, es que el dilema es para ti. Te lo plantearé como una pregunta: ¿Y si Diana cometiera algún acto de agresión real contra Mark?

No tenía la respuesta a esa pregunta, de modo que me limité a esperar a que completara el círculo.

—Acudirías en su ayuda, ¿no? —preguntó Grace—. Harías algo por ayudarla. Intervendrías.

Grace estaba pidiendo una garantía. Quería que le diera mi palabra de que si Diana cometía «algún acto de agresión real» uniría fuerzas con él y con Mark, que haría lo necesario para contenerla.

—Sí —dije—. Lo haría.

Grace pareció satisfecho con mi respuesta.

—Entiendo que en este momento no está en tratamiento.

—No, pero he hablado de ella con un psiquiatra.

—¿Ah, sí? —La pluma se levantó sobre el papel—. ¿Con quién?

—Con Robert Santori.

Grace sonrió de oreja a oreja.

—Ah, Robert. Le conozco. Un buen hombre. —La pluma volvió a deslizarse por la página y se detuvo bruscamente—. ¿Qué te aconsejó Robert?

—Quería que Diana fuera a visitarle.

—¿Se lo has dicho a ella?

—Aún no. Pero lo haré.

Grace asintió despacio con la cabeza y cerró la libreta.

—Bien, no creo que sea necesario seguir pormenorizando sobre el asunto, Dave —dijo—. Será mejor esperar antes de tomar cualquier decisión adicional —añadió con una sonrisa—. Estoy convencido de que cumplirás con tu parte del trato.

—Lo haré —le dije.

Me miró muy serio.

—Estoy también convencido de que harás todo lo que esté en tu mano para impedir que Diana siga poniéndose en peligro.

—Sí —prometí—. Así es.

—Bien —dijo—. Esperemos que se mantenga alejada del peligro.

Luego, como si yo no fuera más que un escolar y él el benévolo director de colegio, me acompañó a la puerta, la abrió y con un suave empujón me devolvió al polvoriento y diminuto patio de juegos de mi vida.

Charlie estaba en su oficina cuando llegué. Alzó la mirada del escritorio cuando pasé por su lado.

—¿Puedo hablar un minuto contigo, Dave? —preguntó.

Me rendí al llegar a la puerta.

—¿Qué pasa?

—Ha llamado Ed Leary —respondió Charlie—. Quería saber si Ethel ha contestado a vuestra última oferta.

—De hecho, todavía no le he pasado la oferta.

Charlie me miró como si hubiera esperado esa respuesta y como si la respuesta confirmara además otras sospechas.

—¿Por qué no, Dave? —preguntó.

Mi excusa fue del todo vacua.

—He tenido algunos problemas, Charlie —dije—. He estado…

—Molesto; sí, lo sé. —Se recostó contra el respaldo de la silla—. ¿Quieres tomarte unos días?

Negué con la cabeza.

—¿Quieres que me encargue de algunos de tus casos?

—No, por favor. Lo siento, Charlie —le dije—. Hablaré con Bill Carnegie ahora mismo y le notificaré la decisión de Ed.

—De hecho, creo que primero deberías volver a hablar de todo esto con Ed —dijo Charlie—. Cuando ha llamado, me ha comentado lo del cheque en blanco que quiere ofrecerle a Ethel. No me parece una buena idea.

—Lo sé, y…

—Supuestamente debemos mantener a nuestros clientes en el camino más adecuado para ellos. De ahí el título de «asesores».

—Ya lo sé.

Charlie no parecía del todo convencido, aunque al mismo tiempo no tenía ninguna intención de insistir en el tema. Nunca había sido uno de esos tipos que intentaban imponerse a los demás, de modo que enseguida supe que tenía otras preocupaciones y probablemente más serias que la de si yo había aconsejado bien a Ed Leary.

—De acuerdo, Dave —dijo.

—Estoy en ello —le aseguré—. Ed Leary. Ahora mismo me pongo.

Estaba en su tienda, inclinado sobre una pieza de granito, acariciando la lustrosa superficie de la lápida con sus grandes manos.

—A la gente no le gustan las vetas en las lápidas —dijo cuando entré—. Les parecen irrespetuosas. Eso significa que…

—Escucha, Ed, quiero hablarte de la oferta que quieres hacerle a Ethel —le interrumpí.

—¿Qué pasa?

—No creo que debas ofrecerle un cheque en blanco —dije.

—¿Por qué no? —preguntó—. Ya sabes lo que siento.

—Quizá no deberías dejarte guiar por lo que sientes —le dije—. Puede ser peligroso.

Me miró receloso.

—¿Peligroso?

—Creo que deberías reconsiderar tu decisión, eso es lo que digo.

—¿Y hacer qué?

—Pasar otra oferta. Un poco más generosa, si es eso lo que prefieres, pero no un cheque en blanco.

Él no parecía convencido.

—Paso a paso, Ed —añadí—. Así es como se hacen las cosas.

Negó con la cabeza.

—No sé —empezó, vacilante—. Cuando tuve esa conversación con Diana…

—Diana debería callarse la boca —le espeté.

Ed me miró perplejo.

—¿Qué?

—Mi hermana no es abogada —dije, encendido—. No debería dar consejo legal.

Ed se mostró entonces sinceramente hostil.

—No era asesoramiento legal lo que ella me dio, Dave —dijo—. Era un consejo sobre la vida, y dijo que…

—¿Por qué la gente la escucha? —le interrumpí, pensando de pronto en que también yo la había escuchado, y también Patty, y en que debía de haber muchos, muchos más ahí fuera, gente sin raíces, sin discernimiento, sus víctimas—. Puede ser muy convincente —añadí—. Sobre todo con personas que no son muy… —Me interrumpí bruscamente. Aun así, Ed oyó la palabra

que yo no alcancé a formular.

—¿Listas? —preguntó—. ¿Personas que no son muy listas?

—No, no es eso lo que quería decir —le corregí—. Me refería a las personas que…

La mirada de Ed era acerada y me frenó en seco.

—Creo que será mejor que te vayas, Dave —dijo.

Le miré fijamente en silencio.

—No quiero que sigas llevando mi caso —añadió.

—Escucha, Ed, yo no pretendía…

—No —dijo con firmeza—. No quiero que sigas siendo mi abogado.

Entendí que su decisión estaba tomada.

—Muy bien —dije—. Hazme saber quién se hace cargo del caso. Me refiero a tu nuevo abogado. Le enviaré toda la documentación.

Ed asintió fríamente con la cabeza, pero no dijo nada cuando di media vuelta.

Tampoco dijo nada cuando me vio ir hacia la puerta, aunque yo sabía que algo se cocía en su interior. Lo sentí como una ola formándose a mi espalda. Llegué a la puerta y ya la había abierto cuando la ola cayó sobre mí como una estridente y acusadora condena.

—Diana se merece un hermano mejor —gritó Ed.

Sin embargo, apenas logré oír nada más allá del rugido de mi propia ira, empapado como estaba en el líquido inflamable de las humillaciones recibidas a lo largo de día y a un simple chispazo —o al menos así me lo parecía a mí— de explotar.

Alzas el índice de tu mano derecha.

—Miedo.

Alzas después el índice de la izquierda.

—Ira.

Juntas los dos dedos y los entrelazas.

—Así es como funciona en mi caso.

No sabrías discernir el modo en que esas dos inmundas corrientes terminaron por encontrarse. La fusión de ambas aguas ha sido el resultado de un proceso demasiado largo y demasiado sutil, y el rebose escapó a tu control, como escapó también el aniquilador torrente que sin duda debía liberar, como una gran cascada envuelta en la espesura de la niebla: toda esa agitación más allá de la vista, perdida en una nube de inconsciencia.

—¿Y fue Ed Leary quien provocó eso? —pregunta Petrie.

—Ed. Stewart Grace. Y todo a causa de... ella.

Recuerdas la oleada de rabia que te embargó. Diana ante ti, interfiriendo en tu vida como una espantosa intervención que cayó como una piedra en el tranquilo fluir de las cosas, caótica, inquietante, humillante.

—Estaba cansado de todo —dices—. Cansado de...

—¿De qué?

—De bregar con ella.

Petrie asiente despacio con la cabeza.

—Así que decidí hacer algo —le dices.

—¿Y fue entonces cuando se enfrentó a ella? —pregunta Petrie.

Vuelves a verlo todo, la escena de profunda desesperación, los dos sin tan siquiera veros u oíros ya, reducidos a primitivos fragmentos de sílex psíquico, útil tan sólo para provocar chispas y prender fuego a las vidas.

19

De regreso a la oficina, vi el coche de Diana en el aparcamiento situado junto a la biblioteca. Sin duda estaba dentro, acurrucada en el pequeño cubículo que Adele había descrito, encogida sobre sus libros, utilizando su extraña brujería para construir su caso contra Mark.

Pasé por delante del edificio como una exhalación, como un pequeño meteoro decidido a evitar la destructiva gravedad de su locura, a esas alturas sintiéndome tan amenazado por ella como el propio Mark y, por ello, alineado con él contra ella.

Como Charlie estaba en los tribunales esa mañana, con excepción de Dorothy y de Lily, la oficina estaba vacía. Aproveché la tranquilidad que eso me ofrecía para sumergirme en el montón de documentos que se acumulaban en mi bandeja. Me concentré por completo en ellos, leyendo cartas y dictando las respuestas pertinentes.

—Ésta es para Bill Carnegie —le dije a Lily cuando por fin llegué al archivo de Ed—. «Querido Bill: te comunico que mi representación de Edward J. Leary en el asunto de…»

Dorothy apareció en la puerta.

—Esto acaba de llegar para usted —dijo—. Es de su hermana.

Entró al despacho y dejó el paquete encima de mi mesa.

Me quedé mirando el paquete como si se tratara de una bomba a punto de estallar.

—Terminaremos esto más tarde —le dije a mi secretaria. Esperé a que hubiera salido del despacho y abrí el paquete que Diana me había enviado.

El montón de páginas tenía un grosor de casi treinta centímetros y enseguida vi que estaban escritas con la destartalada Royal del Viejo, aunque no se trataba de sus desvaríos. Todo lo contrario: cada una de las palabras escritas en esos cientos de páginas eran obra de Diana, ensayos sobre multitud de escritores famosos, desde los dramaturgos griegos hasta Shakespeare y los isabelinos, pasando luego por Milton y Donne, y siguiendo hasta los románticos. También había escrito sobre novelistas: Trollope y George Sand, Dickens y Melville, Hawthorne y George Elliot.

No me cupo duda de que a Diana debía de haberle llevado años escribir esos ensayos, años releyendo los textos y buscando referencias en Internet, llevando a cabo todo ese trabajo de investigación en los pequeños intervalos que se permitía mientras el Viejo, y más adelante Jason y Mark, dormían en sus habitaciones separadas.

Había puesto una hoja de papel blanca encima del montón y allí había escrito, también a máquina, la única frase de su mensaje: *Para dar prueba de que no soy como papá. Esto nada tiene que ver con los paranoides y desarticulados escritos de un demente. ¿Conclusión? Sé lo que hago, Davey.*

Entendí que ése era el modo en que Diana explicaba las espantosas citas que le había enviado por correo electrónico a Mark. Decía que no era «como papá», porque era perfectamente consciente de lo que había hecho, esto es: dejar que la literatura hablara por ella y de ese modo defender la verdad, aunque de forma indirecta. Cierto, había colocado a Shakespeare en el banquillo de los testigos para que alzara el brazo, señalara a Mark y formulara una verdad atemporal: «Pues el crimen, aun desprovisto de lengua, hablará / con el más milagroso de los órganos», empleando así al Gran Bardo como su propia voz, dando voz a lo que ella sabía.

Pero ¿qué era lo que sabía?, me pregunté al devolver los escritos de Diana a la bandeja. Nada. ¿Qué prueba tenía? Ninguna.

Aun así, había dado un paso peligrosamente enloquecido por el camino acusatorio que había emprendido desde la muerte de Jason. No me cabía la menor duda de que daría otro, y otro, y otro, malévola y obsesivamente centrada en el único nombre que había colocado en su lista de enemigos. De momento, sólo uno. Pero supe que la lista crecería. Como papá, también ella añadiría a la lista nuevos nombres, personas que estaban del lado de Mark, dispuestas a ocultar lo que había hecho, protegiéndole de las consecuencias de sus actos. Pude imaginarla tecleando en la Royal del Viejo, añadiendo un nombre tras otro: Bill Carnegie, Stewart Grace. Sabía que no tardaría en incluir el mío.

Llamé a la puerta del apartamento de Diana poco más tarde de las ocho. Oí un crujido al otro lado, alguien que barajaba papeles y el chirrido de una silla sobre el suelo desnudo seguido de pasos. Luego la puerta se abrió, aunque con cautela, y un ojo me miró fijamente desde una estrecha rendija de luz.

—Tengo que hablar contigo —le dije.

En vez de invitarme a pasar, cerró la puerta, apagó la luz, volvió a abrir la puerta y salió al estrecho pasillo.

—¿Has recibido mi paquete? —preguntó.

—Sí.

—¿Y?

—Como te he dicho, tenemos que hablar —le dije.

No dijo nada. Su mirada ni siquiera vaciló.

—¿Me has oído, Diana?

—Sí —respondió en voz baja.

—Mark ha contratado a un abogado —añadí—. Esa pequeña hoja de papel que le dejaste en el parabrisas. «*J'accuse.*» Habría bastado, pero entonces le mandaste las citas con esas palabras tendenciosas. Crimen. Monstruoso. «Un

pecado sé bien que otro provoca.» ¿Qué se supone que significa esa cita en particular?

Diana no respondió.

—Que un crimen provoca otro, ¿no? —pregunté—. ¿No es eso lo que estás diciendo?

No respondió, y su silencio terminó de enfurecerme.

—¿De qué otro modo, salvo como una amenaza, podía interpretarla Mark, Diana? —pregunté—. Y tendría razón. Es muy amenazador. Más que una acusación. Una amenaza. ¿Tienes idea de lo serio que es eso, amenazar así a alguien?

Aun así, no dijo nada.

—Bien, deja que te diga una cosa…, como abogado, ¿de acuerdo? Deja que te diga que esto es muy, muy serio.

Los labios de Diana se separaron levemente, pero siguió encerrada en su silencio.

La miré encolerizado. Fue, lo reconozco, una mirada severa.

—Quiero que te alejes de Mark, de su correo electrónico, de su fax, de su coche, de su trabajo, de su casa o de cualquier cosa que tenga que ver con él —le dije con firmeza—. Pero quiero algo más. Quiero que pongas fin a tu investigación. No es sano pasarte todo el día encerrada en la biblioteca, Diana. Y no me digas que tienes un trabajo allí, porque sé que no es cierto.

Pareció sorprendida por mi acusación.

—Yo nunca te he dicho que tuviera un trabajo en la biblioteca —dijo—. Lo que te dije es que trabajaba allí. Y eso es lo que hago.

—Una distinción harto sutil —dije—. Igual que las que hacía papá, ¿te acuerdas?

—Entonces, ¿soy como papá?

—Aún no.

—¿Pero hacia eso voy?

Habíamos llegado al oscuro meollo de la cuestión más deprisa de lo que yo había esperado, pero no había modo alguno de sortearlo ni de abordarlo desde un ángulo distinto.

—Quiero que veas a alguien —le dije—. A un médico.

—Así que es cierto —dijo Diana con una tristeza que se me antojó curiosa —. Crees que estoy loca. Patty me dijo que ésa era la conclusión a la que habías llegado.

—¿Patty? —pregunté —. ¿Acaso no se llama ahora Hypatia?

—Por propia elección.

—¿Y cómo se le ocurrió?

—Le dije que era el nombre que a su abuelo le habría gustado ponerle.

—¿Le dijiste también que su abuelo estaba loco?

—Pero eso no es cierto —replicó Diana, claramente a la defensiva—. No siempre.

—Era un esquizofrénico paranoide —objeté—. Creía que le perseguían.

Tenía una lista de enemigos. Pero si hasta tú figurabas en ella, ¿o no te acuerdas?

Sus ojos me examinaron de un modo indefinible y oblicuo. Casi pude sentir en la piel el calor de su interrogación mental.

—Sí, lo recuerdo —dijo, bajando la voz.

—Hypatia fue perseguida —proseguí—. Pero nuestro padre nunca lo fue. Y, por si no lo sabes, a ti tampoco te persigue nadie.

—Nunca he dicho que me persigan.

—Es a Mark a quien persiguen —le dije acaloradamente—. Y tú eres quien lo haces, Diana.

Me miró en silencio.

—Pero no he venido a ayudar a Mark —añadí—. Sino a ti.

—¿Enviándome a Brigham? —preguntó.

—No estoy enviándote a ninguna parte.

—Ese médico…, ya te has entrevistado con él —dijo.

No era una pregunta. Como era de esperar, lo había visto en mis ojos o en algún elemento de mi lenguaje corporal, o quizá simplemente haciendo uso del invisible examen mental que era tan parte de ella como sus brillantes ojos o su lustroso cabello.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Santori.

—¿De Sanitori-um? —preguntó retóricamente—. ¿De sanitario? ¿Es que va a limpiarme la mente? ¿Acaso el tal Santori tiene intención de «sanitarizarme»?

—No es momento para tus ocurrentes juegos de palabras, Diana.

—¿Juegos de palabras? —contraatacó—. ¿Ocurrentes?

—Estás acusando a Mark de haber cometido un asesinato sin tener la menor prueba de ello. Le estás amenazando.

—¿Y está molesto?

—Por supuesto.

—Y quiere que le ayudes a enviarme al manicomio. —Negó decididamente con la cabeza y vi asomar a sus ojos una suerte de ira purificada que ardía hasta tal punto que casi pude sentir su calor en la piel—. Para que me aten y me encierren. Para que me traten como a la loca reina Margarita. —Alzó entonces la voz presa de un inconfundible dramatismo, como el de una loca en escena—: «Si es más digno de veneración un antiguo pesar…»

—Basta de citas, Diana.

—«Concededle al mío el privilegio de la vejez.»

—¡Basta! —repetí bruscamente.

—«Y dejad que sean mis dolores los que abran el paso.»

—¡Cállate!

Me miró como debía de haber mirado a Mark en alguna ocasión, una mirada que me pareció cruda, primitiva y salvaje.

—Papá estaba demente, Dave —dijo—. Estaba demente, pero no siempre. ¿Y sabes cuándo estaba demente, realmente demente? Cuando hacía cosas que

no recordaba. Cuando se le quedaba la mente en blanco y hacía cosas y luego volvía a la realidad. Estamos realmente locos cuando abandonamos la realidad y no nos damos cuenta, Davey. Y yo nunca he hecho eso.

—Yo no he dicho que tú estuvieras…

—No estamos locos simplemente porque intentemos descubrir la verdad —declaró—. Aunque la busquemos empleando para ello medios no ortodoxos.

—Sí, pero…

—Entonces, ¿qué es, según tú, lo que me convierte en loca? —preguntó—. ¿Por qué crees que necesito «ver» a alguien? ¿Porque trabajo en la biblioteca? ¿Porque leo libros? ¿O por alguna idea enloquecida que tengo? Y, de ser así, ¿qué idea enloquecida te parece más claramente enloquecida?

Me sentí de pronto tocado y hundido como me había ocurrido durante las agónicas cenas de mi infancia o al enfrentarme a la manifiesta majestuosidad de Stewart Grace, incapaz de defenderme o de aclarar mi postura. Y, presa de esa coleante verdad, me defendí de Diana del único modo que se me ocurrió.

—¿Y las voces? —repliqué—. Las voces que oyes. Las mencionaste en Dover Gorge. ¿Oyes voces, Diana?

Para mi sorpresa, la pregunta pareció sumirla en una extraña incertidumbre que aproveché como un boxeador que de pronto tiene la oportunidad de golpear sobre una herida abierta.

—¿Oyes voces, Diana? —pregunté—. ¿Crees lo que te dicen?

Negó con la cabeza.

—Tengo trabajo que hacer —dijo, volviéndose hacia la puerta.

La cogí del brazo y la obligué a volverse.

—¿Qué trabajo? ¿Buscar pruebas de que Mark mató a Jason? Y, cuando hayas terminado con todo ese trabajo y hayas encontrado más pruebas, ¿qué? ¿Serás también el jurado y el juez? ¿Serás tú quien emita la sentencia?

Diana liberó su brazo y me lanzó una silenciosa mirada glacial.

—¿Y si la sentencia es la muerte? —pregunté—. ¿Qué pasará entonces? ¿Serás también el verdugo, Diana?

Su mirada adquirió una espeluznante intensidad.

—¿Qué estás diciendo, Davey?

—Oh, no te hagas la inocente —dije—. Sabes muy bien que también tú estás bajo sospecha.

—¿Sospecha de qué?

—De asesinato.

Pareció perpleja por la palabra y por la facilidad con la que había salido de mi boca.

—De papá —añadí—. ¿Te acuerdas de cómo vinieron a casa después de que murió? Pero no encontraron ninguna prueba, sólo algunas viejas cicatrices en las muñecas y en los tobillos. De Brigham, según les dijiste.

—Y efectivamente fue allí donde se las hizo —dijo Diana.

—Estoy seguro de que así fue —dije—. Pero yo tenía algo más, otra prueba que la policía nunca vio. La almohada verde, ¿te acuerdas? —pregunté,

dedicándole una mirada acusadora—. La que quemamos antes de que llegara la policía. Estaba mojada, lo cual resulta extraño porque sólo la utilizaste para apoyar en ella la parte posterior de la cabeza de papá, ¿no? Entonces, ¿por qué estaba mojada, Diana? ¿Quizá porque pusiste la almohada sobre la boca del Viejo? ¿Por eso estaba mojada?

—No puede ser que creas eso —dijo.

—Pero ¿cómo te hace sentir eso? —pregunté. Di un paso atrás y le lancé una mirada gélida y despiadada—. ¿Te sientes ahora como Mark? ¿Injustamente acusada? Supón que la policía hubiera preguntado por esa almohada. ¿Qué habrías dicho?

Cerró los ojos durante un instante y los abrió despacio y me miró.

—Me escupió, Davey —dijo—. Por eso la almohada estaba mojada. — Entonces se volvió de espaldas, abrió la puerta, se adentró de nuevo en la oscuridad y la cerró con firmeza y determinación, como deseando sellarnos en nuestros separados destinos.

Recuerdas algo que dijo el Viejo, no uno de sus enloquecidos delirios, sino algo dicho con suavidad, casi para sus adentros, una verdad extraída del pozo de su agudeza ocasional: «Somos como la tierra. Las temperaturas de la superficie pueden variar, pero en el centro todos ardemos».

Repites a Petrie las palabras del Viejo.

—¿Ardía usted esa noche? —pregunta el detective—. Me refiero a cuando se despidió de Diana.

La pregunta no te sorprende. Es tu respuesta la que resulta cuando menos asombrosa.

—Ésa ha sido una constante en mí.

Ves cómo Petrie anota tu respuesta.

—De acuerdo —dice cuando ha terminado. Levanta la vista de la libreta y te mira a los ojos.

Ya no estás seguro de lo que ve. ¿Un hombre digno de compasión? ¿Un hombre herido? ¿Un hombre violento? ¿Todo lo anterior? Sin duda, un hombre espectacularmente deficiente.

—El verdadero misterio es Diana —le dices.

Aunque la declaración surge de ninguna parte, te preguntas de pronto si suena sospechosa, como si te guardaras algo en la manga, quizás en un intento por preparar el terreno para una defensa basada en la demencia o al menos en una mengua de capacidades, preparándote, en fin, para declarar que en ese instante en particular eras «como papá» y no tenías la menor idea de lo que hacías.

—No estoy loco —le dices.

Petrie no anota esto, sino que levanta el bolígrafo azul del papel y se queda mirando la punta, como esperando que cobre vida, vuele de sus manos a un espacio vacío de la pared y escriba allí lo que él quiere saber.

—Queda trabajo por hacer —dice.

Está citando a Diana.

—Eso es lo que dijo, sí.

—¿Se refería a reunir pruebas?

—¿Qué otra cosa podría ser?

Aparta los ojos del bolígrafo azul.

—Heterodoxo.

Vuelve a citarla, e imaginas a Petrie a tu lado, juntos los dos en el apartamento de Diana con los ojos abiertos de puro asombro, boquiabiertos de puro asombro, atentos a los pasos que se mueven a vuestra espalda.

—Fue enorme —le dices—. El esfuerzo de Diana. Lo que buscaba. Su esperanza.

Vuelves a estar en el apartamento de tu hermana, solo entre los escasos muebles. Estudias las paredes y te sientes atraído hacia otra esfera de conocimiento, parte de la tierra, aunque todavía inalcanzable, como una indescifrable partitura, ligeramente sagrada: la plegaria de un pueblo

desaparecido.

—Mucho más que «heterodoxo» —añades.

Con lo cual resulta mucho más extraño que lo pasaras por alto, que, a pesar de su cegadora luminosidad, no lograras verlo brillar entre la nube.

20

Estuve muy callado durante la cena, aunque el que me embargaba era un silencio volcánico mientras seguía pensando en la conversación que había tenido con Diana, ponderando en silencio las cosas que nos habíamos dicho hasta que no pude más y estallé:

—Diana está peor. Está totalmente convencida de que Mark mató a Jason. —Miré a Patty—. Aunque ¿qué motivo pudo tener Mark para hacer algo así? —pregunté.

Mi hija respondió de inmediato. Habló con firmeza y sin la menor sombra de duda en sus palabras.

—Jason exigía demasiada atención. Mark necesitaba tiempo para su investigación. No quería tener que pensar en Jason.

—¿Es ésa la teoría de Diana? —pregunté.

—No —respondió—. Es la mía.

—Pero ¿habéis estado hablando de ello? —pregunté—. Me refiero al móvil de Mark.

Me miró a los ojos.

—Sí.

—¿Y Diana te ha contado lo de su «prueba»? —pregunté—. ¿Te ha hablado de la placa que encontró junto al estanque? ¿La que supuestamente utilizó para llevar a Jason al agua?

—De hecho, hay una forma más sencilla de hacerlo —respondió Patty con un tono de voz que se me antojó asombrosamente despreocupado.

—¿De hacer qué?

—Ahogar a una persona. —Su mirada flotó muy despacio hacia mí, como si viajara sobre un extraño e invisible efluvio—. Si tienes dominada a la persona en cuestión, lo único que hay que hacer es apretarle la lengua y echarle agua en la boca con cuentagotas —añadió como si me estuviera informando de algún pequeño truco para la preparación de un plato—. Así es como lo hizo Waltraud Wagner.

Abby se estremeció.

—Muy bien, creo que ya hemos llevado esto demasiado lejos —dijo como una mujer que intenta con un último esfuerzo silenciar una mala noticia.

—No, espera —dije—. ¿Quién es ese personaje wagneriano? ¿Alguien sacado de un libro?

—No, existió en realidad —respondió Patty—. Confesó haber matado a cuarenta y nueve personas en un hospital alemán. Llamó «cura de agua» al

suministro de agua por goteo a sus pacientes. También tenía otros métodos.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunté.

—De Diana —respondió sin mostrar la menor señal de que la conversación pudiera resultarme alarmante.

—¿Qué más te dijo Diana sobre esa mujer?

—Oh, no mucho —respondió—. Excepto que logró que otras personas la ayudaran. Otras enfermeras.

—¿Ella era enfermera?

—Sí. Mató a sus pacientes. Quiero decir a algunos. Ella y las demás enfermeras a las que obligó a imitarla.

—¿Esa mujer reclutó a otras enfermeras para matar pacientes? —pregunté incrédulo.

—¿Podríamos dejarlo? —preguntó Abby antes de que Patty pudiera responder.

Pero ésta prosiguió como si no la hubiera oído.

—Sí, las reclutaba. Y las adiestraba. Les enseñaba a hacerlo.

—¿A cometer asesinatos?

—Sí.

—Waltraud Wagner —repetí, obligándome a poner en duda toda la historia. A fin de cuentas, provenía de Diana—. Sigue pareciéndome un personaje de libro.

—Pues es real —insistió Patty—. La llamaban El Ángel de la Muerte.

Me incliné hacia delante.

—¿Y Diana está estudiando esa clase de cosas? ¿Métodos de asesinato?

—Ya no —respondió Patty—. Eso fue antes. Cuando era joven.

—¿Te refieres a cuando iba al instituto? —pregunté—. Nunca la vi estudiar esa clase de cosas.

—Fue después de dejar la universidad.

—¿Cuando vivía con nuestro padre?

—Sí —respondió—. En esa época leía todo lo que podía sobre asesinatos. Dice que le ayudaba a matar el tiempo. —Cogió bruscamente la servilleta y se limpió la boca con un rápido movimiento—. Tengo que irme.

—¿Adónde vas?

—Voy a encontrarme con Diana en la biblioteca.

Negué con la cabeza, y con ese gesto tomé mi decisión final.

—No, ni hablar —dije sin alterarme.

Patty me miró, incrédula.

—¿Qué?

—He dicho que no, Patty.

Abby me miró, sin duda perpleja por la resolución que percibió en mi voz.

—¿No, qué? —preguntó mi hija.

—No vas a ir a encontrarte con Diana.

—¿Por qué no?

Me pregunté qué podía decirle. Que su tía, que había demostrado un

repentino interés en ella, llevaba una mancha oscura en la sangre, una mancha que había heredado de su padre, que también había heredado Jason y que incluso en ese preciso instante había empezado a infectar el círculo de nuestra vida familiar.

—¿Por qué no, papá? —preguntó Patty.

—Por todos los motivos de los que ya hemos hablado.

—¿Qué motivos?

—Muchos —respondí—. Ya hemos tenido esta conversación antes, Patty.

—No es verdad —dijo—. Así no. No contigo prohibiéndome que la vea. —Se volvió a mirar a Abby, no encontró en ella el menor apoyo y de nuevo clavó en mí los ojos—. Lo único que habías dicho era que Diana tenía ideas extrañas. ¿Y qué? Mucha gente tiene ideas extrañas. —Se recostó contra el respaldo de la silla y me lanzó una mirada glacial—. Además, lo que Diana cree no me parece tan extraño.

—¿Te refieres a lo que cree sobre Mark?

—Sí.

—Porque tú también lo crees —dije—. Y por eso no quiero que vuelvas a verla hasta que…

—¿Hasta que qué? —replicó.

—Hasta que recuperes el sentido común.

—En otras palabras, hasta que esté de acuerdo contigo, ¿no?

—Oh, vamos, Patty.

—No estás siendo justo con Diana —dijo, de pronto más enfadada y rebelde de lo que jamás la había visto—. Ni siquiera la estás escuchando de verdad.

—Esto no tiene nada que ver conmigo —respondí—. Esto tiene que ver con Diana, con el hecho de que en este momento está enferma —hice una pausa y luego añadí—: y de que puede llegar a ser muy persuasiva.

—¿Persuasiva? —exclamó Patty—. ¿Crees acaso que me está persuadiendo?

Pensé en Patty y en su absoluta vulnerabilidad. Carecía por completo de experiencia y sus conocimientos dejaban mucho que desear. Además, su educación en las rudimentarias habilidades del pensamiento crítico era prácticamente nula. Imaginé su mente sumida en una nube de sentimientos de incapacidad y de desconexión desde la que se precipitaba sin paracaídas en el sinsentido del mundo en continuado torbellino de Kinsetta Tabu. No dudé ni por un instante de que a esas alturas Diana había sumado a todo ello otras capas de fatua mistificación, una circunstancia contra la que yo poco podía hacer, salvo impedir que se hundiera más aún en el cieno.

—Sí, eso creo, Patty —dije. Sabía que no podía acceder a ella con mi propia ira, de modo que guardé silencio durante unos instantes, me recompuse y suavicé mi tono de voz—. Escúchame —dije—, eso que Diana busca, esa «evidencia» que intenta encontrar, jamás se sostendrá.

—¿Qué quieres decir con que no «se sostendrá»?

—En los tribunales —respondí. Alcé la mano y, estirando los dedos uno a

uno, formulé los incontestables hechos del caso—. En lo que a Mark se refiere, no habrá auto de procesamiento. No habrá juicio. Tampoco sentencia. ¿Y sabes por qué? Porque no existe el menor indicio de evidencia contra él.

Patty me lanzó una mirada furiosa, totalmente convencida de que mis últimas argumentaciones no tenían ningún valor.

—Existen otros tipos de pruebas, papá —dijo—. No todo se reduce a la ley, a los juicios y a esas cosas.

Vi cómo la gran biblioteca de nuestra jurisprudencia, la gran suma de nuestras antiguas declaraciones y de nuestras honorables constituciones, desde la Carta Magna al más reciente informe legal, ardía en llamas hasta quedar reducida a un montón de cenizas en los ojos de mi hija.

—Patty —dije con suavidad—. Sólo existe una justicia humana. Sé que no es perfecta, pero…

La risa que escapó de sus labios contenía el gélido tenor del cacareo de una bruja.

—Sabía que dirías eso —soltó con una mueca de desprecio—. No es perfecta, pero es lo que hay. —Su sonrisa era el vivo reflejo de la burla—. Menuda gilipollez.

—¡Patty! —exclamó Abby, volviéndose a mirarme—. Basta, Dave.

Pero ya era demasiado tarde.

Me desbordó la rabia. Me incliné hacia delante y planté los codos encima de la mesa.

—Entonces, ¿qué propones? —repliqué—. ¿Qué clase de justicia piensas aplicar?

Patty se levantó envuelta en una humeante columna de ira justiciera.

—Me voy a mi cuarto.

—Y ahí te quedarás —grité—. Volverás directamente a casa después de clase, y eso es lo que harás hasta que todo esto haya terminado.

Me miró con rabia desafiante.

—¿Y cuándo será eso, papá? —preguntó—. ¿Cuando Mark vuelva a casarse y tenga otra familia?

—¿Qué estás diciendo, Patty?

Sonrió, aunque la suya fue una sonrisa fría, como la que de pronto imaginé en los labios de Waltraud Wagner.

—No podrás detener a Diana —dijo.

—¿Qué estás diciendo? —repetí.

Sus ojos llamearon.

—Que no podrás detener a Diana —gritó con una voz colmada de enfurecida vehemencia—. Nadie puede. —Se volvió de espaldas, se fue a su habitación y cerró dando un portazo.

En el reverberante eco que dejó tras de sí, Abby murmuró:

—¿Qué piensas hacer ahora?

Y pensé: «Algo. Y pronto». Aunque no sabía qué.

—Y así fue como empecé a investigar —dices a Petrie—. Como Diana.

—¿Investigar sobre qué exactamente? —pregunta.

—Primero, sobre Waltraud Wagner.

Petrie anota el nombre con sumo cuidado.

—Esa noche, busqué su nombre en la Red —prosigues.

Le cuentas cuáles fueron los resultados de tu búsqueda, que Waltraud Wagner no era, en efecto, ningún personaje sacado de un libro, sino una mujer austríaca que había sido condenada por quince asesinatos y que había permitido que otras tres mujeres cometieran al menos ocho más. Había utilizado para ello el método del ahogo que Patty había mencionado. También había matado negándose a suministrar insulina a pacientes diabéticos y proporcionando a otros una sobredosis de una droga llamada Rohypnol que tenía la oportuna característica de ser indetectable a las pruebas estándares empleadas en las autopsias.

—Pero fue la función del Rohypnol lo que me llamó la atención —añades—. Era un anestésico utilizado originalmente para calmar a enfermos mentales.

El bolígrafo azul detiene su vuelo sobre la página.

—¿Como su padre? —pregunta Petrie—. ¿Podían habérselo recetado a él?

—Eso fue lo que me pregunté —le dices.

No vas más allá porque no tienes pruebas de que Diana hubiera tenido acceso a esas diminutas tabletas incoloras y carentes de sabor, ni de su presencia en el botiquín situado justo encima del lavabo bordeado de óxido del cuarto de baño del Viejo. Sin embargo, ahí estaba esa espantosa sospecha, porque tu mente se había vuelto completamente reflexiva, presa de una fuerza que no podías dominar ni controlar, convertida en un colector de hechos disparatados: la locura del Viejo, la larga y sin duda espantosa custodia de Diana, las señales dejadas por las ligaduras encontradas en sus muñecas y también en sus tobillos, una asesina austríaca sobre la que Diana había leído y la poderosa droga que había empleado para matar quince veces.

—Albergar una noción espantosa es en sí algo espantoso —dices—. Pero no me detuve ahí.

El bolígrafo de Petrie no se mueve y percibes sus ojos igualmente inmóviles.

—Repasé toda la conversación que había tenido con Diana en la puerta de su apartamento —prosigues—. Luego pensé otra vez en Waltraud Wagner y en el modo en que había reclutado a otras para que asesinaran por ella. Eso me llevó de nuevo a Hypatia, que a su vez me llevó a pensar en Douglas Price. Y, de ahí, a Gea.

—¿A Gea? —pregunta Petrie.

—La tierra viva. Eso era lo que me había dicho Price. A Diana el concepto le había resultado muy interesante.

Como ves, Petrie no necesita repasar sus anotaciones para refrescar su memoria y recordar lo que le has dicho con anterioridad.

—Así que busqué en la Red —le dices ahora—. Busqué información sobre Gea.

Le cuentas entonces lo que encontraste. Lo recuerdas *verbatim*, empleando para ello la misma habilidad que habías enterrado tiempo atrás, una indudable memoria, tanto fotográfica como de otra índole.

—Gea —empiezas como si recitaras—, conocida como Tierra, era una diosa reclinada sobre la tierra y por tanto incapaz de separarse de ella. Era la hija de Caos y soportaba la carga de su desorden. Con el tiempo, tomó por esposo a Urano y engendró con él a Cíclope. Urano, horrorizado ante la monstruosidad de su hijo, quiso devolverle a las entrañas de Gea, deseando, en otras palabras, que jamás hubiera nacido y, por implicación, deseando asimismo su muerte. Para proteger a Cíclope, Gea lo ocultó en su interior y no se lo entregó a su padre. Por fin, presa del dolor, Gea recurrió a la ayuda de Cronos y creó el inexorable cuchillo con el que éste cortó los genitales de Urano. La sangre de esa herida cayó a la tierra y de sus gotas rojas surgieron las Erinas, a las que conocemos también como Furias, y de las que surgió la justicia y la venganza.

Petrie te mira, claramente impresionado.

—Tiene usted muy buena memoria.

Repites la frase que había quedado suspendida en tu mente como una pequeña nube de humo acre.

—Por fin, presa del dolor, Gea recurrió a la ayuda de Cronos.

Petrie te observa sin ocultar su tensión como un hombre en primera fila de un pelotón de fusilamiento.

—Leyendo eso, ¿quién sino Patty podía ser Cronos? —le dices.

En una suerte de escenario propio de una película de terror, ves elevarse una lustrosa cuchilla que cae de pronto en la pálida mano de Patty.

—En otras palabras, Diana no iba a actuar con violencia —dice Petrie—. Pero Patty sí.

Recuerdas los ojos airados de Patty y ves el abismo que se abre ante cada uno de nosotros en un momento dado y del que nos salva no la lenta acumulación de experiencia y de comprensión, sino la simple mecánica de la suerte, esa máquina silenciosa e invisible cuyas diminutas tuercas no dejan de girar, de modo que el hecho de perder este autobús o de tomar ese otro marca por completo la diferencia, cancelando así de un plumazo la larga labor por el control de nuestras vidas.

—¿Y bien? —pregunta Petrie.

—Así que tuve que separar a Patty de Diana. —Miras a Petrie y apelas al común apremio de la paternidad, a su impulso más primitivo—. Tuve que hacerlo —repites enérgicamente. Sientes la lluvia en la cara y la ves caer desde una distancia de negro hierro forjado—. A cualquier precio.

21

Si bien es cierto que, a la mañana siguiente, Charlie notó el estado de tensión que me embargaba, no dijo nada. Quizás a esas alturas se hubiera acostumbrado ya al guiñapo en el que me había convertido. Nada había ocurrido en los últimos días que pudiera borrar las dudas que albergaba respecto a mí, mi errático trabajo en el bufete, la tensa mirada, el río de miedo cuya corriente me llevaba y que, para entonces, había confluido ya con el río de rabia.

—Hola, Dave —saludó con suma cautela cuando pasé por su despacho.

Me limité a asentir con la cabeza y a volar hacia el mío.

El teléfono sonó en la mesa de Lily exactamente a las 9:13 y yo debería de haber sabido lo condenatoria que era esa llamada porque de pronto recuperé una antigua imagen literaria: Satán precipitándose desde el confín del cielo al desolado vacío.

—Stewart Grace para usted —dijo.

Cogí la llamada.

—Buenos días, Stewart.

—Creo que deberías venir ahora mismo a mi oficina —dijo.

Lo oí en su voz: distante y ominoso como la sirena del *Titanic*.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Mark también está de camino —dijo Grace. Hubo una breve pausa, luego añadió—: Las cosas se han puesto peor, Dave.

Le dije que iba enseguida, luego colgué y fui al coche mientras mi mente se adentraba en una fantasía propia, una visión de Diana apoyada contra el capó del coche, comiendo una manzana. Cuando me acerco, me dedica una sonrisa tan luminosa como cuando era niña. Luego arroja la manzana, que describe un amplio arco, desovillando al planear la oscura madeja de su infundada sospecha, de modo que, cuando por fin vuelve a tocar tierra, se ha librado de ella por completo, sometiendo a los monstruos de su mente.

Ésa fue la última imagen que tuve de su salvación.

La expulsé sin problema de mi mente.

Grace estaba sentado tras su mesa cuando llegué. Se levantó de inmediato y me tendió la mano.

—Gracias por venir, Dave —dijo. Su tono de voz era más serio y solemne que nunca, hasta el punto de que ya no me pareció tan seguro de saber cómo

salir del atolladero—. Mark estará con nosotros en un par de minutos. —Volvió a sentarse y me indicó con la cabeza una de las dos sillas situadas delante de la mesa—. Por favor.

Me senté y esperé al tiempo que revisaba todos los pasos que había dado, las decisiones que había tomado, las observaciones sobre las que estaban basadas, las señales percibidas, las pasadas por alto, el triste diseño de todas las cosas.

—Como te he dicho, las cosas se han puesto peor —me dijo.

Como si le hubiera oído, Mark entró en ese momento por la puerta. Llevaba una camisa blanca y pantalones negros, ambos planchados a la perfección. Aun así, una parte de él —su pelo, sus ojos— se me antojó extrañamente desarreglada.

—Dave —saludó con una fugaz inclinación de cabeza—. Stewart.

Grace se levantó y se dieron la mano. Luego Mark se volvió hacia mí.

—¿Te lo ha dicho Stewart?

Negué con la cabeza.

Mark se sentó en la silla que estaba al lado de la mía, aunque parecía a duras penas capaz de mantenerse quieto. Le vi nervioso y alerta como si, en cualquier momento, esperara que le atacaran. Sacó un delgado montón de fotografías del bolsillo de su chaqueta con mano temblorosa.

—Ha vuelto a hacerlo —dijo—. Justo lo que me temía.

—Y en su lugar de trabajo —añadió Grace con gravedad.

—Debió de venir al centro anoche —dijo Mark. Había en su voz cierto tono frenético. Parecía sinceramente asustado—. Yo estaba solo. Me había quedado trabajando hasta tarde. —Me acercó las fotografías con un gesto brusco—. Mira lo que hizo.

Había cuatro fotografías, todas del coche de Mark, aunque tomadas desde ángulos distintos: una desde cada lado del vehículo, una de frente y otra desde atrás. El coche estaba en la plaza que Mark tenía reservada en el centro de investigación. Era un sedán negro y las letras pintadas de color rojo oscuro de la palabra en cada uno de los laterales y sobre el capó y el maletero eran tan visibles como la sangre sobre el terciopelo negro: ASESINO.

—Terrible —masculló Mark—. Y aterrador.

Lo cual era cierto. En las fotografías la palabra aparecía mayor y más grotesca de lo que yo jamás habría podido imaginar, y el coche parecía un enorme animal negro recién desollado, con los flancos heridos cubiertos de goteantes regueros rojos. En semejante estado, los focos transparentes parecían pálidos y carentes de vida, como los ojos muertos de un cadáver. Me resultó imposible imaginar que el coche pudiera volver a moverse o que pudiera volver a salir de él el menor ruido. Nada manaba de él, sino la muerte.

—Es obvio que esto es muy serio —dijo Grace.

Mark me quitó las fotografías y se las dio a Stewart, que las miró brevemente y las puso sobre la mesa antes de fijar en mí los ojos.

—¿Y bien, Dave? —dijo.

No respondí porque no sabía qué decir ni lo que se esperaba que dijera, salvo que Diana había perdido los papeles y que se había abalanzado corriente abajo, sumida en un desbocado torbellino de locura.

—Supongo que te das cuenta de las dimensiones que esto está alcanzando —dijo Stewart—. Me refiero a las acciones de Diana.

Sentí que lo único que podía hacer era ofrecer, aunque muy brevemente, una defensa tímida y legalista.

—¿Tenemos la absoluta certeza de que esto es obra de mi hermana?

Mark se puso de pie.

—Oh, vamos, Dave. ¿De quién si no?

De nuevo capeé la cuestión, aunque siendo muy consciente de que mi tentativa no era más que un simple amago.

—Antes… El día que hablamos… me dijiste que había un hombre en el trabajo que…

—¿Gillespie? —interrumpió Mark—. Ni hablar. No haría algo así. Además, está en Toronto. —Cogió las fotografías del escritorio de Stewart y me las ofreció—. Esto es obra de Diana y lo sabes.

—Mark —le amonestó Stewart. Asintió con la cabeza hacia la silla—. Por favor.

Mark se sentó, aunque una vez más parecía incapaz de no moverse.

—Como sabes, soy un hombre ocupado, Dave —dijo—. No puedo permitir que esto continúe así. Te lo dije.

—Y no permitiremos que continúe —añadió Grace sin perder la calma. Me miró, buscando mi apoyo—. ¿Verdad que no, Dave?

—No —respondí con un hilo de voz—. Pero…

—¿Pero qué? —replicó Mark—. No puedo creer que la estés defendiendo, Dave.

—No la estoy defendiendo —dije.

Me miró, atónito.

—No habrás creído una sola palabra de lo que… —Se interrumpió—. O quizá sí —añadió. Empezó a registrarse los bolsillos, uno tras otro, en una suerte de frenética búsqueda. Encontró lo que buscaba y me lo entregó.

—La placa —dijo.

Estaba sobre su palma extendida y era de latón: una estrella de cinco puntas con letras semiborradas inscritas en el centro, visiblemente oxidada e imposible de identificar.

—Vamos, cógela —dijo Mark—. Dásela a la policía. Que la analicen en el laboratorio. A ver si puedes encontrar en ella alguna prueba.

Dejé la placa en la mano de Mark.

—No es una prueba. Lo sé.

Él volvió a meterse la placa en el bolsillo.

—Diana cree que utilicé la placa para asesinar a mi hijo —le dijo a Grace—. Menuda locura. Y ahora mi coche. Me ha destrozado el coche. —Sus ojos se volvieron hacia mí—. He tenido que venir hasta aquí en ese coche, Dave.

Pasando por la ciudad. Por toda la jodida ciudad. Con la palabra «asesino» escrita en él con enormes letras rojas.

—Mark —volvió a amonestarle Grace—. Estoy seguro de que para Dave esto es tan preocupante como para ti.

—Ojalá pudiera estar seguro de eso, Stewart —dijo Mark clavando en mí la mirada—. ¿Puedo estar seguro de eso, Dave?

Antes de que pudiera contestarle, Grace dijo:

—Todos tenemos aquí ciertas opciones y creo que estamos de acuerdo en que algo debe hacerse. Sabemos que esto no puede seguir y que si continúa no hará más que empeorar. —Me miró intencionadamente—. Y desde luego nadie mejor que tú sabe que un trastorno como éste no hace sino empeorar.

Como le había ocurrido a mi padre, eso quería decir Grace. Había empezado con la más ligera de las sospechas, con una breve lista de enemigos y se había convertido a partir de ahí en una paranoia casi total, enviando cartas a los periódicos junto con otras amenazadoras a montones de aturdidos críticos, a colegas e incluso a antiguos alumnos. Sin duda Mark le había contado todo eso a Grace, que a su vez planeaba emplearlo como indicios contra Diana y como prueba de su sangre contaminada.

—Quizá deberíamos explorar clínicamente esta situación durante un instante —dijo el abogado.

—¿Clínicamente? —preguntó Mark, exasperado por el ritmo con que se desarrollaba el procedimiento.

—Diana nunca ha recibido ninguna clase de tratamiento, ¿verdad, Dave? —preguntó Grace.

Negué con la cabeza.

—Pero se lo mencionaste a ella, ¿no es así? Me refiero a la posibilidad de recibir ayuda. Me dijiste que lo harías, de modo que entiendo que lo hiciste, ¿no?

—Sí. Le dije que tenía que ver a un médico.

—¿Cuál fue su reacción?

—No fue buena.

—Entiendo. —Grace asintió con la cabeza hacia las fotografías que Mark sostenía aún en la mano—. Esto es destrucción de la propiedad privada, Dave, una clara escalada en el comportamiento de Diana. Seguro que recuerdas nuestra última conversación. Hablamos de que deberíamos actuar si las cosas se ponían peor. Muy bien, pues las cosas se han puesto peor, ¿no te parece?

—Sí.

Grace se inclinó hacia delante y se cruzó de brazos sobre el escritorio.

—Dime, Dave, ¿qué quieres que hagamos? ¿Te parece que una orden de alejamiento tendría algún efecto sobre el comportamiento de Diana?

—No —respondí.

—¿Una charla contigo? ¿O conmigo?

—No escucharía a ninguno de los dos.

—Entonces, ¿qué podemos hacer? —preguntó.

Pensé sólo en Patty y en cómo, poco a poco, Diana me la había robado. Repasé todo lo que había hecho en las últimas semanas, todas las conversaciones que había tenido con mi hermana y con otras personas, el tratamiento que había ofrecido para su enfermedad en firme evolución…; un fracaso que atizó en mí un fuego que pareció mucho más vivo que el que había sentido la noche anterior.

—Hay que detener a Diana —dije con una voz repentinamente tan dura como un martillo sobre un clavo.

Grace pareció aliviado ante mi crudeza y mi determinación.

—Por su bien —añadí.

Mark y Grace asintieron. Entonces éste dijo:

—¿Cómo podemos hacerlo, Dave?

—Puede encargarse la policía —respondí—. Quizá podrían arrestarla.

Grace pareció sorprendido por lo radical de la propuesta.

—¿Te refieres a que Mark ponga una denuncia en la policía? —preguntó.

—Sí.

El abogado no pareció convencido de que ésa fuera la acción adecuada.

—Pero no tenemos ninguna prueba real de que fue Diana quien lo hizo.

—No —concedí—. Pero tenemos indicios de sobra para sospecharlo. —Fue entonces cuando formulé mi argumentación en contra de mi hermana, su endeble evidencia, sus extraños faxes y correos electrónicos, su monstruosa «investigación», la acusación que había dejado en el coche de Mark, seguida de toda una serie de citas amenazadoras. Asentí con la cabeza hacia las fotografías que Mark sostenía aún en la mano derecha, el coche destrozado, cubierto de pintura ensangrentada—. Y ahora esto.

Fue una argumentación convincente. Me di cuenta de lo exitosa que resultó. Fue quizás el primer triunfo de mi vida.

—Así que tenemos que dar este paso —dijo Grace—. ¿No se te ocurre ninguna forma menos… dramática… de intervenir en el comportamiento de Diana?

—No —respondí sin ocultar mi crispación—. Mi hermana no me escuchará. Ni a mí ni a nadie. Necesita ayuda y hay que imponérsela. —Inspiré hondo—. Como a mi padre.

Grace asintió despacio con la cabeza, como un hombre que hubiera aceptado un modo de actuar al cual tan sólo podía prestar su tibio apoyo.

—Naturalmente, resultará un poco difícil hacerlo de inmediato.

Sin embargo, yo sabía que él podía conseguirlo, y él también.

—¿Estás de acuerdo, Mark? —preguntó Grace.

A Mark le brillaron los ojos.

—Me parece una buena idea. Consigue una orden de detención y que un agente se encargue de hacer que se cumpla. —Me miró—. Enseñaremos a Diana que se ha pasado de la raya.

Asentí con la cabeza.

—Por su bien —repetí.

Mark apenas pudo disimular su entusiasmo.
—Una intervención de choque —dijo— que afectará a su sistema.
Grace me miró entonces a los ojos.
—Tu última palabra, Dave.
—Hazlo —dije sin añadir nada más.

Sonríes, aunque te das cuenta de lo fríamente inapropiada que resulta tu sonrisa y de hasta qué punto puede dar la impresión de que intentas quitarle hierro a lo ocurrido. Aun así, no puedes borrar esta sonrisa ártica de tus labios. Sigue ahí como una acusación.

Petrie clava en ti los ojos. La suya es una mirada distante.

—¿Qué?

—Acaba de ocurrírseme un viejo dicho irlandés —le comentas.

—¿Cuál?

—Dice que, si quieres hacer reír a Dios, lo mejor es contarle tus planes.

Petrie anota el comentario en su libreta.

Observas cómo la fina punta de su bolígrafo azul revolotea a derecha e izquierda, veloz como una libélula.

—De acuerdo —dice cuando vuelve a levantar los ojos. Va a empezar a hacer otra pregunta, pero en vez de eso mira su reloj.

—¿Cuánto rato? —preguntas.

—Llevamos tres horas.

—¿Cuánto más?

—Hasta que lo averigüemos. —Deja caer levemente la cabeza y estira los brazos a ambos lados, adoptando por un instante la consagrada postura del Cristo.

—Yo nunca creí nada —observas—. Diana tampoco.

La ves presa de su horrible pánico, corriendo, corriendo..., y sabes que en ese momento no sintió ninguna protección metafísica, ninguna mano permanente, que todo era para ella un pozo lleno de serpientes del que intentaba escapar desesperadamente.

—Ni en Dios, ni en la vida después de la muerte.

Estás ahora en la tumba del Viejo. Diana arroja la rosa sobre la lápida y baja despacio la ladera a tu lado hacia el coche, hablando en voz baja, recordándote los buenos tiempos que todos habíais disfrutado juntos: las pequeñas excursiones, los repentinos chispazos de sabiduría a los que había dado voz el Viejo. «La locura debe perdonarse», dice. Pero tú no puedes perdonar al Viejo, aunque no lo admites. Pero sobre todo —y eso es algo que sabes ahora— tampoco pudiste perdonarla a ella. El polvo no es capaz de perdonar.

Te sientes de pronto impotente ante tu propia e implacable aridez.

—La nada es peligrosa —le confías a Petrie.

Él te mira fijamente y en silencio.

—Nada bueno llena un vacío —añades.

Entiendes que Petrie comprende la verdad que acabas de formular del mismo modo que entiendes con qué crudeza se aplica al asunto que te ocupa.

—Lo sabremos muy pronto —te dice.

Tres muertes, masculla el Hombre de Mimbre. Y piensas: «Hasta ahora».

—Hasta entonces, seguiremos —comenta Petrie.

Oyes sonar un teléfono en tu cabeza y sientes que tu cuerpo se sacude involuntariamente, como si cada una de tus células estuviera conectada al irritante estrépito.

Ring, ring.

De pronto te acuerdas de tres frases que ni siquiera imaginabas haber memorizado: las palabras finales de la excomunión. «Tocad la campana. Cerrad el libro. Apagad la vela.»

Ring, ring.

Y, pues así debe ser, respondes.

22

Cuando el teléfono sonó yo estaba en mi despacho.

—Es Stewart Grace.

Su voz sonaba muy seria.

Sentí que algo se vaciaba, una pequeña cámara de mi alma.

—Dime.

Sin el menor esfuerzo por suavizar el golpe, Grace describió la espantosa escena que había tenido lugar en la biblioteca una hora antes. El agente de policía se había dirigido a Adele en el mostrador principal, había preguntado por Diana, y desde allí había sido escoltado hasta la parte trasera del edificio, donde mi hermana estaba sentada en el pequeño y oscuro cubículo que se había convertido en su segunda casa. Grace me dijo que, al ver acercarse al agente, Diana se había levantado y había empezado, «presa del pánico», a recoger sus libros. Pero el terror que la había embargado la había vuelto también torpe, y tan rápido como cogía algunos libros, otros se le caían de los brazos. Aun así, a pesar de los libros que yacían en el suelo en un montón a sus pies, no los había abandonado.

—Como si fueran sus hijos —me dijo Grace, y de hecho Diana seguía intentando recogerlos desesperadamente entre sus brazos cuando el agente llegó a su lado—. Entonces explotó.

Empezó con un alarido, y no hizo falta que Grace me lo describiera para que yo supiera cómo sonaba. Llegó preñado de tanta angustia que durante un instante el agente se detuvo en seco.

—A esas alturas la biblioteca se había convertido en un clamor —prosiguió Grace.

Pude visualizarlo en mi mente: los hombres, las mujeres, los niños…, todos callados hasta entonces, con la cabeza gacha, leyendo en silencio, apenas conscientes de que hubiera algo más allá de sus psiques. Y de pronto les había barrido con su estruendo, doloroso y aterrador, recordándoles que, a pesar de todo su estudiado decoro, a pesar de su profunda inmersión en la realidad escrita de la ficción, seguían irremediablemente enlodazados en un mundo improvisado y aleatorio.

—Lo cierto es que se resistió, Dave —dijo Grace.

A pesar de que casi me resultó imposible soportar la descripción de la batalla que relató a continuación, no pude impedir que mi mente la deshilvanara como en una película, un fugaz fotograma tras otro. Cuando el agente se acercó a ella, Diana le golpeó con fuerza y sin dudarlo un solo

instante con el puño cerrado, en vez de hacerlo con la mano abierta, mientras seguía sujetando tantos libros como podía con el otro brazo. Luego este brazo le había quedado libre y había golpeado con él mientras el agente intentaba reducirla. En un momento dado, Diana se había zafado de él y había echado a correr con los ojos enloquecidos de terror mientras recorría un pasillo tras otro de estanterías, girando a derecha o a izquierda, para correr de nuevo en dirección contraria hasta que por fin se había topado con el agente y ambos habían caído al suelo.

—Entonces se detuvo —dijo Grace.

Se detuvo del todo, sin el menor asomo de resistencia, y se quedó tumbada en el suelo con los ojos clavados en la distancia, inmóvil, silenciosa y apenas respirando.

—¿Dónde está ahora? —pregunté con un hilo de voz.

—Naturalmente, no la han arrestado —respondió Grace—. Han llamado a una ambulancia.

—¿Se la han llevado al hospital del condado? —pregunté.

—No —respondió. Guardó un instante de silencio y entendí que fue su decente compasión por la devastada historia de mi familia la que le llevó a esperar unos segundos para darme el último y espantoso fragmento de la noticia—. Está en Brigham —dijo.

La vieja fachada de ladrillo conservaba aún un aire rígido típicamente eduardiano y, cuando subía el pequeño tramo de escalones de cemento, me acordé de la fotografía de mi padre en la que aparecía allí de pie, apoyado en una de las columnas con un cigarrillo colgándole de los labios y la desordenada maraña de pelo negro cruzándole la frente.

—Está más calmada —dijo el médico mientras me llevaba por el largo pasillo—. Por supuesto, hemos tenido que sedarla. —Se detuvo al llegar a la puerta—. Siempre supone un *shock* ver a alguien sumido en un estado… artificial —me advirtió.

Se refería al mortífero arrullo de la droga antipsicótica que le habían administrado y a esa sensación de que el paciente estaba inmovilizado bajo el agua.

—Lo he visto antes —respondí.

—¿Ah, sí?

—Mi padre.

Esbozó una sonrisa.

—Lo siento —dijo mientras abría la puerta.

No estaba en la misma habitación en la que había estado ingresado el Viejo, pero cuando me paré a pensarlo, la insípida e institucional blancura se me antojó idéntica. Estaba en la palidez de las paredes, en la fantasmagórica transparencia de las cortinas, en las pálidas persianas…, y cuando la vi sentada en la silla junto a la ventana, mirando al exterior, sentí que el círculo de hierro de nuestro destino me constreñía en su pavoroso torno.

—¿Diana? —dije en voz baja.

No se volvió, sino que continuó mirando por la ventana con unos ojos capacitados para la visión, aunque no para la comprensión, como si tanto su mente como su corazón estuvieran sumidos en un estado de rigor mortis.

Me acerqué y me senté en la cama, de modo que vi su rostro de perfil.

—He venido en cuanto me he enterado —le dije.

Sus ojos seguían observando lo que había al otro lado de la ventana con una terrible concentración, como si en cuanto se fijaban en el objeto de su atención no pudieran volver a moverse.

—Van a ayudarte, Diana —dije.

Siguió mirando por la ventana, y de perfil sus rasgos se me antojaron curiosamente pequeños, reduciéndola a un pálido y marfileño camafeo de sí misma.

—Te pondrás bien —la tranquilicé.

En el silencio que siguió, pareció suspendida en un extraño y triste trance y su rostro ya no resultaba neutro, sino bañado en una oscuridad que emergía de su interior y que iba rezumando despacio al exterior como una mancha. Entonces sus ojos deambularon a la deriva hasta posarse en mí y su rostro pareció absorber la espeluznante luz irreal de la habitación.

—Esta blancura mantiene sus ruinas eternamente nuevas —susurró.

La miré desconcertado.

—*Moby Dick* —citó como si volviera a ser una niña e intentara de nuevo, contra viento y marea, calmar a su padre demente y asesino—. Sobre la blancura de la ballena.

Me marché de Brigham minutos más tarde y fui a la oficina de Stewart Grace. Mark estaba ya sentado en una de las lustrosas sillas negras cuando llegué. Se levantó de inmediato y me estrechó enérgicamente la mano.

—Lo siento, Dave —dijo—. Siento cómo han sucedido las cosas. Y también la forma de actuar de Diana.

Grace negó con la cabeza.

—Muy lamentable la escena de la biblioteca. Y totalmente inesperada, por supuesto.

—Como todo lo demás —dije.

—Ni que decir tiene que espero que podamos seguir tratando la situación de tu hermana de un modo razonable —dijo Grace con cierto deje de repentino recelo en la voz.

Sin duda la meta en ese momento y circunstancia era la razón, y con Mark y con Grace mirándome sin perder la calma, pensé de pronto en lo bien que se nos da a los hombres ponernos de acuerdo en el valor exacto de la «razón», en cómo buscarla y a qué precio.

—¿Cómo está Diana? —preguntó Mark, volviendo a ocupar su silla.

Respondí con la única descripción detallada posible.

—Sedada —le dije—. Aunque sigue siendo ella.

Obviamente, ésa no era una descripción que confortara a Mark.

—¿Y su estado mental? —preguntó Grace.

Como si de pronto se hubiera materializado en la habitación, vi a Diana sentada a mi lado, aún bajo una luz desagradable, bañada en un manto de blanca desolación.

—Ha citado a *Moby Dick* —le dije—. Hay en ella algo indestructible.

Grace se instaló en una silla. Todos vestíamos sombríos trajes y zapatos apropiadamente lustrados: tres hombres razonables ocupados en decidir el destino de una mujer.

—Bien —empezó Grace—. Sé que ninguno de nosotros esperábamos la terrible escena que tuvo lugar en la biblioteca, aunque también creo que la escena confirmó la seriedad que reviste la situación de Diana. —Me miraba, solicitando mi acuerdo.

Asentí con la cabeza y, al volver la vista a la izquierda, sorprendí a Mark mirando su reloj.

—Y por eso creo que podemos sacar ciertas conclusiones que podrían haber resultado extremas antes del ataque —prosiguió Grace.

La palabra «ataque» se me antojó a todas luces exagerada en sí misma, aunque no tan estrafalaria e hiriente como la repentina necesidad de Mark de saber la hora que era.

—¿No te parece, Dave? —preguntó Grace utilizando su tono familiarmente solícito.

Como alertado por una trompeta cuyo distante sonido no hubiera remitido, de pronto me vi impulsado a adoptar el papel de abogado de mi hermana.

—Diana no hizo más que defenderse —dije.

—¿Defenderse? —me espetó Mark, como un hombre cuya aleatoria atención hubiera sido convocada de pronto por una escena sangrienta—. ¿Llamas «defenderse» a lo que hizo Diana?

Su tono transpiraba una desdeñosa sombra de burla ante la que mi actitud no hizo sino endurecerse.

—Así es —dije.

Él me miró sin ocultar su asombro.

—Golpeó a un agente, Dave.

—Quizá no sabía que era un agente —respondí con un encogimiento de hombros típico de mi profesión.

—Lo que Diana pueda o no saber importa poco, ¿no os parece? —preguntó Mark.

Grace, cuya pericia como abogado era indudable, entendió de inmediato que la discusión había dado un giro peligroso y que los tres navegábamos a bordo de un barco que avanzaba directo hacia los arrecifes.

—Un momento, caballeros —intervino amablemente. Hizo entonces un sutil gesto conciliador que Mark captó al instante, como el perro al que el amo acaba de ordenar que se siente—. Hemos llegado a un momento crítico —dijo

Grace—. Estoy seguro de que todos lo vemos así. Así pues, la cuestión es qué hacer con Diana.

Miré a Mark y decidí tantear el terreno.

—Tú pusiste la denuncia —dije—. ¿Ahora qué?

Él miró a su abogado, un gesto con el que sin duda le pedía ayuda.

—Estoy seguro de que Mark no tiene la menor intención de mostrarse irrazonable —dijo Grace—. Simplemente nos preocupa lo que sea mejor para todos los implicados, incluida Diana. —Esperó un instante y luego preguntó—: ¿Qué propones, Dave?

En el silencio que siguió oí la voz de Diana recitando, y de pronto recordé con inesperada intesidad y detalle los versos que le había recitado al Viejo mientras él seguía sentado, ya muerto, delante de la ventana.

He llegado a los confines del sueño,
a la insondable profundidad
del bosque donde todos perdemos
el rumbo, por muy recto que sea,
o tortuoso, antes o después.
No hay elección posible.

Luego besó al Viejo en la frente y añadió la cita que sabía que él habría esperado de ella.

—Edward Thomas —dijo—. «Eterna oscuridad.»

—Diana nunca abandonó a nadie —dije con un hilo de voz—. Ni a su padre, ni a Jason. El sufrimiento ajeno jamás le resultó… —me interrumpí y miré a Mark— molesto.

La propuesta que hice entonces pareció basada en alguna fórmula ancestral derivada de la ineludible evidencia que conforma toda vida humana, los males y tormentos que no podemos anticipar, los actos impulsivos y sus espantosas consecuencias, los planes que provocan la risa burlona de Dios y que evidencian que nuestro conocimiento apenas es tal y que no existe una ruta fiable que nos guíe entre la nube del no saber.

—Yo me haré cargo de ella —dije—. Como ella lo hizo con Jason y con mi padre. —Y entonces, como si de pronto me hubiera visto libre de todos mis antiguos resentimientos, sentí, por primera vez en mi vida, el extraño lujo del altruismo, y fui consciente también de hasta qué punto encontramos en él la medida del éxito.

Mark me lanzó una mirada desconfiada y luego se volvió hacia Grace.

—Las fotografías de mi coche, ¿todavía las tienes?

El abogado asintió.

—Dáselas a Dave —dijo Mark.

Grace abrió uno de los cajones de su mesa, sacó las fotos y me las ofreció.

No las cogí.

—¿Qué quieres que haga con ellas? —pregunté.

Mark arrebató las fotos a Grace y me las ofreció con brusquedad.

—Para que te acuerdes de lo que hizo Diana —dijo—. Y para que no olvides que tuya es la responsabilidad de que no vuelva a hacer nada parecido.

Cogí las fotografías como si me hubiera desafiado a hacerlo.

—Muy bien —le dije.

Grace pareció aliviado de que todo hubiera terminado al tiempo que veía cómo otro bamboleante barco se adentraba por fin a las aguas seguras de puerto.

—Muy bien —me dijo con tono casi bromista—. Demos entonces el asunto por zanjado.

—Y eso hicimos —le dices a Petrie—. Aunque no lo estaba.

La mano del destino, sus ciegos designios, son apenas visibles en el rostro del detective. Ves las veces que ha provocado cierto juicio arbitrario, virando coches y haciendo rebotar balas, esa pequeña sombra en la radiografía que lo aparta todo a un lado y que convierte un futuro despejado en una vida bajo custodia.

Por primera vez, Petrie formula una pregunta vagamente filosófica:

—¿Le parece que podría haber quedado zanjada alguna vez?

Recuperas el final que tenías en mente cuando imaginaste que la cuestión quedaba por fin zanjada. Disfrutas de las salidas con la familia, los aniversarios con Abby. Ves a Patty hacerse mujer y envejecer a Diana, sumida en sus estudios y en sus logros académicos. Y entonces estás en el apartamento de tu hermana, contemplando, sobrecogido, las paredes.

—No —respondes.

La escena cambia de pronto y estás en tu coche, alejándote después de haber dado la cuestión por zanjada. El edificio donde está la oficina de Stewart Grace llena el espejo retrovisor. Sus ventanas reflejan un montón de soles, todos ellos deslumbrantes y llenos de promesas. Te dejas embelesar por el resplandor del sol. Estás feliz. Nunca te has sentido tan feliz. Incluso allí, con Petrie, sonríes al recordarlo.

—Pensé que por fin era como Diana —le dices—. Que había tenido éxito en algo. Que había salvado a Patty de Diana y a Diana de sí misma. Podía llevar a mi hermana a casa. Todos podíamos ayudar a cuidar de ella. Patty dejaría de verla como una especie de dios y empezaría a verla simplemente como alguien que necesitaba ayuda. Porque mi idea había funcionado. Mi idea. No la de Diana. La mía. Había funcionado como un hechizo. —Los soles se ensombrecen en las ventanas del edificio de Grace a medida que te alejas, y a lo lejos vislumbras un grupo de nubes, aunque su oscuro y cercano perfil no da la menor señal de amenaza—. Llegué incluso a pensar que mi padre se habría sentido orgulloso.

23

Tardé apenas unos minutos en llegar a Brigham. En recepción, expliqué que la denuncia contra Diana había sido retirada voluntariamente y que la parte agraviada —esto es, Mark— había accedido a que yo asumiera su custodia.

Yo sabía ya lo que el amable administrador me dijo: que Stewart Grace había llamado para confirmar lo que yo acababa de decir y que la policía había hecho lo mismo, de modo que no existían cargos oficiales contra mi hermana.

Diana estaba sentada en la cama cuando entré a su habitación y vi en el primer destello que percibí en sus ojos que el efecto de la sedación que le habían suministrado durante mi primera visita se había desvanecido, aunque seguía postrada y extrañamente debilitada, como alguien que estuviera al final de un largo viaje.

—Davey —dijo.

—Nos vamos —le dije—. Te llevo a casa.

Siguió donde estaba, sin hacer el menor esfuerzo por levantarse de la cama.

—*La casa de la alegría* —murmuró, casi para sus adentros.

Era el libro que mi padre había acunado en sus brazos el día en que le habíamos llevado a Victor Hugo Street, un frío día de invierno en el que la nieve cubría la hierba y el sendero, perfilando los árboles desnudos en blanco.

—Recuerdo lo aterrado que estaba —dije.

En el recuerdo, seguí a Diana y al Viejo mientras ellos avanzaban despacio por el sendero cubierto de nieve.

Mi hermana pareció regresar a ese lúgubre instante.

—Porque no sabía lo que había hecho para que le encerraran en Brigham —respondió.

Me acerqué a ella y la ayudé a levantarse.

—Pasarás una temporada con nosotros, ¿de acuerdo?

Asintió con la cabeza.

—¿Necesitas algo de tu apartamento?

Vi en sus ojos una agitación repentina y casi volcánica.

—No —respondió—. No.

Siguió en silencio durante el trayecto a casa y, cuando Abby y Patty salieron a recibirla, las saludó con un agotado asentimiento de cabeza y un inaudible y quebrado:

—Hola.

—Puedes instalarte en la habitación que está junto a la mía —le dijo Patty dedicándome una mirada acusadora al tiempo que acogía a su tía bajo el brazo

en un gesto protector.

Minutos más tarde, durante la cena, Diana se mostraba claramente ausente. No alcancé a saber si su falta de respuesta general se debía a la medicación que le habían dado o si seguía balanceándose a la deriva en las olas de la conmoción provocada por lo que le había ocurrido durante las últimas horas.

Después de cenar pasamos al estudio. Colgué la chaqueta en un pequeño colgador junto a la puerta, me puse unas zapatillas y repasé la pared de vídeos que había ido acumulando con el paso de los años.

—Veamos una comedia —dije, repasando los títulos—. *Joven otra vez.* Con Cary Grant y Marilyn Monroe —añadí en tono jovial—. ¿Te parece bien, Diana?

Jamás hasta entonces había visto los ojos de mi hermana tan intensamente concentrados. Entendí enseguida que estaba dedicada a algún asunto complicado. Aun así, no me pareció el momento más indicado para preguntar.

—¿Te parece bien, Abby? —pregunté.

Mi mujer asintió en silencio, aunque sin poder disimular cierta expresión incómoda.

—Sí, perfecto —dijo.

Empezamos a ver la película, pero un rato después Diana dijo que estaba cansada. Patty se levantó al instante y la acompañó a la habitación de invitados que Abby había preparado. Se quedaron hablando unos minutos. No intenté escuchar, sino que me limité a alejarme por el pasillo hacia mi cuarto. La puerta de mi hija estaba ligeramente abierta y al pasar vi los libros desparramados sobre la cama y en el suelo. También tenía la mesa abarrotada. Encima de la mesa había impreso el fragmento de una frase y lo había pegado con celo a la pared: «… una red, oscura y fría, cubriendo por completo el atormentado elemento».

—Diana está dormida.

Al volverme me encontré con Patty de pie a mi lado.

—William Blake —dijo.

Le toqué la cara.

—Lo sé. —Me fui entonces a mi habitación y, para mi propia sorpresa, me quedé dormido casi de inmediato.

Por eso no oí a Diana cuando se levantó horas más tarde. No la oí alejarse por el pasillo hacia el estudio ni acercarse a mi chaqueta, buscar en el bolsillo interior y coger las fotografías del coche de Mark que yo había metido en él y que ella debía de haber visto en algún momento, aunque se había contenido a la espera de poder ver con exactitud, a solas y sin ser molestada, lo que había hecho.

Había empezado a llover cuando me desperté sobresaltado. Aunque empezaba a amanecer no hice el menor esfuerzo por volver a conciliar el sueño, sino que me levanté y fui a la cocina. De camino, advertí que la puerta de la habitación

de Diana estaba entreabierta, y cuando asomé la cabeza, vi que la cama no estaba deshecha.

Fui presa de una espantosa sacudida, fría aunque eléctrica, que me heló los nervios al tiempo que me los abrasaba. Ni tan siquiera desperté a Abby o a Patty. Simplemente me vestí tan rápido como pude y salí. Aunque no sabía dónde podía haber ido Diana, era demasiado temprano para que Mark estuviera en el centro de investigaciones, de modo que me dirigí en primer lugar al apartamento de mi hermana.

Llegué minutos más tarde y, como un niño de impecables modales, llamé a la puerta. Cuando vi que nadie abría, intenté hacerlo yo y, al encontrarla abierta, entré.

En la conmoción que me embargó a causa de lo que vi en ese instante, sentí como si alguien hubiera tirado de una palanca y yo me hubiera precipitado por la trampilla del patíbulo de este mundo a una realidad totalmente separada e independiente. Las paredes estaban festoneadas de capas y capas de páginas impresas de Internet, fotografías de fósiles, largos pasajes de escritos antiguos y cientos de jeroglíficos. Otras fotografías mostraban lo que parecían lugares de celebración de rituales ancestrales, altares de piedra y campos de juego bordeados de piedra. Los nombres de numerosos pueblos de la antigüedad habían sido escritos en letras negras y estaban conectados entre sí formando una compleja red de blancos vínculos entrelazados. Otra pared estaba salpicada de anotaciones musicales, junto con fotografías de pilares de piedra y obeliscos prehistóricos. Por doquier colgaban cuadros de Gea, la Madre Tierra, junto con páginas copiadas aleatoriamente de libros sobre ciencia forense: estudios que abarcaban desde el estudio de huellas dactilares y balística a la tasa de descomposición de los cuerpos a varios niveles de temperatura y de exposición. Había incontables papeles amarillos enganchados como insectos muertos en todas las superficies posibles: en puertas, en los marcos de las ventanas y en los bordes del escritorio de Diana, como los restos inanimados de la que en su día había sido la búsqueda que había dado sentido a su vida.

A pesar de que yo sabía que en algún lugar de aquel batiburrillo estaban el Hombre de Cheddar y la Chica de Windeby, todo eso se me antojó algo que pertenecía al pasado más lejano, a la historia antigua en comparación con la inmediatez del momento y con la necesidad de encontrar a Diana.

Corrí pues al cuarto de baño y llamé a la puerta. Al no recibir respuesta alguna, la abrí y no vi nada dentro, de modo que volví a cerrarla. Luego, como en una película, vi a mi hermana salir a hurtadillas por la puerta aún abierta del apartamento y oí a continuación los acelerados golpes sordos de sus pasos subiendo las escaleras.

—Diana —grité.

No se detuvo y tampoco aminoró el paso. Ni siquiera se volvió para verme corriendo tras ella. Al llegar al quinto piso, oí el crujido de una puerta metálica y luego el sonido de sus pasos sobre el tejado del edificio. Cuando, segundos después, salí por esa misma puerta, ella ya había llegado a la barandilla de

hierro forjado que rodeaba el borde del tejado.

—¡Diana! —grité.

Me miró fijamente entre un velo de lluvia, insegura, o al menos eso parecía, tanto de mi voz como de mi presencia física, incapaz de creer en lo que oía y en lo que veía.

—Diana —repetí con suavidad al tiempo que le tendía la mano—. Diana.

Me miró. A sus ojos, asomó la mirada de una mujer rota.

—Soy como papá —dijo.

—No es verdad —respondí.

—Sí que lo soy. Siempre lo he sido.

—No, Diana.

—Voces —dijo entonces—. Voces, Davey. Siempre.

—No.

Me miró indulgentemente, como si yo fuera un pobre inocente.

—¿Por qué crees que volví a casa? ¿Por qué crees que te llevé al armario?

El recuerdo se elevó como se eleva una mano del lodo que nos cubre: la imagen de una niña con un vestido azul quitándome una pelota de goma roja de la mano, arrancándome de mi sitio en la escalera delantera y llevándome con ella por el pasillo hasta un pequeño armario donde volví a sentarme a oscuras, como si jugáramos al escondite mientras no dejaba en ningún momento de oír la pequeña voz infantil que allí, sobre el tejado, volvía a resonar en mí como lo había hecho muchos años atrás, bajando las escaleras y acercándose luego por el pasillo de la casa de Victor Hugo Street hasta llegar al armario donde yo seguía acurrucado en la oscuridad: una voz tranquila y reconfortante, la misma que Diana siempre había utilizado para calmar la ira demente de mi padre.

Sobre las Montañas
de la Luna,
en el Valle de la Sombra,
cabalga, cabalga sin temor.
La sombra respondió:
«Si buscas El Dorado».

—El armario —repetí.

Recordé entonces el olor seco y polvoriento de la ropa vieja de mi madre que impregnaba aún el aire a mi alrededor, la misma ropa que a veces mi padre, durante sus brotes de delirio, cogía y acariciaba. Pero era la voz a lo que me aferraba en esa oscuridad, la voz de Diana, suave y dulce, apartando de mí el filo mortal de la demencia paranoide de mi padre como si fuera un cuchillo que me apuntaba al cuello.

—Porque ellas me dijeron que lo hiciera —dijo Diana—. Porque papá iba a matarte, Davey.

De pronto recuperé otros recuerdos con una inmediatez y una corporeidad

desgarradoras, y sentí mi mano en la de mi hermana y la firmeza de la suya mientras me sacaba de cualquier habitación en la que mi padre había entrado durante esa tarde y esa noche, recitándole mientras me hacía desaparecer de su vista.

—Me lo dijeron las voces —dijo Diana—. Y las creí. —Se volvió, se agarró a la empapada barandilla negra y miró a lo lejos por encima del borde del edificio, clavando los ojos allí donde Dolphin Pond se ocultaba tras un velo de niebla—. También me lo dijeron ese día —dijo, volviéndose a mirarme—. Ese día con Jason. Dijeron: «No vayas». Pero no las escuché. —Me miró, rota por completo—. Porque creí que, si las escuchaba, sería como admitir que estaba loca.

Se metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó las fotografías del coche de Mark que me había cogido de la chaqueta.

—Soy como papá —dijo.

Di un pequeño paso adelante y tendí los brazos hacia ella.

—No es verdad.

Se apartó una maraña de pelo mojado de los ojos y subió a la resbaladiza barandilla hasta quedar sentada encima, agarrada a ella tan fuerte que sus manos parecían un par de garras de acero.

—¡Tú no lo hiciste! —grité en un desesperado intento por detenerla—. Fui yo, Diana. Yo pinté el coche de Mark.

Me lanzó una mirada interrogante y durante un instante pareció creerme. Luego hubo algo que, emergiendo de lo más profundo de sus entrañas, apareció de pronto para bañarla en un destello de lucidez reparadora.

—Oh, Davey —dijo—. Eres el mejor hermano del mundo.

Entonces se dejó caer hacia atrás con lo que pareció una velocidad imposible.

Corrí hasta la barandilla y miré abajo con la absurda esperanza de que los brazos de Gea la recibieran.

Pero sólo había aire vacío y Diana cayó y cayó.

Petrie deja escapar un largo y cansado suspiro y tú eres lo bastante aficionado al cine como para acordarte al verle del sacerdote con el que Salieri se confiesa en la película *Amadeus,* y recuerdas lo joven y esperanzado que es cuando Salieri da comienzo a su relato y lo agitado que parece a su conclusión.

—Pero ¿fue usted? —pregunta presa de una oscura perplejidad.

Ves la brocha, el pequeño bote de pintura roja como la sangre y sientes el peso de ambos en las manos. La noche negra en la que los llevabas se cierra de nuevo sobre ti y vuelves a encontrarte de cuclillas junto al coche, salpicando la palabra sobre su oscura superficie: ASESINO. Pero lo que mejor recuerdas es el júbilo demoníaco que sentías con cada movimiento de la brocha, el inquietante triunfo febril, cómo por fin habías logrado aventajar a Diana.

—Sí —respondes.

Para tu sorpresa, Petrie no te obliga a que revivas para él los pasos de tu acto temerario, ni tampoco le busca más explicación, y en su elección percibes hasta qué punto ha llegado a vadear en el aterrador río que te conforma y a comprender la larga vigilia de tu atesorado agravio. Por fin eres diáfano para él, un arroyo cristalino, al tiempo que tu hermana sigue siendo el único misterio que queda por resolver.

Su pregunta no te sorprende.

—¿Qué buscaba Diana?

De pronto estás de nuevo en su apartamento, dos días después de su muerte, limpiando las paredes del inconmensurable cúmulo de información que había hilvanado a su alrededor como en una suerte de capullo demente.

—Pruebas —respondes.

Ves lo enloquecida que era su búsqueda, las horas dedicadas al estudio de pautas lingüísticas, de la historia del sonido, de la viscosidad de la piedra y de la madera, de la teoría bicameral, de lingüística, de la intervención «milagrosa»: personas que de pronto recibían el aviso de que no debían subir a un avión que más tarde se estrellaba o a un barco que poco después se hundía, advertidas por «voces» como le ocurría a ella.

—Aunque no específicamente del asesinato de Jason —añades.

—Entonces, ¿de qué? —pregunta Petrie.

—Pruebas que la ayudaran a creer en lo que había oído, o a desestimarlo. —Guardas unos segundos de silencio e intentas unificarlo todo en tu cabeza y aprehender así el conocimiento imposible que Diana buscaba—. Cómo sabemos cosas que no podemos saber. La diferencia entre locura e intuición. Creo que eso era una parte. Nunca llegaré a saberlo todo.

Petrie le da vueltas a mis palabras. No hay modo de sacar nada en claro, de modo que decide centrarse de nuevo en el mundo de lo conocido, en los testigos que puede ver, en las palabras que puede anotar y en las

voces en cuya realidad puede confiar.

—Cuando Diana creía que Mark había matado a Jason, ¿estaba loca? —pregunta.

Sientes el peso de una rama que sujetas, primitivo como un simio, como si la rama fuera la primera arma y tú el primero en blandirla.

—No —respondes.

Los ojos de Petrie se apartan de ti como de los vapores de la poción de una bruja.

—Entiendo —murmura.

Sabes lo que ve, aunque lo formulas sólo en tu cabeza. «Cuatro muertes.» Guarda unos instantes de silencio. Sabes muy bien dónde le ha llevado la imaginación y que en su mente está de pie en la verja de entrada de Salzburg Garden.

—No lo planeé —le dices, y luego piensas: «Simplemente oí la voz».

24

Enterramos a Diana en Salzburg Garden un día que resultó más cálido y luminoso de lo que era habitual para la época. El otoño estaba en todo su esplendor en los inmensos árboles que poblaban el cementerio, de modo que el funeral se celebró bajo una lluvia constante de destellos rojizos, amarillos y dorados.

Dispuestos como fuerzas opuestas en un campo de batalla, Abby, Patty y yo ocupamos nuestros puestos a un lado de la tumba mientras Mark ocupaba el otro, vestido con el sempiterno uniforme de pantalones oscuros y camisa blanca oculta bajo un abrigo negro de lana que vestía todos los días para ir al laboratorio. Se había subido el cuello del abrigo para protegerse del viento y había hundido las manos en las profundidades de los bolsillos. Mantuvo la cabeza gacha mientras bajaban el ataúd, pero cuando la alzó de nuevo no me miró directamente, sino que se limitó a dedicarme una fugaz mirada de soslayo, la misma que había utilizado con Diana en el juzgado el día en que la muerte de Jason había sido declarada un accidente.

Cuando el ataúd por fin descansó sobre la tierra, asentí hacia él con la cabeza, me volví de espaldas dispuesto a marcharme y de pronto me detuve. Diana había almacenado en su cabeza cientos de citas. De repente, pareció que también ése era mi caso, pues una que creía largamente olvidada emergió de repente de las brumas de la memoria como un soldado llamado a filas. Eran las palabras que Shakespeare había puesto en boca de un hombre engañoso que, a pesar de su locura, había adivinado la verdad. Las últimas palabras de Hamlet susurraron en mi cabeza. «El resto es silencio.»

Y una voz dijo entonces: «Aún no».

Abby y Patty se habían adelantado unos pasos, pero se detuvieron y se volvieron al darse cuenta de que ya no estaba entre ellas.

—Seguid vosotras hacia el coche —les dije—. Quiero hablar con Mark.

Cuando éste me alcanzó, ellas ya estaban a cierta distancia de nosotros ladera abajo.

—Lo siento mucho, Dave —dijo—. Lamento la denuncia. Y haber llevado a Diana a Brigham. Y ahora esto. —Negó con la cabeza—. Nunca pretendí que ocurriera algo así. —Me puso la mano en el hombro con gesto consolador—. Mucho, Dave. Lo siento mucho.

Clavé sin inmutarme la mirada en sus ojos de cristal.

—¿Estás seguro de eso, Mark?

—¿Seguro de qué?

—De que lo sientes.

Retiró la mano de mi hombro.

—Claro. ¿A qué viene esa pregunta?

—He estado pensando en algo que le dijiste a Diana —respondí—. Tú mismo me lo dijiste. Que creías que era lo mejor para Jason. Mejor que hubiera muerto.

Mark me observó en silencio, como si me hubiera convertido en un pájaro negro que volara en círculos sobre su cabeza.

—Querías deshacerte de él, ¿verdad?

—¿Deshacerme de él?

—Ingresarle en un centro. Fuera de tu vista.

—Yo no lo diría exactamente así, pero sí —concedió—. Jason no iba a ponerse bien, así que era…

—Inútil.

—Ésa es una palabra muy dura.

—¿Qué tal esta otra? ¿Un estorbo?

—¿Para qué?

—Para ti. —Hice una pausa y añadí—: Una molestia.

—¿Una molestia? —Me observó con frialdad, aunque percibí en él cierta sombra de nerviosismo—. ¿Es eso lo que piensas de verdad, Dave? ¿Que me alegro de la muerte de Jason?

No aparté los ojos de él.

—Diana también.

Mark era en ese momento una torre de autocontrol.

—No tengo por qué escuchar esto.

Yo sabía que era cierto, que lo único que Mark tenía que hacer era girar sobre sus talones y marcharse. Luego el resto sería puro silencio. Y eso era más de lo que estaba dispuesto a aceptar, de modo que me zambullí en la oscuridad.

—¿Mataste a Jason? —pregunté.

Sus ojos se abrieron como platos.

—¿Qué?

—¿Se equivocaba del todo Diana?

—¿Cómo puedes preguntarme una cosa así, Dave? —Miró su reloj como un hombre aburrido por un tema tedioso—. Tengo que irme —dijo.

—¿Sabía algo Diana, Mark? —pregunté—. ¿Quizás oyó algo? No sé si sabes que así fue con mi padre.

A pesar de que él parecía no ser capaz siquiera de imaginar la conversación que estábamos teniendo, no encontraba el modo de librarse de ella.

—¿Qué fue lo que oyó?

—Que mi padre iba a matarme.

Se encogió de hombros al tiempo que dejaba escapar un suspiro cansado.

—Tengo que irme —repitió.

Intentó sortearme, pero yo había sentido algo durante la breve

conversación que acababa de tener lugar, que había hundido un oscuro anzuelo en aguas aún más oscuras y que algo tiraba del hilo.

—¿Cómo llegó tu placa al estanque? —pregunté.

Pareció ostensiblemente ofendido por la pregunta, aunque la ofensa se me antojó artificial. Yo no sabía cómo había llegado a parar su placa a la orilla de Dolphin Pond, como tampoco sabía nada referente a esa mañana. Lo único que sabía era que Mark era un hombre menudo y superficial y que se alegraba de que Diana hubiera muerto porque muerta ya no podía ser para él una molestia.

—Responde a la pregunta —dije.

—Esto no es un tribunal. Ni tampoco un juicio.

—Diana dijo que tú…

—Que maté a mi hijo, sí, ya lo sé —replicó intentando pasar por mi lado.

Le bloqueé el paso y clavé en él una mirada acerada.

—Pero ¿sabes que tenía pruebas?

Se quedó de piedra donde estaba.

—¿Qué pruebas?

—Un testigo.

—¿Un testigo de qué?

—De lo que ocurrió ese día.

—¿Diana encontró un testigo? —repitió dubitativo, aunque no sin cierto deje de inquietud.

Entonces entré a matar.

—El testigo en cuestión lo vio y lo oyó todo. Todo lo que ocurrió en Dolphin Pond.

La risa tensa que dejó escapar entonces fue totalmente falsa: un simple gesto escénico.

—Así que no creas que te vas a salir con la tuya, Mark —le dije.

Vi entonces que una diminuta fisura cercenaba su anterior confianza de que, con Diana muerta, todo había terminado: la doble molestia provocada por la imperfección de su hijo y por la incansable búsqueda de pruebas de su mujer por fin habían quedado atrás.

—¿Qué testigo encontró Diana? —preguntó.

Había en su tono un desafío desdeñoso, pero no era el desdén que muestra la inocencia absoluta ante la acusación infundada. Yo no sabía lo que Mark había hecho ese día, pero sí sabía que algo había hecho. Quizá simplemente se hubiera sumergido en su trabajo, dejando que Jason deambulara por la casa. O quizá le llevó hasta la verja, para que su mirada se posara en el estanque, y dejó allí a Jason. O quizá le acompañó a la puerta, o puede que incluso la hubiera abierto y, placa en mano, hubiera conducido a su hijo hasta la orilla del agua. Quizás hubiera tirado de él hacia el interior del estanque, más allá de las aguas poco profundas, dejándolo allí vadeando a la deriva hasta ahogarse.

—¿Quién es ese testigo? —preguntó Mark.

Dejé pasar un segundo, luego otro y otro más, limitándome a observar

mientras mi silencio intensificaba la extraña sensación de espantosa ansiedad que Mark intentaba ocultar por todos los medios.

Un segundo más. Luego dije:

—La oreja de la tierra.

Aunque fue tan sólo un cambio de ostensible sutileza el que vi asomar a sus ojos, como una diminuta vela parpadeando de pronto desde detrás de una inmensa pared de velas, advertí con cristalina claridad lo que había sentido en ese instante, y lo que advertí fue… alivio. Alivio porque Mark sabía, como lo supe yo entonces, que algo había ocurrido realmente ese día, algo que existía en algún punto de la secuencia que mediaba entre el deseo de ver muerto a Jason y el acto de asesinarle.

—¿Una piedra? —gruñó—. ¿Ése es el testigo que Diana encontró? —Se rió —. ¿Una piedra? —repitió. Entonces la risa se interrumpió de golpe y me lanzó una mirada colérica y oscura—. Será mejor que te andes con cuidado, Dave — me advirtió—, o acabarás como tu hermana.

Parecía de nuevo soberbio y seguro de sí mismo, convencido de que al final yo resultaría tan molesto como Jason o como la propia Diana: criaturas que zumban durante un rato, pero que finalmente podemos quitarnos de encima. Quizás incluso habría estado en lo cierto si la voz no hubiera vuelto a hablar, una voz tan clara y distinguible como cualquiera de las que habían hablado a Diana, y que exigía con idéntica premura ser escuchada y obedecida.

La voz dijo: «¡Pégale!»

Y eso fue lo que hice.

Mark retrocedió tambaleándose al recibir el primer golpe y se cubrió dos tercios del rostro con las manos instantáneamente ensangrentadas. La voz repitió su orden y yo volví a golpearle. Retrocedió tambaleándose aún más con los ojos preñados de un horrorizado asombro al tomar conciencia de que semejante locura estuviera teniendo lugar, y de que en un pulcro y pequeño cementerio protestante, en un radiante día de Nueva Inglaterra, estuviera siendo víctima de un feroz, repetido e inmisericorde ataque de manos de un simple y vulgar abogaducho.

«Pégale.»

Volví a golpearle, y esta vez cayó de espaldas y rodó a derecha y a izquierda en el suelo, como un niño confundido por la terrible violencia de una fuente totalmente inesperada, gimoteante y suplicante. La voz dijo entonces: «Como Jason».

Caí sobre él con todo mi peso, le aparté las manos de la cara, le inmovilicé los brazos con las piernas y cogí la rama caída que tenía a mi lado en el suelo y que parecía haber sido colocada allí hacía tiempo. Cogí su pesada y redonda mole y la levanté muy por encima de mi cabeza.

Entonces dos voces partieron en dos la nube que me cubría, desgarradoras y femeninas. «¡Dave! ¡Papá! ¡Detente!»

Y eso hice.

—El resto es silencio —dices.

Petrie asiente pesadamente con la cabeza.

—Sí —dice.

Alguien llama a la puerta. Ésta se abre. Ves a un agente de civil y te preguntas si será el mismo que fue a buscar a Diana a la biblioteca, el mismo que la prendió y que la tiró al duro suelo desnudo de la sala.

—Ya tenemos noticias —dice.

Petrie sale de la habitación y cierra tras de sí la puerta. Cuando regresa, ves en su expresión una curiosa sorpresa, un final que no esperaba en el giro último de tu enrevesada historia.

—Mark está consciente —te dice—. Y parece que se recuperará.

Piensas: «Entonces, son sólo tres muertes. No cuatro».

—Le soltamos. Sin fianza —añade Petrie.

—¿Por qué?

—Su abogado y Stewart Grace así lo han acordado.

—¿Significa eso que Mark no va a presentar cargos contra mí?

—Eso parece —responde.

La decisión de Mark no te sorprende. Presentar cargos tomaría su tiempo. Supondría la celebración de un juicio y todo lo que un juicio conlleva. Mark debería además afrontar las razones que te llevaron a atacarle y responder a tu acusación. La palabra que pintaste en su coche volvería a ondear en el aire a su alrededor. «Asesino.» Su repetición no le convenía. Además, no debe olvidarse de su gran descubrimiento. No desea que nada distraiga su atención.

Te miras las manos y te maravilla descubrirlas intactas y que la fuerza del hueso contra el hueso no te haya dejado los dedos lastimados.

—¿Y ahora qué? —preguntas.

—Puede irse —te dice Petrie—. Le acompañaré.

Como siempre, hay cierto papeleo. Cumplimentas la rutina, firmas las distintas exenciones junto con el inventario de lo que obraba en tu propiedad en el momento del arresto: tu cartera y todo lo que contenía, esto es: dinero en metálico y tarjetas de crédito, el carné de conducir..., la mezquina evidencia de tu vida.

—Ha tenido usted suerte —dice Petrie mientras recoges tus cosas—. Podría haberle matado. Un golpe con esa rama y probablemente lo habría hecho.

No dices nada. Sólo te mueves siguiendo las directrices de Petrie y avanzas por un pasillo más que lleva al vestíbulo de la comisaría. Desde allí sales a la parte delantera del edificio.

Antes de soltarte, Petrie te obliga a detenerte y se encara a ti.

—Quiero que esto termine aquí —te advierte.

Sales de la comisaría. Ya es de noche. Alzas la mirada hacia el cielo despejado y vuelves a bajarla hacia el aparcamiento donde, a lo lejos, Abby espera para llevarte a casa.

—¿Papá?

Patty sale de detrás de una de las columnas de ladrillo del edificio. Parece atemorizada, nerviosa e insegura de qué hacer o decir. Alcanzas a ver destellar en sus ojos un brillo oscuro, una inteligencia largamente contenida, todo ello enterrado bajo las capas de mediocridad que temes que le hayan sido impuestas. No puedes saber adónde la llevará su mente liberada. Sólo sabes que, vaya donde vaya, a lo largo y ancho del atormentado elemento, allí estarás con ella, inquebrantable a su lado.

La estrechas entre tus brazos con un gesto protector y formulas la única verdad que conoces.

—Siempre cuidaré de ti.

Patty permanece brevemente abrazada a ti y luego se aparta.

—¿A punto para volver a casa? —pregunta.

Una voz dice: «Lo éstas, sí».

Y eso es lo que haces.

Título original: *The Cloud of Unknowing*

Editor original: Harcourt, Inc., New York

Traducción: Alejandro Palomas Pubill

ISBN EPUB: 978-84-9944-360-7

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2007 *by* Thomas H. Cook

Published by special arrangement with Houghton Mifflin Harcourt Publishing Company.
All Rights Reserved

© de la traducción, 2009 *by* Alejandro Palomas Pubill

© 2009 *by* Ediciones Urano, S.A.
Aribau, 142, pral. – 08036 Barcelona

www.edicionesplata.com